

MARISHA PESSL

# ETERNA VIGILIA

NUNCA CRECERÁS.  
NUNCA TE ENAMORARÁS.  
NUNCA SALDRÁS  
DE AQUÍ.

RBA

Título original: *Neverworld Wake*

© Wonderline Productions LLC, 2018.

© de la traducción: Raquel Valle Bosch, 2018.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

REF.: ODBO345

ISBN: 9788427215948

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

## Índice

### PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

### SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

### TERCERA PARTE

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

## AGRADECIMIENTOS

PARA DAVID

En ocasiones no hay respuestas,  
en ocasiones encuentras el amor,  
en ocasiones la oscuridad tiene dientes,  
en ocasiones oculta un ruiseñor.  
En la vida solo puedes esperar,  
al emprender travesía tan incierta,  
que te acaben faltando las palabras.  
¿Y entonces? Pregúntale a quien sepa.

J. C. GOSSAMER MADWICK  
*La casa oscura tras el último recodo*

# **PRIMERA PARTE**

# CAPÍTULO 1

**N**o había hablado con Whitley Lansing, ni con ningún otro, desde hacía más de un año.

Cuando recibí el mensaje, tras el último examen final, sentí que era algo inevitable, como un cometa que atraviesa el cielo en mitad de la noche anunciando el destino.

Cuánto tiempo. WTF. #nomola. Perdona. Otra vez el Tourette. ¿Qué tal tu primer año en la uni? ¿Una pasada? ¿O un asco?

En serio. Te echamos de menos.

Rompo el silencio pq vienen todos a Wincroft por mi cumple. Linda estará en Mallorca y SE Burt en St. Bart's, casándose por tercera vez (una yogui vegana). La casa será toda nuestra el fin de semana. Como antes.

¿Te vienes? ¿Qué me dices, Bumblebee? Carpe noctem.

Vive la noche.

No conocía a ninguna otra chica capaz de mirar a todo el mundo como una modelo de Dior vestida de cuero y manejar expresiones en latín como si fuera su lengua materna.

—¿Cómo te ha ido el examen? —me preguntó mi madre cuando pasó a buscarme.

—He confundido a Sócrates con Platón y no me ha dado tiempo a terminar el ejercicio —contesté mientras me abrochaba el cinturón de seguridad.

—Seguro que lo has hecho de maravilla. —Sonrió y me miró con cautela—. ¿Queda algo pendiente?

Negué con la cabeza.

Mi padre y yo lo habíamos recogido todo en mi habitación de la residencia y ya había ido a devolver los libros de texto a la asociación de estudiantes para tener el treinta por ciento de descuento el próximo curso. Mi compañera de habitación era de New Haven, se llamaba Casey y todos los fines de semana volvía a casa a ver a su novio. A duras penas había coincidido con ella desde la semana de presentación previa al inicio del curso.

El final de mi primer año en el Emerson College había pasado sin pena ni gloria, con el silencio indiferente que se suele reservar a una liquidación por cierre en un centro comercial de pequeñas dimensiones.

—Va a pasar algo malo —me habría dicho Jim.

No tenía planes para el verano, salvo trabajar con mis padres en el Captain's Crow.

El Captain's Crow —o el Crow, como lo llaman los vecinos— es la cafetería-heladería junto al mar que tiene mi familia en Watch Hill, el pueblecito de costa de Rhode Island donde me crie.

Watch Hill, Estado de Rhode Island. Población: todo el mundo se conoce.

Mi bisabuelo, Burn Hartley, abrió el establecimiento en 1885, cuando Watch Hill era poco más que una aldea escarpada a donde iban los capitanes de balleneros a recordar cómo era pisar tierra firme y a tomar a sus hijos en brazos por primera vez antes de volver a lanzarse al Atlántico, rumbo a lo desconocido. En la entrada hay colgado un retrato a lápiz enmarcado de mi bisabuelo, en el que aparece con la mirada penetrante de un genio de las letras o de un explorador intrépido que nunca hubiera regresado del Ártico. No obstante, lo cierto es que apenas sabía leer, prefería los rostros familiares a los desconocidos y habría escogido la tierra firme antes que el mar. Lo

único que hizo en toda su vida fue dirigir nuestro pequeño restaurante junto al puerto y perfeccionar la receta de la mejor crema de almejas del mundo.

Me pasé todo el verano sirviendo helado a adolescentes bronceados con chanclas y camisetas de colores pastel, que iban y venían en grupos grandes y bulliciosos, como bancos de peces. Preparé hamburguesas con queso, sándwiches de atún, ensaladas y batidos. Barrí la arena que cubría las baldosas a cuadros blancos y negros del suelo. Repartí servilletas, bolsitas de ketchup, sobres de sal, pulseras para mayores de veintiún años, granizados de limón y folletos de excursiones para pescar en alta mar. Dejé móviles perdidos al lado de la caja registradora para que fueran fáciles de localizar cuando sus dueños, presas del pánico, entraran a toda prisa: «Me he dejado el... Ah... ¡Gracias, eres la mejor!». Recogí rasgados billetes azules del ti vivo de temática marina de 1893, situado en la playa, a poca distancia, donde podías montarte en sirenas desgastadas sin rostro en vez de caballitos. Watch Hill había vivido sus cinco minutos de gloria el día que Eleanor Roosevelt fue fotografiada sentada a lo amazona a lomos de un pato de cabeza roja y cola turquesa. (En el pueblo se bromeaba con lo incómoda y cohibida que se la veía en la instantánea, aplastada bajo las capas —pesadas y rígidas como placas tectónicas— de su falda de volantes.)

Limpié chorretones de salsa barbacoa de los cubos de la basura y restos de Barco Naufragado derretido de las mesas (Barco Naufragado era el sabor de helado favorito de todos los niños: un revoltijo de pasta de hacer galletas, nueces, masa para bizcocho y pepitas de chocolate negro). Fregué con lejía, desengrasante y detergente las ventanas, las encimeras y los pomos de las puertas. Limpié mejillones y almejas y los pulí de uno en uno, con el ahínco de un gemólogo que inspecciona esmeraldas de forma obsesiva. La mayoría de los días me levantaba a las cinco de la mañana e iba con mi padre a escoger el pescado y el marisco de la jornada cuando llegaban los barcos pesqueros; examinaba las patas de cangrejo y los lenguados, las ostras y las

lubinas, deslizando mis manos por sus patas y pinzas aún en movimiento, vientres tornasolados y caparazones. Compuse las letras de la banda sonora de una película inventada titulada *Lola Anderson: atraco en la autopista* y garabateé palabras, rimas, rostros y manos en servilletas y menús para llevar, que después tiraba a la basura sin que nadie llegara a verlos. Asistí a un grupo de acompañamiento al duelo para adolescentes en el Centro Social de North Stonington. Solo había un participante más: un chico taciturno llamado Turks cuyo padre había fallecido de ELA. Tras dos sesiones, no volvió más, así que me quedé sola con Deb, la terapeuta, una mujer nerviosa que llevaba traje pantalón y blandía un libro de ocho centímetros de grosor titulado *Gestión del duelo para jóvenes*.

—«El objetivo de este ejercicio es construir un significado positivo en torno a la relación perdida» —leyó en el capítulo siete, tras entregarme la ficha *Carta de despedida*—. «En esta hoja, redacta un texto para el ser amado que se ha ido. Escribe sobre tus buenos recuerdos, esperanzas y preguntas pendientes».

Estampó contra mi mesa un bolígrafo mordisqueado que rezaba «Resort Isla Tabeego» y se marchó. La oí hablar por teléfono en el pasillo, discutiendo con un tal Barry y preguntándole por qué no había ido a dormir a casa esa noche.

Decoré la *Carta de despedida* con un halcón que gañía y la letra de las canciones de *Perdida en la cabeza*, una película japonesa imaginaria de *anime* sobre una idea olvidada.

Después me escabullí por la salida de emergencia y no regresé jamás.

Enseñé a Sleepy Sam —un adolescente inglés aburridísimo que estaba en Estados Unidos visitando a su padre— a preparar empanadas de almeja y sándwiches de queso fundido perfectos. «La plancha a fuego medio, mantequilla, cuatro minutos por cada lado, seis lonchas de *cheddar* Vermont intenso, dos de *fontina*». El 4 de julio me invitó a una fiesta en casa de un

amigo de un amigo. Para su asombro, me presenté allí. Me quedé al lado de una lámpara de pie con una cerveza caliente en la mano, oyendo hablar de clases de guitarra y Zach Galifianakis mientras buscaba el momento adecuado para huir.

—Esa de ahí, por cierto, es Bee —señaló Sleepy Sam—. Y sabe hablar, os lo prometo.

No le dije nada a nadie sobre el mensaje de Whitley, aunque no se me iba de la cabeza ni un momento.

Era el vestido demasiado atrevido y todavía sin estrenar que me había comprado, pero no había llegado a sacar de la bolsa. Lo había guardado al fondo del armario, doblado y envuelto en papel de seda, con el recibo al lado y las etiquetas intactas. Mi intención era devolverlo.

Sin embargo, cabía la remota posibilidad de que reuniera el valor necesario para ponérmelo.

Me sabía la fecha de su cumpleaños tan bien como la del mío: 30 de agosto.

Cayó en viernes. El gran acontecimiento del día había sido la aparición de un perro abandonado que vagaba por la calle principal. No llevaba placa de identificación y presentaba el aspecto desesperado de un prisionero de guerra. Era de color gris, tenía el pelo enmarañado y se sobresaltaba cada vez que alguien intentaba tocarlo. Asustado por un bocinazo, acabó deslizándose entre los cubos de basura de detrás del Captain's Crow.

—¿Has visto el barro amarillo con restos de sal que lleva en las patas traseras? Es del lado oeste de Nickybogg Creek —anunció el agente Locke, emocionado por tener un misterio entre manos por primera vez en lo que iba de año.

El animal abandonado había sido tema de conversación todo el día —qué

hacer con él, de dónde vendría— y hasta mucho después no me descubrí a mí misma recordando a ese perro sin rumbo que había llegado al pueblo salido de la nada. Me pregunté si sería algún tipo de señal, una advertencia de que iba a suceder algo terrible, de que no debía tomar la tan glorificada y misteriosa senda menos transitada sino el camino muy concurrido, amplio y bien iluminado: el que ya conocía.

Para entonces ya era demasiado tarde. Se había puesto el sol y Sleepy Sam se había marchado. Yo había dado la vuelta a las sillas de la cafetería y las había colocado encima de las mesas. Había sacado la basura. Al fin y al cabo, así es la naturaleza humana. Nadie presta atención a las señales cuando aparecen.

Mi madre y mi padre habían dado por hecho que iría con ellos al cine Dreamland de Westerly a ver la maratón de clásicos de la comedia de enredo, como todos los viernes.

—Tengo planes para esta noche —anuncié.

Mi padre se quedó asombrado:

—¿De verdad, Bumble? ¡Qué bien!

—Voy a ir a Wincroft en coche.

Se quedaron mudos. Mi madre acababa de darle la vuelta al cartel de «Cerrado» de la puerta y se giró mientras se abrigaba con la rebeca, tiritando pese a los veinticuatro grados del exterior.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó.

—No hace mucho. Iré con cuidado y volveré antes de medianoche. Están todos allí porque es el cumpleaños de Whitley. Creo que me irá bien verlos.

—Es un camino demasiado largo para conducir de noche —dijo mi padre.

Mi madre me miraba como si me hubieran dado un pronóstico de seis semanas de vida. A veces, cuando estaba disgustada de verdad, masticaba un chicle imaginario. Estaba haciéndolo en ese momento.

—Afrontar el pasado forma parte del proceso de duelo —sentencié.

—Eso no tiene nada que ver. Yo...

—No pasa nada, Victoria. —Mi padre le puso la mano en el hombro.

—Pero el doctor Quentin dijo que no te pusieras en situaciones de estrés que...

—Habíamos quedado en que el doctor Quentin es imbécil —la interrumpí.

—El doctor Quentin, efectivamente, es imbécil —corroboró mi padre mientras asentía con cara de arrepentimiento—. Debimos haber sospechado al ver que se llamaba casi igual que la cárcel de San Quentin.

—Ya sabéis que no me gusta que os compinchéis contra mí —protestó mi madre.

En ese momento, alguien —algún dominguero con la cara roja, bermudas a rayas y varias cervezas de más— intentó abrir la puerta.

—Está cerrado —le espetó mi madre.

Y así es como acabé conduciendo la vieja camioneta Dodge RAM verde de mi padre, que sonaba como un anciano con enfisema, a lo largo de ochenta kilómetros de la costa de Rhode Island.

*Wincroft.*

El nombre parecía salido de una novela decadente llena de fantasmas y chiflados. La mansión era un conjunto disperso de construcciones de ladrillo rojo, torrecillas, jardines y gárgolas en forma de cuervo. La había construido, en la década de 1930, un cazador profesional de grandes piezas que, supuestamente, contaba a Hemingway y Lawrence de Arabia entre sus amistades. Había viajado por todo el mundo matando animales bellísimos y por ese motivo Wincroft, su finca junto al mar, nunca había estado habitada más de unas semanas en sesenta años. Cuando Burt, el peculiar segundo expadrastro de Whitley —de ahí el apodo SE Burt—, la compró en la década de 1980 a raíz de una ejecución hipotecaria, reformó por completo su interior,

con un estilo poco acertado que Whitley denominó «si Madonna le vomitara encima a Cyndi Lauper».

Con todo, no era inusual abrir una cómoda del desván o un baúl polvoriento y encontrar fotografías de desconocidos con rifles de caza y pieles de zorro o animales disecados: un hurón, una rana roja, un roedor de alguna especie exótica. Por ello, las visitas a Wincroft tenían el halo de misterio de una expedición arqueológica, como si a nuestro alrededor, en los suelos, paredes y techos, una civilización perdida esperara a ser descubierta.

—Somos lo que guardamos —había dicho Jim en cierta ocasión mientras sacaba un reptil disecado de una caja de zapatos.

Al abandonar la interestatal, la carretera se llenaba de curvas y cambios de sentido, como si quisiera dejarte bien mareada. La costa de Rhode Island — no la parte de Newport, arrogante y pretenciosa, cuyos violentos acantilados y mansiones colosales miraban con desdén los diminutos veleros que sazaban el puerto, sino la otra— era áspera y decadente, abandonada a su suerte y abrasada por el sol, como un viejo vagabundo de playa con la ropa desteñida que no recuerda dónde ha dormido la noche anterior. Los céspedes estaban marchitos y resecos; las calzadas, llenas de grietas y sal, con señales de tráfico descoloridas y semáforos averiados. Los puentes se abrían paso a codazos entre las ciénagas para luego desplomarse exhaustos al otro lado del camino.

Yo todavía conservaba sus números de teléfono, pero no quería llamarles. Ni siquiera sabía si estarían allí. En los meses transcurridos, podían haber cambiado de planes. Quizá, cuando llamara a la puerta, no me abriría Whitley sino Burt, su segundo expadrastro, con su pelo canoso, rizado y demasiado largo; SE Burt, quien hacía siglos había compuesto una canción nominada a los Oscar para una trágica historia de amor protagonizada por Ryan O’Neill. O puede que estuvieran todos. Quizá lo que yo deseaba era descubrir qué cara pondrían al verme. Y que fuera una cara que no hubieran podido ensayar.

Por otro lado, si ignoraban que yo iba a ir, aún estaba a tiempo de dar media vuelta. A tiempo de reunirme con mis padres en el Dreamland para ver *Luna nueva*, ir después al Shakedown a tomar pasteles de cangrejo y ostras, saludar a Artie, el dueño, y fingir no haber oído como le susurraba a mi padre, mientras yo iba al baño, «Bee ha conseguido salir adelante», como si yo fuera un caballo de carreras malherido al que hubieran decidido no sacrificar. No era culpa de Artie. Era la reacción natural de la gente al descubrir lo que había ocurrido: Jim, mi novio, había muerto en el último curso de instituto.

Que el amor de tu vida se muera de repente no es algo que se suponga que debe pasarte en la adolescencia. Si te sucede, no obstante, suele ayudar que al menos se deba a uno de los tres principales motivos comprensibles para morir joven: a) accidente de tráfico; b) cáncer; c) suicidio. De este modo, una vez escogida la opción adecuada, el adulto más cercano puede apresurarse a hablarte de todas las películas (muchas de ellas protagonizadas por Timothy Hutton) y libros de autoayuda que podrían servirte para «superarlo».

Pero ¿y si las circunstancias de la muerte de tu novio todavía no han sido aclaradas y te acechan la culpa y la incertidumbre?

En ese caso, no hay película o libro de autoayuda en el mundo que pueda consolarte.

Salvo, quizá, *El exorcista*.

Si esa noche no acudía, mis antiguos amigos irían a Wincroft y después volverían a sus casas, y eso sería todo. No asistir sería el último empujón a ese viejo velero de juguete de mi infancia, el impulso que de verdad lo enviaría a la deriva hacia el centro del lago, lejos de la orilla, fuera de mi alcance para siempre.

Y jamás descubriría qué le había sucedido a Jim.

Seguí conduciendo.

La serpenteante carretera parecía apremiarme a seguir adelante, dejando

atrás las hayas amarillentas; un puente; la visión súbita y asombrosa de un puerto donde veleros blancos de altos mástiles se agolpaban como una manada de unicornios dándose un festín antes de desaparecer. No podía creer la facilidad con la que recordaba el camino: a la izquierda en la gasolinera, a la derecha en Elm, a la derecha en la señal de *stop* donde jugabas a los dados con la muerte, caravanas destartaladas con ropa tendida y neumáticos pinchados en el patio. A continuación, los árboles se apartaban con deferencia ante el cielo y el mar, siempre coloreados de naranja y rosa al anochecer, que se fundían en un abrazo.

Y ahí estaba. La puerta de hierro forjado ornamentada con una gran W.

Abierta. Con las luces encendidas.

Giré y aceleré. Las ramas de roble iban quedando atrás como cintas que se sueltan de una cola de caballo. El viento aullaba a través de las ventanas abiertas. Una curva más y vi la mansión, las ventanas doradas y llenas de vida, imponiéndose entre el ladrillo rojo y la pizarra, gárgolas en forma de cuervo posadas para siempre en el tejado.

Mientras frenaba, estuve a punto de echarme a reír al ver los cuatro coches aparcados, uno al lado del otro. No reconocí ninguno, salvo el Honda Accord de Martha con la pegatina «Pita si crees en la teoría de la relatividad» en el parachoques. Si me lo hubieran pedido, no me habría costado demasiado relacionar los otros vehículos con sus respectivos propietarios.

Yo había cambiado mucho. A juzgar por los automóviles, ellos no.

Me miré en el retrovisor y me horroricé de inmediato: la coleta medio deshecha, los labios cortados, la frente brillante. Tenía el aspecto de quien acaba de correr una maratón y llega en último lugar. Me sequé el rostro con las servilletas que mi padre guardaba en el compartimento de la puerta, me pellizqué las mejillas, me coloqué los mechones de pelo suelto detrás de la oreja. Después subí a saltos los escalones de piedra y golpeé la puerta con la aldaba de latón en forma de león.

No pasó nada.

Llamé al timbre una, dos, tres veces, en un único movimiento ansioso y febril, porque sabía que, si dudaba, me derrumbaría. Me hundiría como una bota perdida, atrapada en una trampa para langostas, directa al fondo del mar.

Se abrió la puerta.

Kipling estaba de pie en el umbral. Llevaba una peluca rosa que le llegaba hasta la barbilla, un polo azul, bermudas, chanclas. Estaba muy moreno y mordisqueaba un mezclador de bebidas rojo, que se le cayó de la boca al verme.

—¡Dios mío, no me lo puedo creer! —exclamó con su entonación lenta de plantación de algodón.

## CAPÍTULO 2

**E**n la vida real no existen las entradas triunfales. O no son como te gustaría que fueran.

A ti te gustaría algo a medio camino entre una telenovela colombiana (gritos de emoción, rostros anhelantes, ríos de rímel) y una escena digna de Oscar de Meryl Streep (diálogos ingeniosos, abrazos, el mundo entero uniéndose para cantar en armonía).

Pero en la vida real es todo muy incómodo.

Mi aparición repentina en Wincroft fue como un torpedo mal dirigido. Me había fallado la puntería y ahora iba a la deriva, sin rumbo, a punto de explotar, pero sin objetivo. De pie en el vestíbulo, bajo la lámpara de araña, con unos vaqueros cortados, zapatillas de deporte y una camiseta manchada de Barco Naufragado, mientras ellos, recién duchados, eran todo glamur, me sentí ridícula. No debería haber ido.

Se disponían a asistir a un concierto de punk rock con las entradas agotadas en el Able Seaman de Newport, el antro frente a la playa donde habíamos pasado muchos fines de semana del último año de instituto con pases de dos días y carnés de identidad falsos. Iban viniendo a saludarme, pero a la vez estaban preparándose para salir. Había una desagradable sensación de distracción y conversaciones mal ajustadas.

Kip primero me abrazó. Después me observó educadamente, como si estuviera en un museo y yo fuera el cuadro minúsculo y decepcionante del que el guía estuviera parloteando sin cesar.

Whitley se acercó corriendo.

—¡Dios mío, Beatrice! —Me dio dos besos—. ¡Sí que has venido! Qué fuerte.

Su belleza era aún más asombrosa de lo que recordaba: botas vaqueras de tacón de aguja que le llegaban hasta el muslo, una sudadera enorme con una boca de lentejuelas delante, pantalones negros cortados con flecos, perfume de gardenia y cuero. Me impactó de golpe el anuncio de revista en que se había convertido su presencia y al mismo tiempo me resultaba imposible creer que hubiera sido mi mejor amiga. Un número incontable de noches, en la Darrow-Harker School de Warwick, Rhode Island —hogar de los cruzados—, nos habíamos quedado levantadas después del toque de queda, aunque estuviera prohibido, con las mejillas a lunares por la crema antiacné y calcetines de lana en los pies. Le había confiado cosas que nunca le había contado a nadie. Ahora me parecía una escena fuera de lugar recortada de otra película.

—¿Cómo estás, Bee? —me preguntó mientras me apretaba las manos.

—Bien.

—¡Qué gran sorpresa! Es decir, ya sé que... Yo... ¡Ostras! Las sillas de jardín, hay que meterlas en casa. Dicen que va a llover, ¿no?

Se alejó a toda prisa, con la larga melena rubia ondeándole sobre la espalda.

—Tenía razón Kip —exclamó mientras desaparecía en la cocina—. Dijo que te presentarías sin avisar, como el típico personaje al que todos dan por muerto en una película de... de Jake Gyllenhaal, por ejemplo. Le contestamos que no se flipara tanto. Yo creía que, para ti, antes muerta que volver a vernos a ninguno de nosotros. Así que ahora le debo... cincuenta dólares, creo.

—Cien dólares. —Kip la interrumpió con un dedo levantado—. No te escaquees. Lo de hacerte la loca con las deudas es uno de tus peores defectos, Lansing.

—¿Qué? Espera, hay que darle el Prozac a Gandalf o se meará por todas partes.

—Gandalf está deprimido —me explicó Kip mientras asentía con delicadeza—. Además, tiene personalidad múltiple. Es un gran danés, pero se siente perro faldero.

—Conozco a Gandalf —le recordé con un hilo de voz.

—¡Beatrice!

Cannon bajaba trotando por las escaleras, descalzo, con unas Puma en la mano. Al llegar al final se detuvo y me miró con una sonrisa reconfortante.

—No me lo puedo creer. Santa Bee en carne y hueso. ¿Cómo está Dios?

—Muy gracioso.

Él también estaba cambiado. Seguía llevando su característica sudadera gris con capucha de *hacker*, pero la prenda ya no estaba deformada ni tenía manchas naranjas de ganchitos, como cuando Cannon se pasaba dos semanas con ella puesta en la gélida sala de ordenadores subterránea de Darrow. Ahora era de cachemira. Cannon se había hecho medio famoso en segundo curso, cuando descubrió un fallo en el sistema operativo OS X de Apple: si pulsabas accidentalmente determinadas teclas, la pantalla se colgaba y el escritorio se convertía en la fantasmagórica escena invernal del fondo de pantalla Blue Pond. El error descubierto, que bautizó con el nombre de Jaula de Cannon, le sirvió para aparecer en primera página de un millón de blogs de Silicon Valley. Lo último que sabía de él era que estudiaba informática en Stanford.

Se acercó a mí de un salto y me dio un abrazo. Olía a madera cara para suelos.

—¿Qué tal en la uni? Y tus padres, ¿cómo están? ¿Aún tienen la heladería?

—Sí.

Me miró fijamente, con una expresión intensa e impenetrable.

—Me encanta ese sitio.

—Hola, Bee —dijo una voz solemne.

Al darme la vuelta vi a Martha. Me observaba parpadeando desde detrás de sus gruesas gafas de científica chiflada, que le daban la mirada penetrante, como de teleobjetivo, por la que era famosa. Había cambiado los pantalones caquis y las camisas Oxford anchas por unos vaqueros negros rasgados y una camiseta que le iba grande con una palabra en alemán: *Torschlusspanik*. Además, se había teñido el pelo, que tenía fino y castaño, de color azul eléctrico.

—Hola —saludé.

—Es increíble que no hayas cambiado nada —comentó Kip arrastrando las palabras. Su sonrisa era como un botón minúsculo en un tapizado para un salón elegante—. ¿Duermes en un congelador para un experimento de criogenia o qué? Porque no es justo, chiquilla. Yo tengo patas de gallo y gota.

Whitley había vuelto. Agarrada a su pequeño bolso Chanel rosa pálido, evitaba mirarme.

—Vienes con nosotros, ¿verdad?

La idea no parecía entusiasmarla, a juzgar por cómo introducía sus pies de uñas perfectas en unas bailarinas Lanvin.

—Bueno, yo...

—Pues claro que te vienes —intervino Cannon mientras me pasaba el brazo por los hombros—. Yo te consigo una entrada en la reventa. Y si no hay reventa... ya se nos ocurrirá algo.

—*Laissez les bon temps roulez* —dijo Kip, levantando su copa.

Al salir, el silencio se podía cortar con un cuchillo. Solo se oían nuestras pisadas en el suelo y el viento silbando entre los árboles. El corazón me latía con fuerza y tenía la cara roja como un tomate. Lo único que quería era echar a correr hasta mi *pickup* y largarme a toda pastilla por la carretera, a doscientos kilómetros por hora, como si nada de esto hubiera sucedido.

—¿Vamos en dos coches? —preguntó Martha.

—Somos cinco —contestó Whitley—. Cabemos en el mío apretujados.

—¿Nos prometes que mirarás por el retrovisor al menos una vez, chiquilla? —inquirió Kip.

—Me troncho de la risa.

Nos apiñamos en el interior de su Jaguar verde oscuro descapotable. Whitley, muy seria —recordé que eso significaba que estaba nerviosa—, pulsó varios botones de la pantalla de la guantera. El motor carraspeó con elegancia y el techo del vehículo empezó a deslizarse como un huevo en eclosión. Poco después bajábamos por el camino a toda velocidad, con Whitley acelerando como una veterana piloto de competición de NASCAR, virando bruscamente sobre la hierba y regateando entre los rododendros. Yo estaba en el asiento de atrás, sentada entre Kip y Martha, tratando de no aplastar a ninguno de los dos.

Kip lanzó su peluca rosa al aire.

—¡Aaaah! —gritó, echando la cabeza atrás, mientras la peluca aterrizaba en la calzada a nuestras espaldas—. ¡Tras una larga ausencia, la banda vuelve a reunirse! ¡Nunca más nos separaremos! ¡Nos vamos de gira mundial!

«¿Y qué pasa con el vocalista?», no pude dejar de pensar mientras lo miraba. «¿No os estáis olvidando de Jim?».

Cuando llegamos, los teloneros ya habían empezado a tocar. No hubo tiempo para charlar, solo para abrirnos paso ansiosamente entre la muchedumbre que se agolpaba en el exterior mientras Whitley se aproximaba al portero. Martha entró a buscar mesa y Cannon se puso a preguntar a tipos con la cabeza rapada y aliento de Budweiser si les sobraba alguna entrada, lo que me dejó pegada absurdamente a la barandilla lateral.

—¡Entrad sin mí! —le grité a Kip, que acababa de materializarse a mi lado.

—Ni hablar. —Entrelazó su brazo con el mío—. Ahora que te hemos recuperado, no te dejaremos ir jamás. Me voy a pegar a ti como una lapa, chiquilla. Hazte a la idea.

Me eché a reír. Parecía el principio de la primera conversación de verdad de la noche.

Kipling y yo siempre habíamos sido muy amigos. Alto y desgarbado, con el pelo de color cobrizo y «rostro de caballero antiguo» —así se describía a sí mismo—, era la persona más divertida que había conocido en mi vida. Era raro y excéntrico, como el talismán medio roto que podrías encontrar en un expositor polvoriento al fondo de una tienda de antigüedades, sugiriendo a la vez un pasado estremecedor y buena suerte. Era gay, aunque sostenía que le interesaba más una historia bien contada que el sexo, y veía Darrow como un club de campo, no como un lugar donde se supusiera que iba a aprender algo. Quedar con Kipling para estudiar en la biblioteca significaba que te interrumpiera constantemente para contarte anécdotas y hacer observaciones sobre la vida, sus amigos y el sinfín de personajes peculiares que poblaban Moss Bluff, su minúscula localidad natal de Luisiana, como si no estuviéramos reclusos en un cubículo sofocante, agobiados por los exámenes de acceso a la universidad, sino descansando tranquilamente en un porche sin otra ocupación que ahuyentar a las moscas. Aunque era tan rico como todos los demás («dinero de unos grandes almacenes ya extintos»), había vivido lo que él calificaba de «infancia desgraciada» gracias a su madre, la escalofriante «mami Greer».

Poco se sabía realmente sobre mami Greer, aparte de los detalles que Kipling dejaba caer como un puñado de confeti y que le encantaba lanzar al aire sin previo aviso. Cuando Kipling tenía apenas uno o dos años, su madre lo había dejado encerrado y solo durante días en la habitación número 2 del motel Royal Sonaga («en la planta baja, al lado de las máquinas expendedoras, para poder largarse sin pagar»), sin más alimento que una

montaña de pastelillos de bollería industrial y la presentadora de la teletienda como única compañía. La negligencia de su madre había provocado que un pitbull encadenado en un patio trasero atacara a Kipling cuando este tenía cinco años, le arrancara de un mordisco tres dedos de la mano izquierda y le dejara una «minimarca de tiburón» en la barbilla, secuelas que él exhibía como si fueran el Corazón Púrpura. «¡Soy el Fantasma de la Ópera!», decía, extendiendo con alegría su mano mutilada ante tu rostro.

Cuando finalmente un tribunal le quitó la custodia de Kip a su madre y lo envió a vivir con una tía suya que estaba inválida, el pequeño se escapaba constantemente para intentar volver con mami Greer.

Lo último que sabía de ella era que se encontraba en un centro de salud mental de Baton Rouge.

Quise preguntarle a Kip qué tal le había ido ese año, pero justo entonces Whitley, al más puro estilo Whitley, se nos acercó y, sin mediar palabra, me agarró de la muñeca y me arrastró entre la multitud. Había llegado a algún tipo de acuerdo con el tipo de la puerta, que me puso el sello en la mano y me dejó pasar sin entrada. Poco después estábamos todos en una mesa reservada en primera fila viendo a una chica con el pelo hecho un asco que imitaba a Kurt Cobain.

Era raro. El batería se parecía a Jim. No estaba segura de si alguien más se había dado cuenta, pero parecía su hermano pequeño, con sus ojos del color del chocolate con leche, el pelo desgreñado y el aire melancólico de un príncipe desterrado. La música era ensordecedora, tan alta que no se podía ni hablar, así que nos quedamos todos mirando a la banda que tocaba, perdidos en las marismas de nuestros pensamientos.

A lo mejor era yo la única que se sentía perdida. A lo mejor para todos ellos la universidad había sido una gran experiencia, capaz de empequeñecer lo que nos había sucedido en el instituto y de convertir incluso la muerte de Jim en una camiseta desteñida por más de mil lavados.

Tiempo atrás, en Darrow, habían sido una familia para mí. Fueron los primeros amigos de verdad que tuve, un grupo de personas tan brillantes y leales que yo, como una persona nacida en una gran dinastía, no podía sino maravillarme de mi suerte. Habíamos sido un club, una sociedad secreta a la que todos los demás estudiantes de Darrow observaban con envidia (aunque nosotros ni nos diéramos cuenta). La amistad, cuando es tan profunda, te hace perder de vista el mundo exterior. Es tu selecto país de fronteras blindadas, permisos de residencia concedidos de forma arbitraria y cultura compleja que ningún extranjero es capaz de comprender. Verme separada de todos ellos, exiliada por propia voluntad como había estado durante el año anterior, me hacía sentir insignificante y desubicada, con una existencia provisional hecha de maletas, habitaciones alquiladas y calles desconocidas.

La muerte de Jim había sido como un terremoto de los que se tragan ciudades enteras. Aunque yo me había pasado el año anterior convencida de que mis amigos sabían mucho más de lo que decían sobre lo ocurrido, también era consciente de que, con cada día que pasaba, la verdad se alejaba más y más. Había ido consultando el Snapchat de Whitley y de vez en cuando los había visto a los cuatro juntos. Qué felices y despreocupados parecían.

Como si no hubiera pasado nada.

No obstante, ahora me daba cuenta de que las dinámicas entre ellos habían cambiado.

Kip tamborileaba sobre la mesa con la mano mutilada. Whitley miraba el teléfono constantemente. Martha, que parecía estar de un mal humor inusual en ella, apuraba uno tras otro los chupitos que nos servía el camarero (una cosa llamada «Hundimiento del General Grant» que sabía a petróleo sin refinar). La pillé una vez mirándome fijamente, con una expresión algo acusadora. Le sonreí, pero apartó la vista, como una de esas plantas selváticas que se encogen al más leve toque, y no volvió a dirigirme la mirada. En cierto momento vi que Cannon, al acercarse a Whitley para susurrarle algo al oído,

le colocaba el pelo detrás de la oreja, y me pregunté si volvían a estar juntos. Después me pareció que era la costumbre más que otra cosa.

Cuando terminaron los teloneros, yo solo quería desaparecer. Ansiaba tomar un taxi de regreso a Wincroft, subirme a la camioneta de mi padre, largarme y no volver la vista atrás. ¿Qué esperaba? ¿Que la verdad estuviera ahí delante, evidente como una mala hierba que crece entre tulipanes, esperando a que yo la arrancara?

Pero me quedé. Me quedé durante la siguiente actuación y la de después. Me bebí las mulas de Moscú que Whitley me puso delante. Dejé que Kip me ayudara a ponerme en pie y bailé el charlestón con él, y el foxtrot, y me dejé llevar mientras dábamos vueltas entre veraneantes bronceados, hípsters pijos y motoristas tatuados bajo las trémulas lámparas de papel y carteles de barcos hundidos.

«Espero un poco más», me decía, «y saco el tema de Jim».

Cuando terminó el siguiente grupo, Whitley quería regresar a Wincroft, pero nadie encontraba a Cannon. Al final resultó que estaba en el callejón de detrás del bar, ayudando a una chica que había bebido demasiado y se había desmayado al lado de la salida de emergencia.

—He aquí Lancelot —dijo Whitley.

Apoyados en la barandilla, contemplamos cómo Cannon localizaba —con la eficiencia de un lobista en el vestíbulo del Congreso— a las amigas, el bolso, las sandalias y el iPhone que la chica había perdido. Incluso encontró su horquilla para el pelo, que utilizó para recogerse con delicadeza y evitar que siguiera manchándose de vómito. Al verlo, las amigas recién halladas de la chica, igual de borrachas que ella, se quedaron mirándolo embelesadas.

—Tío, ¿tú eres humano?

—¿Tienes novia?

—Pero ¿tú quién eres?

Cannon se pasó la mano por el pelo.

—Soy Batman.

—Ya estamos otra vez —suspiró Whitley.

Cannon no era guapo. Era flacucho y pálido, con el pelo rubio oscuro y las facciones poco marcadas. Pero poseía una intensidad atómica que nunca dejaba a nadie indiferente cuando se desataba sobre el mundo. Con el dinamismo de un ion sumamente cargado y la efectividad de una metralleta, en la primera semana de primer curso Cannon hackeó la intranet de Darrow para mostrar sus puntos débiles (y se convirtió *de facto* en el máximo experto en informática del instituto). Reformó el destartalado jardín de las estatuas y renovó el gimnasio de lucha libre. Fue delegado de clase y organizó marchas, maratones y actividades de recaudación de fondos a favor de las especies en peligro de extinción y los derechos de las mujeres. Cannon era el primero en reconocer que tanto su carácter sociable y extravertido como su activismo eran un mecanismo de compensación por haber sido en su niñez un friki de la informática de pocas palabras fascinado por las películas de Spielberg, las canciones pop ochenteras de The Cure y Ray Kurzweil, sin amigos con los que hablar salvo una mosca imaginaria llamada Pete que vivía dentro de su ordenador. Era hijo adoptivo y había sido criado por una madre soltera, jueza del tribunal supremo de California. Y aunque, a primera vista, ser el novio de Whitley Lansing —superando a los chicos del club de campo de Darrow, que se llamaban igual que su padre y su abuelo y tenían segundos nombres como Chesterton— parecía uno de esos errores por los que la princesa termina accidentalmente con el segundón, cuanto más conocías a Cannon más cuenta te dabas de que el papel de príncipe no era suficiente para él. Él era el rey. O al menos eso era a lo que aspiraba. Era la persona más calladamente ambiciosa que había conocido en mi vida.

—¿Alguna otra damisela en apuros a la que tengas que salvar? —preguntó Whitley cuando Cannon volvió con nosotros, tras haber ayudado a la chica y a sus tambaleantes amigas a meterse en un Uber.

Cannon levantó los brazos en señal de victoria.

—El camarero tiene pinta de estar a punto de pillar un catarro. Pero no. Mi misión aquí ya ha terminado.

—Menos mal, porque necesito dormir o me saldrán ojeras —dijo Kip con un bostezo.

Nos metimos a presión en el Jaguar.

El problema era que, por más veces que Whitley pulsó los botones de la pantalla, el techo del descapotable no subía. Tampoco conseguimos levantarlo manualmente.

Cannon se ofreció a conducir, pero Whitley insistió en hacerlo ella. Empezó a llover a cántaros, con tanta fuerza que en el aire había más lluvia que aire. Los treinta y cinco minutos del trayecto de vuelta se convirtieron en un infierno: estábamos todos encogidos en el asiento de atrás, borrachos y ateridos de frío. En un momento determinado Martha vomitó sobre sus propios pies, mientras tiritábamos bajo la inquietante gabardina London Fog de SE Burt que Whitley había encontrado en el maletero. Whitley empezó a gritar que no veía la calzada. Al tomar una curva, estuvimos a punto de chocar contra una grúa.

El conductor hizo sonar la bocina. Whitley dio un volantazo y los neumáticos chirriaron sobre el asfalto. Todos gritamos cuando el Jaguar se salió de la carretera a gran velocidad y rebotó en la cuneta antes de detenerse. Kip se golpeó la cabeza contra el asiento. Tras apagar el motor, Whitley se puso a sollozar y a gritarle a Cannon que todo era culpa suya, que, como siempre, había tenido que impresionar a unas chicas para calmar su patética inseguridad durante cinco minutos y por eso ahora habíamos estado a punto de morir. Le arrancó de la cabeza la gorra de béisbol y la lanzó a la oscuridad. Después salió del coche hecha una furia, gritó que ya buscaría la manera de volver a casa y echó a correr hacia el bosque. Yo tenía la sensación de que su

berrinche era por la lluvia y por haber estado a punto de matarnos en un accidente de tráfico, pero también por mí y mi aparición sin previo aviso.

Cannon fue tras ella. Al cabo de unos minutos, volvieron juntos. Whitley lloraba y llevaba puesta la sudadera de Cannon. Él la hizo sentarse con cuidado, como a un pájaro silvestre con el ala rota, en el asiento delantero.

—Todo irá bien, Shrieks —le susurró.

Cannon nos llevó de vuelta a casa.

Mientras los cinco entrábamos en Wincroft a rastras, empapados de lluvia y bebidos, sentí por primera vez que todo volvía a ser normal. Como en los viejos tiempos. Di las gracias a Dios por la avería en el techo de aquel descapotable. Nuestra cercanía con la muerte había roto el hielo. Estábamos mareados y nos castañeteaban los dientes mientras nos quitábamos la ropa mojada y la dejábamos en el suelo, en un montón deforme alrededor del cual Gandalf daba vueltas mientras gimoteaba. Whitley desapareció en el piso de arriba. Martha estaba de rodillas ante la chimenea, diciendo con voz quejosa que no se sentía las piernas. Cannon bajó a la bodega, de donde regresó con cuatro botellas de Chivas Regal Royal Salute, y sirvió chupitos en copas de champán rosadas. Whitley arrojó un enorme montón de albornoces blancos sobre el sofá, como si fueran una pila de cadáveres.

—En mi vida había tenido tanto miedo —dijo con una risita nerviosa.

Fue entonces cuando llamaron al timbre.

Nos incorporamos todos de golpe, mirándonos unos a otros, desconcertados. Contándonos mentalmente. Estábamos todos en casa.

—¿Alguien ha llamado a los cazafantasmas? —masculló Martha.

—Ya voy yo —se ofreció Cannon.

Hizo un saludo marcial y desapareció en el vestíbulo. Nos quedamos

escuchando, sin decir nada. Solo se oía la lluvia repiqueteando contra el techo.

Un minuto después, Cannon volvió.

—Es un tío rarísimo, un vejestorio. Debe de tener doscientos años.

—Es Alastair Totters —dijo Martha.

—¿Quién? —le espetó Cannon.

—El malo de *El recodo* que viaja a través del tiempo —musitó Martha.

—No, no —susurró Kip con alegría—. Es el típico pirado con alzhéimer que se larga de su residencia durante una actividad de grupo. Sin la medicación. Siempre es sin la medicación.

—¿Lo invito a tomarse una copa con nosotros? —preguntó Cannon con un suspiro y un guiño malicioso.

—No —refunfuñó Whitley—. Así es como empiezan las películas de terror.

—Capítulo tres —murmuró Martha.

—¡Eh! —dijo Cannon señalando a Wit—. Ese comentario no es muy amable. Yo voy a invitarle a entrar...

—¡NO!

Al momento estábamos todos echándonos una carrera entre risas, tropezando unos con otros mientras entrábamos a trompicones en el vestíbulo para juzgar con nuestros propios ojos, atándonos los albornoces, asomándonos por turnos a la mirilla, chocando las cabezas. Di por hecho que Cannon estaba gastándonos una broma y que no habría nadie en la puerta.

Pero sí. Ahí estaba. Un anciano.

Era alto, con el pelo grueso y plateado. Aunque en la oscuridad no pude distinguir bien su rostro, vi que llevaba un traje oscuro y corbata. Se inclinó hacia delante, sonriente, como si pudiera verme espiándolo.

Cannon abrió la puerta con una inclinación de cabeza.

—Buenas noches, caballero. ¿En qué podemos ayudarle?

El hombre no habló inmediatamente. Algo en su manera de observarnos, inspeccionando metódicamente el rostro de cada uno de nosotros, me hizo pensar que nos conocía de algo.

—Buenas noches —respondió al fin. Su voz era sorprendentemente sonora—. ¿Puedo entrar?

Nadie le contestó; la pregunta era demasiado presuntuosa y extraña. Comprendí que no padecía demencia alguna. Sus ojos —de color verde oscuro, relucientes a la luz del porche— eran lúcidos.

—Ah, es usted el vecino —intervino Whitley mientras se ponía al lado de Cannon—. Si ha venido porque el velero de Burt, el *Andiamo*, está a la deriva frente a su muelle, me pidió que le dijera que ha tenido problemas con el ancla y está buscando un remolcador para la semana que viene.

—No soy el vecino.

Volvió a mirarnos un instante. Su rostro reflejaba expectación.

—Es mejor que hablemos dentro, de verdad.

—Díganos qué quiere —contestó Cannon.

El hombre asintió. No parecía sorprendido. Entonces noté dos cosas extrañas.

La primera: se parecía al señor Joshua, el director de música de Darrow. Por un momento, a mi mente afectada por el alcohol le pareció que era el señor Joshua, y que algo terrible le había sucedido en el año que hacía que no lo veía. Había vivido alguna tragedia que le había hecho envejecer veinticinco años: le habían salido canas y su rostro se había marchitado. Pero no era el señor Joshua. Nuestro profesor de música era menudo y sonrosado, de risa fácil. El anciano era huesudo y de rostro anguloso, unas facciones perfectas para decorar la cara de una moneda extranjera o rematar un monumento en una plaza mayor. Era como si se tratase del gemelo idéntico del señor Joshua, como si los hubieran separado al nacer y hubiesen tenido

vidas completamente distintas, agradable la del señor Joshua y espantosa la del anciano, y eso explicara el aspecto de este último.

La segunda: no había ningún coche en el sendero del jardín, así que la pregunta de cómo podía haber llegado hasta allí sin paraguas y, sin embargo, estar totalmente seco, flotaba en el aire, vagamente alarmante, como un leve olor a gas.

—Estáis todos muertos —anunció.

## CAPÍTULO 3

—**V**aya. Lamento contradecirle, pero me temo que se equivoca.

El anciano se tapó los ojos con la mano y sacudió la cabeza.

—Me he pasado de frenada. Se me ha ido de las manos el efecto dramático. Os pido disculpas. Lo intento de nuevo, ¿de acuerdo?

Carraspeó y sonrió.

—Estáis todos casi muertos. Atrapados entre la vida y la muerte. Vuestro tiempo ha quedado prendido de una astilla, encerrado en una dimensión potencial llamada «vigilia en el nuncamundo».

Satisfecho de sí mismo, asintió y tomó aire.

—Este fenómeno no os afecta únicamente a vosotros. Hay momentos como este que tienen lugar de forma simultánea en el pasado, el presente y el futuro, a lo largo y ancho del mundo y en todo el universo, conocido e ignoto, contractivo y en expansión. El tiempo no viaja en línea recta. Da saltos y vueltas por túneles y puentes. Acelera. Se ralentiza. Incluso descarrila. Bien. Este bucle, por llamarlo de algún modo, es donde existís cada uno de vosotros en este preciso instante. Y donde os quedaréis hasta nuevo aviso.

Hizo una reverencia de veterano maestro de ceremonias de un circo itinerante destartalado, con elegante facilidad y cierto cansancio.

—Soy el Guardián —prosiguió—. No tengo otro nombre. Mi aspecto, mi conducta, mi tono de voz, mi manera de andar, mi rostro, todo lo que digo y pienso es el resultado de la suma de vuestras cinco vidas tal como las habéis vivido. Pensad en una ecuación. Este momento es igual a vuestras almas más las circunstancias del mundo real. ¿Otro ejemplo? Imaginad que alguien pasa

por la batidora la mente de cada uno de vosotros cinco. A máxima potencia. La mezcla resultante es este momento. ¿Y si hubiera alguien más con vosotros? Sería un momento levemente distinto. Yo estaría pronunciando otras palabras. Tendría otro pelo. Otras manos. Otros zapatos. Náuticos en vez de deportivas. Me estoy yendo por las ramas... Las circunstancias del mundo real. Sin duda os preguntáis a qué me refiero. Veamos.

Tomó aire mientras sonreía.

—Todos vosotros estáis, ahora mismo, debatiéndoos entre la vida y la muerte en la cuneta de una carretera litoral. Ello se debe a una reciente colisión frontal con cierto señor Howard Heyward, de cincuenta y ocho años de edad y domicilio en el 281 de Admiral Road, South Kingstown, que conducía una grúa Chevrolet Kodiak. El tiempo se ha detenido. Ha quedado atrapado en una décima de segundo, como una mariposa nocturna en un tarro hermético. Existe una salida, por supuesto. Hay una manera de conseguir que la mariposa salga del tarro y el tiempo corra irrevocablemente libre. Tenéis que votar durante los tres últimos minutos de cada vigilia. Debéis escoger a la única persona de los cinco que sobrevivirá. Esa persona volverá a la vida. Los demás avanzaréis hacia la auténtica muerte, un estado definitivo, pero totalmente desconocido. La decisión debe ser unánime, salvo un único voto discrepante. Solo puede vivir uno. No hay excepciones. ¿Alguna pregunta?

Nadie dijo ni media palabra.

Lo único que pensé fue que, después de todo, estaba mal de la cabeza. Además, parecía como si en algún momento de su vida hubiera sido actor, puesto que había pronunciado el discurso con la voz de barítono del narrador de un western televisivo de la década de 1950 protagonizado por John Wayne. Su entonación era rítmica, clásica y majestuosa. Las palabras le salían sin esfuerzo, como si hubiera recitado el discurso de memoria decenas de veces.

Estaba esperando que alguno de nosotros dijera algo.

Kipling arrancó a aplaudir.

—Bravo.

—Espera —dijo Martha con el ceño fruncido—. ¿Es un vendedor de biblias?

—¿Qué quiere? —preguntó Cannon.

El hombre se encogió de hombros.

—Solo soy el mensajero. No busco gratificación alguna, ni económica ni de ningún otro tipo. No obstante, deseo que os salga bien.

—¿Que nos salga bien el qué? —quiso saber Whitley.

—La votación.

—Oiga —insistió Cannon—, la noche ha sido muy larga. Díganos qué quiere.

—Parece que no habéis asimilado la información que os he dado. ¿Queréis que os lo cuente con otras palabras? ¿Que os lo represente con mímica? ¿Que os haga dibujitos? ¿Que os lo traduzca a otro idioma? El italiano tiende a suavizar el impacto de los pronósticos más siniestros, por eso Dante utilizó esta lengua para el *Inferno*. —Carraspeó—: «*Buonasera. Tra la vita e la morte, il tempo è diventato congelato...*».

—Ya basta —le espetó Cannon—. Lárguese de aquí.

El anciano se quedó impertérrito. Al sonreír, dejó al descubierto unos dientes pequeños y grises.

—De acuerdo. Mucha suerte a todos y que os vaya muy bien.

Bajó los escalones saltando con agilidad y se dirigió al sendero del jardín. En cuestión de segundos, quedó empapado y desapareció en la oscuridad, allí donde no alcanzaban las luces. Oímos sus pisadas chapoteando entre la hierba.

—Me acaba de explotar el cerebro —dijo Martha.

—Es el peor vendedor puerta a puerta que he visto en mi vida —añadió

Kip negando con la cabeza—. Debió de aprender sus técnicas de venta con los Monty Python. ¿Qué nos ha llamado?

—Muertos —susurré.

—Pues vaya. Una cosa es que te digan que eres un muerto de hambre o que no tienes donde caerte muerto, pero que te llamen *muerto*, a secas... Da mal rollo, la verdad.

—Es un fanático religioso —dijo Whitley mordiéndose las uñas—. ¿No os parece? De una secta. ¿Llamo a la policía? Puede que haya más ahí fuera. A lo mejor están esperando para entrar en casa a la fuerza y matarnos o algo.

—Es inofensivo —musitó Cannon.

No obstante, parecía nervioso. Tras observar el sendero vacío con expresión de disgusto, de repente agarró un paraguas y salió corriendo. Justo en ese momento retumbó un trueno con un estrépito ensordecedor y arreció la lluvia. Cannon recorrió el patio mirando a su alrededor y desapareció en el mismo punto que el anciano.

Esperamos en silencio, con aprensión.

Un minuto después, reapareció.

—Debe de haber vuelto a la carretera. No hay ni rastro de él.

—Vamos a comprobar las cámaras de seguridad —propuso Whitley.

Whitley y Cannon bajaron por las escaleras al cuarto de vigilancia. Kip y Martha, murmurando que necesitaban tomarse «algo fuerte» antes del «inminente apocalipsis zombi viejuno», volvieron al salón arrastrando los pies.

Yo me quedé donde estaba, mirando al exterior.

Había algo legítimamente inquietante en aquel hombre mayor. Toda su elocuencia, la formalidad del discurso y su acento —propio de un locutor de la televisión por cable y, a la vez, de alguien que hubiera pasado un año en Inglaterra— parecían querer ocultar algo calculado previamente. Como si lo

que nos había contado solo fuera una pequeña pieza de un plan más ambicioso.

Observé el bosque en busca de movimiento y traté de despejar mi cabeza, pese a la borrachera.

De repente, empezó a sonar música dentro de la casa, superponiéndose a la tormenta con una banda sonora, suavizando el filo de la noche. Con un profundo suspiro, cerré la puerta y pasé el cerrojo. Whitley tenía razón. Seguramente el anciano solo buscaba nuevos adeptos para su secta.

Aun así, pasé junto a Kip y Martha, acurrucados en el sofá acariciando a Gandalf, tomé mi teléfono y salí al pasillo. Mi madre descolgó enseguida.

—¿Bee? ¿Va todo bien?

Por la ansiedad en su tono de voz deduje que tanto ella como mi padre seguían despiertos, sin duda leyendo en la cama: él, una de sus biografías de presidentes de miles de páginas; ella, un *thriller* de James Patterson, aunque seguramente sin concentrarse, pasando la vista cuatro o cinco veces por el mismo párrafo antes de soltar:

—No entiendo por qué ha tenido que ir a verlos. Aún tienen algún tipo de control misterioso sobre ella.

—Si quiere quedar con ellos, está en su derecho, Victoria. Ya es mayor. Y es más fuerte de lo que crees.

Me di cuenta de que no tenía ni idea de por qué la había llamado, salvo para oír su voz.

—Es demasiado tarde para volver en coche, así que me quedo a pasar la noche aquí —contesté.

—De acuerdo, pero tu padre te necesita en el Crow a la hora de abrir. Sleepy Sam nos ha llamado para avisarnos de que mañana le sacan una muela.

—Allí estaré.

Mi madre bajó la voz:

—¿Qué tal con ellos? ¿Puedes hablar? Pareces disgustada.

—Todo va bien. Os quiero.

—Nosotros también te queremos, Bumble. Si nos necesitas, aquí nos tienes.

Colgué. Justo entonces regresaron Whitley y Cannon del cuarto de vigilancia.

—No hay ni rastro de él en las cámaras —anunció Cannon.

—Se ha ido —sentenció Whitley.

—En un concurso de noches raras, esta se llevaría el primer premio —masculló Martha.

—¿No os ha entrado la risa cuando nos ha pedido que lo llamáramos el Guardián? —intervino Kip, negando con la cabeza—. El tipo más bien parecía un Papá Noel de la Europa del Este.

Whitley puso cara de preocupación.

—Esa fue mi contraseña de internet para todo durante años. No bromeo. «El guardián un dos tres».

Al final, llegamos a la conclusión de que no era más que un incidente extraño, una de esas ocasiones en las que la vida lleva los cordones desatados. Mientras la tormenta seguía arreciando, entre el estallido de los relámpagos y el retumbar de los truenos, en un momento dado una gigantesca rama de roble se estrelló contra el suelo del patio posterior y derribó la barandilla entera.

Dimos un salto, mirándonos, sin duda imaginando todos lo mismo: ya estaba aquí el principio de la historia de terror que había tenido en el excéntrico anciano su espeluznante preludio.

Solo que nada ocurrió.

Transcurrió una hora más. Whitley nos contó que había sufrido acoso sexual por parte de su jefe en el bufete de abogados de San Francisco donde

había sido becaria todo el verano. Cannon no sabía si estaba enamorado de su novia, una campeona internacional de esgrima.

—El amor es como un pájaro huidizo —dijo—. Y tú eres un observador de aves veterano en busca de esa extraordinaria codorniz de plumaje rojo que la gente se pasa la vida entera tratando de ver durante tres segundos en un cerezo, en la cumbre de una montaña japonesa.

—Confundes el amor con la perfección —repliqué—. El verdadero amor, cuando está ahí, sencillamente está. Es como una silla plegable de metal.

Al ver que nadie respondía me di cuenta, avergonzada, de que lo había soltado en un torpe intento de sacar a Jim a colación. Y me disponía a hacerlo. Pero entonces Whitley se puso de pie para servirse más Royal Salute y Kipling murmuró que no iba tan bebido desde que tenía nueve años. El momento ya había pasado.

—Yo os diré qué es el amor —dijo Martha mirando al techo—. Es el principio de incertidumbre de Heisenberg. En cuanto piensas que está ahí y le das voz, ya no está. Está por aquí. Y luego, más hacia aquí. Después, allí. No puedes atraparlo ni retenerlo, por mucho que te esfuerces.

Era la primera vez que oía a Martha hablar de esa manera (también debía de serlo para los demás, a juzgar por sus miradas de sorpresa). Su alergia al amor romántico era uno de sus rasgos característicos. Si le preguntabas quién le gustaba, te miraba pestañeando como si tuviera tres cabezas:

—¿Y por qué tendría que perder el tiempo, que es un recurso altamente valioso y cada vez más escaso, en fluctuaciones neurológicas transitorias de adrenalina, dopamina y serotonina?

Cuando veía a parejas yendo de la mano por los pasillos, las evitaba dando un rodeo exagerado.

—Por si es contagioso —aclaraba. Y no bromeaba.

La conversación siguió fluyendo mientras la lluvia golpeaba los cristales.

En cierto momento, Kip se puso a llamarme Santa Bee otra vez, lo que

llevó a Cannon a comentar que yo era la única persona del instituto de la que nadie, ni profesores ni alumnos ni padres ni personal de mantenimiento, ni siquiera una mosca, podrían decir nada malo.

—Y tu bondad ni siquiera es irritante —añadió Cannon.

—¿Os acordáis de esa vez, en clase de Biología —recordó Kip con una sonrisa maliciosa—, que Bee ni siquiera le dijo al señor Jetty que Chad Burman acababa de vomitarle todo el almuerzo en la espalda? Se quedó sentada, respondiendo heroicamente a su pregunta sobre la osmosis, y después pidió permiso para salir del aula.

—Y la excursión a Washington, cuando el señor Miller tuvo que volver a casa porque su mujer estaba embarazada y se encontraba mal, y, en vez de llamar a otro profesor para que viniera a acompañarnos, la señora Guild se lo pidió a Bee.

Estallaron en carcajadas.

—Tampoco fue para tanto —intervine.

Durante esta conversación, Whitley mantuvo un silencio elocuente. Se quedó mirando al suelo con una expresión de displicencia en el rostro, como si no estuviera de acuerdo, como si le estuviera dando la risa.

«¿Cuándo será?», me pregunté con un escalofrío. «¿Cuándo hablaremos de Jim?».

El líder ausente. El sexto integrante del grupo. El que había perdido la vida.

¿No se morían de ganas de hablar de él? Jim, cuya sombra se proyectaba tras él, oscura y alargada, tan cautivador tras su muerte como lo había sido en vida. Jim el poeta. Jim el príncipe.

Por supuesto, todos pensaban en él. ¿Cómo no iban a hacerlo?

Sin embargo, parecía que fuera como el cobertizo cerrado a cal y canto en una finca abandonada al que nadie se atreve a acercarse, mucho menos a mirar en su interior a través de sus ventanas recubiertas de suciedad.

No tardé mucho en quedarme traspuesta. Cuando me desperté y despegué la mejilla de los cojines del sofá, Whitley y Cannon dormían frente a la chimenea tapados con una manta. Kip roncaba en el sillón de dos plazas. Martha era la única que seguía despierta. Aparentemente sobria, estaba sentada en una butaca en la otra punta del salón, leyendo con la barbilla apoyada en la mano.

—¿Qué hora es? —pregunté con voz ronca mientras me frotaba los ojos.

—Las cuatro y cuarto.

Fuera todavía era oscuro y seguía lloviendo.

—No puedo dormir —dijo Martha con una sonrisa lánguida—. Es por el hombre ese. Me siento como si aún estuviera por aquí.

Su comentario me hizo mirar por las ventanas con un escalofrío.

Whitley había encendido todas las luces, así que la enorme rama caída, los jardines, la piscina y el camino de piedra que conducía al muelle estaban bien iluminados.

—Seguro que está todo bien —susurré.

Seguimos hablando, aunque al final los silencios fueron haciéndose cada vez más largos, como la distancia que separa la última hilera de pequeños islotes antes de llegar a mar abierto.

Martha y yo nunca habíamos sido amigas íntimas, aunque habría sido lógico que lo fuéramos. El hecho de ser las únicas alumnas con beca de Darrow nos convertía en dos chuchos recogidos en la calle, de ascendencia humilde y temperamento inquieto, arrojados a una perrera repleta de canes de pura raza y exquisito pedigrí.

Martha había estudiado en Darrow gracias a una beca de física creada por un antiguo alumno y genio de la ciencia que había trabajado en el bosón de Higgs. Había sido la primera ganadora en veintiocho años. Tras obtener el mejor expediente académico de nuestra promoción, se había ido al MIT con la matrícula y todos los demás gastos pagados a cursar Ingeniería matemática.

Había crecido en Filadelfia del Sur. Su padre la había criado solo, y su familia era aún más pobre que la mía. Nunca conocí a su padre, aunque Cannon nos dijo una vez que era propietario de una gasolinera y se hacía llamar Mickey Peanuts. Jim me contó que Martha había tenido una hermana mayor que ella que murió de sobredosis y cuya muerte había sido la razón de que su madre abandonara a la familia. Sin embargo, Martha jamás mencionaba a su hermana y cuando hablaba de su madre siempre era en referencia a un único viaje a Alaska que había emprendido cuando ella tenía diez años.

Habíamos pasado muchas horas juntas y, aun así, yo no sería capaz de decir quién o qué le gustaba a Martha, aparte de una novela fantástica *underground* rarísima titulada *El recodo*. Ese libro era la razón por la que empapelaba su habitación con misteriosos pósteres de trenes de vapor y peinaba los foros de Reddit en busca de otros fanáticos de la obra, los llamados «recodistas». Incluso alguna vez se había disfrazado —sin que, sorprendentemente, se la viera incómoda— con chistera y gafas, o con una peluca de juez británico de color gris, para celebrar el supuesto cumpleaños de algún personaje. Siempre llevaba en la mochila un ejemplar de la novela, un tocho desgastado de más de mil páginas, fotocopiado toscamente y encuadernado con bramante deshilachado, que sacaba al principio de cada clase. Leía, al parecer, para no tener que hablar con nadie.

En el fondo, solo era amiga de Jim. Se habían conocido de pequeños en un campamento para superdotados al que exclusivamente se accedía por invitación, celebrado en una mansión decimonónica del norte del Estado de Nueva York llamada Hijos e Hijas de Da Vinci. Jim estaba allí por haber compuesto un musical sobre Napoleón, que había sido representado en su colegio privado de Manhattan y lo había hecho merecedor de una reseña en la revista *New York*. Martha había sido invitada por haber construido un motor de avión en su garaje.

Jim convenció a Martha para que solicitara plaza en Darrow; fue él quien quiso tenerla cerca. Con los años, Martha se había ido integrando en nuestro grupo. Aportaba a todas las situaciones un contrapunto irónico o metía con calzador referencias a capítulos de *El recodo* que solo ella entendía. Sin embargo, siempre sospeché que su único apoyo auténtico era Jim y que Cannon, Wit y Kip la aceptaban como se acepta una molestia crónica, como el asma o el gato preferido de tu pareja. Jim nunca dejó de insistir en que Martha era extraordinaria y algún día, cuando tuviéramos sesenta años, volveríamos la vista atrás y pensaríamos con incredulidad: «Yo fui amiga de Martha Ziegler».

—Será como decir que fuiste amiga de Stephen Hawking. Será así de famosa.

Martha y Jim tenían un código propio, se reían de cosas que solo les hacían gracia a ellos y se pasaban el brazo por el cuello como quien se cuelga un viejo jersey de punto. Aunque en sí mismo no era algo que me pusiera celosa, a veces provocaba que me fijara en algún detalle de Martha —una mirada grave, un comentario extraño— que me hacía saltar las alarmas y alimentaba mi antigua sospecha de que guardaba un secreto que la quemaba por dentro: estaba enamorada de Jim. Por eso yo nunca le había caído bien.

Yo daba por hecho que la muerte de Jim la había dejado destrozada. Inmediatamente después de la tragedia, en los diez días más o menos que faltaban para las vacaciones de verano, estuvo triste y callada. Abandonó la ceremonia de fin de curso antes que el resto de los alumnos, como un murciélago sobresaltado huyendo de una buhardilla. Estaba agitada. Recordé vagamente que se había marchado del instituto un día antes que yo, de forma repentina, desapareciendo sin decir adiós. Whitley, siempre atenta a todo lo embarazoso que la gente deseaba ocultar, no podía dejar de decir: «A Martha le pasa algo».

Y ahora la tenía aquí, observándome fijamente con esa escrutadora mirada

de teleobjetivo que siempre me había crispado. Lo que la muerte de Jim le hiciera sentir, lo que fuera que hubiese quedado al descubierto, ahora permanecía oculto, como un banco de ballenas azules cruzando a gran velocidad las profundidades de un océano cuya superficie está en calma.

Me di cuenta de que acababa de hacerme una pregunta.

—¿Cómo?

—Me preguntaba si todavía compones bandas sonoras imaginarias.

Se refería a mi afición a crear álbumes para películas que me inventaba. Era algo que hacía sin más. No sabía muy bien por qué. De niña, siempre fui terriblemente tímida. Me daba tanto miedo hablar en clase que algunos profesores creían que era tartamuda o que tenía algún problema de oído. Así que empecé a confeccionar pequeños libros de bolsillo con dibujos y letras de canciones para películas que me gustaría que existieran, como la banda sonora de *La letra con sangre entra*, un filme de vampiros adolescentes. O *Dove Nova*, un largometraje biográfico sobre una estrella del pop juvenil de Suecia que se esfuma sin dejar rastro y cuya desaparición nunca llega a resolverse. Los álbumes no tenían sentido. Ni siquiera era capaz de explicar por qué los producía, más allá de que me gustaba imaginar que eran objetos reales de un mundo alternativo que existía en paralelo a aquel que conocemos, un mundo donde yo no era tímida, las palabras que me callaba no se me agolpaban en la boca como canicas y nunca me faltaba el valor. Esos álbumes eran mis «¿y si?», mi zoo de cristal, como decía Jim.

En primer curso, una noche con tormenta de nieve, todo el instituto estaba en el auditorio con motivo de la fiesta de fin de trimestre cuando se fue la luz. Se me había roto el vestido por la espalda, así que dejé a Jim para volver a mi habitación y cambiarme. Para mi sorpresa, me encontré a Martha en la sala de estar común, a oscuras, leyendo *Orgullo y prejuicio* a la luz de una linterna, tan absorta que no se había dado cuenta de que una de las ventanas estaba abierta de par en par y, en la esquina, iba acumulándose la nieve, que ya tenía

ocho centímetros de grosor. Terminamos pasando dos horas juntas, las dos solas, sin nadie más. Fue la única vez que lo hicimos. Por alguna razón, probablemente con la esperanza de que las cosas fueran menos incómodas entre nosotras, le enseñé mi colección de álbumes imaginarios. Desde entonces, cuando estábamos solas, solía preguntarme por ellos, como si fuera un tema comodín que le sirviera para darme conversación. A veces era un poco molesto.

—No —respondí fingiendo un bostezo—. La verdad es que no. Creo que voy a buscar una cama en el piso de arriba.

Martha asintió muy seria.

—Buenas noches, Beatrice.

Me retiré discretamente —Martha volvió a enfrascarse en su libro— y subí al primer piso. Mi cuarto de invitados preferido estaba al final del pasillo. Levanté el edredón y me metí en la cama.

Cualquier otra noche, los recuerdos de esa habitación me habrían mantenido despierta. Yo estaba hecha un ovillo bajo la gruesa ropa de cama, como siempre. Solo faltaba Jim acurrucado junto a mí, componiendo a la luz de su teléfono móvil.

Puse la alarma a las seis en punto y cerré los ojos. Me iría sin hacer ruido antes de que se despertaran.

Y así, para bien o para mal, se cerraría mi último capítulo en Wincroft.

## CAPÍTULO 4

Cuando me desperté, era de día.

Estaba helada y cubierta de sudor. No, no era sudor, como comprendí un momento después, parpadeando. Era lluvia. Estaba empapada porque me encontraba en el asiento trasero del Jaguar descapotable, que aún tenía la capota bajada. Alguien (al parecer, muy borracho) lo había aparcado en un parterre de flores del jardín delantero de Wincroft. Seguía lloviendo a cántaros. Kip y Martha estaban a mi lado. Su expresión era de gran extrañeza.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Kip. Estaba calado hasta los huesos y tenía los ojos rojos. Le colgaba una gota de lluvia de la punta de la nariz—. ¿A dónde nos llevas?

No tenía ni la más remota idea de a qué se refería. Salí del coche a rastras, eché a correr por el camino que llevaba a la casa y abrí de golpe la puerta de entrada. Estuve a punto de chocar con Whitley. Estaba en el vestíbulo, quieta como una estatua, con la misma ropa que llevaba la noche anterior. Me miró detenidamente con tal expresión de consternación que enseguida comprendí que había sucedido algo terrible.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Pasó junto a mí y se puso a mirar desde la puerta, sin decir nada.

La dejé donde estaba y fui a la cocina apresuradamente. Temblando, repasé mi propio cuerpo. Estaba todo bien. Tenía la cabeza despejada. No obstante, por alguna razón, me había quedado dormida. No me iba a dar tiempo de llegar al Crow antes de abrir. A mis padres les iba a costar mucho seguir el intenso ritmo de la clientela de la mañana, después llegaría el almuerzo y mi

padre iría tan apurado que se olvidaría de mencionar los platos del día a los comensales, y mi madre lo usaría como excusa para decir que no era necesario seguir preparando platos del día, que eran demasiado caros, lo cual, en ocasiones, era suficiente para que empezaran a discutir, lo que no hacían casi nunca.

Cannon estaba de pie, junto a la isla de la cocina, tecleando en su portátil abierto.

—¡Ven, mira! —gritó por encima del hombro. Al parecer, me había tomado por Whitley—. El *New York Times*. Exactamente lo mismo.

Fui a su lado. Estaba muy alterado y nervioso, como si se hubiera tomado seis cafés.

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —repitió mis palabras en tono burlón mientras se volvía hacia mí. Me puso la mano en la cabeza y me hizo dirigir la vista a la pantalla.

—«El Senado presiona a favor de una nueva iniciativa sobre inmigración» —leí.

—La fecha —me espetó.

—Viernes, 30 de agosto. ¿Y?

—¿Y? ¡¿Y?! ¡Es ayer!

Se puso a teclear con el ceño fruncido hasta que se cargó la página de la CNN.

—CNN. El *Post*. *Time*. Todos dicen lo mismo.

Me plantó su iPhone en las manos. Parpadeé como una tonta mientras leía la fecha, superpuesta a la fotografía de la que debía de ser su novia, la campeona de esgrima.

Cannon tenía razón. «30 AGO. 17:34»

Tenía que haber un error en la línea internacional de cambio de fecha. Los terroristas habían hackeado la red. Como si me leyera el pensamiento,

Cannon me enseñó su reloj de pulsera. Las manecillas marcaban las 17:35. El día, el 30.

—¿Cómo va a meterse un hacker en mi TAG Heuer?

Me quedé mirándolo sin decir nada.

En ese momento le sonó el teléfono. Era una tal Alexandra. Me arrancó el móvil de las manos.

—Alex, espera. Un momento... Un... Dime qué hora es y en qué día estamos. Fecha y hora. Te lo explicaré enseguida... ¿Podrías decirme qué día es hoy, joder? No te estoy pidiendo que me recites la Declaración... ¿PODRÍAS CERRAR EL PICO DE UNA VEZ Y DECIRME...?

Fuera cual fuese la respuesta de la pobre Alex, Cannon lanzó el teléfono con furia contra las puertas corredizas de cristal. Se derrumbó sobre el sofá, mirando al suelo con ojos desorbitados. Corrí a por mi bolso y extraje mi móvil de su interior, lo cual resultó bastante extraño, pues la última vez que lo había visto estaba en el piso de arriba.

En mi teléfono ponía lo mismo: «30 de agosto». Con un escalofrío de terror, marqué el número de mi madre.

—Hola, Bumble...

—¿Mamá? ¿Mamá? ¿Dónde estás?

—Estamos yendo al Dreamland para ver *Luna nueva*. ¿Qué te pasa?

—¿No la visteis ayer?

—¿Ayer?

—Mamá, ¿qué día es hoy?

—¿Qué? ¿Por qué gritas?

—La fecha. ¿Qué fecha es hoy?

—Hoy es... viernes, 30 de agosto.

—¿Estás segura?

—Estoy viéndolo en el reloj del coche.

—Hoy es 30 —intervino mi padre al fondo.

—Mamá, anoche te llamé. ¿Lo recuerdas?

—¿Anoche? ¿Pero qué dices?

—Anoche te llamé y te dije que me quedaría a pasar la noche en Wincroft. Y tú me pediste que estuviera en el Crow a la hora de abrir porque a Sleepy Sam tenían que arrancarle una muela.

—¿Sam va a faltar mañana? ¿Y te llama a ti? Sam va a faltar mañana —le dijo a mi padre.

—Hemos comprobado veinte veces que tenga nuestro número... ¿y ahora va y llama a Bee?

—Bee, ¿qué está pasando ahí? ¿Estás mal? ¿Por qué no vamos a buscarte? Colgué con el corazón latiéndome en los oídos.

Mi madre volvió a llamarme, pero yo estaba demasiado alterada para contestar.

Me senté en el sofá e intenté tranquilizarme. Tenía que ser algún tipo de sueño lúcido. Me obligaría a mí misma a despertarme. «Despiértate». Al cabo de un momento me di cuenta de que Kip y Martha habían entrado. Estaban de pie, rígidos, con expresión desconcertada, como si fueran sonámbulos y acabaran de despertarse. Whitley volvía a estar en la cocina. Sus gestos eran lentos, como si fingiera ser una astronauta andando sobre la luna.

—¿Qué es esto? —susurró Kip con voz apenas audible—. ¿Ha habido un terremoto? ¿O ha llegado el fin de los días en todo el mundo y nos estamos dando cuenta ahora?

Justo entonces sonó el timbre.

No esperé a los demás. Me levanté de un salto, corrí por delante de Kip y Martha y abrí de golpe la puerta de entrada.

—A lo mejor esta vez me invitáis a un té —dijo el anciano.

## CAPÍTULO 5

—Lo primero que tenéis que hacer es mantener la calma —dijo el Guardián—. El pánico no es buen consejero.

Estaba preparando té.

Lo había pedido nada más entrar, pero todos estábamos demasiado alarmados como para reaccionar a lo que nos decía, así que, por increíble que pudiera parecer, se había puesto a preparárselo él mismo. Llenó la tetera, encendió el fogón de gas y cogió una taza de la alacena, como si hubiera estado en la casa muchas veces.

—Por si os sirve de consuelo, recordad esto —prosiguió, mientras sus dedos enderezaban ágilmente su corbata de seda azul oscuro. La luz del techo la iluminaba directamente y distinguí en ella un estampado de ciervos que se parecían al venado que presidía la entrada de Darrow—. Otras personas han pasado por el nuncamundo antes que vosotros. Muchas más lo harán después. Centenares de millones de personas morirán sin haber tenido la oportunidad que se os presenta a cada uno de vosotros. Así que debéis verlo como un regalo. Una ocasión para cambiar la historia, ya que vuestra decisión sobre quién debe seguir viviendo afectará a miles de millones de momentos del futuro que corren hacia la eternidad. Dicho de otro modo, hay un precedente, no estáis solos. Debéis confiar los unos en los otros. Cada uno de vosotros es una llave y los demás son vuestros cerrojos. Esto no es una pesadilla ni un sueño. Es una grieta por la que iréis cayendo hasta que votéis. Cuanto antes aceptéis dónde estáis, antes escaparéis todos.

La presencia del anciano, con el mismo traje oscuro y la misma voz

majestuosa, resultaba tan incongruente y extraña que ninguno de nosotros era capaz de prestar atención a sus palabras. Whitley y Kip estaban de pie junto a la isla de la cocina, boquiabiertos, mirándolo fijamente, como si fuera un fantasma. Martha estaba en el sofá, totalmente inexpresiva, con los pies clavados en el suelo, como si tuviera miedo de desmayarse. Yo estaba haciendo lo posible por seguir su discurso, por si había alguna pista que pudiera revelar quién era en realidad. Sin embargo, mi mente no dejaba de gritar: «Es una broma. Es una broma». Tenía que serlo. Alguien —unos terroristas internacionales, unos hackers de Anonymous o algún otro grupo— estaba gastándonos una broma ingeniosa y cruel.

Me di cuenta de que Cannon había desaparecido en el piso de arriba. Cuando volvió, arrastraba su bolsa de viaje.

—Me marchó —anunció.

—¿Qué? —preguntó Whitley alarmada—. ¿A dónde?

—Al aeropuerto.

—Pero si es ayer —respondió Kip.

—No, no lo es. Claro que no. Vale, ya sé que no podemos comprenderlo, pero tiene que haber una explicación. Estoy seguro de que el Departamento de Física de Harvard está investigando el fenómeno en este preciso instante.

—Me temo que el Departamento de Física de Harvard desconoce vuestra peliaguda situación —terció el Guardián mientras escurría la bolsita de té con la cucharilla—. Están demasiado ocupados tratando de resolver la gravedad cuántica. En concreto, la catástrofe del vacío.

Cannon lo miró con frialdad.

—Me voy a casa.

—¿Y qué harás? —preguntó Kip—. ¿Quejarte? ¿En plan «mamá, hoy vuelve a ser ayer»?

Cannon se encogió de hombros.

—Ni loco me quedo aquí con este tipo.

Se marchó. Oímos cerrarse de golpe la puerta de entrada. Entonces, de repente, Whitley echó a correr tras él. Y Kipling. Y también Martha. Iban todos a la carrera, huyendo despavoridos como si acabaran de decirles que el anciano llevaba un cinturón de explosivos. Agarraron las llaves de los respectivos coches, los bolsos, los jerséis, los teléfonos. No quería quedarme a solas con él, así que agarré mi bolso y salí corriendo hacia la lluvia torrencial. Los vi subir a toda prisa a sus automóviles, encender los motores con un rugido y poner en marcha los limpiaparabrisas. En lo que tardé en hacer arrancar la Dodge y dar marcha atrás, los otros cuatro vehículos habían desaparecido.

El Guardián había salido de la casa y estaba en los escalones de la entrada. Tomó un sorbo de té.

La realidad de la situación, el hecho de que estábamos dejando solo en la casa a un perfecto desconocido, era demasiado brutal como para asimilarla.

—¡No te preocupes! —me gritó desenfadadamente por encima de la lluvia—. Te prometo que no voy a robar la cubertería de plata.

Pisé el acelerador. Mientras descendía con gran estruendo por el camino que llevaba a la carretera, tuve la nítida sensación de que me perseguían. Sin embargo, al doblar otra curva, no vi a nadie detrás de mí. Cuando volví la vista hacia Wincroft por última vez, mientras la mansión de ladrillo rojo se hundía tras la colina, incluso el Guardián parecía haber desaparecido.

Empezó a oscurecer. La lluvia caía implacable bajo un cielo negro y azul. En cuanto avancé unos kilómetros, escudriñando con la mirada a los demás conductores para comprobar que eran personas de carne y hueso y no fantasmas, extraterrestres o zombis (la mayoría me devolvían la mirada sorprendidos, preguntándose qué mosca me habría picado), empecé a relajarme. Todos los conductores parecían seres humanos vivos, normales y

corrientes: mascaban chicle, cambiaban de emisora de radio y se los veía perfectamente conformes con el día y la hora en que estábamos.

Todo era normal.

Volví a llamar a mi madre.

—¿Bee?

—¿Dónde estáis?

—En el cine. ¿Qué está pasando? Nos hemos asustado antes, por cómo hablabas...

Conduje directamente al Dreamland de Westerly. Mis padres me esperaban fuera, lívidos. Aparqué en el carril de bomberos y, sin apagar el motor, abrí la puerta con ímpetu, eché a correr y los abracé.

Eran de verdad. No estaba soñando. Todo iba a ir bien.

Mi madre estaba muy preocupada.

—Nunca más vas a volver a hablar con nadie de ese grupo...

—Victoria... —la reprendió mi padre.

—¿Qué? Mírala. Está hecha polvo. No volveremos a pasar por esto. Me niego. Esos chicos son malas personas. Unos malcriados. Vivirán toda su vida tan tranquilos, sin mirar atrás para ver los destrozos que dejan a su paso, con su papá y su mamá corriendo tras ellos para arreglarlo todo con una criada y un talonario de cheques.

—Son solo unos críos.

—Pues «solo unos críos» dejaron a nuestra hija sin poder apenas comer ni dormir durante dos meses, no sé si lo recuerdas.

—Eso fue por el choque. Y la pena.

Yo lloraba, pero, por supuesto, ellos no podían ni imaginar que, en realidad, eran lágrimas de alivio. El día que ya había transcurrido —fuera el que fuera— no había sido real.

Esto era real.

Logré calmar a mis padres y fuimos a cenar al Shakedown. Charlamos con

Artie, que nos invitó a pastel de manzana. Dimos un paseo por la pasarela y hablamos de la enésima oferta de los promotores inmobiliarios, que le habían dicho a mi padre que vendiera el Captain's Crow para que ellos pudieran construir bloques de pisos. Aunque mis padres estaban alarmados, no solo por mi repentina aparición, sino por el inusual entusiasmo con el que me disponía a pasar una velada con ellos —algo que había hecho con relativa apatía durante todo el verano—, no dijeron nada. Fingieron creer mi excusa para irme de Wincroft de repente:

—Tenía que largarme de allí. Ya no tenemos nada en común, ¿comprendéis?

También aceptaron sin rechistar mi frenética necesidad de alargar la noche —avanzar un poco más por la pasarela, mirar los cuadros de veleros de los escaparates de todas y cada una de las galerías de arte, ir hasta los viejos columpios de la playa junto a la pared con el grafiti «La vida es sueño»— para posponer lo inevitable: volver casa en coche y meterme en la cama.

Me daba miedo dormir, porque el hecho incontestable de que ese día yo ya lo había vivido me perseguía como una canción pop pegadiza que odias, pero no consigues quitarte de la cabeza.

Llegamos a casa justo después de medianoche. Mi padre llevó la Dodge RAM porque dije que estaba demasiado cansada para conducir, aunque el verdadero motivo era que me daba miedo quedarme sola en el coche. Entramos en casa en fila, mi padre bostezaba. Mi madre cargó el lavaplatos.

—¿Te quedas conmigo hasta que me duerma? —le pedí.

—Claro. —Sonrió, pero noté que la pregunta la había inquietado. La última vez que se lo había pedido fue cuando Jim acababa de morir.

Se sentó en mi cama y hablamos de cambiar la carta del Crow y de la votación ciudadana para demoler un puente levadizo. Yo sabía que ella quería hacerme preguntas sobre mis antiguos amigos y lo que había sucedido esa noche, pero al final no lo hizo.

En un momento dado, se levantó para inspeccionar el papel pintado con margaritas blancas que decoraba las paredes de mi habitación.

—No puedo creerlo. Tu padre me dijo que lo había arreglado.

Rascó un extremo del papel en una esquina y tiró del borde. Al momento se despegó un buen trozo.

—¿Qué es esto, una broma? ¡Aquí hay moho!

—Es una señal de que papá y tú deberíais vender el Crow, jubilaros y marcharos a Florida.

Cruzó los brazos.

—¿Te parezco el tipo de persona que se pondría una visera?

Empecé a notar que me vencía el sueño. Mi madre comentó algo sobre mi padre y sus problemas de espalda, y que le dolía más de lo que reconocía. Me dormí agarrada a su mano.

La mano de mi madre era de verdad. Lo que había sucedido antes no lo era. ¿Conque al día ese le había dado por repetirse? Pues a lo mejor no era para tanto.

La de mentiras que se inventa tu mente para que te sientas a salvo.

La mente hace todo lo posible por suavizar el impacto de las catástrofes. Lo intenta de verdad. Pero entonces la distancia entre la realidad y la fantasía que te has construido se hace tan grande que ni siquiera la mente puede soportarlo. Todas las palabras de apoyo y consuelo, la confianza en que al final todo saldrá bien, no pueden evitar estirarse, romperse y acabar reducidas a la nada.

Y entonces te despiertas gritando. Me desperté bajo la lluvia torrencial en el asiento trasero del Jaguar, con Martha y Kipling otra vez a mi lado. Cuando entré en la casa a toda prisa, dejándolos atrás, temblaba tanto que tuve que sentarme en el sofá, con los pies separados y las manos en las rodillas, intentando no hiperventilar.

Otra vez aquí. De nuevo en Wincroft. Por lo menos estaba viva.

Pero ¿eso era vida?

Gandalf corría en círculos por el salón, ladrando.

—No. No. ¡No! —gritó Cannon.

Estaba en la isla de la cocina, tecleando otra vez en el portátil, aunque en esta ocasión —sin duda, tras ver que la fecha volvía a ser la misma— lo cerró de golpe y lo lanzó a la otra punta de la habitación.

Aturdida, al levantar la vista me di cuenta de que Whitley estaba fuera, en mitad de uno de sus arrebatos de furia. Completamente empapada, estaba arrancando las sombrillas blancas de las mesas de jardín y arrojándolas por encima de la barandilla.

En Darrow, su cólera era legendaria.

«Brotos psicóticos», murmuraban las malas lenguas.

Siempre me había parecido envidiable que Whitley pudiera ser tan guapa y tan lista y, por si fuera poco, además le trajera totalmente sin cuidado montar un numerito o refrenar sus intensas emociones. Me parecía injustamente glamuroso, como si Whitley fuera la indomable protagonista de una novela victoriana. Incluso la expresión que solía utilizarse en los cotilleos del instituto —el «carácter Lansing»— sonaba maravillosamente clásica, como el nombre de una enfermedad exótica incurable. Yo ansiaba ser tan temperamental como ella. Ante el conflicto, Wit se lanzaba a la batalla. Yo me quedaba paralizada. Whitley echaba la cabeza atrás y chillaba. Yo me quedaba en silencio. Su furia era olímpica, de cinco estrellas, varias veces platino. Procedía de algún rincón en llamas de su interior que ni siquiera ella podía explicar. Con el rostro colorado y los ojos encendidos, hacía trizas su habitación de la residencia, arrancaba las páginas de sus libros de texto, daba puñetazos contra las paredes, volcaba las mesas, increpaba a los profesores sin tacto, piedad ni preocupación por las consecuencias de sus palabras. En esos momentos, yo siempre pensaba que Whitley estaba viendo un mundo

alternativo, invisible para todos los demás, algo tan feo y amplio que no había palabras que permitieran expresarlo.

Sus arranques acababan llevándola a la enfermería. La habrían echado del instituto de no ser por su madre, Linda, presidenta del grupo farmacéutico Lansing Drugs, quien volaba desde St. Louis, envuelta en su grueso abrigo de visón, para arreglar las cosas, lo que solía traducirse en financiar otra ampliación de la biblioteca. Esa era la razón por la que Whitley tenía un permiso especial para salir del instituto y acudir a la consulta de un psicólogo de Newport. Cada vez que Whitley tenía un ataque, yo corría a su lado y me agarraba a ella, como un astronauta que intenta impedir que su compañero desaparezca flotando en el espacio exterior.

Pero esta vez, mientras la veía agarrar una tumbona y lanzarla por la barandilla entre gritos, no podía hacer más que observarla sin hacer nada, incapaz de moverme. No podía ayudarla. No podía ayudarme a mí misma.

Kipling y Martha habían entrado también y estaban observando la cocina como si fueran los dueños de una finca que han ido de inspección tras un tornado.

—Tenemos que llamar a alguien —dijo Kipling con voz temblorosa—. El FBI, o quizá la CIA.

—¿Y qué les decimos? —replicó Martha, volviéndose a mirarlo—. ¿Que el tiempo se ha convertido en un disco rayado?

—Tiene que haber más gente a la que le esté pasando lo mismo. Es una emergencia nacional.

—Seguro que Anderson Cooper ya está en ello —murmuró Cannon. Estaba en el suelo, con las manos entrelazadas en torno al cuello como si se hallara en un refugio antiaéreo—. «Hoy. Una nueva noticia de última hora. Hoy es ayer. Otra vez. Les iremos contando más a medida que no pase nada nuevo. Cuéntenos sus experiencias en Twitter con el *hashtag* #ElDíaDeLaMarmota».

Kipling tomó el mando a distancia y encendió el televisor. Fue pasando de canal en canal. En todos ellos, la emisión era la habitual. «Después de la publicidad, les enseñaremos a preparar una tortilla en tres minutos». «El blanco se queda blanco, y los demás colores, como nuevos».

Entonces llamaron al timbre.

Nadie se movió.

En cuestión de segundos, el Guardián ya estaba dentro. Tenía una expresión compasiva en el rostro, puede que incluso paternal. A estas alturas, había algo insidioso en él: el mismo traje, la misma corbata. Me entraron ganas de vomitar.

—Este va a ser vuestro peor momento —declaró—. La segunda vigilia es la más dura.

—Díganos qué tenemos que hacer —pidió Martha.

—Ya os lo dije: votad.

«Votad». Como si solo tuviéramos que decidir entre girar a la derecha o a la izquierda.

Whitley debía de haber visto al anciano desde fuera, porque de repente abrió la puerta corredera con un golpe seco y se quedó en el umbral, jadeante, mirándolo con rabia. A su alrededor la lluvia caía con gran estruendo, como en una escena de tormenta de una película antigua. Antes de que nadie pudiera detenerla, entró de un salto. Agarró un jarrón chino de encima de una mesa y golpeó al anciano en la cabeza.

El hombre cayó desplomado. Cannon corrió hacia Whitley, pero ella lo apartó con un codazo brutal, agarró al Guardián por la corbata y lo obligó a sentarse en una silla. A continuación, entró en la cocina como una exhalación. Se puso a abrir los cajones hasta el fondo y a arrojar al suelo cacerolas, cucharones y espátulas.

—El ciclo de la violencia es, de hecho, una negación estéril de la realidad —dijo el Guardián mientras se sujetaba la cabeza con las manos.

Whitley volvía a estar delante de él; esta vez, provista de bramante. Le ató las muñecas con ferocidad. Para cortar el hilo, blandió un cuchillo de carne de treinta y cinco centímetros a escasa distancia de su mandíbula. Con los dientes apretados, se agachó para acercarse a sus tobillos. El Guardián no protestó. Se limitó a mirarla con perplejidad, como un padre cuyo hijo de cuatro años decide enterrarlo vivo en la playa.

Whitley arrastró un taburete y se sentó ante él. Se apartó el pelo de delante de los ojos.

—Habla.

—¿De qué? —preguntó el Guardián.

Whitley lo abofeteó en la mejilla con todas sus fuerzas.

—¡Whitley! —Cannon se lo reprochó.

—Cuéntanos quién nos ha hecho esto y cómo podemos salir de aquí.

El Guardián cerró los ojos.

—Ya os lo he dicho: votad. En cuanto al quién, hay infinidad de posibilidades. El Universo, Dios, la Providencia, el Ser Supremo, el Todopoderoso, Adonay, Ahura Mazda...

Whitley le propinó otra bofetada.

—Wit —susurró Kipling—, ¿crees que es buena idea ponerse en plan Tarantino con este pobre hombre?

—No es un pobre hombre. Está jugando con nosotros.

Volvió a abofetearlo. El Guardián se mantuvo impasible; le sangraba la nariz. Yo me eché a llorar. Aun así, no intenté detenerla. Ninguno lo hizo. Nos quedamos allí, paralizados, preguntándonos sin duda —por terrible que fuera admitirlo— si hacerle daño al Guardián serviría para descubrir algo, cualquier cosa que pudiera poner fin a ese infierno. Nos confesaría que era todo un juego muy elaborado; caería el telón, el decorado se estrellaría contra el suelo. Nos reiríamos. «Qué divertido. Ahí te has quedado conmigo». Al mismo tiempo, no podía evitar albergar la esperanza de que, como en las

numerosas pesadillas que había tenido de pequeña, si las cosas se volvían lo suficientemente raras, el sueño estallaría al fin y yo me despertaría.

Whitley le pegó de nuevo.

—En los tres últimos minutos de cada vigilia tenéis que votar cuál de vosotros va a sobrevivir...

—¿Por qué solo puede seguir viviendo uno? —preguntó Martha incisivamente, poniéndose al lado de Whitley.

—No puedo explicaros los cómo y porqués del nuncamundo. Vienen determinados por vosotros.

—Pero si el tiempo se ha detenido —quiso saber Cannon—, ¿cómo es que podemos volver a nuestra vida normal?

—Solo durante once coma dos horas. Seiscientos setenta y dos minutos. Lo que dura vuestra vigilia. Para Cannon y Whitley son seiscientos setenta y cinco. Al final de ese plazo, os despertaréis todos en el nuncamundo otra vez, tan inevitablemente como la carroza de Cenicienta convirtiéndose en calabaza a medianoche. Aunque vuestro accidente ha causado un enganche en el tejido espaciotemporal, una arruga en la tela, el mundo presente no ha desaparecido. Sigue vivo a vuestro alrededor, con una bala en la recámara.

—¿Cuál es el significado de nuestra hora de llegada a la vigilia? —inquirió Martha.

—El principio y el final de cada vigilia depende de un número infinito de factores, como la violencia del impacto, la fortaleza de la conexión y el azar.

Whitley, aparentemente incapaz de escuchar una sola palabra más, lanzó el cuchillo al suelo. Agarró su teléfono, que estaba en la isla de la cocina, y tuvo una conversación brusca e ininteligible antes de colgar y calzarse las Converse.

—¿Dónde vas? —preguntó Cannon.

—Al T. F. Green.

Era el aeropuerto para aviones privados de la afueras de Providence.

—Acabo de reservar un vuelo a Hawái. Salimos dentro de una hora. Vamos.

—Me temo que eso no va a cambiar nada —observó el Guardián.

Whitley lo fulminó con la mirada.

—Estaremos en un avión a treinta y seis mil pies de altura sobre el océano Pacífico a la hora en que termina la... ¿cómo la llamas, la «vigilia»? ¿Y qué se supone que va a pasar? ¿Nos esfumaremos de nuestros asientos como en un truco de magia de Willy Wonka?

—Ya lo veréis —respondió el Guardián.

Se fueron todos con Whitley, menos yo.

No pude. Estaba demasiado abatida, demasiado asustada como para alejarme tanto de mis padres y quedar atrapada en una caja en mitad del cielo con ellos.

Ellos.

Ahora, para mí, eran «ellos». Yo no formaba parte de ese grupo. Ahora ya no. Si algo había dejado claro esa situación, era lo siguiente: esas personas en las que había depositado todo mi amor y confianza en el pasado, se habían convertido ahora en unos perfectos desconocidos.

¿Qué habría hecho yo para merecer esto? ¿Para terminar en el infierno con «ellos»?

No podía pensar en eso. No, no podía dejar que mi mente siguiera por ese camino. Tenía que aferrarme con fuerza al momento presente. Eso era todo lo que podía afrontar.

Los vi subir, con distintos niveles de convicción, en el todoterreno de Cannon. Era evidente que sospechaban que el plan de Whitley, un precipitado viaje en dirección oeste rumbo a una isla tropical, no iba a funcionar. Aun así, siguieron adelante. ¿Por solidaridad? ¿O por una última y vana esperanza de

que sirviera para algo, de que el Gulfstream V de Linda atravesando las nubes rosadas como algodón de azúcar, con asientos de cuero beis y bandejas de rodajas de mango dispuestas en abanico, fuera la escapatoria, el agujero espaciotemporal, la tarjeta «Salga gratis de la cárcel» del Monopoly que nos permitiría despertar de la pesadilla?

Bajé los escalones a trompicones, sin ser apenas consciente de la lluvia que me empapaba mientras subía a la camioneta. Al dar marcha atrás, vi que el Guardián había logrado desatar los nudos de Whitley. Volvía a estar en la entrada, con el rostro colorado y manchado de sangre, con Gandalf a su lado, como si el perro le hubiera pertenecido siempre.

Esta vez, el anciano no pronunció una sola palabra. No le hizo falta. La sonrisa que me dirigió mientras pasaba ante él en la camioneta lo decía todo.

«Hasta luego».

## CAPÍTULO 6

**N**o puedes quedarte despierto.

Lo intentamos. Por más tazas de café o latas de Red Bull, Monster o cualquier otra bebida energética que bebas, por muchas cápsulas de cafeína o ginseng que te tragues, tu cuerpo termina arrastrado al sueño más intenso y profundo que hayas sentido en tu vida. Lo siguiente de lo que eres consciente es de volver al punto de partida.

De regreso a la vigilia.

Tampoco puedes matarte.

Kip lo intentó. Se ahorcó con uno de los cinturones de SE Burt en un dormitorio del piso de arriba. Yo no lo vi. Me lo contó Martha. La siguiente vigilia, como siempre, volvía a estar a mi lado en el asiento trasero del Jaguar, con cara de salud y ni rastro de manchas negruzcas o amoratadas en el cuello.

Como si no hubiera pasado nada.

—Somos inmortales —comentó Cannon—. Deberíamos tomar el control de la Casa Blanca.

—¿En once horas y doce minutos? —replicó Martha—. No da tiempo ni a llegar a Chicago en coche, mucho menos a dominar el mundo libre.

Contárselo a tus padres. Llamar a la policía. Conseguir que detengan al Guardián. Llamar a un psiquiatra. Ingresar voluntariamente en la unidad de salud mental del Butler Hospital y rogarle al médico de guardia que consiga que sea mañana, por favor. Confesarte con un sacerdote. Contárselo a un autobusero, a un taxista, a la agotada camarera de la cafetería veinticuatro

horas que ha visto de todo, a la señora mayor encorvada de la sección de congelados del súper que compra una cantidad escandalosa de minipizzas rellenas de *pepperoni*, al hombre con cazadora de cuero que busca anillos de compromiso en unos grandes almacenes de bajo coste. Leer los doscientos cincuenta libros de la sección de ciencias de la biblioteca pública de Warwick y tropecientos libros de texto de Google Books para intentar descubrir si alguna vez en la historia de la humanidad algún gran sabio, como Copérnico, Aristóteles, Darwin o Hawking, ha escrito o al menos insinuado algo sobre anomalías cronológicas, salas de espera cósmicas, loterías letales en el limbo o terrarios humanos en el infierno.

—¿Podrías repetirme la materia que buscas, por favor? —me preguntó la bibliotecaria.

—Lo llaman el nuncamundo.

Tras escribirlo en el teclado, negó con la cabeza.

—En la Biblioteca del Congreso no hay nada.

Al principio, intentamos todas estas cosas.

Todas las veces nos despertábamos en el mismo lugar exacto y a la misma hora exacta. Éramos canciones en modo repetición, moscas en un tarro hermético, gritos que reverberan en un barranco sin llegar a desaparecer jamás.

La experiencia continuada de la repetición va en contra de la propia esencia del ser humano y resulta —lo digo sin titubear— insoportable. Tu mente se enfurece tratando de rebatir la realidad. Al ver que no lo logra, el cerebro se desmorona con espeluznante facilidad. La psique es frágil. Es como el castillo de arena de un niño ante la subida de la marea. Nunca antes había comprendido lo poco que controlamos nuestro mundo y, de hecho, cualquier cosa que no sean nuestras propias acciones; y ahora mi pequeña vida ni siquiera me pertenecía. Éramos pasajeros indefensos encerrados en una nave espacial que orbita en torno a Marte. El sol, el cielo, las estrellas...

cuánto tiempo llegué a contemplarlos, estirada en una tumbona junto a la piscina mientras llovía a mares, deseando ser como ellos, una combinación de gases y fuego. Habría aceptado convertirme en un escarabajo, una brizna de hierba, cualquier cosa con tal de que estuviera fuera del nuncamundo.

—Votad —nos apremiaba el Guardián—. Haced la votación.

Votamos. Claro que lo hicimos.

Votamos por primera vez al poco de llegar al nuncamundo. La dimensión desconocida. El purgatorio. La isla de los supervivientes. La realidad paralela. El encuentro en la tercera fase. El *ascomundo*. Le dedicábamos todo tipo de improperios, como si insultar a las incontolables fuerzas que nos mantenían aquí fuera a hacerles cambiar de opinión.

Nos reunimos en la biblioteca de Wincroft como si fuéramos los pintorescos personajes de las últimas páginas de una novela de misterio, esperando a que el sagaz detective desenmascarase al asesino. Nos sentamos en butacas. Whitley sirvió champán. Cada uno de nosotros escribió el nombre del superviviente elegido en un trozo de papel. El Guardián los recogió.

—No hay consenso —anunció.

La segunda vez que votamos, de uno en uno dimos un discurso antes de la votación para tratar de convencer a los demás de por qué cada uno de nosotros merecía seguir viviendo y no los demás. Éramos como abogados defensores en una sala de vistas hablándole a un jurado integrado por los letrados de la acusación, una organización circular de la justicia que, en modo alguno, podía funcionar. Los alegatos iban de lo altruista (Cannon) a lo áridamente científico (Martha), pasando por lo pueril e insensible (Whitley, quien revelaba un espíritu solidario que nunca antes le habíamos conocido al anunciar que proveería toda África de agua corriente potable). Kipling iba tan borracho que, al ponerse en pie para hablar, se tambaleó y cayó al suelo.

—Deberíais votarme a mí porque no me merezco que me votéis —dijo—. Soy un mediocre, un inútil y un fracasado.

Yo fui la última.

Todo lo que dije fue que yo era un chica normal y corriente destinada a una existencia normal y corriente, pero que podían votarme a mí porque convertiría en mi propósito vital hacer buenas acciones todos los días.

Mientras pronunciaba estas palabras, era plenamente consciente de que sonaba tan falsa y desesperada como los demás. Peor aún: ninguno de ellos me escuchaba. Me miraban, eso sí, pero su atención estaba enterrada bajo el peso de su destino, que inspeccionaban minuciosamente, con gran ansiedad, como Gollum con el anillo, preguntándose si el nuncamundo era real.

No podía culparlos. Yo también estaba hundida. Pocas veces habían transcurrido las once horas y doce minutos de la vigilia sin que condujera con destino a Westerly, llorando a moco tendido, para ver a mis padres en el Dreamland. Normalmente me limitaba a observarlos sin que lo supieran, porque, si compartía ese rato con ellos, me pasaba la vigilia siguiente sollozando de forma incontrolada. Intenté contarles lo que estaba sucediendo.

—He tenido un accidente de tráfico y a lo mejor me muero, y este limbo se llama vigilia en el nuncamundo, según un viejo rarísimo que no nos deja en paz.

Siempre me escuchaban, pero yo notaba que lo único que sentían era desolación. Pensaban que la muerte de Jim me había trastornado aún más de lo que ellos creían y que necesitaba atención psiquiátrica las veinticuatro horas del día. Así que al final adopté el hábito de sentarme en el cine sin que me vieran, varias filas por detrás de ellos, junto a un tipo increíblemente gordo con una camiseta del sistema de devolución de libros de la biblioteca de Brooklyn. Siempre le dedicaba una sonrisa mientras pensaba: «¿Te das cuenta de lo afortunado que eres? Tienes un mañana». Comía palomitas, veía *Luna nueva* y me marchaba a hurtadillas antes de que encendieran las luces.

El resultado de esa votación no fue distinto.

—No hay consenso —sentenció el Guardián.

Todos nos habíamos votado a nosotros mismos. Yo no era capaz de prever el momento en el que fuéramos a dejar de hacerlo. Era la única esperanza a la que podíamos aferrarnos: la posibilidad, por remota que fuese, de escapar de aquí y volver a la vida.

Y, mientras tanto, el Guardián nos vigilaba en todo momento.

Seguía ahí, apareciendo cuando menos lo esperábamos. A veces entraba y preparaba té. En otras ocasiones trabajaba en Wincroft como jardinero, ataviado con un impermeable negro con capucha. Pese a la lluvia —que en algunas vigilias se convertía incomprensiblemente en una nevada, la temperatura caía en picado y los copos de nieve se arremolinaban en el aire como tornados en miniatura—, el Guardián podaba las vides, los rosales, la hiedra y las alheñas, así como las lilas y glicinias enredadas en las pérgolas. Barría los senderos de piedras y escardaba los parterres de flores. Se subía a lo más alto de una escalera verde para quitar las hojas secas de los canalones y limpiar con un trapo los cristales de los faroles y lámparas. Arrancaba los líquenes de las alas de las gárgolas en forma de cuervo que graznaban en silencio.

Otras veces lo divisábamos a lo lejos. La suya era la silueta de un intruso sin rostro que cruzaba el césped apresuradamente para adentrarse en el bosque, como si tomara un atajo por Wincroft de camino a otra parte, a algún lugar desconocido.

No sé cuánto tiempo llevábamos en el nuncamundo cuando tuvimos la pelea.

El tiempo allí era impreciso. Cuanto más tratabas de controlarlo o de hacerlo encajar en un calendario mensual normal, más espejismos e ilusiones ópticas sufrías. Vistas de cerca, las horas eran de verdad. Pero si intentábamos sumarlas para entender mejor el paso del tiempo —saber

cuánto hacía que estábamos aquí— se evaporaban y difuminaban cada vez más.

En el transcurso de cuatro vigilias parecía que hubiéramos vivido cuatrocientas.

Cuantas más vigilias se sucedían, más aterrorizada me sentía yo. Notaba a los demás cada vez más apáticos y distantes, como si les fuera indiferente lograr salir de allí.

—¡Yo voto a Kanye! —gritaba Cannon levantando su copa—. Yo quiero que viva Kanye.

—No hay consenso —declaraba el Guardián.

Whitley empezó a beber a todas horas. Cannon y Kipling también. Después les dio por probar las pastillas que SE Burt guardaba en el baño de su dormitorio, centenares de frascos naranjas de estimulantes y tranquilizantes que atestaban los botiquines como caramelos en una tienda de golosinas. No era infrecuente que los tres estuvieran excitados e hiperactivos o, por el contrario, indolentes y aletargados. Kipling caminaba de un lado a otro por fuera de la casa, hablándole a la lluvia, vestido únicamente con su peluca rosa y una bata de seda verde con estampado de pavos reales perteneciente a una de las novias de Burt.

En cierta ocasión, en el momento de reunirnos todos para la votación, no pude dar con él. Tras buscarlo por toda la mansión, al final lo vi flotando en la piscina, tumbado en una colchoneta inflable en forma de cisne bajo la fuerte lluvia.

—¡Kipling!

Agarré la red de limpieza de la piscina y la utilicé para arrastrarlo hacia el borde.

Él apenas podía mantener los ojos abiertos.

—¡Hola! ¿Estás ahí, Dios? Soy yo, Judy.

—Kipling, ¿me oyes?

—Con el servicio de habitaciones, por favor. Quiero unos espaguetis a la boloñesa.

Rodó por la colchoneta hasta caer en la piscina y empezó a hundirse. Me quité los zapatos y el impermeable y me tiré de cabeza tras él. Lo encontré al fondo, inmóvil, arrastrado por el agua. Desesperada, tiré de él para que volviera a subir a la superficie.

—¡Kipling! ¿Me oyes?

—«*It's the final countdown*» —canturreó con los ojos entrecerrados.

Yo era como una enfermera que se queda sola en el manicomio.

Martha, aunque mantenía la cordura, al parecer había optado por quedarse al margen de todo, por lavarse las manos de la situación, y se escabullía sin decir palabra al principio de cada vigilia. Pasaba todo el día fuera. Algunas veces, al anochecer, la veía vagar por los bosques que rodeaban los tramos de césped más lejanos, arrastrando su bolso negro y examinando las copas de los árboles con unos prismáticos, como una ornitóloga profesional o una ambientalista que documentara las consecuencias de la lluvia ácida. La veía rebuscar en su bolso, tan pesado en apariencia que me preguntaba si también contendría un ejemplar de *El recodo*, el libro *underground* que había llevado a rastras por todo Darrow. Lo que extraía, en cambio, era un cuaderno delgado de tapas negras en el que garabateaba durante un minuto antes de proseguir su arduo paseo. En cierta ocasión, corrí tras ella.

—¡Martha!

Siguió andando, como si no me hubiera oído.

—¡Martha! ¡Espera!

Se detuvo y se dio la vuelta. Era evidente que no tenía ganas de ver a nadie. O, por lo menos, no a mí.

—Estoy preocupada por los demás —le dije.

Martha asintió.

—¿Y?

«¿Y?». Con la lluvia resbalándome por la cabeza y los brazos, no podía dejar de mirarla. ¿No había visto lo que estaba ocurriendo? ¿No le importaba?

—Se están volviendo locos. Ya no se lo toman en serio. No sé qué hacer.  
Se encogió de hombros.

—Forma parte de su proceso de aceptación.

—¿A qué te refieres?

—Cuando a un delincuente lo condenan a cadena perpetua, tiene un noventa y cuatro por ciento de probabilidades de sufrir un grave problema de salud mental durante el primer año. —Volvió a encogerse hombros—. Déjalos en paz y punto.

—Ni hablar. Tenemos que estar unidos.

Atónita, vi cómo repetía el gesto de encogerse de hombros y empezaba a alejarse.

—¿A dónde vas? —grité.

No contestó.

—¡Necesito que me ayudes! ¡Por favor! ¿Tú no quieres salir de aquí?

Levantó una mano, como quien saluda sin grandes efusiones a un niño en plena rabieta, y siguió andando.

Éramos los supervivientes de un naufragio en un mar embravecido. Ahora me estaban obligando a soltarles la mano para que pudieran hundirse en el mar y ahogarse.

Iba a quedarme aquí atrapada para siempre.

Aquí, en el nuncamundo, donde nunca envejecería.

Nunca formaría una familia.

Nunca me enamoraría.

Era como un vampiro inmortal, pero sin la parte buena. Sin una belleza

arrebatadora, sin los ojos dorados ni la piel resplandeciente, sin capacidad para correr a quinientos kilómetros por hora y volcar coches.

Era un fantasma sin hechizo. No podía provocar interferencias en la televisión ni hacer girar trescientos sesenta grados la cabeza de las muñecas de porcelana para que a los humanos normales les diera un ataque de nervios. No podía hacer que un niño de dos años entrara en trance en el comedor de su casa en mitad de la noche y las imágenes quedaran guardadas en fotogramas temblorosos.

Era como un reloj que marca las horas en un mundo donde el tiempo no existe.

Sin tiempo, nada tenía sentido. Nunca antes había entendido lo relevante que es el paso del tiempo para que algo te importe. El tiempo le daba a todo una fecha de caducidad, una mecha, una chispa, una ignición. Sin él, todo seguía en su sitio, esperando sin decir esta boca es mía.

En mis momentos de mayor oscuridad, pensaba en Jim.

Había ido a Wincroft para descubrir qué le había sucedido. Ahora incluso esa pregunta, a la que había estado dándole vueltas en la cabeza durante todo el año anterior, palidecía y se marchitaba eclipsada por el nuncamundo, como una lombriz en la calzada bajo un sol abrasador.

La noche de la pelea yo acababa de regresar del Dreamland. Al entrar en Wincroft, oí gritos procedentes del piso superior. Subí las escaleras a toda prisa y me di cuenta de que se habían encerrado en el baño de SE Burt, al que se accedía desde el dormitorio de este.

Llamé a la puerta.

—¿Todo bien?

No hubo respuesta, aunque sí risitas.

—Es casi la hora de la votación.

Las risas se intensificaron.

—¿Hola?

La puerta se abrió de golpe. Allí estaba Whitley, vestida con un traje de noche de lentejuelas rojas que le iba grande. Tenía los ojos inyectados en sangre y se le había corrido el maquillaje. Kipling estaba apoyado en el borde de la bañera como una pantera exhausta. Cannon estaba sentado encima del mármol, con un pañuelo anudado al estilo náutico sobre la frente. El rubor de sus rostros (y el despliegue de botellas de Dom Pérignon vacías esparcidas sobre los azulejos) ponía de manifiesto que iban muy borrachos.

—Santa Bee, encantada de verte —dijo Whitley con delicadeza—. No vamos a ir contigo. Nunca.

—¿Cómo?

—No vamos a votar. Nos quedaremos en Wincroft hasta el fin de los tiempos. Y punto.

Al verme la cara, puso los ojos en blanco.

—Vamos, por Dios, Bee. Deja de hacernos de madre. Por muy santa y buena chica que seas, nunca saldrás elegida. De hecho, tendréis que pasar sobre mi cadáver pasto de los gusanos para que yo permita que una Teresa de Calcuta como tú se salga con la suya. Ni lo sueñes. Va contra mi filosofía de vida, que es que para vivir hay que mancharse. O bajas al barro, o no vas a ninguna parte.

—No soy Teresa de Calcuta. No soy una santa. Ni siquiera soy tan buena chica como crees.

Whitley movió la mano como si espantara una mosca y se dio la vuelta para contemplar, distraídamente, su reflejo en el espejo.

—No es por la votación —proseguí—. Es para que nos mantengamos unidos. Podríamos perdernos para siempre en este sitio. ¿Recordáis lo que decía Jim sobre la amistad? ¿Sobre nosotros? Lo que tenemos es una lealtad con la que podemos superarlo todo.

Whitley se mordió el labio inferior, tratando de reprimir una carcajada.

—Aún le quieres. Qué fuerte. Solo tenías ojos para él. Y eso no ha cambiado, aunque esté muerto. Por cierto, ¿nunca te has preguntado por qué te escogió a ti? ¿Entre todas las chicas del instituto?

Se limpió un poco de pintalabios de la mejilla. Respiré hondo, porque sabía lo que venía a continuación. Sus ataques de furia siempre arrancaban así, con una frase inicial contundente, como si fuera un veterano abogado acusador captando la atención del jurado, con las palabras perfectas para partir a su objetivo en dos.

—Te escogió a ti porque los diamantes brillan más sobre un fondo liso.

No dije nada. Me obligué a recordar que debía ignorar todo lo que Whitley dijera cuando estaba enfadada. Aun así, noté cómo me subía la sangre al rostro y una voz nerviosa en mi interior protestaba: «No es cierto».

—No estoy de acuerdo —intervino Cannon, frunciendo el ceño—. El problema siempre fue que tú estabas enamorada de Jim.

—Así es —murmuró Kipling—. Se te notaba mucho, chiquilla. Como una verruga en el dedo gordo del pie del socorrista de una piscina pública.

—¿Pero tú de qué vas? —Whitley lo miró furiosa—. Pero si estabas obsesionado con él. Reconócelo. No te creas que no nos dábamos cuenta de cómo lo mirabas, de lo empalagoso que se volvía tu acento sureño cuando hablabas con él, como si te creyeras que podías seducirlo con una patética imitación de aficionado de Truman Capote. Y en cuanto a ti... —Se volvió hacia Cannon—. Te alegraste de que muriera.

—Me quedé hecho polvo —respondió el aludido con voz entrecortada.

—Hecho polvo de tanto celebrarlo, en todo caso.

Cannon la fulminó con la mirada. Su rostro era implacable.

—¿Odias a Linda? Pues qué mala suerte, porque eres idéntica a ella. Solo te faltan los *liftings*, los tobillos hinchados y el ejército de hombres que han

huido de ti como si hubiera un aviso de huracán de categoría cinco. Pero no te preocupes, preciosidad. Todo llegará, a su debido tiempo.

—No hay tiempo —observó Kipling, medido dormido, levantando un dedo—. Ahora ya no.

Whitley se quedó mirando a Cannon fijamente. Estaba boquiabierta y le temblaban los hombros.

—En realidad, no piensa lo que ha dicho —susurré, tocándole el brazo.

Whitley me apartó la mano bruscamente y agarró una botella del suelo. Cannon se agachó justo a tiempo para que la botella estallara contra el espejo y no contra su cabeza.

—¡Sois todos unos monstruos! ¡Largaos de mi casa!

Whitley me apartó de un codazo para salir del cuarto de baño. Segundos más tarde reapareció al fondo del pasillo blandiendo una escopeta y apuntándome a la cabeza. Eché a correr escaleras abajo mientras un tiro impactaba contra el techo, haciendo oscilar la lámpara de araña entre una lluvia de trozos de yeso y molduras.

—¡Fuera! ¡Alimañas! ¡Sanguijuelas! ¡Ratas!

Sonaron más disparos durante los instantes que tardé en llegar a la puerta de entrada y abrirla. Choqué con Martha.

Llevaba un poncho verde empapado de lluvia.

—Beatrice, ¿qué pasa?

—¡Carroñeros! ¡Gusanos! ¡Peces asquerosos de esos que viven en el fondo del mar y tienen dientes como navajas! ¡LARGAOS! ¡TODOS!

No le contesté. Corrí hacia mi camioneta y arranqué, arrollando a mi paso parterres de flores, charcos de barro, ramas rotas. Volví al camino de acceso a la carretera con un volantazo mientras trataba de recuperar el aliento.

Tenía que alejarme de ellos. Necesitaba aclararme las ideas.

Todo lo que habían dicho, me repetí a mí misma, era por culpa del nuncamundo. Estar atrapados allí, día tras día, te hacía pensar y sentir lo más sombrío, como si desafiaras al universo, a Dios, a lo que fuera que hubiese ahí fuera, a demostrarte que no era cierto.

«Los diamantes brillan más sobre un fondo liso». «Tú estabas enamorada de Jim». «Te alegraste de que muriera».

No quería pensar en ello. Conduje directamente hasta el Captain's Crow y abrí con la llave que mi padre tenía escondida detrás del termómetro de pared. Me prepararía un sándwich de queso fundido, tomaría un poco de Barco Naufragado y me quedaría dormida. Ya pensaría qué hacer mañana, o ayer, u hoy, o el día que fuera.

No obstante, en cuanto entré en el restaurante deslizándome entre las sombras en forma de rayas de tigre, me di cuenta de que algo iba muy mal.

Las sillas, que solían estar bocabajo sobre las mesas, se habían caído todas al suelo. El cristal del expositor de helados estaba agrietado. Entre el aroma a tostada y a protector solar había algo más, un olor a rancio. Acababa de entrar en la cocina y me preguntaba si Sleepy Sam se habría olvidado de sacar la basura cuando noté que estaba arrastrando trozos de vidrio con las zapatillas de deporte. Al agacharme, vi que acababa de pisar el retrato a lápiz de mi bisabuelo Burn. Ya no estaba en su lugar habitual, sobre la puerta. De algún modo, había terminado junto a los fogones, boca abajo, con el marco roto.

«Han entrado a robar». Eso fue lo primero que pensé.

Entonces noté que la vigilia llegaba a su fin. Un sueño profundo caía sobre mí como la tapa de un ataúd. Y me di cuenta de que estaba pasando algo más, algo muy raro.

Oí un tamborileo suave. Al levantar la vista, grité. Desde la ventana que daba al callejón, situada junto al fregadero, un rostro me observaba fijamente.

El Guardián.

Su mirada no era ni hostil ni cordial, solo muy seria. Las sombras le

atravesaban la mandíbula. Me di cuenta de que estaba cortando la hiedra y las madreselvas trepadoras que habían sobrepasado la pared y que mi madre nunca había encontrado el momento de podar.

Cuando salí dando trompicones para enfrentarme al anciano, este ya se estaba yendo por el callejón.

—¡Eh! —le grité—. ¿Qué es lo que quiere?

No me hizo ni caso. Pisando los charcos de barro, con los restos de jardinería en una bolsa que llevaba colgada a la espalda, dobló la esquina.

—¡Déjeme en paz!

Entonces se me ocurrió cuál era su papel en todo esto.

El Guardián era un recordatorio.

La votación. La votación. *La votación.*

## CAPÍTULO 7

**T**ras la pelea, cada uno se fue por su lado. En cuanto volvían a despertarse al inicio de la vigilia, Kip, Martha, Cannon y Wit se dispersaban como las semillas de un diente de león marchito. Se marchaban sin decir nada; en ocasiones, sin mirarse.

Los dejé ir. No tenía elección.

¿Era depresión? Probablemente. ¿Rabia contra su destino? También. O quizá solo querían saber qué se sentía al dejar atrás las señales de peligro y las barreras de prohibido el paso, el alambre de púas que protege el perímetro del mirador en el último piso de un rascacielos, y saltar.

Lo que nos sucediera no importaba. El riesgo no existía. Si el nuncamundo tenía alguna ventaja era que podíamos seguir siendo jóvenes para siempre, como en la canción de Alphaville. Podíamos vivir y morir y volver a vivir, sin consecuencia alguna.

Kipling empezó a hacer autostop.

En cuanto aparecía en el asiento trasero del Jaguar, echaba a andar hacia la carretera. Después de que lo hiciera un sinfín de veces, con una expresión que era una mezcla enigmática de resolución y esperanza —como si estuviera esperando algo—, lo seguí. Fui tras él sin que me viera hasta la carretera principal, donde, justo antes del puente de piedra, empezó a andar de espaldas con el brazo extendido y el pulgar levantado.

El coche que se detenía era siempre el sexto en pasar. Un Pontiac marrón con el guardabarros abollado.

Lo vi subirse a ese Pontiac tantas veces que sencillamente necesitaba saber

qué resultaba tan cautivador como para que no se lo pudiera perder ni una sola vigilia. Así que lo alcancé.

—¿A dónde vas? —le pregunté.

Se volvió, sobresaltándose al verme, y luego se enfadó.

—¿Qué?

—¿Quién te recoge en ese Pontiac?

Siguió andando.

—Eso da igual.

—¿A dónde vas?

—Déjame en paz, Bee.

—Dímelo.

—No.

—¿Por qué no?

—Te estás metiendo donde no te importa.

—Pues iré contigo.

—Ni se te ocurra.

Estaba furioso. Parecía que estuviera planteándose pegarme, o dejarme atada a un árbol para librarse de mí.

—Dímelo y me marcho —dije.

Frunció el ceño y se secó la lluvia que le corría por el rostro.

—Se llama Shirley.

—¿Y?

—Y me lleva con ella a su sesión de quimioterapia en Providence. Después volvemos a su apartamento, que es bastante cutre y está al lado de un Stop and Shop, y vemos *La noche de los muertos vivientes*. Preparo una *jambalaya* de gambas para ella y una ensalada de atún para su gato, que se llama Canary. Cree que soy un joven de Mississippi fugado de casa. A veces me llamo James. A veces, Jesús. Se desnuda delante de mí y me pide que la toque. Es religiosa. Cree que soy una especie de salvador de otro planeta porque sé

muchas cosas sobre ella. Hablamos toda la noche. Y ahora, ¿podrías largarte a buscar una experiencia perturbadora propia con la que olvidarte de todo? Esta es la mía.

Justo en ese momento, el Pontiac marrón apareció tras la curva. Quizá porque yo estaba allí, o porque Kip mostraba una sonrisa forzada, muy distinta de su habitual expresión relajada de felino que descansa en el porche, el coche redujo la marcha un segundo —dejando ver a una mujer de rostro vulgar, pelo castaño, camiseta blanca y radio en la que sonaba a todo volumen «Close to me», de The Cure— y luego aceleró de nuevo y se marchó.

Kip corrió tras el coche haciendo señales con la mano.

—¡Espera! ¡No te vayas! ¡Shirley!

El automóvil desapareció tras una curva.

—¡Mira lo que has hecho! —se lamentó.

—Lo siento.

Negando con la cabeza, se marchó en dirección al puente. Intentó parar el siguiente vehículo, una *pickup* roja, y después una furgoneta, pero nadie se detuvo.

—¡Déjame en paz! —me gritó mientras echaba a correr carretera abajo.

Lo dejé marcharse. Lo entendía. Esperaba ansioso a Shirley porque, por algún motivo, ella le hacía olvidar que estaba en el nuncamundo. Probablemente, durante un minuto. Pero era un minuto que no tenía precio en un siglo de minutos sin valor.

Tras descubrir a dónde iba Kip, seguí a los demás.

Tenía que hacerlo. Si me quedaba alguna esperanza de salir con vida de allí algún día, debía asegurarme de no perderlos del todo, de que no cayeran en una especie de madriguera psicológica de la que nunca pudieran salir.

Además, necesitaba una misión. No podía quedarme sentada viendo *Luna nueva* una vez más. No podía observar cómo mi madre le decía a mi padre, con solo mirarlo, que no le gustaban los asientos que había escogido porque estaban demasiado cerca de la pantalla. Luego, a los dos segundos, a un hombre barbudo sin hogar se le caía al suelo la lata de Old Milwaukee y murmuraba «Mierda, tío», y la anciana de detrás de él salía a avisar de lo ocurrido, mientras el hombre de la camiseta del sistema de devolución de libros de la biblioteca de Brooklyn se metía un puñado de palomitas en la boca (y le caían en el regazo tres granos de maíz). Esta sinfonía de la normalidad sonaba exactamente igual cada vez. Yo conocía cada palabra, tartamudeo, broma, carraspeo, estornudo, tos, chirrido y eructo como si fuera un director de escena que, entre bambalinas, ha contemplado la misma representación un millón de veces.

Por otra parte, estaba el hecho de que a mis padres se los veía tan felices juntos que yo me sentía aún más sola.

Después seguí a Whitley y Cannon.

Ellos dos se despertaban tres minutos antes que los demás.

Cuando yo llegaba a Wincroft corriendo, ellos ya se habían marchado. No dejaban ninguna nota. Su único rastro eran unas luces de freno rojas que se alejaban por el camino de acceso a la carretera. Sin embargo, sus coches seguían aparcados delante de la casa. Eso quería decir que se marchaban en otro vehículo, y juntos, lo que indicaba que las heridas que sus palabras hubieran podido causar durante la pelea ya se habían curado, como la piel de un superhéroe.

No me sorprendió. Nunca estaban enfadados entre ellos durante mucho tiempo.

Inspeccioné el garaje de automóviles clásicos de SE Burt y descubrí marcas de neumático en el suelo. Entré en su despacho, rebusqué entre sus

pólizas de seguro y llegué a la conclusión de que el coche que faltaba era un Rolls-Royce Silver Spur color granate de 1982.

Durante las siguientes vigilias, traté de alcanzarlos.

Parecía imposible. No se dirigían a la autopista ni a ninguna de las carreteras de la costa que saltaban a la vista. Por lo tanto, ¿cómo desaparecían, y además tan rápido? Solo infinidad de vigilias más tarde, cuando doblé por un estrecho camino de tierra sin señalizar, vi el letrero negro de madera con elegantes letras victorianas pintadas.

«Cofre de Davy Jones». Un kilómetro y medio después había un segundo letrero: «Solo socios».

Entré en el aparcamiento. El Cofre de Davy Jones parecía ser un exclusivo puerto deportivo repleto de yates. Había un club de paredes blancas y un bar hawaiano al aire libre. En los muelles, marineros bronceados con polos azules caminaban resueltamente empuñando paraguas y iPads.

Justo delante de mí había un Rolls-Royce Silver Spur color granate de 1982 estacionado.

Casi enseguida vi a Whitley y Cannon.

Estaban charlando con un grupo de jubilados, tres parejas de sesenta o setenta y tantos años. Las mujeres llevaban el pelo corto y teñido y sus cuerpos esbeltos hacían pensar en signos de puntuación. Los hombres eran gordos y calvos. Estaban riéndose. De hecho, Wit y Cannon se reían tanto que, mientras me deslizaba fuera de la camioneta, con el paraguas lo más bajo posible para que no me vieran, no podía evitar mirarlos asombrada, incrédula ante su convincente representación del papel de persona completamente normal, como si tuvieran futuro.

Parecía que estuvieran esperando algo.

Por lo visto, lo que esperaban era una invitación para embarcar en el inmenso yate *Last Hurrah*, atracado junto a ellos, ya que menos de un minuto

después subían con sorpresa fingida por los escalones de teca, pasaban ante el helipuerto y desaparecían en su interior.

Perpleja, me acerqué al barco. Los tripulantes de uniforme se estaban preparando para la partida.

—¿A dónde vais?

—Las Bermudas.

Al cabo de unos minutos, el yate zarpó. Esa noche, como todas las últimas noches, Wit y Cannon no volvieron a Wincroft para la votación. Al iniciarse la siguiente vigilia, ya se habían marchado.

¿Qué estarían tramando? ¿Y por qué me hacía sentir tan aterrada esta pregunta?

Tenía treinta y tres minutos.

Transcurrían cuarenta y siete minutos desde que yo me despertaba en el Jaguar hasta que el *Last Hurrah* zarpaba rumbo a las Bermudas.

En el minuto treinta y tres ya era demasiado tarde. Había demasiados tripulantes rondando y no podía evitar que me descubrieran. Me pillaron miles de veces.

—Disculpe, ¿quién es usted?

—¡Eh!

—No está autorizada a estar aquí.

—¿Es este el *Dream Weaver*?

—¿Es el *Cleopatra III*?

—Busco al capitán Martin. Soy su sobrina.

Me marchaba tartamudeando unas disculpas, haciendo caso omiso de sus miradas suspicaces mientras volvía a subirme a la camioneta lo más discretamente posible. Observaba a Wit y Cannon embarcar en el yate y zarpar a mar abierto.

Mi única esperanza residía en coger las llaves del coche de Cannon de inmediato, en cuanto me despertaba, y correr hasta su Mercedes, que era el doble de rápido que mi Dodge RAM, para después tomar un atajo por un camino de tierra auxiliar y correr sobre ciénagas y arena, a 140 kilómetros por hora, hasta llegar al puerto deportivo Cofre de Davy Jones.

Aparcaba detrás de un árbol y andaba apresuradamente hasta el pequeño yate atracado junto al *Last Hurrah*. Allí, fingiendo que iba a embarcar en ese barco, esperaba a que el joven marinero de cubierta le echara un vistazo al móvil, momento a partir del cual yo disponía de veinte segundos para subir los escalones como una exhalación y esconderme tras la primera puerta que encontraba. Esta conducía a un salón de juegos, profusamente decorado, con una gramola y varias máquinas del millón. A continuación, tenía quince segundos para subir con sigilo tres tramos de escalera hasta los camarotes y esfumarme en la última habitación del pasillo.

La cabina tenía vistas al puerto. Desde allí, abriendo la ventana solo una rendija, podía escuchar a escondidas la extravagante escena (o, más bien, engaño en toda regla). Whitley y Cannon se hacían pasar por una pareja de universitarios recién casados de Columbus, en Ohio, y acababan de informarlos de un grave problema con el yate que habían alquilado, lo cual había hecho saltar por los aires su luna de miel. Lamentaban en voz alta su percance, que casualmente llegaba a oídos del propietario del *Last Hurrah*, Ted Daisy, de Cincinnati, quien invitaba a su yate a la desventurada pareja.

—¿Por qué no pasáis la semana con nosotros? Aquí hay sitio de sobras para todos.

—Es usted muy amable —respondía Cannon—, pero no podemos aceptar.

—¿Cómo que no? El único inconveniente es que tendréis que pasar vuestra luna de miel con unos vejstorios. Pero prometemos no molestaros. Tendréis cocinero, director de actividades y varios entretenimientos a vuestra disposición.

—¿Qué te parece, amor mío? —le preguntaba Cannon a Whitley.

Ella se mordisqueaba una uña.

—No lo tengo muy claro, mi amor.

Me maravillaba su dominio del guion, como una pareja de experimentados bailarines de claqué en Broadway. ¿Cuántas vigiliass habrían necesitado para descubrir la fórmula perfecta con la que conseguir que los invitasen a subir al yate? ¿Diez? ¿Diez mil?

—Os venís con nosotros. Insisto. Yo soy Ted Daisy. Os presento a mi esposa, Patty.

—Artwell Calvin tercero —dijo Cannon.

—Anastasia Calvin —añadió Whitley, negando con la cabeza—. Realmente no sé qué debí de hacer en una vida anterior para merecer tanta amabilidad. Creo que voy a echarme a llorar.

¿Qué esperaba encontrar a bordo del *Last Hurrah*? ¿Una travesía tranquila y relajada? ¿Un ameno viaje de ensueño con el que Whitley y Cannon pudieran dejar de pensar en el nuncamundo?

No era eso. En absoluto.

Debería haberlo sospechado. Su relación en Darrow siempre había sido tormentosa. Practicaban sexo en aulas y cuartos, en azoteas, en el bosque, incluso en el coro de la iglesia, sin que los descubrieran. Recorrían los pasillos aferrados el uno al otro como una boa constrictor mientras profesores y alumnos por igual los miraban incómodos, pero nadie se quejaba. Al fin y al cabo, estaban entre los cinco mejores de nuestra promoción. Whitley hablaba de su amor como una necesidad insaciable. Yo lo veía como una bala letal aproximándose a su objetivo. Si el objetivo era uno de ellos dos, o algún incauto que pasara por allí, eso yo ya no lo sabía. Se peleaban, hacían las paces, se odiaban pero no podían vivir el uno sin el otro ni un segundo.

Entre ellos se llamaban Sid y Nancy. Robaban para divertirse. Cualquier cosa que hubiera en el campus, pequeña o grande, podía ser su botín: los exámenes de Física de la señora Ferguson; un paisaje marino de doce mil dólares de una galería de arte; el chaleco de cuadros escoceses de talla extremadamente grande del rector Trask, que este se había puesto para la cena de gala de fin de curso de Darrow; incluso una excavadora John Deere del solar donde estaban ampliando la biblioteca. Se apropiaban de lo que fuera, lo que generaba una semana de caos, con comunicados del claustro y amenazas de expulsión, varios estudiantes desconcertados convocados en la oficina del director para contar todo lo que supieran, hasta que el objeto reaparecía con la misma discreción y prontitud con la que había sido sustraído. Su afición al robo no se debía a las razones habituales para saltarse las normas, como la rabia o el deseo enfermizo de llamar la atención. Era simple pasión por el arte del engaño —andar siempre un paso por delante de todos los demás—, por no mencionar su constante necesidad de superarse el uno al otro.

Todo el mundo comentaba en voz baja que, de haber seguido juntos, habrían sido legendarios. Yo pensaba para mis adentros que su conexión era demasiado estrecha, como la de los gemelos. Cannon no tenía el carácter de Whitley, pero sí su intensidad y su capacidad de manipulación, de dejar caer una palabra por aquí, una insinuación por allá, hasta reunir el gramo de uranio que convierte una situación inocente en una catástrofe nuclear. Separaban parejas, hacían llorar a los profesores. Cuando finalmente decidieron dejarlo en el último curso, su ruptura fue inquietantemente silenciosa, como un arma biológica que se hubiera dispersado de forma abrupta sin apenas humo, desafiando toda posible explicación científica.

—Todo el mundo sabe que los amores de adolescencia suelen tener los días contados —afirmaba Whitley encogiéndose de hombros.

Ahora quedaba claro que Whitley y Cannon habían subido a bordo del *Last*

*Hurrah* por una única razón: habían decidido convertir ese barco en su salón de juego particular, disparatado y retorcido, para hacerlo trizas, como si fueran dos monos salvajes encerrados en una jaula.

Era su celda de paredes acolchadas. La sala insonorizada donde podían desgañitarse hasta quedarse roncós.

La primera noche vi a Wit emborracharse tanto que terminó vomitando encima de la mesa a la hora de la cena, sobre las fuentes de bogavante y solomillo.

—¡Ups! —acertó a decir mientras se limpiaba los labios con la servilleta.

La segunda noche se puso a bailar de forma provocativa con Ted Daisy. Cuando Patty, la esposa de este, vio lo que estaba sucediendo, lo reprendió con voz de borracha —¡Ted! ¿Ted?— como si sus cincuenta años de matrimonio se hubieran convertido de repente en una llamada telefónica con mala cobertura.

En otra ocasión, Cannon y Wit se desnudaron hasta quedarse en ropa interior, se subieron a la barandilla del yate y gritaron: «*Carpe noctem!*». Cogidos de la mano, saltaron y se precipitaron quince metros hasta caer al mar. Sonaron las alarmas. Las mujeres gritaron. Los motores se detuvieron en seco. Los miembros de la tripulación echaron a correr en todas direcciones, dando órdenes a gritos, y dos de ellos se tiraron al agua con chalecos salvavidas.

—¡Encontradlos! —rugió Ted Daisy, asomándose desesperado por la barandilla. Parecía que estuviera a punto de darle un infarto—. ¡Ni de broma voy a ir a la cárcel por culpa de esos pirados!

—¡Vamos a perderlo todo! —se lamentaba Patty.

—Deberíamos haberlos atado en cuanto nos dimos cuenta de que no estaban bien de la cabeza. Deberíamos haber avisado al guardacostas.

—¡Es culpa tuya! —gritó Patty, cuyo cabello rubio, tieso y ondulado recordaba una bolsa de patatas fritas—. Los has invitado a bordo porque

querías impresionar a la rubita esa despampanante. Creías que tenías posibilidades con ella. ¡Ja! ¡Espero que estés satisfecho!

Histeria. Pánico. Furia. Desesperación. Miedo. Alarma.

Todo eso sucedía a bordo del *Last Hurrah* durante un día que nunca iba a dejar de repetirse.

Yo los espiaba desde habitaciones de servicio, camarotes vacíos o el cuarto de generadores. Me ponía un uniforme de recambio de la tripulación que había encontrado y nadie se paraba a mirarme dos veces seguidas. Yo buscaba el momento adecuado para salir de mi escondite, tratar de razonar con Cannon y Wit, conseguir que volvieran del filo de la navaja. Jamás lo encontré. Los conocía demasiado bien. Cuando se ponían así, no había quien los detuviera.

Así que me quedaba donde estaba, observando a escondidas la terrorífica escena a través de una rendija de la puerta, aterrorizada, asqueada, llorando a veces, preguntándome cuándo terminaría todo.

Hasta que una noche Cannon le rompió un decantador en la cabeza a Ted Daisy, quien, a modo de respuesta, lo estampó contra una vitrina llena de copas de cristal. Se enzarzaron en una pelea, en cuyo trascurso volcaron las mesitas auxiliares y, después, la mesa principal del comedor. Al poco, Cannon estaba sentado sobre el pecho de Ted, estrangulándolo.

Ahí ya no pude más. Salí corriendo de detrás de la puerta y me arrodillé junto a Cannon, tratando de apartarle las manos del cuello de Ted. El hombre se estaba asfixiando.

—¡Para ya! —grité.

Cannon tardó un minuto más en soltarlo. Intenté maniobras de reanimación, haciéndole masaje cardíaco y contando rítmicamente como me había enseñado mi padre. Le tomé el pulso. Estaba vivo, pero por muy poco.

—Tenéis que parar —susurré.

Cannon me miró detenidamente, como si yo fuera un pariente lejano cuyo

nombre no acertara a recordar.

—Estáis empeorando las cosas. Porque nosotros recordamos. Esta gente no, pero vosotros sí. Y toda esta destrucción os va a corroer por dentro.

—Cierra el pico, Bee —dijo Wit.

Acababa de levantarse del sofá, donde había estado medio inconsciente por la borrachera.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Nos espías? ¿Cuándo vas a comprender que no queremos saber nada de ti? Ya no somos tus amigos. Te lo cargaste todo cuando desapareciste del mapa después de lo de Jim. ¿Te crees que puedes dejar tirados a tus amigos de esa manera e irte de rositas?

Se me acercó arrastrando los pies, con los ojos inyectados en sangre y mirada amenazadora. Me di la vuelta y eché a correr, pasando junto a los demás invitados, que se habían despertado por el escándalo y ahora, enfundados en sus albornoces blancos con zapatillas a juego, observaban la escena horrorizados. Corrí hasta la tercera cubierta y me pasé el resto de la vigilia en uno de los botes salvavidas, sollozando, confiando en que nadie me encontrara.

Jamás volví al *Last Hurrah*.

En la siguiente vigilia, Cannon y Wit se marcharon, como de costumbre. Wit me dejó un mensaje garabateado con pintalabios rojo pasión sobre la encimera de la cocina.

## **NO TE ACERQUES A NOSOTROS**

La amenaza era innecesaria. Jamás podría volver a ese lugar.

¿Podría la repetición hacer que incluso el *Last Hurrah* terminara resultándoles aburrido y decidieran regresar a Wincroft? ¿Decidiría alguno de los dos que quería vivir, huir del nuncamundo, votar? ¿O pasarían a devorar otra cosa o persona? El nuncamundo ofrecía un número infinito de

escenarios, así que era posible, por espantoso que resultara pensar en ello, que jamás volviera a verlos.

No podía plantearme esa posibilidad. Todavía no.

De modo que pasé a fijarme en Martha.

Era curioso que casi me hubiera olvidado de ella. Y sospechaba que eso era precisamente lo que ella quería.

## CAPÍTULO 8

**M**artha ya no se pasaba el día de excursión por Wincroft. Ahora entraba en la mansión a toda prisa, buscaba un impermeable y se marchaba en coche para no volver.

—¿A dónde vas? —le pregunté.

Se volvió rápidamente, sorprendida. No me había visto sentada en la mecedora del porche. Recuperándose, se sacó del bolsillo las llaves del coche y luego abrió un paraguas.

—Voy al bufé de una iglesia baptista de Newport. —Se encogió de hombros mientras se sonrojaba—. Lo he convertido en mi biosfera personal. Hago cosas como fijarme en un chico y ver si consigo que me diga que me quiere antes de terminar el día. O ponerme a hablar con una mujer y ver si lograría convencerla de que dejara a su marido. Estoy tratando de demostrar una teoría sobre la naturaleza humana: que cualquier persona es capaz de cualquier cosa en cualquier momento, si se dan ciertas circunstancias.

Martha mentía. Se le notaba.

—¿Puedo ir contigo? —le pregunté.

—En realidad, prefiero estar sola.

—¿Y cuando te ibas de excursión con los prismáticos? ¿Qué hacías?

—Observar los pájaros.

Ahora también mentía. Parecía ser perfectamente consciente de que yo no la creía y, aun así, me aguantaba la mirada sin pestañear.

—¿No estás preocupada? —le pregunté, tratando de hacer caso omiso de la

rabia que sentía en la boca del estómago—. ¿Disgustada? ¿Asustada? Los hemos perdido a todos.

Esbozó una sonrisa.

—Te recomiendo que aceptes tu destino, Bee.

Y tras estas palabras se volvió y bajó con rapidez los escalones para ir a su coche.

La siguiente vigilia me fui directamente a mi camioneta. Mientras Martha estaba dentro de la casa buscando el impermeable, me escondí en un acceso a la calle y, cuando salió, la seguí.

Por desgracia, mis preguntas parecían haberla puesto sobre aviso. En cuanto me incorporé a la interestatal, pese a que iba tres vehículos por detrás de ella, Martha tomó la primera salida y condujo en círculos irregulares por parques de oficinas desiertos antes de detenerse en el Birchwood Plaza. Se pasó las cuatro horas siguientes vagando por Urban Outfitters y Barnes & Noble y comiéndose un *calzone* en la zona de restaurantes.

Ella sabía que yo estaba allí, vigilándola. Pero le daba igual.

La siguiente vigilia hizo lo mismo en otro centro comercial. La tercera vez, en otro distinto.

Era imposible que Martha dedicara sus vigiliass a pasearse por centros comerciales. Lo hacía porque sabía que la estaba siguiendo. Parecía confiar en que terminara aburriéndome y buscándome otra ocupación.

Eso hice. Lo dejé. Dedicué varias vigiliass —¿o fueron unos cuantos miles de vigiliass?— a descubrir cómo seguirla sin que me viera.

Y así empezó mi gloriosa carrera en el mundo del robo de coches.

Era una ladrona atenazada por el pánico y los remordimientos.

Cientos de veces me pillaron *in fraganti*.

—¿Quién diablos eres tú y qué estás haciendo en mi garaje?

—Hola. Lo siento.

Por suerte —quizá porque había algo intrínsecamente triste en mí, de lo que solo se podía culpar al nuncamundo— siempre me dejaban marcharme sin consecuencias.

El único vehículo que podía robar sin que me descubrieran era una furgoneta blanca oxidada con las palabras «McKendrick Control de Plagas».

Pertenecía a los McKendrick, una familia de entusiastas defensores del derecho a llevar armas que residía en una sencilla vivienda de una única planta a solo cuatro puertas de Wincroft. Sus siete miembros estaban siempre en casa, así que, para hacerme con las llaves, me convertía en poco menos que una acróbata del Cirque du Soleil.

Tardé siglos en perfeccionar la técnica.

Uno: esconderme entre los rododendros que hay fuera de la cocina, esperando a que Bud McKendrick entre en el comedor a buscar sus Camel Light. Dos: salir disparada hacia la despensa, tratando de no tropezar con los sacos de comida para gatos Healthy Weight ni los cubos de macarrones con queso con tapa hermética de Target. Tres: esperar a que Pete McKendrick coja un Kit-Kat y se vaya al sótano a ver *Las aventuras de Jimmy Neutrón*, Bud suba al piso de arriba a echarse una siesta y Gerry y Paul, los gemelos, salgan a jugar al fútbol en el patio delantero, bajo la lluvia. Cuatro: entrar con sigilo en la sala de estar y asustar a Tupac, el gato, que pega un salto de metro y medio y se sube a las cortinas. Cinco: coger las llaves del coche de encima de la mesa y agacharme detrás del sofá mientras Laurel McKendrick saca cuarenta dólares de la cartera de su marido y le dice: «¡Salgo a comprar!». Seis: volver corriendo a la cocina y tratar de evitar a la pequeña Kendall McKendrick, de cuatro años.

—¿Quién eres? —me preguntaba con los ojos como platos por la sorpresa.

Era imposible evitar a Kendall. De un modo u otro, siempre me descubriría.

Era el momento más delicado: dar con la combinación de palabras perfecta para evitar que se echara a aullar como una alarma antiincendios. Lo había intentado todo. Nada funcionaba.

—Soy un ángel.

—Soy tu hada madrina.

—Soy una ayudante de Santa Claus y necesito tomar prestada la furgoneta de tu padre.

Infinidad de veces me moví por la casa de los McKendrick con la habilidad de una trapecista para terminar estampándome contra el suelo gracias a los berridos de Kendall, a cuya llamada acudían todos y cada uno de sus familiares.

—¡Papá! ¡¡¡Papáaaaa!!!

Yo ponía pies en polvorosa mientras los McKendrick —todos con variaciones de la misma cara de bulldog— se desplegaban por su patio delantero.

—¡Alto, ladrona! —gritaban a través de la lluvia.

—¡Papá, estás dejando que se te escape!

El bueno de Bud McKendrick jamás llamó a la policía. Probablemente porque, tras haber tenido cinco hijos, hacía falta algo más que una ladronzuela adolescente para ponerle nervioso. Mirándome desde el porche con el ceño fruncido y cierta incredulidad, poco más que algo hastiado, siempre permitía que huyera.

Al final llegó la vigilia en la que le conté la verdad a Kendall:

—Me llamo Beatrice Hartley. Estoy atrapada entre la vida y la muerte en un sitio llamado nuncamundo. Estoy intentando escaparme y, en resumen, necesito que te quedes callada y vayas a ver los dibujos animados con tus hermanos. Ahora mismo.

Asintió en silencio y bajó por las escaleras.

Aturdida por la sorpresa, agarré la gorra de béisbol de los Rams que Bud

había dejado en una silla y sus gafas de sol Oakley, descorrí el pestillo de la puerta que conducía al garaje y eché a correr. Me puse el mono de trabajo de Bud, su gorra y sus gafas, y me senté tras el volante de la furgoneta. Al poner el motor en marcha, me pregunté cómo me las iba a arreglar para pasar por delante de los gemelos, que seguían jugando al fútbol. Justo entonces, Paul coló el balón en el patio de un vecino. Bajé muy lentamente por el camino, giré a la derecha, tomé otro camino unas casas más abajo. El corazón me latía con fuerza.

Un minuto más tarde Martha me adelantó en su Honda Accord.

La seguí hasta Providence, hasta la Universidad Brown, al tercer piso de un edificio de ladrillo de Thayer Street, hasta un despacho con una ubicación privilegiada.

En la placa de latón de la puerta ponía: «Dr. Arnold Beloroda».

La vi llamar a la puerta. Respondió una voz masculina —«¿Sí?»— y Martha entró. La oí saludar mientras se cerraba la puerta y, aunque me deslicé entre la muchedumbre que había en el pasillo para acercarme al despacho y tratar de oír las voces que llegaban amortiguadas de su interior, no logré distinguir sus palabras.

Busqué el nombre en Google. Arnold Winwood Beloroda. Era un prestigioso psiquiatra y profesor emérito especializado en la teoría de la dinámica de grupos. Entre muchas otras asignaturas, en la universidad impartía «La toma de decisiones éticas: el bueno, el feo y el malo», «Psicología de la manipulación y el consentimiento» y «La fantasía del libre albedrío», así como el seminario de último curso «Laboratorio de experimentos de persuasión social». Había publicado trece libros de no ficción y por uno de ellos —*Héroes y villanos*—, escrito en la década de 1990, había recibido numerosos premios. Según el *Wall Street Journal*, versaba sobre «las dinámicas de dominio y sumisión en los campos de

concentración» y otras situaciones en las que «una gran masa de gente se deja controlar por una minoría escogida».

Leí en diagonal los artículos de Beloroda en el *Harvard Review*, *The Economist* y *Scientific American*. ¿Qué era lo que lo hacía tan especial? ¿Qué era eso tan importante como para que Martha se hubiera molestado tanto en mantenerlo en secreto?

Y entonces caí en la cuenta. Me sentí como si alguien hubiera empezado a apretarme el cuello con ambas manos.

Mientras los demás perdíamos el tiempo luchando contra la realidad de nuestras circunstancias, Martha había estado utilizando la eternidad del nuncamundo para estudiar.

Beloroda le estaba enseñando cómo manipular al grupo para que la escogiéramos a ella.

Estaba aprendiendo a ganar.

Seguí a Martha una y otra vez. Siempre se dirigía al edificio de Ciencias Cognitivas, Lingüísticas y Psicológicas de Brown. Siempre iba a ver a Beloroda. Se quedaban encerrados en el despacho de él tres o cuatro horas. Era obvio que ella había descubierto la manera de hechizarlo, de cautivarlo con alguna pregunta de alto nivel sobre dinámica de grupos o algún detalle extraído de los propios artículos del profesor, que hiciera las veces de llave mágica o «ábrete, Sésamo» para propiciar la conexión, el encaje entre dos mentes extraordinarias. Cuando al fin salían, Beloroda —un hombre menudo con la nariz respingona y una barba negra cuidadosamente recortada que recordaba el test de Rorschach— miraba a Martha (que ahora acarreaba un montón de libros de texto que él le había prestado, además de un bloc repleto de notas) con una sonrisa radiante, fascinado por la repentina aparición de una nueva estudiante tan prometedora.

Al salir del edificio compartiendo paraguas, seguían enfrascados en su conversación y se quedaban charlando en la acera veinte minutos más. En

cierta ocasión los seguí sigilosamente y me oculté en un rincón donde varios estudiantes fumaban protegidos por una marquesina.

—Está usted en lo cierto, sin lugar a dudas —dijo Beloroda—. Pero en este punto yo citaré la filosofía de M. Scott Peck. En todos los grupos hay cuatro etapas. Seudocomunidad. Caos. Vacío. Y comunidad auténtica.

—¿Podría darme más detalles sobre el experimento de Milgram?

—Ah, el de la obediencia ciega a las figuras de autoridad. —Beloroda se rio—. Me encantaría, pero me temo que debo acudir a una fiesta con mi esposa. ¿Qué le parece si retomamos esta conversación mañana, tras mi clase de cohesión de grupos?

El profesor estaba abriendo su coche y metiéndose dentro.

—Ha sido un placer conocerla, señorita Peters. ¿Hasta mañana?

Beloroda se marchó. Martha se lo quedó mirando fijamente mientras su amable sonrisa desaparecía de su rostro. Se puso la capucha y echó a andar. Las horas siguientes las pasó sentada en la mesa de un restaurante griego, junto a la ventana, absorta en los libros, tomando notas. Cuando el establecimiento cerró, volvió al Honda y siguió leyendo allí, con el asiento reclinado y la luz de techo encendida.

Cuanto más la contemplaba desde la oscuridad del parque al otro lado de la calle, más me invadía una asfixiante sensación de angustia y miedo, como si el nuncamundo estuviera desplomándose sobre mí.

Martha era brillante. Sumamente inteligente. Estaba a años luz de todos nosotros. Había aceptado rápidamente la aplastante realidad del nuncamundo y, en vez de combatirla, había dedicado su tiempo a aprender a dominarla.

¿Acaso yo no quería vivir? Yo quería que me escogieran a mí. Aun así, observando la pálida luz del interior del coche de Martha mientras trataba de reprimir las lágrimas, sentí que era demasiado tarde, que ya había perdido.

Súbitamente, mi mirada se posó sobre una figura oscura que empujaba una

carretilla por el sendero que atravesaba el parque. Se dirigía hacia mí. La carretilla iba cargada de compost negro.

A esas alturas debería haberme acostumbrado a la presencia del Guardián. Debería haber tenido presente que, fuera donde fuese, cerca o lejos, cuando menos me lo esperara, él volvería a mí como un pensamiento intrusivo. Era la omnipresente alarma del nuncamundo, su recordatorio, el doblar de sus campanas.

La votación. La votación. *La votación.*

Las temperaturas habían bajado. La lluvia estaba volviendo a convertirse en nieve.

Corrí hasta la furgoneta de los McKendrick, subí y arranqué. Me incorporé a la calzada con una maniobra tan brusca que estuve a punto de chocar contra una farola. El Guardián se detuvo para verme marchar. Llevaba una pala apoyada en el hombro.

Por un segundo, vi su rostro entre los copos de nieve que caían. Su sonrisa era escalofriante.

No podía imaginar qué estaría planeando Martha. Fuera lo que fuese, sospechaba que lo tendría tan bien calculado y desplegaría tal maestría que ninguno de nosotros la vería venir.

Cuánta razón tenía.

## CAPÍTULO 9

¿Cómo pasé las viglias siguientes?

¿Fueron meses? ¿O años?

Solo quedaba yo. Wincroft era mi castillo, mi minúsculo planeta propio. La soledad era infinita. Gandalf seguía allí, pero retrocedía y ladraba cada vez que intentaba tocarlo, como si se diera cuenta de que yo no era de verdad del todo. Vagué por los pasillos de ruidos inquietantes y las habitaciones con olor a humedad. Mantuve conversaciones con osos pardos y ciervos disecados. Me leí todos los libros de la biblioteca de SE Burt echada sobre sofás cama, sillones de dos plazas y alfombras; mesas de comedor, butacas junto a la ventana y pianos de cola. Vi todos los programas de todos los canales de televisión a la vez. Comí chocolate. Jugué al Scrabble conmigo misma, y al ajedrez conmigo misma, y canté canciones pop. Dibujé todo lo que se me ocurrió: ojos, rostros, paisajes, sombras. Compuse una banda sonora inventada, letras para una falsa película de cuatro horas sobre el fin del mundo titulada *El último día de la vida de Ned Gromby*, garabateando sus extravagantes rimas sobre la vida y la muerte, la guerra y la paz, en el papel pintado de las paredes y en los suelos y techos de Wincroft. La mansión se convirtió en un paso subterráneo bajo un puente decorado con grafitis. Cerraba los ojos con fuerza para enfrentarme al silencio y repasaba a conciencia los recuerdos de mi antigua vida como si en ellos pudiera hallar la llave de una puerta que me fuera a llevar a alguna parte.

Visitaba a ancianos. Eran mi compañía preferida porque ellos también estaban encerrados en sus propios nuncamundos, espacios impenetrables de

repetición y soledad. Adquirí por costumbre llamar al timbre de la puerta con la excusa de vender calendarios de adviento por anticipado, para mi parroquia. Probaba su pastel de frutas y acariciaba a sus viejos perros con mal aliento antes de que huyeran sacudiendo el lomo. Tomaba a sorbos el extraño té que me preparaban y veía la televisión con ellos. Inhalaba el olor a rancio de las casas que sus dueños ya no percibían. Sobre todo, escuchaba sus historias. Desenmarañaba la tupida red de anécdotas y relatos enrevesados sobre maridos fallecidos, problemas de salud, infancias de tafetán y leche que costaba diez céntimos.

Imaginé que, si me quedaba en el nuncamundo, sola, hasta el fin de los tiempos, sería como una antigua viajera que camina por el arcén de la carretera con las manos callosas y el corazón endurecido, bajo el peso de las historias y secretos del mundo.

Por lo menos entonces, a falta de otra cosa, sería sabia.

Invariablemente, mientras estaba allí sentada escuchando su relato sobre un compromiso que se rompió, un niño que se murió, o algo sobre su gato, de repente veía el deterioro. Siempre sucedía sin previo aviso y siempre me sobresaltaba. Los cristales de todas las ventanas se resquebrajaban en silencio a la vez. O una foto familiar se caía de la pared con un golpe seco, dejando a la vista un rectángulo de papel pintado que llevaba cuarenta años sin ser acariciado por la luz del sol.

—¡Cielo santo! ¿Pero qué está pasando...?

En el caso de la señora Kahn, todo empezó con un leve chasquido.

—Ese maldito mapache ha vuelto entrar —murmuró mientras se estrechaba la bata.

Cuando empezó a chillar en la sala de estar, corrí hacia ella. Atónita, vi cómo las bolas de nieve de su querida colección —regalo de Paul, un antiguo pretendiente— estallaban como granadas, llenando la sala de agua, nieve y

vidrio, así como papás Noel, torres Eiffel y basílicas de San Pedro de plástico.

La señora Kahn se protegió el rostro con las manos.

—¡Es el día del Juicio Final! —exclamó.

Por supuesto, yo ya había percibido el deterioro antes, en casa, con mi madre. Y otra vez aquella noche en el Crow. No sabía por qué, ni qué significaba, pero siempre que salía de Wincroft, el mundo empezaba a pudrirse y desintegrarse a mi alrededor.

Siempre me asustaba. Huía, farfullando alguna excusa y diciendo que volvería al día siguiente, y dejaba a la señora Kahn, el señor Appleton, la señora Janowitz o la señorita Bellossi agachándose, desconcertados, para inspeccionar la podredumbre, el moho o las grietas que recorrían las ventanas como los dedos cada vez más largos de un esqueleto. Regresaba a Wincroft a toda prisa y rondaba por los jardines y terrenos circundantes en busca del Guardián. Quería enfrentarme a él, exigirle que me contara qué estaba ocurriendo.

Pero, incomprensiblemente, cuando quería que apareciera, nunca lo hacía.

La corrosión parecía estar volviéndose más intensa. ¿Qué quería decir eso? ¿Iba el nuncamundo a engullirse a sí mismo como un agujero negro? ¿Se nos estaba acabando el tiempo para votar? ¿Era todo por lo que le había pasado a Jim?

La respuesta me golpeó como una descarga eléctrica.

Jim. Tenía que ser por lo de Jim.

Después llegó el día en que Wit no se marchó.

La descubrí en el piso de arriba, enterrada bajo una avalancha de edredones, con la cara hinchada de tanto llorar mientras veía *Escuela de jóvenes asesinos* en su portátil. Me quedé mirándola asombrada. Me sentí

como el superviviente de un naufragio que descubre a otra persona sana y salva en su isla.

Me fulminó con la mirada.

—Déjame en paz, Bee.

No quería ahuyentarla, así que hice lo que me decía. Le preparé un té, le dejé la taza en la mesilla de noche y me fui.

La vigilia siguiente constaté con alivio que volvía a estar allí, viendo *El Club de los Cinco*; la vigilia posterior a aquella, *Los Goonies*. Siempre le preparaba un té. Hasta que una vigilia, cuando le llevé la taza, apartó la colcha y me miró con una sonrisa triste.

—¿Quieres ver *Todo en un día* conmigo?

Cannon reapareció al cabo de varias vigiliass. Liarla parda, al parecer, no era igual de divertido sin una cómplice. Estaba tan agotado como Whitley y se pasaba las horas encerrado en la biblioteca con el portátil en modo DOS, tecleando un misterioso comando de hackers mientras la pantalla regurgitaba código. Imprimí un artículo poco difundido de una estudiante de doctorado de Stanford sobre el futuro de la seguridad en internet y se lo dejé junto al ordenador para que lo leyera. La vigilia siguiente le llevé un trabajo sobre Steven Spielberg y la clonación de cerebros redactado por un alumno de primer curso de ciencias de Harvard y, más adelante, una entrada de blog de un estudiante superdotado de dieciséis años de Cambridge que hablaba sobre el futuro de la robótica.

—¿Cómo encuentras estos textos? —me preguntó Cannon antes de que saliera disparada—. Lo digo porque son muy poco conocidos.

«Con todo el tiempo libre que tengo en el nuncamundo, ya me he leído internet entera. Dos veces».

—Me topé con ellos por casualidad.

Cannon sonrió.

—Son muy interesantes. Gracias, Bee.

Poco después, Kip dejó de hacer autostop. En cuanto le vi entrar en Wincroft, no pude contenerme. Me lancé sobre él y lo abracé con todas mis fuerzas.

—Santa Bee, me vas a partir el cuello. Que no soy Elvis volviendo de entre los muertos, chiquilla.

Se apartó de mí y, sin decir nada más, se dirigió al piso de arriba. No obstante, por su leve sonrisa, supe que se alegraba de verme. Esa noche le preparé *gumbo* de gambas al estilo de Boudreaux, la receta que servían en su cafetería preferida de Moss Bluff. Le dejé un plato en la habitación donde se había recluso para ver *Diógenes: enterrados en vida* en la TLC.

—¿De dónde has sacado la receta secreta de la tía Mo? —me preguntó, incrédulo.

«He tenido un millón de vigiliass para convencerla de que soy esa sobrina suya a la que no ve desde hace años».

—He improvisado el plato —respondí encogiéndome de hombros.

Así que allí los tenía: tres animales salvajes a los que estaba intentando engatusar para que se quedaran en cautividad en el zoo en vez de correr libres por la naturaleza.

Una noche, mientras estábamos los cuatro sentados leyendo en la biblioteca, me di cuenta, por las miradas constantes que Kip dirigía al reloj de la repisa de la chimenea, de que estaba esperando algo. Martha debía de haberle mencionado una reunión de todo el grupo, porque, cuando nuestra amiga apareció unos minutos después de medianoche —entró sin decir palabra, arrastrando su pesada bolsa negra— y se sentó en el sofá, Kip no pareció sorprenderse lo más mínimo.

—Es la hora —anunció Martha.

Whitley y Cannon se quedaron mirándola perplejos.

—Yo también me alegro de verte —dijo Cannon.

Martha le dedicó una sonrisa protocolaria y juntó ambas manos como lo

haría un juez.

—Hemos vuelto al punto de partida —afirmó—. Como si las paredes del nuncamundo fueran resbaladizas e inclinadas y nos devolvieran siempre al lugar donde empezamos. Sospecho que, como ha hecho conmigo, el Guardián os ha perseguido a todos, con frecuencia cuando menos os lo esperabais.

Asentí. Los demás también.

—Su cometido es cuidarnos. Se ocupa de nosotros, de mantenernos con vida y buena salud. Se asegura de que no nos falte de nada, pero a la vez nos controla. Eso significa que puede hacer cualquier cosa, que es a la vez un guía y un capataz, una protección y un incordio. Puede que nos deje en paz o que nos ofrezca un consejo de vez en cuando. O puede que nos atosigue, recordándonos lo que queremos olvidar. Se convertirá en lo que haga falta para conseguir que crezcamos en una dirección determinada. Por encima de todo, es el director de un gran proyecto que no podemos ver.

Ninguno de nosotros dijo nada. Todos la escuchábamos maravillados, incapaces de reaccionar. La manera de sentarse de Martha, con los hombros relajados y sin bajar la mirada... Ya no era la empollona callada que soltaba comentarios sin gracia en los momentos más inoportunos, ni la chica que se sentía más cómoda entre las páginas de una novela de fantasía *underground* que en la vida real. Esta era una nueva Martha, una Martha que había estudiado con Beloroda. Ahora transmitía una gran seguridad en sí misma. Yo no tenía ni idea de adónde quería llegar Martha con su discurso, pero sin duda lo había preparado con esmero, seleccionando con cuidado cada palabra como si escogiera piedras preciosas para un collar, puliéndolas meticulosamente para que resplandecieran.

—El nuncamundo es real —prosiguió—. Para comprenderlo y conquistarlo, primero debemos comprendernos y conquistarnos entre nosotros. He reflexionado sobre ello. Debemos dejar a un lado la pregunta

sobre quién debe vivir. No estamos preparados para eso. De momento, no. Porque hay otro misterio que debemos resolver y que nos ha afectado a cada uno de nosotros de distinta forma desde que sucedió.

—¿A qué te refieres? —preguntó Cannon frunciendo el ceño.

—A Jim.

Su nombre fue como una espada centelleante que hubiera sido lanzada por los aires y aterrizara con fuerza a nuestros pies.

—Fue un suicidio —susurró Whitley.

Martha la miró con rostro inexpresivo.

—En realidad no lo crees.

Wit parecía demasiado incómoda para contestar.

—He estado estudiando el nuncamundo —continuó Martha—. Este lugar, entre muchas otras cosas, nos convierte en los detectives más perspicaces del mundo. Podemos regresar a la escena del crimen una infinidad de veces. Podemos hablar con los transeúntes, los testigos, la policía. Con todos y cada uno de los profesores, conserjes y estudiantes. Podemos pulir nuestras preguntas, manipular, intimidar, hacer chantaje. No hay sanciones ni normas. Podemos descubrir de una vez por todas lo que le sucedió a Jim.

Los oscuros ojos de Martha se cruzaron con los míos mientras pronunciaba estas palabras. Sentí un escalofrío.

—Pero el caso no tenía solución —objetó Cannon.

—Así es —añadió Kip en voz baja—. La policía no llegó muy lejos.

—La dirección de la escuela los presionó para cerrar rápido el caso. Cuanto antes creyera todo el mundo que había sido un suicidio, antes podría Darrow repintar las paredes manchadas de sangre. Eso era lo que querían los padres de los alumnos: barrer el escándalo bajo la alfombra, que todo quedara en otro joven prodigio más que termina mal. La leyenda de Jim Mason se convertiría en otra historia de fantasmas, de esas que resuenan por los pasillos.

—Así que ahora nos vamos a poner a hacer de Sherlock Holmes —dijo Whitley.

Kipling levantó una ceja.

—Siempre me han gustado los rompecabezas y los sabuesos.

—Yo me apunto —dijo Cannon.

—Yo también —murmuró Whitley.

—¿Beatrice? —inquirió Martha.

Todos me miraron. Les devolví la mirada con el corazón acelerado.

Estaba ocurriendo, tras todo este tiempo: íbamos a soltar el león. A reflotar el *Titanic* del fondo del mar. A desenterrar al hombre que se quedó emparedado la noche que fuimos en busca de un barril de amontillado.

Íbamos a descubrir qué le había pasado a Jim.

*Mi Jim.*

El juego del ratón y el gato acababa de empezar.

# **SEGUNDA PARTE**

# CAPÍTULO 10

**L**as extrañas circunstancias de la muerte de Jim Livingston Mason siempre me parecieron irreales, a pesar de que las viví de primera mano.

Al recordarlas ahora, recluida en esa biblioteca con mis cuatro antiguos mejores amigos, repasar cada detalle era como intentar rememorar las normas de un juego imaginario al que hubiera jugado de pequeña.

En el tercer trimestre del último curso, la semana antes de los exámenes finales, mi novio, Jim, desapareció.

Dos días más tarde lo hallaron muerto, flotando en el lago de Vulcan Quarry.

Jim fue mi primer amor, aunque esas palabras ni de lejos alcanzan a describir lo que él significó para mí. La luna. La voz en mi cabeza. La sangre. A pesar de que todo el mundo y todas las abuelas del mundo te dirán que los amores de juventud no duran, que su fuego es mucho más frágil de lo que podría parecer, yo juré que lo que había entre Jim y yo era distinto.

Jim tenía la improbable belleza de un héroe dieciochesco galopando a caballo por un páramo: metro noventa de altura, ojos castaños, pelo negro despeinado, sonrisa ladeada. Pero también había algo más. Estaba vivo. Si la energía vital fuera la corriente de un río, la de Jim sería tan poderosa que podría arrancarte los dedos. Afrontaba un lunes normal y corriente como si tuviera la misión de revelar un secreto crucial sobre la vida antes de llegar al martes. Era un payaso, el rey de las canciones pegadizas, los juegos de palabras y los grandes gestos románticos, como regalarme un diamante clásico de Cartier en forma de abeja a la semana de conocerme. Me escribió

una canción titulada «El cuello de la reina». Lo peor de Jim era que su intensidad atraía a todo el mundo. Era como una luz junto a la ventana por la noche. Hombres y mujeres de todas las edades se arremolinaban a su alrededor, como si confundieran la atención que pudiera prestarles Jim Mason con una aparición milagrosa en Lourdes. No podía culparlos. Jim me hacía sentir importante y menos sola.

Me llamaba *amish*, cómplice, Hedy Lamarr. Decía que había en mí una cualidad antigua que no lograba entender, que yo pertenecía a un pasado muy lejano, a una época más inocente.

—Eres un zorro volador de las islas Percy —me dijo.

—¿Un qué?

—Una especie de mamífero extinguida, conocida por un único espécimen. Fuiste avistada una sola vez en 1874, en las islas Percy, frente a la costa de Queensland, en Australia. No se ha vuelto a hallar otro ejemplar. Y, sin embargo, aquí estás, escondida en este internado anticuado y no especialmente impactante de Rhode Island. Y nadie sabe que estás aquí; solo yo.

Era analítico, inseguro, susceptible, incapaz de dejar el pasado atrás. El verano antes de último curso, Jim y uno de sus amigos de infancia conducían borrachos una lancha motora por la costa de Long Island cuando chocaron con un banco de arena e impactaron contra el esquife de un pescador. Por suerte, al pescador y al amigo de Jim no les pasó nada, pero él sufrió un traumatismo craneal y estuvo dos días inconsciente. A raíz de su lesión escribió seis canciones, cuatro poemas y un rap titulado *Destrucción* sobre el incidente. Prometió no volver a beber. Tras lo ocurrido, una vez al mes le escribía una carta al pescador, como si se confesara con un cura.

Así era Jim. Se saturaba. Se desbordaba. Se ahogaba.

—Tienes que trazar tu vida como si fuera un nuevo continente —solía decir mientras se apoyaba la guitarra en el regazo y sus dedos callosos

bailaban por sus cuerdas—. Un mundo feliz se extiende ante ti. Todos los días. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Ahora Whitley, Cannon, Kipling y Martha me miraban incómodos. Nunca antes lo habíamos hecho. Nunca antes habíamos hablado sobre la muerte de Jim, tanto por el momento en que se produjo como por la conmoción que nos provocó. Cuando la policía hizo públicos todos los datos y la dirección del centro redactó su comunicado final, la semana de exámenes había terminado. En estado de shock, incapaz de levantarme de la cama, sin poder apenas hablar, dejé que mis padres, muy afectados, me rescataran del peligroso reino de Darrow y me llevaran de vuelta al sosegado refugio de Watch Hill. Tardé días en dejar de llorar, meses en empezar a sentir algo remotamente parecido al bienestar.

—Cuando la tristeza es excesiva, el cuerpo se detiene —dijo mi padre.

—¿Por dónde empezamos? —pregunté.

—Muy buena pregunta —respondió Martha mirándome. Sus ojos oscuros relucían tras los cristales de sus gafas—. ¿Tú qué crees que le pasó a Jim? Siempre he querido preguntártelo.

Ahí estaba el interrogante que me planteaba todos los días, hasta el punto de convertirme secretamente en un fenómeno de la naturaleza, como un hombre que lleva durante años una bala alojada en el cerebro: normal y corriente por fuera, un macabro milagro por dentro.

Me moría de ganas de compartir mis teorías, todo lo que yo sabía, pero ellos ignoraban que yo supiera. Había sido la única razón por la que había ido a Wincroft. Sin embargo, en esta desconcertante dinámica a vida o muerte en la que nos encontrábamos, contarle todo no era buena idea. Por lo menos si quería vivir. Que Martha me lo hubiera preguntado tan intencionadamente hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

—No lo sé —respondí.

—Fue un accidente —intervino Kipling—. Tuvo que serlo, ¿no? Pongamos que Jim fuese a la cantera. Quizá le dio por emborracharse. Que sí, que había dicho que no volvería a probar el alcohol después de lo del accidente con el barco, pero a lo mejor estaba deprimido. Andaba muy estresado por el musical, creía que no iba a conseguirlo. A lo mejor cayó en la tentación. El equipo de natación tenía cervezas escondidas por todas partes. Así que igual estaba andando entre la hierba, que en una noche de viento podía ser como quedarte atrapado en la cera para coches de un túnel de lavado, y, yo qué sé, igual se acercó demasiado al borde y tropezó.

—¿Tú has visto alguna vez que Jim Mason tropezara? —preguntó Cannon.

Kipling se encogió de hombros, echando la cabeza hacia atrás para mirar al techo.

—Un cúmulo de mala suerte —contestó en voz baja—. Eso es lo que dice mami Greer cuando el peor de los escenarios posibles, la peor pesadilla, va y se cumple. Dice que todos los grandes misterios de la historia, como la muerte de Marilyn, el asesinato de Kennedy, la Dalia Negra o la colonia de Roanoke, se reducen a un cúmulo de mala suerte. —Asintió como si tratara de convencerse a sí mismo, mientras hacía un gesto indolente con la mano—. Es pura casualidad. Una posibilidad entre mil millones. Estar en el sitio equivocado en el momento equivocado y que la mala pata te dé el empujón final. Un desafortunado y retorcido enredo del destino que ningún detective logra desenmarañar jamás porque sonaría demasiado absurdo. —Me miró con solemnidad—. Lo que le pasó a Jim fue un cúmulo de mala suerte. Me apuesto lo que sea.

—Sí —añadió Whitley, encogiéndose de hombros—. Al fin y al cabo, ninguno de nosotros sabía que esa noche iría a la cantera.

Todos asentimos, mirándonos vacilantes los unos a los otros.

Yo sospechaba que, al menos uno de ellos, mentía. Yo, desde luego,

acababa de hacerlo.

A fin de cuentas, la noche que Jim murió ninguno estaba donde había dicho estar.

Yo lo sabía porque había ido a buscarlos a todos, uno por uno.

Y no encontré nada ni a nadie.

Vulcan Quarry —o Vulcanation, como la llamaban los alumnos de Darrow— era la cantera abandonada que había a kilómetro y medio del centro del campus.

Si alguna leyenda perdurable tenía Darrow era esa cantera. Dada su tentadora proximidad al instituto —sus siete hectáreas de extensión limitaban con los bosques del sureste de Darrow—, constituía la tierra de nadie prohibida que obsesionaba a los estudiantes y de la que todos hablaban en susurros, un mundo distante al que acudir en caso de broma, novatada, ligue o cualquier otro rito de transición adolescente que se os pueda ocurrir.

Los rumores sobre la cantera —cómo llegar hasta ella, qué les pasaba a los estudiantes que iban allí (la mayoría de los cuales habían abandonado Darrow muchos años atrás, por lo que los relatos nunca se podían contrastar)— formaban parte de la rutina semanal del instituto y constituían los cimientos de su leyenda. La cantera estaba tan íntimamente entretejida en el imaginario de Darrow como su himno oficial —«Elevad, oh, Señor, mi corazón»—; su lema —«Verdad, compasión, iniciativa»—; e incluso la biblioteca Marksman, la fortaleza gótica de piedras grises castigadas por el clima que te observaba fijamente, como un padrastro amenazador, desde todos los folletos informativos.

Tras la Primera Guerra Mundial, Vulcan Sandberg Corporation construyó la cantera para extraer granito. En la década de 1950, la empresa quebró y la cantera quedó abandonada. A lo largo de los años siguientes, el cráter fue

llenándose de agua hasta convertirse en un lago de sesenta metros de profundidad. El solar se cubrió de vegetación, que en algunos casos te llegaba hasta el cuello. La Torre del Capataz —un cubículo de madera como un *saloon* de la época de los pioneros que se elevaba quince metros hacia el cielo, accesible únicamente trepando por una escalera estrecha— empezó a inclinarse hacia el norte. Después estaba la propia cantera, un agujero en el suelo del tamaño de un pequeño pueblo, amenazante en su inmensidad, del que era imposible apartar la vista. Parecía revelar algún tipo de verdad aterradora sobre el mundo que los adultos querían ocultarnos a los jóvenes.

El equipo de fútbol de Darrow utilizaba Vulcan Quarry para la «noche de las pelotas», la tradición anual consistente en que los nuevos jugadores corrieran desnudos —ida y vuelta— hasta la cantera. El equipo de remo nadaba en el lago antes de los campeonatos estatales porque les daba buena suerte. Las parejas iban allí a perder la virginidad; los temerarios, a reflexionar. Se murmuraba que la Vulcan Sandberg Corporation era una tapadera del gobierno y que la cantera, en realidad, había sido una pista de aterrizaje para naves extraterrestres.

Para la dirección de Darrow, Vulcan Quarry era la amenaza de un pleito inminente, el bosque encantado que estaban deseando talar para poner punto final a los sombríos cuentos de hadas que lo sobrevolaban como una neblina tóxica. Siempre había algún miembro de la junta directiva que se quejaba, que recogía firmas para declarar Vulcan Quarry un peligro para la seguridad, que presionaba a los representantes estatales para que convirtieran la cantera en un centro cultural, un albergue juvenil o un complejo residencial. Mientras tanto, iban a necesitar un nuevo vallado y una patrulla policial veinticuatro horas al día. No obstante, en el ayuntamiento de Warwick —en parte porque les daba rabia que unos forasteros engreídos les dijeran lo que tenían que hacer, en parte por mera ineptitud— se hacían los remolones con el tema, así que, mientras fui alumna de Darrow, las vallas que rodeaban la cantera —

herrumbrosas, llenas de agujeros, con letreros descoloridos que señalaban «Prohibido el paso» sin convicción— no pasaron de ser, como mucho, una sugerencia.

Tras el hallazgo de su cadáver, sin embargo, Jim se convirtió en el símbolo que necesitaba la junta. Lo último que supe es que la cantera iba a convertirse en un embalse y que la rodeaba una valla nueva, de última generación.

Aunque eso no iba a mantener alejados a los estudiantes de Darrow.

Si la dirección del instituto supiera hasta dónde eran capaces de llegar sus alumnos con tal de escabullirse de noche, a la cantera y a cualquier otro lugar —dormitorios de las residencias, gimnasios del sótano, cuartos de calderas—, no se lo creería. Existía un foro secreto —AlbanzHax.biz— donde estudiantes y antiguos alumnos informaban anónimamente sobre cómo entrar y salir de cada una de las residencias sin que te descubrieran.

«Ropa oscura. La cornisa del porche. Pasar sigilosamente por delante de la ventana donde el señor Robertson se ha quedado frito con un ejemplar de *Poets & Writers* apoyado en el pecho. Si consigues que no te vea, ya lo tienes».

Nosotros seis constantemente nos escapábamos a escondidas a Vulcan Quarry. Ya habíamos adquirido el hábito de ir a hurtadillas de una habitación a otra después del toque de queda, trepando por cornisas y descansillos, para cotillear sobre alumnos y profesores mientras nos fumábamos un cigarrillo a medias en la oscuridad antes de volver corriendo a nuestra habitación para meternos sigilosamente en la cama. En segundo curso, Cannon encontró un rudimentario mapa de la cantera con indicaciones grabado en los azulejos del gimnasio abandonado del antiguo centro deportivo. A medianoche nos escapábamos de las residencias y nos encontrábamos en la entrada del Philosopher's Walk. Conteniendo las carcajadas a duras penas, echábamos a correr por la red de caminos de tierra para llegar hasta allí.

Fueron las mejores noches de mi vida.

No podría decir por qué fue así: sabía que, cuando fuera una anciana y pensara en mi juventud, recordaría esas noches, sentada con estas cinco personas en el angustioso alféizar de la ventana de la Torre del Capataz, mirando hacia ese lago de transparentes aguas azules varios metros por debajo de nosotros.

Nuestra amistad nació allí. Allí se forjó nuestro vínculo. El hecho de vernos los unos a los otros frente a ese fondo sobrio y extraño de piedra, agua y cielo —por no mencionar que estábamos haciendo algo prohibido y sumamente peligroso— nos radiografiaba y revelaba las preguntas sin pronunciar que cada uno de nosotros se formulaba. Sentíamos cómo nos quemaba la vida, nuestras cicatrices tan reales como el viento que nos azotaba el rostro. Sabíamos que nada volvería a ser igual, que la juventud estaba allí y ya casi se había marchado, que el amor era frágil y, la muerte, real.

—¿Y el Conejo Blanco? —preguntó Martha—. Nunca me convenció. Era demasiado fácil. ¿De repente se descubre que el Conejo Blanco era Jim, justo cuando aparece muerto? —Negó con la cabeza—. Chocaba contra todo lo que yo sabía de él.

—¿Crees que fue una cortina de humo? —preguntó Whitley—. ¿Una gran conspiración tramada por la dirección del instituto, con Jim como cabeza de turco?

—No lo sé.

—Tienes razón —le dije a Martha—. Es imposible que Jim fuera el Conejo Blanco.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó Cannon.

«Lo sé».

El Conejo Blanco.

Así era como llamaba todo el mundo al camello de Darrow, alguien que circulaba entre el alumnado, invisible e invasivo como un virus.

Durante la mayor parte de mi estancia en el instituto, fue algo así como el hombre del saco. Nunca lo había visto nadie (nadie que fuera a admitirlo, por lo menos). Hacía sus transacciones mediante creativos buzones secretos repartidos por todo Darrow, como una yincana; por ejemplo, detrás del marco de la obra *Paisaje n.º 14* de la galería de arte, o dentro del cojín roto del asiento 104, fila E, de la sala de conciertos.

Cuando llegué a último curso, el nombre había adquirido tales tintes de leyenda que siempre que sucedía algo raro se decía que era obra del Conejo Blanco. Incluso los profesores conocían este nombre. No cabía la menor duda de que se habían celebrado reuniones de emergencia sobre él, para tratar de dilucidar si existía o si los alumnos se imaginaban una especie de Keyser Söze.

El mayor escándalo afectó a una alumna de primero, Veronica Beers, que se tomó unas pastillas y perdió la cabeza durante el Baile de Invierno, hasta el punto de caerse por las escaleras y terminar en urgencias. Reconoció que le había comprado las pastillas al Conejo Blanco. El rastreo del número de teléfono llevó a una línea de prepago que ya había sido dada de baja.

¿Actuaba en solitario o era una banda de delincuentes? ¿Era un estudiante o alguien de fuera?

Cuando la policía encontró a Jim, llevaba dos días sin vida. La causa de la muerte era asfixia por ahogamiento, pero también mostraba signos de traumatismo craneoencefálico y fracturas de pierna y columna, que el forense consideró que había sufrido al impactar contra el agua.

La policía registró la habitación de Jim en Packer Hall y encontró, escondido en su guitarra Gibson, un alijo de marihuana, Adderall, Ritalin y cocaína. La conclusión fue que Jim había sido el tristemente famoso camello

y su muerte, casi con seguridad, un suicidio, aunque no se podía descartar juego sucio en colaboración con algún delincuente de la zona.

La información corrió como la pólvora.

Primero la desaparición y muerte de Jim Mason, después la impactante puesta al descubierto de su vida secreta. Era el perfecto puñetazo doble para dejarnos sin aliento al final de una película *gore* para adolescentes.

«Pues claro que el Conejo Blanco era Jim», murmuraba todo el mundo. «No cabe duda».

La persona a la que más admiramos es aquella a la que menos conocemos.

Jim era, al fin y al cabo, la estrella del rock de Darrow, su Shakespeare-genio-musical-rompecorazones, el alumno que había conseguido que rapear espontáneamente, la poesía y llevar gorras de *tweed* fuera interesante (cada una de estas cosas un milagro en sí misma), el chico que gustaba a todo el mundo, con quien todos querían estar y al que, al mismo tiempo, deseaban la muerte.

Jim tenía «algo». Un campo de fuerzas.

Era como un inmenso ventanal iluminado y sin cortinas en mitad de la noche. Nadie podía evitar detenerse a mirarlo más de cerca cuando pasaba por su lado sin decir nada.

Jamás me lo creí.

Era imposible que Jim fuese el Conejo Blanco. Alguien se la había jugado, estaba segura. Tras el accidente con la lancha motora no había vuelto a probar las drogas ni el alcohol. Y jamás las habría vendido. Rescataba a los pájaros con las alas rotas y a los alumnos marginados que se quedaban solos a la hora de comer. Además, no necesitaba dinero. Su padre, Edgar Mason, era el inventor de las zapatillas de deporte Van Gogh y de la sudadera Poe, el hombre al mando de Starving Artist, la multinacional de la ropa deportiva que había puesto en marcha en el maletero de su todoterreno a los diecinueve

años. Según la revista *Forbes*, la familia de Jim poseía una fortuna de cinco mil millones de dólares.

Yo me había pasado todo el año anterior poniendo en tela de juicio mi fe en la inocencia de Jim. Había sometido obsesivamente mi teoría a las pruebas más duras, como un coche al que le das patadas en las ruedas para ver si se le caen las puertas. Pensé en todas las ocasiones en las que Jim me había dicho que no podía quedar conmigo en la cafetería después de clase, que estaba en racha y tenía que aislarse en su habitación para escribir. Me pregunté si me habría mentado todas las veces que me dijo que estaba trabajando en *Nowhere Man*, su musical sobre John Lennon.

Mi corazón insistía en que no. No podía haber sido él. Me había mentado sobre otras cosas.

No sobre eso.

—Sé por dónde empezar —anuncié.

Los demás se habían quedado callados, pensativos. Al oírme, me miraron con aprensión.

—Vida Joshua.

—¿Gatita? —exclamó Kipling sorprendido.

—Sabe algo sobre la muerte de Jim. Estoy segura.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Whitley con aspereza.

—¿Recordáis cómo estaba Jim esa última semana?

Kipling arqueó una ceja.

—Lo recuerdo como recordaría un verano con ola de calor, restricciones de agua, alcantarillas atascadas y el aire acondicionado estropeado.

—No era el de siempre —proseguí—. Estaba de mal humor. Saltaba a la mínima.

—Y todo por el musical —dijo Whitley.

—Cielo santo, el musical —comentó Kipling con una mueca—. Lo llevaba por el camino de la amargura.

—Estaba estresado por el musical, no cabe duda —dije—. Pero había algo más. Algo que descubrí.

Me miraban totalmente entregados, esperando que siguiera.

—Estoy casi segura de que tenía un lío con Vida Joshua.

Nadie dijo nada. Se quedaron mirándome, anonadados.

—El día antes de su desaparición fue la primera noche de las Vísperas de Primavera, ¿recordáis?

Asintieron con la cabeza.

Las Vísperas de Primavera eran una función repartida en dos noches con escenas cómicas, discursos y canciones para celebrar el fin de curso justo antes de la semana de exámenes.

Hacia las cinco de la tarde Jim me envió un mensaje de texto. Me dijo que tenía fiebre y escalofríos y que iba a ir a la enfermería. Me quedé de piedra. Al fin y al cabo, esa noche iba a interpretarse un popurrí de canciones originales de *Nowhere Man*. Era el plato fuerte de las Vísperas de Primavera, la primera ocasión en la que iban a escucharse, así que era muy raro que Jim fuese a dejar tirada su propia producción justo antes de su debut. Por muy nervioso que estuviera, él nunca abandonaba. Más tarde, a las ocho pasadas, yo me dirigía a las Vísperas a toda prisa. Iba a llegar tarde, ya que sin darme cuenta me había quedado en la biblioteca más tiempo del previsto. De camino al auditorio, doblé por detrás de la cafetería. Era el atajo que a veces tomábamos Jim y yo. Entonces fue cuando lo vi. Sentado junto al muelle de carga. Y no estaba enfermo. En absoluto. Estaba perfectamente. Llevaba unos vaqueros y una camiseta negra y parecía que esperase a alguien. Estaba solo. Me escondí detrás de un árbol y le envié un mensaje.

«¿Qué te han dicho en la enfermería?».

«Estoy a 39 de fiebre», me contestó. Añadió un *emoji* con cara de enfermo.

Vi con mis propios ojos cómo lo escribía sin inmutarse.

«Voy a verte», escribí.

«No, no vengas. Me voy a dormir».

No podía creerlo. Estaba a punto de ir a plantarle cara allí mismo cuando apareció un coche. Lento. Sin luces. Alguien intentaba pasar desapercibido. Jim saltó del escalón y se subió enseguida. Vida Joshua iba al volante.

—¿La viste? —preguntó Cannon.

Asentí.

—Era el Nissan rojo destartado del señor Joshua. El que tenía aparcado detrás de la escuela de música con las llaves puestas y un cartel de «Se vende» en el parabrisas trasero. El que la dirección le pedía constantemente que se lo llevara la grúa.

—Pobre señor Joshua —dijo Whitley—. Perdería la cabeza si no la tuviera pegada al cuello.

—¿Llegaste a hablar con Jim, chiquilla? —preguntó Kipling.

Asentí con la cabeza.

—Al día siguiente. No lo reconoció, pero se puso furioso.

—¿Se enfadó contigo? —preguntó Marta, entornando los ojos incrédula.

Asentí nuevamente.

«Déjame en paz, Beatrice. No me espíes. ¿Quién te crees que eres, mi padre?».

La reacción de Jim me dio miedo. Nunca antes lo había visto ponerse así: tenía las manos temblorosas, los ojos llenos de lágrimas, la furia corriéndole como veneno por las venas y haciéndole arrugar el entrecejo y hablar entre escupitajos, el rostro desencajado hasta quedar irreconocible. Llevaba semanas muy nervioso, algo que yo había atribuido a la presión de tener el musical listo para las Vísperas de Primavera y grabar la maqueta que el señor Joshua había previsto. «Quiero que sea glorioso, Bee. Busco la gloria». La angustia, la inseguridad y la desesperación lo habían vuelto del revés. «Las

notas ya no fluyen», se lamentaba. Lo que en un principio le había parecido una canción de apertura maravillosa, de repente le sonaba como un bodrio insoportable. Las letras le parecían insulsas. Por mucho que yo insistiera en que eran buenas, no había manera de convencerlo. Nuestra relación, cada vez más frágil, se había convertido en una serie de conversaciones incómodas sobre estrofas y ritmos sincopados, o sobre cómo encontrar una mejor rima para *invierno*.

«¿Cuaderno? ¿Eterno?», le proponía yo.

«Déjalo», me espetaba Jim.

Esa tarde le di a Jim la oportunidad de explicarme lo que vio, de contarme el inocente motivo por el que se había subido al Nissan de Vida la Flexible esa noche y me había mentido al respecto.

Pero no lo hizo.

«¿Quieres romper conmigo con esta excusa?», gritó. «Adelante. Ya estoy harto de que seas tan insegura y tan infantil y tan completamente incapaz de ver nunca nada malo en nadie. Existe la crueldad en el mundo, ¿lo sabías? A veces tienes el mal delante de las narices».

Sus palabras me habían hecho dar media vuelta y correr colina abajo, con los ojos anegados en lágrimas. Cuando me detuve y volví la vista atrás, vi con sorpresa que Jim no me estaba siguiendo, como yo esperaba, sino que había echado a andar por la colina, con una expresión sombría y extenuada en el rostro, hasta desaparecer de mi vista.

Como si pasara de mí. Como si hubiéramos terminado.

Esa fue la última vez que hablé con Jim.

Dos días más tarde estaba muerto.

—Un día después de que el rector Trask anunciara que habían encontrado el cuerpo sin vida de Jim —proseguí—, la noticia salió en todos los periódicos. Ese mismo día, Vida desapareció.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cannon.

—Se fue enseguida de la ciudad, ¿recuerdas? Lo anunciaron oficialmente.

—Es cierto —dijo Whitley lentamente, frunciendo la nariz—. En la reunión de final de curso. «Y os informamos también de que Vida Joshua se incorpora a un nuevo puesto en el ámbito de la investigación con células madre en la Universidad de Chicago».

Kipling asintió, vacilante.

—Fue como oír que en el Departamento de Estado han contratado a un chimpancé.

—¿Pensaste que estaba huyendo de la escena del crimen? —me preguntó Martha.

—El momento fue un poco raro —respondí, asintiendo con la cabeza—. Como si tuviera miedo de algo. De todos modos, entré en su perfil de Facebook y está trabajando como ayudante de cocina en Angelo's, un restaurante italiano, y vuelve a vivir con sus padres. Siempre deseé haber tenido el coraje de enfrentarme a ella. Ahora lo tengo.

Respiré hondo y me puse en pie.

—¿Quién se viene conmigo?

De uno en uno, no sin cierta incomodidad, fueron levantando la mano.

# CAPÍTULO 11

**V**ida Loretta Joshua era siete años mayor que nosotros.

Era hija única del señor Joshua. Tras graduarse en Darrow, fue a la universidad en Carolina del Norte, pero sufrió algún tipo de problema de salud mental —cuya naturaleza nadie conocía—, dejó los estudios y volvió a casa de sus padres.

Cuando visitabas la modesta casita de campo de estilo Tudor de los Joshua, en el campus de Darrow, era como ir a ver a dos personas normales y corrientes que tienen un leopardo por mascota. Había dos razones para ello: (1) Vida Joshua era asombrosamente bella, con el pelo negro, los ojos azules y muy separados, los pómulos marcados y el rostro tan simétrico y arrebatador que, cuando por fin dirigía su mirada hacia ti (cosa que solo hacía tras una prolongada demora), era como encontrarte a un felino salvaje observándote con indolencia desde la cima de una montaña mientras tú fueras la vista a través de los prismáticos; (2) el señor y la señora Joshua parecía que tuvieran miedo a su hija. Le hablaban con voz suave. Andaban de puntillas (sin movimientos bruscos) alrededor del lugar donde Vida solía tumbarse al sol, en el sofá del salón, con el pelo sucio y pantalones anchos, comiéndose una bolsa de chips de col y viendo *Amas de casa de Atlanta*. Parecían demasiado asustados como para organizar su reincorporación al medio salvaje (la universidad) o trasladarla a una reserva para animales enfermos (terapia). Así que la dejaban a su aire, aburrida y deprimida, o lo que fuera que le sucediera a Vida.

Nadie lo sabía a ciencia cierta.

En segundo curso, el señor Joshua presionó a alguien para conseguir a su hija un empleo en Darrow. Vida empezó a dejarse ver por Secretaría, bostezando mientras arrastraba los pies de forma poco convincente entre la fotocopidora y el ordenador; más tarde apareció por el departamento de Lengua española; después fue ayudante del entrenador de hockey sobre hierba juvenil, pero cuando eso tampoco funcionó (al parecer, pocas personas se sentían cómodas compartiendo espacio con un gran felino), la colocaron en la galería de arte, un puesto remoto. La mayor parte del tiempo no se encontraba tras el mostrador de recepción, que dejaba desatendido, sino fuera del edificio, en su parte posterior, junto a los contenedores de basura, charlando con algún estudiante (siempre eran chicos). Corrían rumores de que su apodo en Darrow había sido Vida la Flexible, de que se había acostado con todo el equipo de lucha libre y de que se había enamorado de un profesor de la universidad y acosado a la mujer de este, por lo que le habían puesto una orden de alejamiento que había desencadenado su misteriosa crisis de salud mental.

Eso era todo lo que yo sabía de ella antes de verla con Jim. Sin embargo, después de verlos marcharse juntos del campus, el apelativo cariñoso del señor Joshua —Gatita— parecía irle como anillo al dedo a su hija, porque lo que en su momento había sido una dulce bolita de pelo de repente se había convertido en un peligroso depredador que devoraba cadáveres de caballo y era capaz de matar sin previo aviso.

Yo ni siquiera sabía que Jim y Vida eran amigos. Él nunca me había hablado de ella. Y ella había observado a Jim desde su rincón del sofá del salón con apenas un ápice menos de indiferencia que a mí o a cualquier otra persona. Sin embargo, después de que hallaran a Jim muerto, Vida abandonó su trabajo en la galería. Su silla giratoria ergonómica, su taza llena de lápices, las octavillas de la galería con las hojas de precios y las declaraciones de intenciones de los artistas mezcladas con un pack de bienvenida para hacerse

socio del gimnasio y menús para llevar de un restaurante tailandés: todo aquello se quedó allí plantado, como preguntas capciosas, en los días posteriores a la muerte de Jim.

Me descubrí a mí misma cuestionándome todos mis momentos a solas con Jim, como una avara que se encierra en su cuarto a contemplar el montón de dinero que guarda bajo el colchón, contándolo por millonésima vez para asegurarse de que sigue ahí intacto, comprobando que los billetes no sean falsos. En el año transcurrido, seguí los pasos de Vida. Miré las fotos de Instagram de sus acampadas en Wisconsin con una amiga llamada Jenni que llevaba bermudas; su ruidosa mudanza a un nuevo piso en Wicker Park («¿¿¿Alguien conoce una buena empresa de transportes en la zona de Chicago???»), seguida de una silenciosa vuelta a casa de sus padres menos de tres meses después; su matriculación en un curso de diseño de moda; su interés por la reflexología y una banda de *heavy metal* llamada Eisenhower. Leí con atención todos sus textos, buscando alguna pista de su relación con Jim. De vez en cuando hallé alguna. Vida publicó las letras de una canción escrita por Jim —«Carpe»— para acompañar una foto borrosa que había tomado de una rana. «Hubo días que tocamos el cielo con las manos. Juramos que era cierto, sin mentiras, sin engaños». En el primer aniversario de la muerte de Jim, publicó un mensaje en su página de Facebook, que había sido convertida en un memorial. «Te echo de menos, Mason».

En algunos de mis momentos más sombríos, me planteé enviarle una serie de mensajes anónimos, del estilo de «Sé lo que hiciste el año pasado», para ver si conseguía que se delatara y contara lo que sabía, lo que había hecho.

Nunca lo hice.

Tampoco habría creído nunca que Jim sería capaz de engañarme tonteando con Vida. También es cierto, no obstante, que nunca nos habíamos acostado. Habíamos estado a punto de hacerlo, pero en el último minuto yo siempre

decía que no. Jim se apartaba, se tumbaba boca arriba con la cabeza apoyada en las manos y miraba al techo.

—¿De qué tienes miedo? —me preguntaba con auténtica curiosidad.

Yo lo iba posponiendo con distintas versiones de «No estoy preparada». Nunca reuní el coraje suficiente para decirle la verdad: que me daba miedo perder el último pedazo de tierra firme que me quedaba bajo los pies. Yo amaba a Jim, pero nuestra relación a veces era como una laguna en la memoria. Me dejaba llevar por él y después, días o semanas más tarde, de repente miraba a mi alrededor, alarmada, preguntándome dónde estaba, qué hora era.

—¿Quieres esperar a nuestra noche de bodas? Me parece bien —bromeaba Jim.

«Normal que no rompiera conmigo», pensé más tarde. «No estaba perdiéndose nada».

Tenía a Gatita.

Ninguno de nosotros había regresado a Darrow, ni siquiera desde que estábamos en el nuncamundo.

Al llegar sentimos lo mismo de siempre, como si estuviéramos viajando hacia atrás en el tiempo hasta un pasado perdido de gafas de motorista, teléfonos de candelabro y personas vestidas de *tweed* que sazonan sus frases con expresiones pasadas de moda. Darrow siempre había sido deliberadamente anticuado, una cualidad que el instituto se esforzaba por mantener con orgullo, como si en vez de un centro educativo fuera una reserva para aves en peligro de extinción. Las aulas tenían los mismos pupitres de madera de cincuenta años atrás y, la capilla, los mismos bancos. La mayoría de los profesores parecían daguerrotipos andantes, con el cuello rígido y una expresión en el rostro que sugería una profunda depresión.

Yo miraba por la ventana, intentando hacer caso omiso de los nervios que sentía en la boca del estómago. Durante el último año me había preguntado en más de una ocasión qué le diría a Vida si tuviera la oportunidad de encararme con ella, pero ahora todas las frases que había imaginado me sonaban ridículas y fuera de lugar. «¿Qué estabas haciendo esa noche con Jim? ¿Por qué desapareciste de repente cuando murió? ¿Lo querías? ¿Te quería él a ti?». Ante mí, veía el viejo letrero blanco de madera oscilando bajo la lluvia torrencial.

«Darrow-Harker School». Junto al letrero, el ciervo de bronce. Al pasar por su lado a toda velocidad, vislumbré fugazmente las astas y los ojos, las palabras «Desde 1887» destellando bajo la luz de color rojo sangre de los faros traseros, antes de que la oscuridad engullera tanto el letrero como el ciervo.

—No te preocupes, Bee —susurró Whitley, apoyándome la cabeza en el hombro—. Yo me encargo de todo.

—Cada vez que dices eso, chiquilla, alguien pierde un ojo —dijo Kipling desde el asiento de delante.

Whitley sonrió muy digna.

—No puedo garantizar la integridad física de nadie que se meta con mis mejores amigos. ¿Que alguien le hace daño a Bee? Pues tendrá que afrontar que le caigan encima todas las fuerzas vengadoras del universo conocido.

—Bueno, Zeus, yo que tú bajaría la voz —murmuró Cannon, reduciendo la velocidad.

Estábamos delante de la garita de seguridad de Darrow.

—¿Qué decimos? —preguntó Martha.

—Bah, lo de siempre. Que somos antiguos alumnos. ¿Un poco muertos? ¿Atrapados en una catacumba cósmica?

—Qué aburrido suena eso —susurró Whitley con una risita nerviosa, mientras me apretaba la mano.

Cannon se detuvo delante de la entrada y bajó la ventanilla. Observamos, con un silencio incómodo, como Moses —el tristemente célebre guardia de seguridad de Darrow— se tomaba su tiempo para subirse la cremallera de la chaqueta, arreglarse el cuello de la camisa y abrir un paraguas de golf antes de salir sin prisas. Gruñón, encorvado como un signo de interrogación, de él se murmuraba que había llegado al campus el mismo año de la fundación del instituto. Era cristiano a machamartillo, de los que meten a Dios con calzador en casi todas las conversaciones, y alcohólico en proceso de rehabilitación. Todos los miércoles a medianoche abandonaba en secreto su puesto para asistir a una reunión de Alcohólicos Anónimos en el gimnasio de St. Peter's, lo que significaba que había un margen de dos horas durante las cuales era posible pasar a cara descubierta por delante de la garita de seguridad y fugarse del campus sin que te pillaran, siempre y cuando regresaras antes de que Moses volviera a su puesto.

—Buenas noches —nos saludó rutinariamente a través de la lluvia—. ¿En qué puedo ayudarles?

—¿No nos reconoce? —le preguntó Cannon.

Moses se acercó para mirarnos. La sorpresa unió en un único trazo sus pobladas cejas blancas.

—Sí que os conozco. Cannon Beecham. Kipling St. John. Whitley. Beatrice. Y la pequeña Martha. ¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí en una noche destemplada como esta?

—Andábamos por aquí cerca y nos ha apetecido darnos una pequeña vuelta por el campus —respondió Cannon—. No tardaremos.

Moses frunció el ceño, aparentemente consternado, y le echó un vistazo a su reloj. Cuando volvió a mirar a Cannon, parecía incómodo.

—Una vuelta rápida —accedió, señalando a Cannon—. Pero nada de trastadas, ¿eh? Ya me entendéis.

Cannon asintió y lo saludó con la mano mientras volvía a subir la

ventanilla del coche. Después arrancó de nuevo.

—Nada de trastadas que vaya a recordar mañana, amigo —murmuró.

—¡Dios mío! Esto sí que es una sorpresa.

De pie en el umbral de la puerta, el señor Joshua estaba exactamente igual que un año atrás. Seguía siendo esbelto, con los ojos azules y brillantes, las mejillas sonrosadas y un porte elegante, y seguía llevando chalecos de punto.

—¿A qué debo el honor? Entrad. Resguardaos de la tormenta.

Sonreía con alegría sincera, lo que me hizo sentir una punzada de culpa mientras los cinco entrábamos en su casa empapados.

—Hemos venido a ver a Vida —dijo Whitley con una sonrisa—. ¿Está Gatita en casa?

Ya habíamos visto su coche en el camino, el Nissan rojo, y también que había muchas ventanas con luz, así que ya nos imaginábamos cuál sería la respuesta a esta pregunta.

El señor Joshua parpadeó, perplejo.

—¿Vida? Sí, por supuesto. Estamos... esto... cenando. Venid. Venid, por favor.

Lo seguimos a través del salón, que estaba en silencio, hasta el comedor, donde se encontraban su hija y su esposa. La señora Joshua llevaba un delantal amarillo y estaba sirviendo maíz en tres platos. Vida, sentada indolentemente en la cabecera de la mesa, miraba el móvil.

Al parecer, vivir en cautividad le había pasado factura, ya que se la veía menos intimidante de lo que yo recordaba. Había engordado y tenía el pelo más fino y descuidado. Aunque los cinco nos congregamos a su alrededor sin decir palabra, se mantuvo totalmente ajena a nosotros, levantando la vista con aparente indiferencia antes de volver a fijarla en su teléfono. Estaba

acostumbrada a que su padre recibiera visitas de estudiantes a todas horas para tomar clases de guitarra o ensayar.

—¿Peggy? ¿Gatita? Son unos amigos de Jim Mason. ¿Os acordáis de Jim, mi alumno? El... esto... el chico prodigio. Uno de los mejores letristas jóvenes que he conocido. —El señor Joshua levantó un dedo. Sonrió levemente—. Habría llegado lejos. Su musical sobre Lennon era una maravilla... Una auténtica obra maestra de música y palabras... —Por un momento pareció olvidarse de sí mismo; las palabras se le habían escapado de la boca con indisimulada tristeza. Se ruborizó—. Bueno. ¿Qué os trae por estos lares?

Nunca se me había ocurrido pensar en cómo habría afectado al señor Joshua la muerte de Jim. Nunca hasta ahora, al verme ante la sencillez gris y desgastada de su vivienda, con la ensordecedora lluvia aporreando el techo, el leve aroma a naftalina, las guitarras acústicas colgadas de las paredes que hacían pensar en canciones que nadie hubiera llegado a interpretar. A fin de cuentas, el señor Joshua había sido el principal valedor de Jim, el que lo había ido preparando para audiciones fuera de la ciudad e incluso le consiguió una oportunidad en Broadway. Había sido el señor Joshua quien había reunido las docenas de maquetas de Jim, grabadas en Logic Pro, y las había transcrito en forma de partitura; el señor Joshua lo había empujado a soñar con letras más ambiciosas, personajes más complejos, «mayor variedad para el oído», analizando con él la ingeniosa fraseología y audaces palabras de Stephen Sondheim, Lin-Manuel Miranda y Tennessee Williams. El señor Joshua había logrado que un importante productor neoyorquino escuchara la maqueta de Jim con canciones de *Nowhere Man*. Al productor le había gustado mucho la muestra y estaba organizando un encuentro, un almuerzo en Nueva York, por la época en la que Jim murió.

Me descubrí preguntándome si el señor Joshua habría estado enamorado de Jim. ¿O sería otra cosa? ¿Habría visto el señor Joshua su suerte ligada al fulgurante ascenso de su alumno? Jim era su billete de ida sin regreso para

salir de la ciudad, su colaborador, su estudiante predilecto, su gallina de los huevos de oro. ¿Habrían quedado todas las esperanzas y proyectos del señor Joshua reducidos a la nada con la muerte de Jim?

—Seguro que Vida sí que se acuerda de Jim —dijo Whitley con una sonrisa mordaz. Ladeó la cabeza y arqueó una ceja—. Gatita, ¿me oyes? Este es el momento perfecto para pedirles a tus padres que nos dejen a solas, a no ser que quieras que se enteren de todos los detalles morbosos.

Se dejó caer despreocupadamente en una silla en la cabecera de la mesa, apoyó una pierna en el reposabrazos y se sirvió una judía verde.

—Queremos saberlo todo —prosiguió mientras mordisqueaba la hortaliza—. ¿Quién empezó? ¿Quién terminó? ¿A dónde ibais cuando os escapabais los dos juntitos del campus? ¿Y por qué te largaste en cuanto se descubrió que Jim había muerto?

Vida se quedó mirándola, boquiabierta, sin dar crédito a lo que oía.

—Por favor, no insultes nuestra inteligencia negándolo, chiquilla —intervino Kipling haciendo un gesto de negación con la mano—. Para empezar, Beatrice no miente. Es la persona más bondadosa y sincera que jamás hayas conocido. Su segundo nombre es Bruja Buena del Norte. Y para continuar, no vamos sobrados de paciencia. Llevamos viviendo este mismo día un montón de tiempo. Una «vigilia», lo llaman. Y estamos todos un poco tensos.

—Un poco intratables —añadió Cannon.

—¿Pero esto qué es? —intervino la señora Joshua—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Paul? ¡Paul!

El señor Joshua, de pie a su lado, parecía incapaz de moverse o de hablar, como un pajarillo planeando nervioso alrededor de un banco de un parque en el que acaban de caer unas migajas.

—Estáis como cabras —respondió Vida con voz ronca—. No tengo ni idea de qué me estáis hablando.

Con una sonrisa, Whitley agarró un plato de comida y lo lanzó por los aires como si fuera un *frisbee*. El plato surcó la habitación, con trozos de pollo, maíz y arroz volando en todas direcciones, y chocó contra la ventana.

Por un instante, nos quedamos todos demasiado estupefactos para reaccionar, hasta que la señora Joshua corrió a la mesilla auxiliar a por un teléfono y marcó el número de emergencias.

—Quiero denunciar un allanamiento de morada.

—Dile que cuelgue —ordenó Cannon a Vida, rascándose la nariz.

—Necesitamos que venga la policía. Enseguida. Unos niños... adolescentes... han entrado en nuestra casa...

—Dile que cuelgue si no te gusta la ropa carcelaria —dijo Whitley.

Vida la miró, asustada.

—Ni las duchas colectivas —añadió Cannon, dejándose caer en una silla.

—Nos están intimidando. Son antiguos alumnos de mi marido. Por favor, que venga alguien.

—Mamá, cuelga —dijo Vida.

—Una de las cosas que más odio son las chicas que no sienten solidaridad femenina—dijo Whitley—. Como esas que se lían con los novios de otras, como si estuvieran en un bufé libre y pudieran llevarse lo que les dé la gana. Es imperdonable. Y está pasado de moda.

—Darrow, el instituto...

—Yo le daría un toque a la pitbull de tu madre —dijo Cannon.

—Mamá —dijo Vida con aspereza.

La señora Joshua no la oyó.

—Entrance Drive, número 45. Rápido, por favor.

Vida se incorporó de un salto. Corrió hasta su madre y la apartó de un empujón mientras le arrancaba el teléfono de las manos y lo lanzaba por la sala. El teléfono impactó en un cuadro de un zorro tocando el violín que de

inmediato cayó al suelo, dejando al descubierto un llamativo rectángulo de papel pintado recubierto de moho negro.

Nos quedamos todos en silencio, completamente atónitos.

Vida nos miraba con los ojos desorbitados, boquiabierta, intentando recuperar el aliento.

—¿Pero qué has hecho esta vez? —le preguntó el señor Joshua.

—No sé cuántas veces voy a tener que decirlo —gruñó Vida—. Éramos amigos. Y ya está. Lo único que hizo fue pedirme que lo llevara en coche. Quería que lo ayudara a salir del campus. Se escondió debajo de una manta en el asiento trasero de mi coche cuando pasamos por delante de Moses. Y eso fue todo, ¿vale? No sé a qué viene todo esto. Estáis mal de la cabeza.

—No te creemos —dijo Cannon.

—Peor para vosotros.

—¿A dónde llevaste a Jim? —inquirió Martha.

—Ya os lo he dicho.

—Pues dínoslo otra vez —le espetó Whitley.

—No lo sé. A una especie de centro comercial.

—¿En Newport?

—Sí.

—¿Recuerdas dónde estaba? ¿O cómo se llamaba? —preguntó Martha.

—No.

—¿Qué es lo que sí recuerdas? —quiso saber Cannon.

Vida se encogió de hombros.

—Era una parte más bien cutre de la ciudad. Bazares de todo a un dólar, una tienda de mascotas. En el aparcamiento había un hombre disfrazado de pollo repartiendo globos en forma de corazón.

—¿Y para qué quería Jim ir allí? —preguntó Martha.

—A lo mejor le apetecía comer pollo frito y comprarse una iguana como animal de compañía. No tengo ni puñetera idea.

—Pero algo debiste sospechar —dijo Wit.

Vida se encogió de hombros, irritada.

—Pensé que a lo mejor estaba intentando comprar hierba. Había varios tipos con mala pinta merodeando por el aparcamiento.

—¿Qué hora era?

—Las ocho o las nueve de la noche. —Vida suspiró—. Me ofrecí a quedarme y llevarlo de vuelta al instituto, pero me dijo que ya se las arreglaría por su cuenta. Y eso fue todo, ¿vale? No sé qué importancia tiene todo esto y no tuve nada que ver con su muerte. Ya basta, por favor.

Vida llevaba veinte minutos contándonos, con desdén e irritación, la misma historia una y otra vez: Jim solo le había pedido que la llevara en coche a un sitio esa noche. Eso era todo. No había nada más que contar. No se habían liado. Se habían hecho amigos por casualidad. Vida había contado su versión sin titubear y yo, aunque me sentía inclinada a creerla, al escucharla me sentía como si me estuvieran clavando un cuchillo en el corazón. Incluso dando por cierto que solo fueran amigos, la realidad era que Jim no había querido confiar en mí y que, fuera lo que fuera en lo que andaba metido, lo que lo había alterado tanto, había optado por afrontarlo de espaldas a mí. Si me había mentido sobre eso, no podía evitar preguntarme en qué más me habría engañado.

—Me parece bastante raro que te pidiera que lo llevaras en coche si solo erais amigos —dijo Whitley.

Vida la miró.

—Ya os lo he dicho: hablábamos de vez en cuando. Venía a verme a la galería de arte y a veces me daba consejos. Jim era un genio de los de verdad. Entendía las cosas. Le hablé de mis problemas, ya sabéis, y me ayudó más él en diez minutos que el doctor Milton Yeskowitz, con su perilla, sus uñas

demasiado largas y su librería llena de manuales de autoayuda de los setenta sobre cómo «aprender a quererte», en seis años.

Al decirlo, lanzó una mirada fulminante a su padre, que se quedó mirándola con rostro inexpresivo. Tanto el señor como la señora Joshua habían estado escuchando a su hija como si hablara en algún extraño dialecto del que solo comprendieran una de cada tres palabras.

—Jim me recordaba una y otra vez que mi vida tenía vida propia y debía domesticarla. Por eso decidí mudarme a Chicago. Le conté que me había salido la oportunidad de hacer prácticas en el laboratorio y me dijo que las aceptara. Que viviera el momento presente. Aunque me diera miedo. Jim decía que cuando se abre un abismo en tu camino y estás aterrorizado, tienes que tomar carrerilla, saltar y confiar en que llegarás al otro lado. Era mi fuente de inspiración. Y yo también lo ayudaba a él. Estaba muy estresado por el musical. Quería que fuera grandioso. Quería que estuviera a la altura de *Oklahoma!* y *Rent*. Aspiraba a la excelencia. Más que nada, quería pasar a la historia. E iba a hacerlo. Me enseñó su libreta y vi que había escrito unas rimas increíbles. Era un genio. —Negó con la cabeza—. Es horrible lo que le pasó. Pero así es la vida, ¿no? Siempre se van los mejores.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —le pregunté.

—¿Es que no me oís? Ya os lo he dicho. Cuando lo dejé en el centro comercial ese.

—¿No hablaste con él la noche que murió? ¿No te pidió que te reunieras con él en Vulcan Quarry?

Puso cara de contrariedad.

—¿De qué me estás hablando? No he estado en esa cantera en mi vida. —Inspiró con fuerza y negó con la cabeza—. En cuanto supe lo que había pasado, sin embargo, no solo lo de que estaba muerto, sino que encima era un camello de los gordos, me fui directa a la policía y les dije que no sabían lo

que hacían. —Puso los ojos en blanco—. Las drogas que encontraron en la habitación de Jim no eran suyas.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Me contó de quién eran.

—¿Perdona? —intervino Martha bruscamente, mirándome sorprendida—. ¿Qué dices?

—¡Ah, sí! —Vida asintió con la cabeza—. Un par de semanas antes de morir. Era incapaz de hablar de otra cosa. Acababa de descubrir que uno de sus mejores amigos llevaba años vendiendo drogas duras entre los estudiantes.

—¿Te dijo quién era? —preguntó Kipling.

—No hizo falta. Mientras me lo contaba, le llamó su amigo. «Hablando del rey de Roma», dijo Jim. Vi el nombre en la pantalla del móvil. —Vida puso cara de extrañeza—. Era un poco raro, una sola palabra.

—¿Qué palabra? —preguntó Cannon.

—Shrieks.

Al momento, un coro de voces se puso a gritar en mi cabeza: «No. No. Es imposible».

Nadie se movió.

Whitley tenía los ojos clavados en el suelo, la mirada perdida.

—Mencioné el nombre a la policía —prosiguió Vida—. Se lo conté todo. Les dije que esa persona tenía algo que ver con el asesinato de Jim. No me cabía duda. ¿Sabiendo que su secreto estaba a punto de salir a la luz? Tenía que deshacerse de él. Asegurarse de que no hablara, ¿entendéis? —Abrió los ojos—. Pero no me hicieron caso. O a lo mejor estaban demasiado ocupados zampando bollos como para levantar el culo de la silla y ponerse a trabajar, porque nunca más supe nada del tema. No me sorprendió. Ya nadie hace nada. El único que hacía cosas, que se dejaba la piel por ayudar a todo el mundo, era Jim. Y ahora ya no está.

Se quedó callada. Hubo un momento de silencio incómodo.

Entonces Whitley se puso en pie de un salto y salió de la casa corriendo.

## CAPÍTULO 12

**S**alimos disparados tras ella.

En la puerta de entrada, cuando Cannon y los demás se lanzaron bajo el aguacero, me detuve a mirar por última vez a la familia Joshua, cuyos tres miembros se observaban con expresión sombría, como tres desconocidos en un calabozo esperando a saber de qué se les acusa. Después me di la vuelta y eché a correr.

Whitley estaba a punto de esfumarse al final de Entrance Drive.

—¡Whitley! —gritó Kip.

—¡Vamos! —vociferó Cannon—. ¿A dónde vas?

Whitley no les hizo caso. Se desvió bruscamente del camino y desapareció al otro lado de la colina. Cuando llegué a la cima, estaban todos muy lejos. Whitley se había convertido en una figura oscura que corría por las pistas de tenis y los campos de fútbol con Martha, Cannon y Kip desplegados en abanico tras ella.

—¡Espera! —gritó Martha.

—¡Tenemos que hablar!

—¡Whitley Lansing! ¡Alto!

Yo corría tras ellos todo lo rápido que podía. A mi espalda empezaron a sonar débilmente las sirenas de la policía. ¿Whitley? ¿El Conejo Blanco? ¿Cómo era posible?

Ahora la lluvia caía en tromba. Las gotas me acribillaban la cabeza y los brazos como munición disparada desde el cielo. Me costaba ver hacia dónde iba. Las ramas de los árboles se partían y caían al suelo. Retumbaban los

truenos. Resbalé y bajé a trompicones hasta el pie de la colina, donde había un gran charco de fango, espeso como el alquitrán. Las deportivas se me hundían varios centímetros en el suelo. Vi a Wit y los demás muy por delante de mí, rodeando la fachada frontal de las residencias femeninas —Slate Hall, Stonington Manor—, sus arcos góticos oscuros e imponentes, sombras deformes alargándose como dedos bajo las farolas amarillentas. Doblé por el jardín de detrás de Morley House y estuve a punto de pisar a Martha. Al parecer se había resbalado y había caído de bruces sobre el fango.

—¿Estás bien? —grité.

—¡Corre! —contestó con voz entrecortada, señalando en dirección al resto del grupo.

Seguí corriendo. Al pasar por delante del centro de natación, un imponente edificio de vidrio y pizarra, vi que alguien había roto una de las puertas de cristal con un ladrillo. Abrí la puerta y me metí dentro. En la oscuridad resonaban ante mí gritos y pisadas incorpóreas. Pasé rápidamente por el oscuro vestíbulo, ante las numerosas vitrinas de trofeos y cintas triunfales, fotografías en blanco y negro del equipo de natación. Recorrí a toda prisa el pasillo a cuadros, con las zapatillas llenas de barro, resbalando y deslizándome por el linóleo, y abrí de golpe la doble puerta de la piscina olímpica.

Kipling y Cannon estaban dentro. Whitley se había lanzado al agua y ambos seguían su figura oscura por el borde de la piscina mientras ella buceaba hacia la parte honda.

Un minuto después, Whitley salió a la superficie jadeando.

—¿Pero qué haces? —preguntó Cannon—. Solo queremos hablar contigo.

—No puedes dejarnos atrás, chiquilla —dijo Kipling.

Les lanzó una mirada asesina y, sin decir palabra, volvió a sumergirse en el agua.

—Va a ir hacia la puerta otra vez —dijo Cannon, corriendo hacia mí.

Así era. Whitley subió la escalerilla de un salto, me empujó con tanta fuerza que tropecé con una silla y tiró de las puertas para abrirlas. Se dio de manos a boca con Martha, que estaba cubierta de barro de pies a cabeza. Sobresaltada, Wit trató de darle un empujón para pasar, pero Martha tenía agarrado uno de los trofeos de natación de las vitrinas. Giró sobre sí misma y golpeó a Whitley en la sien. Whitley cayó al suelo entre alaridos de dolor.

—Hete aquí el Conejo Blanco —dijo Martha casi sin aliento.

Cerró las puertas de golpe y atravesó el trofeo entre los tiradores para bloquearlas.

—¡Así que eras tú! —vociferó Cannon mirando a Whitley—. Todo este tiempo. ¿Cómo pudiste no decir nada? ¿Cómo pudiste engañarme día tras día? No me lo puedo creer.

—Solo pensaba hacerlo un par de veces —murmuró Whitley. Se incorporó y se frotó la sien—. Pero mi número empezó a circular y nació la leyenda del Conejo Blanco. Era imposible parar.

—¿Cómo has sido capaz? —susurré con un hilo de voz.

Whitley me miró fijamente.

—Sí, Bee, ya sabemos todos que tú jamás de los jamases harías una cosa así. Que tú eres una buena persona, una santa de moral intachable. Los demás no tenemos tanta suerte.

Inspiró con fuerza y miró al suelo con expresión sombría.

Permanecimos en silencio. Los reflejos del agua azulada de la piscina nos temblaban en el rostro.

No podía creerme que nos hubiera engañado así durante años. Yo jamás había sospechado de ella. Tampoco Cannon, a juzgar por la furia que traslucía su rostro.

Y, sin embargo, dentro de lo retorcido tenía su lógica, considerando que Linda, la madre de Whitley, dirigía un imperio farmacéutico. No era inusual oír a Whitley hablar con admiración de la visión empresarial de su

progenitora, quien, armada con un abrigo de visón, la «universidad de la vida» de quien ha dejado el instituto a medias y su sentido común de granjera de Missouri, era capaz de llevar las riendas de los consejos de administración y las juntas de accionistas de la City de Nueva York, o de poner en su lugar a los banqueros más machistas con alguno de sus atinadísimos zascas: «Si los idiotas volaran, usted sería un Airbus A350». Lo cierto era —a veces lloraba al pensarlo, aunque siempre me cuidaba mucho de decírselo a Wit— que Linda no quería a su hija, no de la manera que Whitley necesitaba. Desde que era un bebé, había ido dando tumbos entre niñeras, canguros y *au pairs*, campamentos de verano, internados y grupos de estudio, como una maleta perdida. Yo, en parte, lo entendía. Se había convertido en el Conejo Blanco para demostrarse a sí misma, o quizá incluso a su madre, lo mucho que valía.

No se me había olvidado el comentario de Vida de que el hecho de desenmascarar al Conejo Blanco podría estar relacionado con la muerte de Jim. «Les dije que esa persona tenía algo que ver con el asesinato de Jim. ¿Sabiendo que su secreto estaba a punto de salir a la luz? Tenía que deshacerse de él». El comentario me perseguía, centellando con el brillo inconfundible de lo real, aunque yo no quisiera admitirlo.

—¿Cómo te descubrió Jim? —le pregunté.

Wit levantó la vista hacia mí, sombría.

—Me pilló con las manos en la masa.

—¿Cuándo?

—Una semana antes de los exámenes finales. Siempre me escabullía a las tres de la madrugada para hacer una entrega. Él regresaba de Vulcan Quarry y me vio entrar en el observatorio. Me siguió por las cúpulas y vio lo que hacía. Se puso furioso conmigo. Le dio más importancia de la cuenta. Al fin y al cabo, estábamos a punto de graduarnos. El Conejo Blanco ya era historia. Jim empezó a gritar que si la ética y la responsabilidad, que si hacer lo correcto... Insistió en que se lo confesara todo a la dirección.

—Así que decidiste tenderle una trampa —dijo Martha—. Le metiste las drogas en la guitarra para cargarle las culpas a él.

—No. —Whitley negó categóricamente con la cabeza—. Eso fue un accidente. Yo siempre tenía el material enterrado detrás del viejo cobertizo de mantenimiento que hay junto a Drury Field. ¿Sabéis ese sitio que todo el mundo dice que está embrujado? Pues no lo está. Solo está lleno de suciedad, con un montón de letreros y carteles deportivos antiguos. Un día vi que un albañil lo inspeccionaba y descubrí que iban a derruirlo para construir un invernadero. Esa noche, a la hora de la cena, dije que no me encontraba bien y fui a desenterrar el material. Pensaba guardarlo en mi habitación, pero precisamente esa noche estaban pintando los pasillos. Estaba todo lleno de trabajadores de mantenimiento. No sabía qué hacer. Con todo lo que llevaba encima, si me paraban... —Se estremeció—. Me metí en Packer Hall y fui a la habitación de Jim. Sabía que guardaba la llave debajo del felpudo. Metí el material en su guitarra. Mi intención era volver al día siguiente y recuperarlo. Obviamente. Pero entonces fue cuando dijeron que había desaparecido. Para cuando tuve de ocasión de regresar, la policía ya había registrado su habitación y lo habían encontrado todo.

Martha la miró fijamente.

—Se supo que Jim había desaparecido el jueves por la mañana. La policía encontró su cadáver el viernes por la noche. ¿Cuándo escondiste la droga en su guitarra exactamente?

Whitley miró al techo, incómoda.

—¿El miércoles, quizá?

—Deja de mentir —dijo Martha.

—No miento.

—Tu historia podría haber funcionado, si no fuera por un detalle.

—¿Cuál?

—La guitarra de Jim la tenía yo.

Todos la miramos.

—Me la prestó para que pudiera practicar mi canción de las Vísperas de Primavera. La tuve en la habitación dos semanas. Anunciaron que Jim estaba desaparecido el jueves por la mañana. El jueves por la noche devolví la guitarra a su cuarto. Eso significa una sola cosa. Tú ya sabías que Jim había desaparecido cuando le pusiste la droga en la guitarra. —Martha miró a Whitley implacable—. Viste su desaparición como una oportunidad para librarte del lío en el que te habías metido. Le tendiste una trampa.

Whitley le devolvió la mirada.

—La noche que Jim murió... —dije con voz temblorosa—. ¿Estuviste con él en la cantera?

—No. —Whitley negó con la cabeza—. Te lo prometo. Te lo prometo, Bee. Le quería tanto como todos los demás. —Al decir esto, rompió a llorar—. Vale, sí. Le tendí una trampa. Yo puse el material en su habitación. Estaba asustada. Creía que ya había ido a hablar con la dirección para contarles que yo era el Conejo Blanco. Lo hice para salvarme. Fue espantoso. Pero no tuve nada que ver con su muerte, lo juro por Dios. —Me miró con los ojos rojos—. Tienes que creerme.

De repente, golpearon la puerta ruidosamente.

—Cannon Beecham, ¿estás ahí?

Era Moses.

—Por favor —suplicó Whitley llorosa—. Yo no sabía nada de la muerte de Jim. Y sigo sin saberlo, lo juro...

—Abrid ahora mismo. Ha venido la policía.

—¡Les habla la policía de Warwick! Están allanando una propiedad privada.

La puerta repiqueteaba, pero no cedía.

—Salgamos de aquí —dijo Martha.

Mientras seguían aporreando la puerta, corrimos al otro extremo de la

piscina. Whitley se puso en pie con dificultad y nos siguió. Allí estaban las gradas. Los vestuarios femeninos y masculinos.

No había salida.

Estaba a punto de proponer que nos rindiéramos y pasáramos el resto de la vigilia en comisaría cuando Cannon agarró la silla del salvavidas y, girando sobre sí mismo, la arrojó contra la pared de ventanales. El vidrio apenas se resquebrajó.

—¡Abrid la puerta!

Cannon volvió a lanzar la silla, que impactó contra los ventanales por segunda vez. Vi a los agentes desplegar por el exterior, empuñando linternas de gran alcance. Un nuevo impacto de la silla. De repente, todo el cristal cayó hecho añicos a la vez. Los cinco arrancamos a correr, dando vivas y gritos de alegría con toda la fuerza de nuestros pulmones, y nos adentramos en la noche, corriendo por delante de los agentes, cuyas linternas nos cegaban.

—¡Policía! ¡Todos quietos!

—¡Adelante, mis valientes! —nos arengó Kipling.

—¡Id al infierno y volved!

A mi espalda, Kip daba aullidos. Whitley también. Cannon cantaba. Yo corría a ciegas, sintiéndome extraña, entre accesos de risa que no podía controlar, deseando que me envolviera la oscuridad. Vi a uno de los agentes sacar el arma. Por un momento creí que iba a disparar contra mí de puro terror, creyendo que esto era el principio de un apocalipsis zombi. Me dirigí a la parte más oscura del campo, forzando las piernas para correr más y más. Me dolían los pulmones y la lluvia impactaba con fuerza sobre mí. Al mirar atrás vi las luces rojas y azules de los coches de policía y figuras que tomaban el centro de natación.

Nadie me había seguido. Estaba sola.

Reduje el paso a una carrera suave, luego a una marcha rápida. Las gotas

de lluvia se me clavaban en la cara. Me di cuenta de que había llegado a la linde del bosque. Crucé hasta una pista de senderismo y empecé a bajar por ella. No tardé en tranquilizarme. Solo tenía presentes mis pasos y el fango. Había fango por todas partes. Viscoso y negro como el alquitrán.

Jim.

Estaba tan oscuro que casi podía sentirlo a mi lado, andando junto a mí.

Tenía unas ganas locas de gritarle, de exigirle que me contara la verdad. «¿A qué vienen tantos secretos?». Jim era como un cuadro que yo siempre había considerado una obra maestra única. Pero resultaba que había incontables versiones de la misma pintura en circulación, pequeñas acuarelas y rudimentarios bocetos a lápiz, reproducciones baratas en formato póster a noventa y nueve céntimos en la tienda de regalos del aeropuerto. Ciertamente, ninguna de ellas tenía la belleza y los detalles de la mía, pero representaban la misma escena y, por lo tanto, la hacían un poco menos especial. Vida tenía su propia versión. El señor Joshua también. Y Whitley. Incluso Martha. Había algo desconcertante en su modo de anunciarlo: «La guitarra de Jim la tenía yo». Sus sentimientos hacia él parecían emerger a la superficie fuertes y extraños, a duras penas controlados, antes de volver a hundirse en las profundidades.

La lluvia caía con más fuerza. Retumbaban los truenos.

Seguí andando. De vez en cuando, con una oleada de repugnancia, me parecía vislumbrar al Guardián, con su impermeable de jardinero, paseándose entre los árboles, pero cada vez que me detenía, presa de la taquicardia, y me fijaba bien para estar segura, no había nadie.

Al poco empecé a notar cómo se apoderaba de mí el cerco plúmbeo del nuncamundo, una especie de hormigueo —ahora ya conocido— que empezaba por los pies y reptaba pantorrillas arriba.

El sendero me había llevado hasta un claro donde el viento soplaba con fuerza y había enormes árboles caídos por todas partes. Con los ojos

entrecerrados, vi un roble imponente que oscilaba a pocos metros de mí. De repente cayó con un chasquido ensordecedor que resonó por todo el bosque.

Me quedé petrificada.

Oí otro chasquido a mi lado. Al darme la vuelta, me di cuenta de que era otro roble desgajándose del suelo. Intenté apartarme, pero tenía los pies atrapados en el fango, denso como el cemento. Conseguí arrancarlos del lodazal y lanzarme a ciegas hacia delante en el preciso instante en el que el árbol caía con estruendo a pocos centímetros de mí. Sus ramas, temblando y quebrándose, me azotaron la cabeza.

¿Qué estaba sucediendo?

Levanté la cabeza y me alejé a rastras. Traté de ponerme en pie, pero caí de bruces en el fango.

La noche del nuncamundo estaba descendiendo sobre mí. Había llegado el final de las once horas y doce minutos. Logré girarme para quedar boca arriba, respirando entrecortadamente mientras miraba entre pestañeos el cielo y la lluvia. Era como ser enterrada viva bajo el peso de un millón de monedas arrojadas desde las nubes. Mi cuerpo se hundía en el fango cada vez más. Pronto sentiría los brazos y las piernas como si se me separaran del tronco y se disolvieran.

Otro árbol empezó a soltarse del suelo a muy pocos metros de mí.

Lo último que sentí fue pánico: pánico a morir allí sin haber resuelto el misterio. Las confesiones de Vida Joshua y Whitley no habían solucionado nada. ¿Llegaría a saber alguna vez qué le pasó a Jim en realidad? ¿Cómo podría ganar la votación y volver a la vida?

En ese momento me di cuenta de que había una figura oscura de pie, a mi lado. Su expresión era cruel.

El Guardián.

—Crece un árbol entre la maleza. Te protege una fortaleza. ¿Cuándo pararé, cuándo podré verte? Si no hubiera veneno, tampoco habría muerte.

Grité mientras el roble caía sobre mí y todo quedó a oscuras.

## CAPÍTULO 13

**M**e desperté, respirando con dificultad, en el asiento trasero del Jaguar. Martha y Kip estaban a mi lado.

El corazón seguía latiéndome desbocado por la angustia del árbol cayendo sobre mí, el suelo del bosque convertido en una ciénaga, la súbita aparición del Guardián, la rima insidiosa que había recitado.

Sentía náuseas, pero no tenía tiempo de pararme a reflexionar. Martha y Kipling habían salido del coche y corrían hacia la casa. Eché a correr tras ellos. Parecían preocupados, como lo estaba yo, por si Whitley ya no estaba; por si, humillada porque hubiéramos descubierto que ella había sido el Conejo Blanco todos esos años, incluso temerosa de que la hiciéramos responsable de la muerte de Jim, se había marchado.

Sin embargo, nos la encontramos en la cocina sentada con Cannon. Del semblante apagado de ambos deduje que habían mantenido una conversación intensa, puede que incluso hubieran estado discutiendo.

Whitley estaba colorada y muy seria. Su rostro reflejaba también un cierto alivio.

—Whitley quiere decirnos algo —anunció Cannon.

Levantó la vista con una sonrisa lánguida.

—Lo siento. Siento lo que le hice a Jim. Y a los demás estudiantes. Siento haberos mentido. Lo que hice es asqueroso. Y estúpido. Podría haberme arruinado la vida y, de hecho, estuvo a punto de hacerlo. Pero os juro con toda mi alma que no tuve nada que ver con la muerte de Jim. Comprendo que

ahora no podáis confiar en mí. Pero descubriremos qué le pasó esa noche y así sabréis que soy inocente.

Kipling y Martha, que la observaban con atención, parecieron aceptar sus palabras. Asintieron con la cabeza. Yo asentí también.

No obstante, teniendo en cuenta todo el tiempo que había estado engañándonos, tuve que recordarme que Wit seguía siendo capaz de mentirnos. Aunque me resultaba inconcebible que le hiciera daño a Jim deliberadamente, tampoco podía ignorar de lo que era capaz cuando estaba fuera de sí, o el hecho de que ahora tenía un motivo. Si Whitley había creído que Jim se disponía a revelar su secreto —que la dirección del instituto y, lo peor de todo, Linda iban a descubrir la cosa tan espantosa que había estado haciendo—, no era una locura pensar que habría sido capaz de cualquier cosa con tal de impedirlo.

De repente, me di cuenta de que todos me miraban a mí.

—¿Qué pasa? —solté.

—Nos estábamos preguntando qué piensas de la confesión de Vida —dijo Martha.

Me encogí de hombros.

—Creo que ha dicho la verdad.

—Yo también —dijo Kipling con una sonrisa burlona—. Alguien como ella no puede mentir muy bien. ¿Cuántas veces ha dicho que Jim era un genio? Aún no sé cómo no ha asegurado que resucitará de entre los muertos, como Jesucristo. —Me miró—. Sabes que yo quería muchísimo a Jim, pero su manera de coleccionar admiradores era un poco exagerada. Su ego, en paz descanse, era insaciable.

—No lo hacía a propósito —repliqué—. La gente se sentía atraída por él.

—«No lo hacía a propósito» —repitió Kipling—. Qué va. Eso es como si yo me planto en mitad de un campo de fútbol con el brazo levantado y una

barra de hierro en la mano durante una tormenta y luego digo que no es culpa mía que me haya alcanzado un rayo.

—Vida estaba especialmente impresionada por las letras que Jim había escrito para el musical —dijo Martha.

—Sí. Ese arranque de genialidad. Qué curioso. ¿Recordáis que se pasó varias semanas sin escribir nada, aparte de unas rimas malísimas que parecían sacadas de MC Hammer? Se pasaba todo el día quejándose de que estaba acabado, sin inspiración... torturándonos con el tema, más bien. Y entonces, de la nada, una obra maestra. —Kipling movió la mano en el aire, con un gesto somnoliento—. Versos como perlas. Uno tras otro. Todos sobre el inmenso dolor de ser joven y estar vivo.

—Esas letras eran magníficas —dijo Whitley.

—La actuación en las Vísperas de Primavera fue todo un éxito —comentó Cannon pensativo, entrelazando los dedos—. Al productor de Nueva York con el que se puso en contacto el señor Joshua le encantó la maqueta. El destino de Jim estaba en la parrilla de salida, a punto de despegar, como siempre había querido. ¿Qué pudo pasar?

—La vida —dijo Kipling secamente.

—O quizá —intervino Martha— tuvo algo que ver con el sitio al que lo llevó Vida Joshua. —Se mordisqueó una uña—. Me pregunto si podríamos averiguar de qué centro comercial se trata.

—Las únicas pistas que nos ha dado Vida son una tienda de animales y un restaurante de comida rápida —dijo Wit.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Jim? —me preguntó Martha de repente, entornando los ojos.

—El martes por la tarde. —Carraspeé—. La segunda noche de las Vísperas. Le eché en cara que me hubiera mentado con lo de que estaba enfermo.

—¿Así que no hablaste con Jim en todo el día siguiente? ¿El día que

murió?

Negué con la cabeza.

Nadie dijo nada. Sin duda, estaban todos pensando en lo trágico que debía de haber sido para mí que nuestra última conversación hubiera sido una discusión sobre Vida Joshua.

Lo cierto era que ese miércoles me exilié a la biblioteca Marksman y me escondí entre las estanterías del cuarto piso, en la sección de historia de Sudamérica, a donde casi nunca iban los estudiantes. Apestaba a humedad y se había convertido en nido penumbroso de toda una serie de mariposas nocturnas extravagantemente grandes. Me pasé el día encorvada sobre mis libros de texto de Historia europea y Literatura inglesa delante de la única ventana existente, que tenía los cristales sucios, con unos auriculares Beats en los que sonaba a todo trapo la banda sonora de *Escuadrón suicida*, obligándome a concentrarme en la Revolución francesa, la Segunda Guerra Mundial y *Por quién doblan las campanas*. Tuve el móvil apagado todo el día porque no quería saber nada de Jim. El único momento en que me dejé ver por el campus fue durante los cuatro minutos del trayecto a pie entre la biblioteca y mi habitación en Creston Hall, a eso de las once de la noche.

Esperé a haberme puesto el pijama y metido en la cama a medianoche antes de encender el móvil, que es cuando me llegó la cascada de mensajes. Algunos eran de Kipling, Cannon y Wit. Veintisiete más eran de Jim. Había empezado a enviarlos a las ocho de la mañana e iban desde «?», «venga ya» o «¿por qué te pones así?» hasta mensajes de voz desesperados, en los que pasaba de un tono conciliador a la frustración y la rabia. Cuantas más veces los escuchaba, más absurdos y desgarradores sonaban.

«Llámame».

«Llámame, Bumblebee».

«Tenemos que hablar».

«Si aún me quieres, aunque sea un poco, llámame». «¿Por qué me haces

esto?».

«Te necesito. Ya sabes cómo te necesito para vivir». «Te odio. Cómo te odio.

Porque te quiero».

«No me hagas esto».

«Voy a la cantera. Ven conmigo».

Ese fue el último mensaje de texto que me llegó de él. Recibido a las 23:29 horas.

Lo borré. Los borré todos.

Cuando encontraron a Jim muerto, dos días más tarde, esperaba que la policía viniera a preguntarme por los mensajes de Jim. Yo les había dicho que me había quedado en mi cuarto toda la noche.

Pero nunca me preguntaron. Ni siquiera vinieron nunca a interrogarme.

Estuve tentada de decirles que sabía que Jim tenía intención de ir a Vulcan Quarry. Pero ¿y si no se creían que hubiera pasado toda la noche en mi habitación?

Estaría condenada al nuncamundo para siempre. No me quedaría posibilidad de salir de allí con vida.

—¿Y si vamos ahora a la policía? —susurró Cannon.

—¿Cómo? —preguntó Whitley.

—¿Y si vamos a hablar sobre Jim con la policía de Warwick? Podríamos conseguir su expediente. Tienen que haber solicitado sus registros telefónicos. Podríamos consultarlos. Sabríamos un montón de cosas sobre sus últimos días de vida: a dónde fue y con quién estuvo.

—La policía nunca encontró nada que les hiciera pensar que podía ser algo distinto de un suicidio —dijo Martha.

—A no ser que Darrow los obligara a ocultar lo que hubieran descubierto —apuntó Whitley.

—O su familia —añadió Kipling—. ¿Y si Edgar Mason creía que estaba a punto de saberse algo malo sobre su querido hijo muerto? Era la niña de sus

ojos. Habría hecho lo que fuera para impedir que se divulgara. ¿Recordáis el refugio?

No dijimos nada. Todos estábamos intentando recordar.

En último curso, durante las vacaciones de Navidad, Jim nos invitó a la casa que su familia tenía en Water Mill y nos quedamos muy sorprendidos por las extremas medidas de seguridad que la familia había adoptado en su día a día.

Edgar Mason siempre había sido paranoico. Jim se refería a su padre como «Hoover», en referencia —no exactamente jocosa— a J. Edgar Hoover, el fundador del FBI aficionado a los pinchazos telefónicos. Durante años, Edgar Mason había contratado los servicios de Torchlight, una empresa de seguridad privada, para proteger a su familia, lo que significaba que, durante toda la vida de Jim, dos antiguos miembros de las fuerzas especiales armados los seguían en silencio a él y a todos los demás miembros de su familia cuando salían de casa.

La visita navideña puso de manifiesto un nuevo nivel en la obsesión de Edgar. Cada centímetro de las numerosas viviendas que los Mason poseían por todo el mundo se grababa en alta definición y los canales se reproducían en una sala de control, situada en el sótano, a la que llamaban El Ojo. Había un equipo de ciberseguridad con dedicación exclusiva en Washington DC que supervisaba los servidores de la familia las veinticuatro horas del día.

Y después estaba el refugio.

—Para casos de asalto, atentado terrorista o ataque informático —dijo Jim, señalando el búnker negro que sobresalía, como un cocodrilo, sobre una colina en un extremo de la finca—. Tiene generadores eléctricos, fuentes de agua independientes y una línea telefónica segura con la que se puede llamar al director del Departamento de Seguridad Nacional en tres segundos. Cuando llegue el fin del mundo, reunámonos aquí.

Se le borró la sonrisa del rostro. Lo que por desgracia implicaba semejante

estructura no se le había pasado por alto. Parecía reacio a decir nada más. A fin de cuentas, él era el principal motivo de la obsesión de su padre por la seguridad. Edgar Mason siempre había sido cauteloso, pero, al parecer, el accidente de barco de su hijo el verano anterior al último curso había desencadenado este nuevo nivel de ofuscamiento.

—Yo propongo que vayamos —dijo Cannon—. Hagamos unas preguntas y a ver qué sabe la policía.

—O qué intenta olvidar —puntualizó Whitley.

—¿Bee? —inquirió Martha.

Todos se volvieron hacia mí, esperando que interviniera.

Les devolví la mirada.

Echarle un vistazo el expediente policial de Jim podía suponer que salieran a la luz los últimos mensajes que me envió. Tendría que dar muchas explicaciones. Pero ¿qué más podría haber en ese expediente?

En realidad, no había nada que decidir.

## CAPÍTULO 14

—¿En qué puedo ayudaros? —nos preguntó el agente de policía.

Llevaba una chapa con su nombre: «Polk».

—Nos gustaría hablar con el detective Calhoun —respondió Whitley con delicadeza.

Calhoun había sido el investigador principal del caso de Jim y quien había dado la cara en las escasas declaraciones públicas y sesiones informativas de la policía. Decidimos que lo más fácil sería empezar por él, con su gruesa barba canosa y ojos de roedor que parpadeaban débilmente ante las cámaras de los medios de comunicación mientras un inoportuno rubor dejaba su incomodidad al descubierto. Al verlo, tenías la sensación de que lo que más deseaba era alejarse del fulgor de un caso tan mediático como aquel para volver a ocuparse de delitos menores, como el destrozo de mobiliario urbano.

—¿Para qué queréis hablar con Calhoun? —inquirió otro agente, acercándose.

En su chapa ponía «McAndress».

—Queremos hacerle unas preguntas sobre un caso en el que trabajó —dijo Martha.

—¿Cuál?

—La muerte de Jim Mason —respondí.

—Ese caso está cerrado —intervino un tercer agente.

Tras otros diez minutos de preguntas hostiles —parecían recelar de la gente de fuera—, logramos llegar a la oficina de Calhoun. Encontramos al

susodicho parapetado detrás de un escritorio con enormes pilas de papeles, como una gigante rana toro escondida en un pantano.

Yo no estaba muy segura de qué esperaba. Quizá la típica escena de película en la que el viejo detective veterano, preguntado por el caso sin resolver que sigue obsesionándolo años después, empieza a hablar y hablar.

Pero el detective Calhoun era como un gran muro de hormigón.

—El caso de Mason está resuelto. Suicidio —sentenció.

—¿Qué le hizo decantarse por esa opción? —preguntó Martha frunciendo el ceño—. En los suicidios suele haber un ritual o preparación antes del acto. Dejan una nota, se quitan las gafas, se descalzan y se sacan también los calcetines. ¿Hubo alguna señal de este tipo en el caso de Jim?

Calhoun nos dedicó una sonrisa fugaz que en realidad era más bien una mueca de desdén.

—Ese caso está cerrado.

«Ese caso está cerrado».

La comisaría de Warwick, situada junto a la autopista, era un pintoresco edificio de color amarillo intenso, con las persianas blancas y un cartel en el tablón de anuncios que rezaba: «La vida es mejor con café». El lugar parecía más apropiado para vender bollos caseros que para resolver crímenes.

Poco nos imaginábamos lo terrorífico que llegaría a ser. El tiempo que pasamos con la policía de Warwick fue un infierno.

No hay otra manera de describirlo.

Probamos distintas tácticas: cordialidad, rudeza, nerviosismo, seducción (Wit apoyada en la mesa con un vestido rojo muy escotado). Tratamos de pillarlos desprevenidos. Tentamos la suerte con una visita a deshoras a la vivienda particular de Calhoun, cuando su mujer ya se había ido a dormir y él se quedaba levantado bebiendo Harpoon IPA, comiendo gominolas y viendo

*Better Call Saul*. No importaba lo que dijéramos ni dónde, cómo o a qué hora lo dijéramos: Calhoun se negaba a contarnos nada sobre el caso de Jim.

—No puedo ayudarlos.

—Sal de ahí, Nancy Drews.

—¿Cómo os atrevéis a venir a molestarme a mi casa?

—Largaos de una vez, chicos, o me aseguraré de que os paséis el resto de vuestras vidas sirviendo sucedáneos de hamburguesa en el Mickey D más cercano, porque, cuando termine con vosotros, solo serviréis para freír patatas y preparar batidos aguados con una licuadora automática. ¿OS HA QUEDADO CLARO?

Decidimos dejar en paz a Calhoun y sobornar a la administrativa, Frederica.

Esperamos a que saliera de la comisaría con ropa de deporte y vimos cómo se empapaba al rompersele el paraguas. Mientras rebuscaba en el bolso las llaves de su Kia, Cannon se le acercó rápidamente, con un paraguas enorme y una sonrisa.

Vimos desde el Mercedes cómo le hacía la propuesta: diez mil dólares en efectivo si volvía a entrar y robaba el expediente de Jim Mason. Frederica se sonrojó, asintió y regresó a la comisaría con paso firme.

Cannon se dio la vuelta, sonriente, con el pulgar hacia arriba en señal de victoria. Entonces Frederica salió de la comisaría acompañada de todos los efectivos de la policía de Warwick, ocho agentes que corrieron hacia Cannon.

—¡De rodillas! ¡Policía!

Con un grito, Whitley dio marcha atrás con el coche y recorrió el aparcamiento a toda velocidad para recoger a Cannon, quien, corriendo como alma que lleva el diablo, se arrojó al asiento trasero. Pasamos volando por encima del césped, superamos un bordillo y nos saltamos un semáforo en rojo en una intersección de doce carriles, donde, con los neumáticos chirriando, estuvimos a punto de chocar contra un camión hormigonera.

—¡Corre! —gritó Cannon—. ¡Corre!

Pasamos las siguientes vigilias en la galería de tiro Roscoe aprendiendo a disparar mientras organizábamos nuestro nuevo plan. Íbamos a asaltar la comisaría de policía de Warwick. Pagamos cincuenta dólares al dueño de Last Resort, una casa de empeños abierta las veinticuatro horas del día, para que nos diera el nombre de un tipo que vendía armas sin licencia en su autocaravana. Se llamaba Big Bobby y le compramos tres pistolas: dos Ruger LC9 y una Heckler & Koch HK45.

El asalto iba a producirse a las once y cuarto de la noche, hora a la que creíamos que todos los agentes, salvo Polk y McAndress, se habrían ido a casa hasta el día siguiente. Los pillaríamos desprevenidos y los encerraríamos en el almacén. Entonces tendríamos toda la comisaría para nosotros y podríamos buscar el expediente de Jim.

La primera vez que lo intentamos, el agente McAndress —exhibiendo unos movimientos que parecía haber aprendido en una fructífera carrera paralela en artes marciales mixtas— golpeó a Kip con un gancho en toda la cara, le propinó un codazo en las costillas a Wit y a continuación, girando sobre sí mismo, le dio a Cannon tal patada en el estómago que lo mandó al suelo casi sin respiración. Mientras tanto, el agente Polk me inmovilizó contra el suelo, clavándome el pie izquierdo en la espalda, al mismo tiempo que ataba a Martha a una silla.

—Los agentes de la policía de Warwick en realidad no son policías —dijo Kipling con asombro indisimulado la vigilia siguiente—. Son el mismísimo diablo.

No bromeaba.

¿Cuántas veces a medianoche, a la una, a las dos, a las tres de la

madrugada, asaltamos los cinco la comisaría? ¿Fueron cien veces? ¿O diez mil?

¿Cuántas técnicas distintas de entrada sorpresiva de cuerpos de élite probamos tras descubrir en internet el *Manual de operaciones de reconocimiento sobre el terreno*, utilizado en la formación de marines?

Fila única, doble fila, avance en doble fila con variaciones, por puertas principales, puertas secundarias, ventanas con rejas, salidas de emergencia, cañerías, azoteas de los edificios adyacentes. Descargamos de la red profunda una cosa titulada *Jarana para delincuentes. Guía práctica*, un manual escrito a máquina y fotocopiado con mala calidad, obra de Anonymous Doe, que detallaba estrategias para neutralizar a personas que se pusieran agresivas, histéricas o se creyeran un superhéroe durante un asalto, una incursión o un robo. ¿Cuántas máscaras aterradoras nos pusimos (de payaso, de cerdo, de personaje de *La naranja mecánica*)? ¿Cuántas balas disparamos al techo? ¿Cuántas amenazas y advertencias proferimos?

Debería haber sido fácil echarle mano a un único expediente.

Con el transcurso de las vigilias pasamos de ser unos adolescentes desorganizados representando una versión improvisada de *Misión imposible* a convertirnos en un verdadero pelotón de combate. Éramos capaces de avanzar en absoluto silencio, leyéndonos el pensamiento y los movimientos los unos a los otros con una simple mirada.

Vigilia tras vigilia, salíamos derrotados.

El mérito no era de los agentes Polk y McAndress, sino de su comodín, la agente Victoria Channing, adscrita a Tráfico. Siempre estaba en el aseo de señoras y siempre surgía de la nada para abalanzarse sobre nosotros con unas ansias de matar propias de una psicópata.

—¡Tomad, escoria! —gritaba.

Resultaba espeluznante, por más que nosotros fuéramos inmortales.

Aunque Cannon y Whitley habían aprendido a neutralizar a Polk y

McAndress, Channing siempre se les escapaba. Era capaz de deslizarse como el humo por el hueco de la escalera posterior, la escalera delantera o un panel del techo y dispararle a Cannon en el pecho con la Glock sin previo aviso.

O a Kip en el estómago.

O a Whitley en la frente.

La ocasión en la que le disparó a Martha en la sien —tan tranquila como si estuviera activando el mecanismo de una máquina dispensadora de chicles— me quedé petrificada, incapaz de reaccionar, observándola a ella y al resto de mis amigos tirados sobre la moqueta de la comisaría, con la sangre saliéndoles a borbotones de la frente y el cuello, como el agua que mana lentamente de una manguera.

—¡Levanta las manos o te vas al infierno a hacerles compañía! —gritó la agente Channing encañonándome.

—Morirse es como flotar en un baño de agua caliente —dijo Martha la siguiente vigilia.

Yo siempre era la única que seguía con vida. Ello se debía a que no era una luchadora nata. Tendía a quedarme inmóvil cuando debía actuar. Por ello, Cannon decidió que mi cometido sería localizar el expediente de Jim.

«Encuentra el expediente de Jim». Eso era todo lo que tenía que hacer.

Los casos cerrados de homicidio se guardaban en el sótano. Era una sala tétrica y descuidada en forma de pecera: fluorescentes verdosos que emitían un zumbido constante, olor a humedad, cañerías por las que resonaba el vapor de agua. Hilera tras hilera de estanterías de metal se extendían oníricamente en todas direcciones, desde el suelo hasta el techo, repletas de cajas de cartón. En cada caja aparecía garabateado el nombre de una víctima.

*Appleton, Janice*

*Avery, Jennifer*

*Azella, Robert P.*

En cada incursión, sin importar el infierno que se hubiera desencadenado en la planta superior, me dirigía directamente a la escalera trasera y bajaba al sótano a toda velocidad. Abría las puertas de madera donde ponía «ALMACÉN» y me adentraba rauda en el laberinto de estantes, buscando frenéticamente la letra *M*, mientras mis pasos resonaban sobre el linóleo naranja. En cada ocasión, Channing me descubría y yo me pasaba el resto de la vigilia sentada en un calabozo, oyendo las mentiras que les contaba a los demás agentes para justificar que había tenido que matarlos a todos en legítima defensa.

Aun así, cada vigilia, mientras mis amigos se enfrentaban al caos en el piso superior, yo afrontaba mi propio tormento en ese ruidoso sótano verde, sometiéndome a una prueba que no tenía nada que ver con la agente Channing.

Todo empezó cuando, sin darme cuenta, le di una patada a una caja de un estante bajo.

*Hendrews, Holly*

La caja se volcó y de su interior salió disparada una bolsa de plástico con la etiqueta «Prueba», que cayó al suelo. Contenía una bufanda manchada de sangre reseca. La prenda estaba decorada con motivos navideños —muñecos de nieve y renos—, pero lo que me sorprendió, hasta el punto de detenerme en seco, pestañeando alarmada, fue que la bolsa estaba salpicada de moho negro.

Además, la caja goteaba.

La acerqué con el pie y miré dentro. En los ángulos se había acumulado un líquido oleoso, como si se hubiera escapado el contenido de alguna de las bolsas de pruebas. Al levantar la vista, vi, estupefacta, que no solo le pasaba a esta caja. Había otras. Por lo menos cuatro o cinco perdían ese mismo líquido negro por el fondo.

Y después estaban las estanterías.

Eran robustas y metálicas. No obstante, en ocasiones, cuando corría por delante de ellas, buscando frenéticamente «Mason, Jim», el más ligero roce de mi hombro provocaba que la inmensa estantería se derrumbara como un castillo de naipes. Chocaba contra el suelo con un ensordecedor estruendo metálico y, en su caída, arrastraba la estantería contigua, y esta la siguiente, hasta que todas las estanterías del sótano iban cayendo a mi alrededor como piezas de un dominó gigante y cientos de cajas se estampaban contra el suelo. Lo único que podía hacer era apartarme, quedarme quieta con la espalda pegada a la pared más cercana y rezar para que no me cayera nada encima hasta que todo terminara.

Después, intentaba rebuscar entre los escombros para dar con la caja de Jim antes de que la agente Channing me atrapara con las manos en la masa, como siempre hacía.

Nunca les conté a los demás lo que estaba pasando. Me daba demasiado miedo.

—¿Cómo te va en el sótano? —me preguntó Cannon—. ¿Te falta mucho para encontrar el expediente de Jim? Oí un montón de ruido ahí abajo la última vez.

—Hay muchísimas cajas —respondí—. Ya falta menos.

Había descubierto que el truco era correr entre las estanterías todo lo rápido que pudiera, dejando que fueran cayendo a mi espalda, y seguir dirigiéndome a toda velocidad a la hilera de la M, situada en la otra punta del sótano. Acababa de perfeccionar el recorrido óptimo por el laberinto cuando, en cierta ocasión, al ir demasiado rápido, pasé de largo de la hilera correcta y tuve que volver sobre mis pasos. Tuve buen cuidado de no rozar la estantería al dar media vuelta y, jadeando, reduje la velocidad a una marcha normal. Normalmente, me llegaba el ruido de los golpes y gritos del piso superior. Pero esta vez había silencio.

Demasiado silencio.

*Machinsky, Tina D. Mahmoodi, Wafaa Malvo, Jed*

Vi la caja de Jim en el estante superior, al final de todo. Increíblemente, corrí hasta allí. Me puse de puntillas para alcanzar la caja y traté de agarrarla sin que se viniera abajo la estantería entera.

*Mason, Jim Livingston.*

—Te pillé, maldita —siseó una voz femenina—. Levanta las manos y date la vuelta muy poco a poco.

Channing había salido de detrás de las estanterías y se dirigía hacia mí, apuntándome a la cabeza con la Glock.

—No me dispaes. Por favor.

Tenía la cara roja. Los labios crispados. Apretó el gatillo.

Nunca antes lo había hecho.

Una cerilla enorme encendió una mecha en mi cerebro. Caí al suelo y rodé hasta quedar de espaldas. Estiré involuntariamente los brazos, que impactaron contra la estantería y la hicieron salir volando.

—¿Pero qué...? —gritó Channing estupefacta.

A medida que las estanterías iban cayendo, parpadeé bajo los fluorescentes, cuyos filamentos verdes titilaban en un extraño código Morse. El dolor era tan intenso que se desparramaba por todas partes. Después se fue alejando.

Morir no era tan catastrófico como yo había imaginado. Porque, aunque estuviera en el nuncamundo, mi cuerpo y mi mente seguían reaccionando como si estuviera sucediéndome de verdad.

No hubo luz blanca. Ni túnel.

Mientras las estanterías caían a mi alrededor, sentí una agradable sensación de asombro, como si, al separarse mi vida de su vínculo con la tierra, frágil como la unión entre una hoja y su rama, todo lo permanente, objetivo y real —todo lo que yo había jurado que era cierto— se transformara en lo contrario de lo que yo había creído.

Lo último que sentí no fue arrepentimiento ni dolor, sino felicidad.

Eso fue lo más aterrador de todo.

«Ahora voy a ver a Jim». En eso estaba pensando mientras mi vida se apagaba.

«Si me muero, voy a ver a Jim».

—Hoy no estoy de humor para que me peguen un tiro en la cabeza, la verdad —comentó Kipling despreocupadamente mientras entrábamos en Wincroft al inicio de la vigilia siguiente—. ¿Qué tal si seguimos el ejemplo de mami Greer y su filosofía sobre la buena vida?

—¿De qué se trata? —preguntó Cannon.

—Si no puedes con ellos —respondió encogiéndose de hombros—, prepáralos una fiesta.

Y así fue como llegamos a la comisaría de Warwick equipados, no con armas como de costumbre, sino con disfraces de payaso idénticos alquilados en Gobbledygook Halloween World.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó Frederica en la recepción.

—Somos de Big Apple Balloon-a-Gram —respondí con una sonrisa—. ¿Dónde quieren que montemos la fiesta sorpresa?

—¿Qué fiesta sorpresa?

—La del setenta cumpleaños del detective Art Calhoun.

Frederica se quedó atónita, igual que los agentes Polk, McAndress, Cunningham, Leech, Ives y Mapleton, así como el propio Art Calhoun, que salió de su oficina con una mueca de desconfianza. No obstante, habíamos sido rápidos. Por el altavoz inalámbrico ya sonaba «Margaritaville». Wit había destapado tres docenas de bollos, varios cuencos de gominolas y recordatorios con adornos navideños en forma de pistola. Cannon y Kip, de

pie sobre sendas sillas plegables, colgaban un cartel de «feliz cumpleaños» de espumillón. Martha colocaba botellas de Harpoon IPA en una nevera portátil.

—Esperad. Un momento... —Calhoun enmudeció al ver la cerveza.

—¿Qué está pasando aquí? —quiso saber el agente Polk.

Fingí examinar atentamente la falsa hoja de pedido, que en realidad era el recibo del alquiler de los disfraces.

—Nos ha contratado Elizabeth Calhoun —respondí frunciendo el ceño.

—¿Ha sido Lizzy? —susurró Calhoun con los ojos como platos.

Liz Calhoun, su hija, vivía en San Diego. Estaban distanciados y llevaban tres años sin hablarse, lo que significaba que era poco probable que ella respondiera al teléfono cuando su padre la llamara para agradecerle la inesperada fiesta, aunque en realidad aún faltaban unas semanas para su setenta cumpleaños.

También significaba que yo tendría tiempo de encontrar el expediente de Jim.

—¡Cómo me gustan los bollos! —exclamó la agente Channing, sonriente, mientras se servía uno.

—Y ahora, amigos, ¡que empiece la diversión! —gritó Kipling con una reverencia que hizo que su nariz roja cayera al suelo y rodara hasta debajo de un escritorio—. ¿Podrían formar un corro y tomarse de las manos? No sean tímidos.

Esa era la contraseña.

Entré en la escalera posterior como una exhalación. Corrí escaleras abajo hasta el sótano, abrí apresuradamente las puertas de madera y me adentré a toda prisa entre las hileras de cajas.

Corrí siguiendo la pared posterior, deslizándome entre archivos y una fotocopiadora, y giré bruscamente en las G, las J, las L, entrando y saliendo de las hileras en zigzag, esforzándome por no tocar las estanterías. Mis

descomunales zapatos de payaso sonaban como el graznido de un pato y los pantalones bombacho me hacían tropezar.

Octava hilera. Al final. Arriba de todo. «Mason, Jim Livingston». Ahí estaba. Con el corazón acelerado, tuve que saltar tres veces para sacar la caja del estante sin hacer que se derrumbara la estructura metálica entera. La dejé en el suelo con mucho cuidado.

—¿La has encontrado?

Me volví, sobresaltada, y vi a Martha corriendo hacia mí.

Nunca antes había bajado al sótano. Su expresión preocupada, casi ansiosa, parecía indicar que había venido porque no confiaba en mí, porque no quería que me quedara a solas con la caja. ¿O era quizá que, en el fondo, esperaba que no llegara a encontrarla?

Arranqué la cinta adhesiva y levanté la tapa.

Me quedé mirando el interior un minuto entero, incapaz de articular palabra.

«No. No. No. Imposible».

—¿Me estás gastando una broma? —susurró Martha, aparentemente perpleja, mirando la caja desde detrás de mí—. ¿Después de todo esto? ¿De que nos hayan matado a tiros un millón de veces?

Sacudiendo la cabeza, con la mano en la cadera, bajó otra caja.

—A lo mejor pusieron el expediente de Jim en otro sitio —murmuró.

Yo era incapaz de apartar la mirada de la caja, incapaz de tomar aliento.

La caja estaba vacía.

No había ni un solo documento en su interior, aparte de un vale promocional: «5 dólares de descuento en menús dobles Honey Love Fried Chicken. ¡Ideal para almas gemelas!».

En el piso de arriba se oían canciones y aplausos. «Porque es un muchacho excelente...».

Martha, frenética, iba bajando más cajas al suelo y arrancándoles la tapa.

Todas estaban repletas de papeles, bolsas de pruebas, tinta negra.

La tinta volvía a filtrarse por los ángulos.

—¿Cómo va alguien a encontrar algo aquí? Menudo desastre. Y hay un escape.

Martha estaba observando la tinta que le manchaba los dedos con la nariz arrugada. Sin embargo, cuando nuestras miradas se cruzaron, la expresión de determinación de su rostro me dejó helada.

Pasamos diez minutos más examinando cajas.

—Tiene que estar por algún lado —iba repitiendo Martha.

La única caja vacía que vimos fue la de Jim.

Martha sabía algo. De eso no cabía duda. Pero yo no tenía ni idea de qué era.

## CAPÍTULO 15

—**E**dgar Mason y Torchlight Security andan detrás de todo esto —dijo Cannon cuando volvimos a estar en Wincroft, tumbados en los sofás de la biblioteca—. ¿Quién más podría hacer desaparecer un expediente policial entero?

—Lo han destruido todo —asintió Kipling—. Por eso Calhoun y los demás agentes se ponían tan a la defensiva cuando preguntábamos por el caso. Están comprados.

—Pero ¿por qué? —pregunté.

—¿No lo ves? —dijo Cannon—. Ahí había algo que incriminaba a Jim.

—De acuerdo —intervino Wit asintiendo con la cabeza—. No querían que se hiciera público. Así que enviaron a alguno de los exmilitares de Torchlight a la comisaría a robar el expediente.

—Lo que implica que los Mason saben la verdad —añadió Kipling.

—Y —prosiguió Cannon— si no han hecho detener a nadie, si no han dicho nada, es porque lo que descubrieron perjudica a la familia.

Mientras todos nos quedábamos en silencio, reflexionando, me fijé en Martha.

Parecía escéptica, o quizá estaba pensando en otra cosa. Yo no había conseguido quitarme de la cabeza su repentina aparición en el sótano y la expresión de su rostro cuando vio la tinta. Me preguntaba si sospechaba de mí, si sabía que yo había recibido aquellos mensajes en los que Jim me pedía que nos viéramos esa noche en la cantera.

—De todos nosotros, Bee —dijo de repente—, tú eres quien pasó más

tiempo con los padres de Jim. ¿Alguna vez te dijeron qué creían ellos que le había sucedido a su hijo?

Negué con la cabeza y me encogí de hombros.

—Perdí el contacto con ellos por completo.

A lo largo del año anterior yo me había preguntado en incontables ocasiones cómo habrían vivido los Mason la muerte de su hijo. Nunca lo supe. Ni siquiera llegué a ir al funeral de Jim. Mis padres, muy preocupados por mi bienestar mental, me rogaron que no asistiera. Y aunque varios estudiantes de Darrow —incluidos Whitley, Cannon y Kip— habían conseguido un permiso especial para ir en tren a Nueva York y asistir al servicio, yo decidí no ir. Sabía que mi ausencia sería un alivio para la familia de Jim, a quienes siempre les había gustado varios millones de veces más su colección de arte moderno que yo. Gloria, la madre de Jim —una mujer esbelta como una copa de flauta, con el cabello rubio platino y largas extremidades, la voz suave—, siempre me miraba como si yo fuera una ventana con vistas a un hueco de ventilación. En cuanto al padre de Jim, tuvieron que presentarnos tres veces antes de que fuera capaz de recordar quién era yo. Y aun así me llamaba Barbara.

—Propongo que hagamos una visita sorpresa a los Mason —dijo Whitley.

—Es probable que tengamos que torturarlos para conseguir que hablen, chiquilla —replicó Kipling—, pero contad conmigo.

—Hay un problema —observé.

—¿Cuál? —preguntó Martha.

—La vigilia.

—¿Qué pasa con la vigilia?

—Solo dura once horas y doce minutos. No nos da tiempo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kip, frunciendo el ceño—. Vamos a East Hampton en avión. Estaremos a las puertas de la casa de los Mason en Water Mill en menos de dos horas.

—No están en Water Mill. Los Mason veranean en Amorgós, una isla del mar Egeo. Son once horas de vuelo. Más un trayecto de tres horas en barco. Y después hay que subir a lo alto de una montaña para llegar a la casa.

Parecían escépticos, así que marqué el número del piso de los Mason en la Quinta Avenida. El miembro del personal de servicio que respondió al teléfono confirmó que la familia no estaba.

—¿Están en Villa Anna Sophia, en Amorgós? —pregunté.

—Así es. ¿Desea dejar un mensaje para los señores Mason?

Jim se refería a la finca que sus padres tenían en Grecia como «el batido» por la forma en la que fluía acantilado abajo sobre el océano. Pese a la oposición de mis padres, yo había pasado cinco días allí con Jim el verano antes de último curso. Aunque el tiempo había transcurrido en una sucesión borrosa y soleada de playas de arena blanca y fiestas al aire libre, puestas de sol contempladas desde un barco y música folklórica griega, mientras Jim trabajaba incansablemente en su musical, la isla y la vertiginosa finca de los padres de Jim habían permanecido en mi memoria como uno de los lugares más surrealistas y hermosos que he visto en mi vida.

—Podríamos hablar con ellos por Skype —sugirió Kipling—. «Hola, somos los antiguos amigos de Jim y os llamamos desde el purgatorio. Os ordenamos que nos contéis todo lo que sepáis sobre la muerte de vuestro hijo».

—Me temo que no hay nada que hacer —dijo Whitley con tristeza.

—En realidad sí —intervino Martha.

Me volví hacia ella con un escalofrío de terror.

—Es hora de que vayáis sabiendo la verdad.

—¿De qué hablas? —preguntó Whitley.

Martha carraspeó.

—El nuncamundo es más complejo de lo que creéis. Es decir, ¿ninguno de vosotros ha notado nada raro?

—No, qué va, es todo como siempre —respondió Kipling sonriendo.

—¿Raro en qué sentido? —pregunté.

—Alteraciones extrañas. Magnetismo. Inestabilidad.

Enseguida pensé en el moho, el papel pintado despegándose, los árboles que caían al suelo, las estanterías desplomándose, las bolas de nieve estallando en mil pedazos, la tinta negra que empapaba todas las cajas en comisaría.

Martha parecía saber qué era todo eso, qué significaba. Rebuscó en su pesada bolsa negra y extrajo un pequeño cuaderno de tapas negras.

Lo reconocí al instante. Era el mismo que le había visto llevar en la mano en nuestros primeros días en el nuncamundo, cuando se detenía a tomar notas apresuradamente en sus páginas para después seguir paseando.

—«Visto a las dieciocho horas y treinta y nueve minutos» —leyó—. «Un misterioso búho de plumas moradas posado en la copa de un arce, especie desconocida». —Pasó la página—. «Oído. Distintas canciones de la década de 1980 de The Cure sonando en todos los coches que pasan y todas las casas cercanas».

Martha cerró el cuaderno y nos miró.

—Recordad lo que dijo el Guardián: «Imaginad que alguien pasa por la batidora la mente de cada uno de vosotros cinco. A máxima potencia. La mezcla resultante es este momento».

—Comprendo —dijo Whitley nerviosa.

—Nos hablaba de la física del nuncamundo. Me resulta muy emocionante contaros que se basa en parte en la revolucionaria obra maestra de J. C. Gossamer Madwick. Y que es por mi culpa.

—¿De qué hablas? —preguntó Cannon.

—Escribí una tesis de doscientas páginas sobre esa novela. Localicé todos y cada uno de los escasos libros que hablan de ella. Y todos los blogs, por poco conocidos que fueran. Entrevisté a catedráticos, expertos y científicos.

Incluso fui a visitar a la hija de Madwick, que vive en la isla de Bello Costa, en los cayos de Florida, y remé hasta su minúscula y decadente casa en la playa, en una cala remota plagada de cocodrilos. Me dejó examinar los cuadernos de Madwick, que nunca había podido ver nadie que no fuera de la familia, ni siquiera la gente de Harvard que ha estado acosándola para que los done a su archivo. Leí los once cuadernos y los traduje del *lurroscripto*, el idioma que Madwick se inventó.

Detuvo su frenética cascada de palabras para respirar hondo.

Me di cuenta de que hablaba de *El recodo*, la novela fantástica que la había tenido obsesionada, la que nadie conocía salvo ella y un puñado de fanáticos en internet.

—Mi interés por el libro lo ha convertido en nuestra realidad. Lo viví. Lo respiré. Ahora forma parte del nuncamundo.

—¿Y eso qué significa, chiquilla? —preguntó Kipling con voz algo estridente—. ¿Vamos a flotar en el espacio exterior? ¿Nos convertiremos en androides?

Martha inclinó la cabeza y sonrió. Las lentes de sus gafas reflejaban la luz.

Se me encogió el corazón. Nos contara lo que nos contara, yo sabía que no podría confiar en ella.

También sabía que, en ese mundo atrapado en una repetición constante, todo lo que sabíamos estaba a punto de cambiar.

## CAPÍTULO 16

—**P**ara empezar —dijo Martha emocionada—, significa que en vez de despertarnos en Wincroft podemos despertarnos en cualquier otro lugar en el pasado, el presente o el futuro.

—¿Y eso cómo se hace? —preguntó Cannon.

—Saliendo por la ventana abierta.

Nos quedamos mirándola, desconcertados.

Martha suspiró.

—Bueno, vale. Ya veo que voy demasiado rápido.

Volvió a tomar aire con impaciencia.

—Primera lección. J. C. Gossamer fue un autor de ciencia ficción. Escribió un único libro, titulado *La casa oscura tras el último recodo*. Para abreviar, *El recodo*. Es una novela de aventuras asombrosas en un mundo imaginario, distinta de cualquier otra cosa que hayáis leído. Nunca llegó a publicarse en vida de su autor. Solo fue fotocopiada una y otra vez, encuadernada con una perforadora y bridas de plástico pequeñas. Fue circulando de mano en mano a través de viajeros anónimos, estudiantes con mochila y jóvenes marginados en albergues. ¿Qué tienes que hacer cuando terminas *El recodo*? Firmar la hoja de dedicatorias y dejar el libro donde pueda encontrarlo el siguiente afortunado: un banco del parque, una litera, un asiento de avión o el compartimento de un tren. Durante mucho tiempo solo se podían conseguir ejemplares en librerías de segunda mano o en eBay; algunos de ellos con centenares de miles de firmas. Los ejemplares con lectores famosos, como Marilyn Monroe, Leonard Bernstein o Frank Sinatra, podían llegar a costar

cuatro o cinco mil dólares. Ahora ya es oficialmente un clásico de culto, se reimprime constantemente, e incluso alguien como SE Burt tiene un ejemplar.

Vi con sorpresa cómo Martha se acercaba rápidamente a un estante y sacaba un grueso volumen en tapa dura de color plateado. Volvió a los sofás y me lo entregó. La cubierta presentaba un collage de jaulas de pájaro, trenes de vapor, hombres y mujeres con sombrero de copa, máscaras de disfraz de la Inglaterra victoriana.

«*La casa oscura tras el último recodo*, de J. C. Gossamer Madwick.

La legendaria saga de culto de pasados en el futuro y misterios en el presente. Un amor inmortal en el fin del mundo».

Busqué la solapa posterior y observé la fotografía del autor.

Era en blanco y negro y estaba algo borrosa. Madwick, que llevaba un traje arrugado, era un hombre al que pocas personas mirarían dos veces: cara de sabueso, orejas enormes, una actitud algo retraída que sugería que se sentía más cómodo marchándose discretamente de una habitación que entrando en ella.

«Jeremiah Chester Gossamer Madwick (2 de diciembre de 1891-18 de marzo de 1944) fue un novelista estadounidense originario de Key West (Florida). Su única obra, *La casa oscura tras el último recodo*, publicada póstumamente, obtuvo el Premio Gilmer-Hecht de novela fantástica en 1968. Madwick trabajó durante treinta y siete años como conductor de autobús para el servicio de transporte público de Key West. Durante el día llevaba pasajeros a Stock Island y por la noche escribía a mano, en blocs de notas de hoteles, las 1.397 páginas de su obra maestra. A los cincuenta y tres años fue hallado muerto a la entrada del Hasty Retreat Saloon. Llevaba una harmónica, una lata de tabaco y el último párrafo de su novela en el bolsillo».

—Madwick murió en la miseria y en el más absoluto anonimato —dijo Martha—. En la actualidad se le considera uno de los mayores escritores de

literatura fantástica de todos los tiempos. En Harvard, hay una asignatura específica sobre él: «Nómadas, extraños y vagabundos: la literatura de Madwick». Incluso es un autor de culto entre los físicos de carne y hueso por su teoría del tiempo.

Hizo una pausa para dibujar algo apresuradamente en su cuaderno. Era el boceto de un tren.

—Lo que nos lleva a la segunda lección —prosiguió—. Los viajes a través del tiempo. Madwick no concebía el tiempo de forma lineal o como una flecha, ni siquiera en forma de tejido, como sostenía Einstein. Él lo veía como una locomotora. Para viajar a través del tiempo, en *El recodo*, tienes que salir por la ventana del compartimento del tren en marcha en el que viajas y trepar hasta el techo, como un forajido en un wéstern clásico. Después te desplazas con gran cautela hacia la parte delantera del tren, que es el futuro, o hacia la parte posterior, que es el pasado. Es fundamental no moverse demasiado rápido en ninguna de las dos direcciones, ya que eso causa inestabilidad. Por ejemplo, el tren podría descarrilar, chocar, perder algún vagón o doblar bruscamente por una vía equivocada y avanzar en dirección contraria.

Con lo que parecía un escalofrío de terror ante la perspectiva de semejante escenario, Martha respiró hondo y se recogió el pelo detrás de la oreja.

—En caso de producirse alguno de estos accidentes, el viajero está perdido, ya que nunca conseguirá que el tren vuelva a su trayecto original y menos aún a su horario previsto. Y mucho menos podrá volver a meterse en el compartimento del cual salió. Aunque técnicamente puedes vivir el resto de tu vida en el pasado o en el futuro, perteneces al vagón donde naciste, a tu presente originario. Para siempre. Allí es donde la vida será un viaje más fácil para ti. Donde las cosas funcionan y el amor perdura. Una vida vivida en cualquier otro momento será intranquila, dura, desdichada. Puedes visitar el pasado y el futuro, pero no quedarte allí. Por lo menos si quieres tener la posibilidad de ser feliz.

—¿Qué tiene que ver todo esto con el nuncamundo? —preguntó Cannon incómodo.

—¿Queremos hablar con los padres de Jim? Yo creo que podemos hacerlo. Solo tenemos que escoger un día en el pasado o el futuro inmediatos en el que podamos llegar hasta donde están en las once horas y doce minutos de la vigilia. Después hay que encontrar la ventana abierta de nuestro tren y salir por ella. Y esa ventana abierta... —Se mordisqueó la uña—. Está en algún lado. Todavía no sé dónde exactamente, pero es una colisión entre la vida y la muerte. Suele ser algo que te pone en grave peligro. En *El recodo*, el protagonista lo descubre accidentalmente en el primer capítulo, al intentar quitarse la vida. Y, obviamente, ninguno de nosotros se ha suicidado nunca.

Negué con la cabeza. Lo mismo hicieron Whitley, Cannon y Kipling.

—Eso descarta esa opción —dijo Martha sombríamente—. Tendremos que localizar la ventana abierta por otros medios, lo que nos lleva a la tercera lección.

Se aclaró la garganta.

—El nuncamundo no lo he creado solo yo. Tiene cosas de cada uno de vosotros. Mi mayor contribución es *La casa oscura tras el último recodo* de Madwick. Pero ¿y vosotros? ¿Qué habéis aportado? Cuanto más os fijéis en el nuncamundo, más cosas vuestras descubriréis en él. Vuestros secretos más inconfesables. Vuestros peores pesadillas. Vuestros anhelos y temores. Esas cosas que os avergüenzan y que no queréis que nadie sepa. Está todo aquí, sepultado, si prestáis suficiente atención, lo veréis.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Había algo amenazador en su manera de decirlo. A los demás también se los veía incómodos. Whitley estaba sentada en el sofá, inmóvil. Kipling se había puesto pálido. Cannon observaba a Martha fijamente, absorto.

Martha observó su cuaderno esbozando una sonrisa.

—Kipling —carraspeó—. Me gustaría hacerte una pregunta. —Levantó el

cuaderno y nos enseñó una página en la que había dibujado una especie de avispa roja—. La polilla escarlata. Endémica de Luisiana. He visto tres en Wincroft. Dos salieron del desván. La otra, de detrás de un radiador. Tan al norte no deberían sobrevivir. ¿La reconoces?

—¿Cómo...? —balbució Kipling. Rio nerviosamente—. Mami Greer las capturaba en frascos herméticos. Las tenía por toda la casa. Diablillos, las llamaba. Me decía que su picada era mortal y que me las pondría encima mientras dormía si no me estaba quieto en la iglesia.

Martha asintió impasible, sin mostrar sorpresa. Volvió la página.

—Canon, supongo que te habrás fijado en los alerces del Japón.

El aludido se incorporó, nervioso.

—¿Los qué?

—Los alerces del Japón y los abedules llorones repartidos por todo Wincroft. Si te acercas, verás que están muertos. Hay un montón de troncos altos y delgados, de madera oscura, clavados en el suelo. Esos árboles no son propios de Rhode Island. Son originarios de las regiones de Chubu y Kanto, en Japón. Si te acercas a cualquiera de ellos y cavas hasta una profundidad de unos quince centímetros, se forma un charco de agua de un color azul blanquecino. —Sonrió—. ¿Sabes a dónde quiero ir a parar?

Canon la miró sin decir palabra.

—¿El Blue Pond? —aventuró—. ¿La Jaula de Canon? ¿El fallo en el sistema operativo OS X de Apple que descubriste en segundo? ¿La combinación de teclas que si la pulsas accidentalmente se carga el disco duro y hace que solo se vea la foto del fondo de pantalla Blue Pond? Es una imagen casi irreal de un lago azul brillante del que salen árboles desnudos cubiertos de nieve.

Canon estaba confuso.

—De acuerdo. ¿Y qué pasa con el Blue Pond?

—Esa foto está incrustada en el paisaje del nuncamundo. Por todas partes.

Cannon no dijo nada. Se levantó del sofá, cruzó la biblioteca y se puso a mirar por la ventana.

—Después está Whitley —prosiguió Martha en tono impersonal—. La volatilidad del tiempo en el nuncamundo es por ti.

—¿Por mí? —dijo Whitley.

—Vientos huracanados. Lluvia constante, truenos, relámpagos. Es por tu carácter.

Whitley la miró.

—La noche que volvimos a Darrow —añadió Martha—, cuando nos persiguió la policía, vi como el viento volcaba todos los coches del aparcamiento. Fue por tu confesión de que eras el Conejo Blanco.

Whitley resopló como si no estuviera de acuerdo, pero se le escapó una rápida mirada a las ventanas.

—Estos detalles nos afectan a todos —siguió Martha—. Cuanto más nos acerquemos a la verdad, cuanto mejor nos conozcamos a nosotros mismos, más inestable se volverá este mundo. Y eso me lleva a Beatrice.

Se volvió hacia mí, inexpresiva. El corazón empezó a latirme con fuerza.

—No tengo ni idea.

Todos la miraron con extrañeza. Y después me miraron a mí.

—Tu aportación está aquí. En algún lado. Pero aún no la he descubierto.

Tragué saliva. ¿Qué pretendía Martha? ¿Intimidarme? ¿Asustarme? Si era así, lo estaba consiguiendo.

Martha suspiró.

—Si algo sé es que, si queremos cambiar la vigilia, tenemos que hacer piña.

—¿Por qué? —preguntó Cannon.

—No sabemos cómo vamos a reaccionar. El pasado te engancha como una droga. El futuro te impacta como una descarga eléctrica. Revivir los buenos recuerdos puede ser igual de demoledor que recuperar un recuerdo

traumático. Es adictivo. Como en *El recodo* resulta tan peligroso viajar a través del tiempo, y dentro del nuncamundo hay elementos que no podemos prever (lo que aportamos cada uno de nosotros), no tenemos ni idea de lo que sucederá si lo intentamos.

Negó con la cabeza. La voz le temblaba tanto por la emoción que me recordó a un pastor evangélico en un canal público de televisión predicando sobre el fin del mundo ante unos fieles entregados.

—Podría ser un completo desastre. Podríamos terminar, por error, en distintos compartimentos de trenes diferentes, avanzando en diversas direcciones. Eso significa que nos resultaría imposible regresar a Wincroft, todos juntos, para votar. Y entonces nos quedaríamos atrapados para siempre.

Todos los demás nos miramos alarmados. Nadie dijo nada.

Bajé la mirada hacia el enorme libro que tenía en el regazo. Me costaba respirar.

¿Qué estaba tramando Martha? ¿De verdad intentaba ayudarnos? ¿O sus palabras eran solo la colocación meticulosa y premeditada de sus piezas de ajedrez sobre el tablero, una trampa ingeniosa en la que todos caeríamos y que, de un modo u otro, haría que la votáramos a ella?

Lo que yo tenía claro —o al menos sospechaba con fundamento— era que Martha sabía cuál era mi aportación al nuncamundo. Lo notaba por su manera de mirarme y su explicación simple y escasamente convincente: «Aún no la he descubierto».

Martha siempre lo descubriría todo. Por algún motivo, había decidido no darnos esta información.

De momento.

## CAPÍTULO 17

**E**l siguiente par de viglias lo pasamos en la biblioteca de Wincroft, estudiando *La casa oscura tras el último recodo*. Queríamos entender todo lo que nos había dicho Martha.

Descargamos el audiolibro y estuvimos escuchando durante horas sus 1.322 páginas, acurrucados bajo mantas de angora y bebiendo té mientras el narrador —un joven actor británico de la Royal Shakespeare Company con voz de barítono y una capacidad camaleónica para sonar como todo tipo de personas completamente distintas: hombres y mujeres, jóvenes, viejos, aristócratas— recitaba el futurista relato de amor y duelo. Era una historia apasionante, de las mejores que me habían contado en mi vida, un misterio cautivador que tenía lugar en un mundo futuro, con giros argumentales fascinantes y aterradores que te pillaban por sorpresa.

La acción se desarrollaba en un futuro lejano. El protagonista, Jonathan Elster, era un profesor torpe y despistado de una universidad para marginados de Tierra Antigua. Impartía una popular asignatura de filosofía alternativa, «Introducción a lo desconocido», que abarcaba, entre otros temas, los entresijos de los viajes a través del tiempo. Durante años, Elster había estado enamorado platónicamente de una misteriosa mujer, llamada Anastasia Bent, que daba clases en el Departamento de Historia. Cuando Anastasia, tras descubrir por accidente un secreto celosamente guardado sobre la historia del universo, desaparece —un pescador que la ha visto andar por un camino junto a un acantilado insinúa un posible suicidio, aunque su cuerpo nunca es

localizado—, Jonathan emprende una arriesgada búsqueda a través del espacio y el tiempo para encontrarla.

Al escuchar la novela, fuimos quedándonos tristes y silenciosos. La violencia desatada en la comisaría de Warwick nos había unido, había abierto las habitaciones precintadas de la amplia y lujosa mansión que había sido nuestra amistad, apartado las sábanas que cubrían los muebles y encendido las luces. Ahora parecía que las palabras de Martha nos hubieran llevado a refugiarnos de nuevo en habitaciones separadas, desaparecer escaleras arriba y escondernos tras puertas cerradas, de modo que el único indicio de compañía fuera el crujido ocasional del suelo de madera en el piso superior.

Yo no sabía qué preocupaba a los demás. Habían decidido no confiar en mí ni, al parecer, los unos en los otros.

Yo me sentía angustiada por Martha. Las bombas que había ido dejando caer —J. C. Gossamer Madwick, las leyes físicas del nuncamundo que nos afectaban— me habían llevado a analizar cada una de sus miradas y comentarios aún más minuciosamente que antes. Me di cuenta con asombro de que, en algún momento desde que la descubrí en Brown con el profesor Beloroda, había conseguido hacerse con el control de todo el grupo sin que se notara. Durante años, Martha había ocupado un lugar secundario. Era la colega que nos seguía a todas partes, la amiga de Jim, el bicho raro que, ante un anuncio de una campaña por los derechos de los animales, soltaba un comentario cínico y fuera de lugar como «Menuda propaganda» o cuando, en una película romántica, los protagonistas terminaban juntos, afirmaba: «Otra película de terror con un alto número de bajas». Con Martha siempre poníamos los ojos en blanco y se nos escapaba alguna risita. Pero ahora, por increíble e inconcebible que me pareciera, en ella todos buscaban orientación, apoyo y serenidad. En algunas ocasiones traté de sincerarme con Kip, Whitley y Cannon, insinuándoles que no confiaba en Martha o la nueva dirección que nos animaba a emprender, pero no compartían mis sospechas.

—¿A qué te refieres con lo de que trama algo? —me preguntó Kipling con el ceño fruncido.

—No lo sé. Es solo una sensación.

—Pero si es la buenaza de Martha. Rain Man. Es imposible que trame nada. Es demasiado sincera e inocente.

—A mí no me lo parece.

—¡Anda ya!

—Hablo en serio. Sabe más de lo que cuenta.

—¿Y qué más da? —susurró Kipling—. ¿Qué alternativa tenemos, Bee? No sé tú, pero yo necesito que algo cambie. Incluso si eso significa...

—¿Incluso si eso significa qué?

Se encogió de hombros con expresión lúgubre. El significado de esa frase que había dejado a medias era evidente.

«Incluso si eso significa que nunca salgamos de aquí». Pasábamos las tardes discutiendo acaloradamente sobre cómo cambiar la vigilia para ir ver a los Mason.

En *El recodo*, Jonathan Elster descubre por accidente cómo viajar a través del tiempo mientras sigue los pasos de la profesora desaparecida Anastasia Bent, que la policía cree que se suicidó saltando de un acantilado. Cuando Jonathan hace como ella y salta exactamente desde el mismo punto donde la profesora Bent fue vista por última vez, precipitándose al vacío desde una altura de treinta metros hacia una muerte segura, resulta que, en vez de estamparse contra los peñascos, cae al río Támesis, en Londres, en el año 2122.

—La ventana abierta del compartimento del tren para viajar a través del tiempo siempre aparece al filo de la muerte —dijo Martha—, por eso la encuentran tan pocas personas. Para dar con ella, tienes que estar convencido de que te enfrentas a tu propia muerte. Así pues, ¿cómo podemos encontrarla

aquí, en el nuncamundo? Ya sé que ya os lo he preguntado antes, pero ¿alguno de vosotros ha intentado suicidarse alguna vez?

Nuevamente, todos negamos con la cabeza.

Martha parecía muy extrañada ante esta respuesta, pero solo se mordisqueó la uña pensativamente, sin añadir nada más.

Otro aspecto crucial que debía tenerse en cuenta era que, para llegar todos al mismo lugar y en el mismo momento —el mismo compartimento del tren en el pasado o el futuro—, debíamos asegurarnos de que ese fuera nuestro último pensamiento justo antes de estar a punto de morir.

—Iremos a Villa Anna Sophia, en la isla de Amorgós, en el pasado — anunció Martha—. Ayer. Veintinueve de agosto. Allí empezaremos.

—¿Por qué en el pasado y no en el futuro? —preguntó Cannon.

—Nunca se sabe qué nos deparará el futuro. Mañana puede haber una catástrofe natural, un atentado terrorista o una invasión extraterrestre. El pasado ya ha sucedido, así que sabemos a qué atenernos.

—Pero si vamos a viajar al pasado —intervine—, ¿por qué no vamos directamente a Vulcan Quarry la noche que murió Jim? Así lo sabremos todo.

—Tiene razón —dijo Cannon.

—No —dijo Martha, negando con la cabeza—. Imposible. No estamos preparados. En *El recodo*, el tren se vuelve cada vez más corto con cada salto en el tiempo. Eso significa que nuestras vigilias cada vez durarán menos, lo que causará una gran inestabilidad. Podría implicar que no nos dé tiempo a reunirnos para votar y lograr el consenso. Debemos empezar poco a poco.

Su explicación no me convenció —había descartado mi propuesta demasiado rápido—, pero los demás parecieron aceptarla, por lo que decidí no desafiarla. De momento.

Ninguno de ellos había estado nunca en Amorgós. Yo era la única que había ido a casa de Jim ese verano. Así que, para que pudieran visualizar nítidamente el momento y el lugar, les enseñé fotos del viaje que llevaba en

el móvil y les conté lo que recordaba. La luminosidad hiriente de la isla. Los todoterrenos descapotables que utilizaba la familia Mason para desplazarse, arrasando los caminos de tierra como un ejército de ocupación. Edgar Mason, encerrado a todas horas en su oficina de inspiración futurista, de la que emergía súbitamente como Zeus bajando del Olimpo (si Zeus estuviera bronceado con la tonalidad del whisky, llevara el pelo en punta como un erizo y se levantara todos los días a las cuatro de la mañana para practicar yoga *ashtanga* mientras le susurra cosas a un auricular). Los hermanos menores de Jim y sus respectivos amigos, que subían y bajaban en estampida por las escaleras de la casa como manadas de antílopes. Jim tenía dos hermanas pequeñas gemelas, Gloriana y Florence, y dos hermanos adoptados en Uganda, Cal y Niles. Descubrí, con asombro, que tenían un profesor de suajili que vivía con ellos (según Jim, un «agregado cultural»). Jim y yo habíamos pasado la mayor parte del tiempo solos, leyendo biografías de John Lennon en voz alta, lanzándonos al agua desde el muelle o explorando la costa en un esquife azul llamado *Little Bird*. Hicimos submarinismo y comimos pescado a la brasa aderezado con limón, que me entró en los ojos y me escoció. Dimos panecillos a las jaurías de perros salvajes que rondaban por las calles de noche como pandillas de adolescentes y nos quedamos despiertos hasta la madrugada en fiestas familiares en las que todo el mundo bebía mucho, con mesas de caballete bajo el cielo nocturno y tiras de faroles de papel amarillos meciéndose sobre nuestras cabezas.

Aunque Jim me había invitado a pasar con él el verano entero, mis padres solo me dejaron ir cinco días. Para conseguir que me dieran permiso, tuve que hacer gala de unas dotes de persuasión dignas del Departamento de Estado. Esos cinco días se me pasaron en un abrir y cerrar de ojos, envueltos en un brillo cegador e irreal que me hacía sentir incómoda y fascinada a la vez. El mundo de Jim era tan intenso que resultaba inverosímil. Me vi arrojada a él con la misma rapidez con la que fui expulsada y devuelta a la

soporífera Watch Hill, donde trabajé, distraída y triste, ayudando a mis padres en el Crow: dejaba los batidos en la máquina más tiempo de la cuenta o servía sándwiches de lechuga y huevo a clientes que los habían pedido de pavo y queso. Estaba hechizada, como Wendy con los recuerdos de Peter Pan y el País de Nunca Jamás. Me pasé el resto del verano calculando mentalmente las siete horas de diferencia horaria para imaginar qué estaría haciendo Jim en cada momento y corriendo por toda la casa como un león enjaulado al que le tiran carne fresca para abalanzarme a tiempo sobre el teléfono cada vez que Jim me llamaba.

Siguiendo las instrucciones de Martha, describí lo mejor que pude una única estancia de la casa: el salón principal, con sus cortinas de gasa de ensueño, muebles encalados e impresionantes vistas al mar Egeo. Lo hice para que pudieran sentirse como si ya hubieran estado ahí y, en consecuencia, ese pudiera ser el último pensamiento que cruzara su mente antes de producirse ese momento entre la vida y la muerte, fuera cual fuese.

Cuando no estábamos los cinco reclusos en la biblioteca para comentar *El recodo*, agarraba un paraguas y me iba a andar sola por la finca, bajo la tormenta.

Mientras paseaba, oía la voz de Martha en mi cabeza, su inquietante susurro: «Tu aportación está aquí. En algún lado».

Durante uno de esos paseos solitarios, al bajar las estrechas escaleras que conducían al muelle, noté que los árboles se retorcían con una intensidad superior a la habitual. El mar estaba embravecido y las fuertes olas agitaban el agua oscura. Los veleros fondeados en la cala se balanceaban con gran estrépito. Los cabos se habían soltado de los mástiles y se enroscaban como serpientes. En algún punto del océano repiqueteaba una boya con un ruido mortecino y melancólico.

De repente oí el grito de una mujer.

El rugido del viento me hizo pensar que quizá lo había imaginado.

Entonces oí otro grito. Esta vez era un hombre.

Dos personas discutían. Me pareció que las voces venían de detrás de mí, así que cerré el paraguas y me apresuré a salir del muelle y esconderme a toda velocidad en el espacio, de unos treinta centímetros, que había entre la orilla y los escalones de madera.

Instantes después, volví a oírlos. Me di cuenta de que las voces no procedían de Wincroft, sino de uno de los veleros del puerto. Unas figuras oscuras se movían por la cubierta de una embarcación anclada cerca del muelle de la casa contigua.

Se llamaba *Andiamo*.

Recordé que Whitley había mencionado que pertenecía a SE Burt. Una minúscula luz dorada alumbraba desde la proa.

Entonces sonó otro grito.

Esperé. Minutos más tarde, oí un motor. Se aproximaba un esquife. Fisgando entre los escalones, vi a Whitley, que iba sola. Hizo atracar la embarcación y amarró los cabos antes de subir al embarcadero y correr escaleras arriba. Cuando pasó justo por encima de donde yo estaba, pude verle el rostro. Estaba enfadada.

Esperé. Al no oír más voces, volví a la casa. Llamé a la puerta de la biblioteca y abrí. Al hacerlo, vi a Whitley, empapada, sentada con Martha en el sofá. En cuanto entré, se incorporaron sobresaltadas. Lo primero en lo que pensé fue en dos adolescentes que fuman hierba a escondidas en el salón cuando sus padres las interrumpen de repente.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada —respondió Whitley.

Martha sonrió.

—¿Nos disculpas un minuto, Bee?

Miré a Whitley. Nunca antes había preferido confiar en Martha en vez de en mí. Jamás. ¿No habíamos recuperado nuestra amistad tras todo este tiempo en el nuncamundo? ¿No volvíamos a ser amigas? Pero solo me devolvió una mirada sombría.

Salí de la biblioteca con una intensa sensación de desasosiego y cerré la puerta.

Casi enseguida, oí hablar a Whitley. Su voz sonaba baja y amortiguada y era imposible distinguir sus palabras.

¿Qué diantres estaba pasando?

Subí al piso superior. Busqué en las habitaciones, pero no hallé ni rastro de Cannon ni de Kipling, lo que parecía indicar que también habían estado a bordo del barco. ¿Habían celebrado una reunión secreta a mis espaldas deliberadamente? ¿Por qué? ¿Qué estaban haciendo? Agarré el paraguas, volví a salir de la casa y bajé al muelle.

No había movimiento evidente en el velero y tampoco se oían otras voces.

Me quedé allí una hora vigilando. Al ver que no sucedía nada, decidí volver a Wincroft. Mientras subía apresuradamente por el camino, vi al Guardián.

De inmediato sentí que se me cerraba la garganta. La última vez que lo había visto había sido en los bosques de Darrow. Después parecía haberse esfumado durante una temporada. Ahora había vuelto, convertido en una figura oscura, con un impermeable negro, encorvada y empapada. Estaba cavando con un esfuerzo agónico; todo su cuerpo se doblaba con cada palada de tierra.

Abandoné bruscamente el sendero de piedra para evitarlo y eché a correr entre los árboles. Cuando llegué a la casa, no pude evitar volverme a mirarlo.

No me había visto. Seguía cavando lo que en ese momento comprendí que eran cuatro hoyos embarrados. Cuatro tumbas.

Pero eso no era lo más raro.

Llevaba gafas oscuras. Como si estuviera ciego.

No tuve tiempo de pensar en lo que había estado haciendo el Guardián ni en lo que pudiera significar, ya que la vigilia siguiente salió a la luz la respuesta al misterio de la pelea en el velero y la conversación a solas entre Whitley y Martha.

—Kipling tiene que contarnos algo —anunció Martha mientras nos reuníamos todos en la biblioteca—. Whitley me habló de ello la pasada vigilia, a última hora, y creo que podría sernos útil.

—¡Cómo has sido capaz! —dijo Cannon, furioso, a Whitley.

—No he tenido más remedio —respondió ella.

Cannon la miró, lívido.

—Por favor, deja de hacer de poli bueno. ¿Quieres salir de aquí, verdad? Es decir, ¿no quieres descubrir qué le pasó realmente a Jim?

—No eres quién para contar ese secreto —le espetó con rabia.

—Si afecta a nuestras posibilidades de cambiar la vigilia, sí lo soy.

—No pasa nada —intervino Martha, poniéndole la mano en el hombro a Cannon—. Puedes contárnoslo tú.

Entonces me fijé en Kipling. Estaba llorando. Llorando de verdad, como nunca lo había visto, con ese tipo de llanto que, más que saltársete las lágrimas, parece que te estén exprimiendo los ojos. Estaba sentado en el sofá, con la cabeza apoyada en las manos, y las lágrimas le rodaban por el mentón.

—Lo llamábamos la alfombra siux de pies negros —soltó de golpe, mirando al suelo—. Es una forma de autoagresión. «Una estrategia inadecuada para la resolución de conflictos interpersonales»: así lo llaman los loqueros. Lo inventó mami Greer. Acuñó el término por una alfombra horrorosa que birló en una tienda de antigüedades. Lo hacíamos juntos. Para reforzar el vínculo madre-hijo. A veces, varias veces por semana. Me llevaba

en coche a una carretera secundaria un viernes por la noche, por ejemplo, si le parecía que en la tele no echaban nada que valiera la pena. La primera vez yo tenía cinco años. Nos tumbábamos en la calzada el uno al lado del otro, agarrados de la mano, y esperábamos a que viniera un coche. «Apártate cuando yo grite “¡ahora!” —me decía—. Así veremos cuánto nos quiere Dios. Si quiere que sigamos vivos. Porque yo solo diré “¡ahora!” si Dios me lo pide. Ese es el pacto». —Kipling se estremeció—. Tenía tanto miedo que me meaba encima. Ni siquiera había rezado mis oraciones. Dios mío. Quiero decir, ¿sabía Dios siquiera que yo existía? ¿Me quería? No podía quererme mucho si me había dado esta cara para ir por la vida. Y este cuerpo. Yo le estrujaba la mano a mami Greer. Ella era mi salvavidas. Y entonces llegaba el coche. Siempre lo notabas primero por el temblor en la calzada, bajo tu espalda. Mami Greer tardaba un siglo en gritar «¡ahora!», pero siempre lo hacía. Yo cerraba los ojos con todas mis fuerzas y me apartaba rodando. Los neumáticos no me alcanzaban por unos centímetros. Cuando abría los ojos, mami Greer estaba en el arcén, gritando y bailando de alegría, arrancándose toda la ropa. «¿Lo has visto? Dios nos ama. Nos ama a pesar de todo». Eso siempre la ponía de buen humor. Si había suerte, le duraba toda una semana.

Se quedó callado un instante y se frotó los ojos. Lo miré sin decir nada. Aunque yo ya sabía que mami Greer era un peligro, esto era, con diferencia, lo más espantoso que nos había contado sobre ella.

—Se convirtió en una adicción —prosiguió Kipling—. Por la adrenalina. Nunca dejé de hacerlo. Cada varios meses, si me sentía desbordado o hundido, encontraba la manera de hacer la alfombra siux. Me escapaba del campus. Y enseguida me sentía mejor. Hice una bastante arriesgada en primer curso, justo antes de las vacaciones de Navidad, cuando el rector Trask me dijo que no podía volver el siguiente trimestre. Me echaron. Yo era el tipo de estudiante que... ¿Cómo lo dijo? Que necesitaba un entorno con «expectativas menos exigentes». Vamos, que a él le parecía que me iría mejor

en Sing Sing. En la alfombra siux que hice después de eso estuve a punto de acabar hecho papilla por un camión de Folgers. —Levantó la vista e inspiró con fuerza—. Sin duda, eso le habría dado un nuevo significado a su eslogan «Lo mejor de despertarse».

Incapaz de articular palabra, lo miré. Kipling había sido un mal estudiante. Aunque sabía que al final de cada curso siempre había habido dudas de si aprobaría o no, desconocía que hubieran llegado a expulsarlo. Su lamentable expediente académico había cambiado en último curso, cuando logró concentrarse en los estudios. Cuando se graduó, lo hizo con buenas notas.

—Cannon me salvó —dijo Kip esbozando una sonrisa—. Él vio lo que tanto me esforzaba en ocultar.

—Tampoco lo escondías tan bien —dijo Cannon con una sonrisa forzada—. Cojeabas al andar y, cuando te sentabas, hacías una mueca de dolor.

Kipling me miró.

—¿Recordáis que estuve dos meses sin ir a clase por una «emergencia familiar»?

Asentí. Recordaba vagamente que me había contado una historia conmovedora y muy elaborada sobre los problemas de salud de su tía.

—Todo mentira. Estuve en tratamiento en un centro de Providence, haciendo taichí, pintando acuarelas de fruteros y desarrollando estrategias alternativas para gestionar mis patrones de pensamiento automáticos. Cannon me hizo ingresar, venía a visitarme, hablaba con los loqueros sobre mis progresos. Presionó a Darrow para que me dieran una última oportunidad. Me ayudó a darles la vuelta a mis notas. Preparó mis solicitudes para la universidad. Se pasó toda la noche despierto conmigo ayudándome a escribir un texto sobre mami Greer: «Mamá bipolar», también titulado «Cómo sobrevivir al cuidado de una lunática». Así conseguí que me aceptaran en la Universidad Estatal de Luisiana. Si no fuera por Cannon, ahora mismo estaría aplastado por las ruedas delanteras de un camión de UPS.

Mi mente iba a toda velocidad. Pensé en el último curso y, aunque recordaba a Cannon siempre muy ocupado, yendo y volviendo apresuradamente con su mochila y un montón de libros de texto, jamás sospeché en qué andaba envuelto. Pero tenía sentido. Era la típica persona que soluciona los problemas sin hacer ruido. «El goteo constante de agua que siempre acaba encontrando un cauce», solía decir Whitley. Con todo, me dolía que no hubieran querido confiar en mí y que todo esto hubiera estado sucediendo delante de mis narices sin que yo tuviera ni idea.

—¿Por qué no dijiste nada? —le pregunté a Kipling.

Miró a Cannon y vi pasar entre ellos, sin palabras, la sombra fugaz de un pacto secreto, que desapareció prácticamente en cuanto me percaté de ella.

Kipling se encogió de hombros.

—Llega un punto en el que tus movidas acaban siendo demasiado, incluso para tus mejores amigos.

—Eso no es exactamente toda la verdad —apuntó Whitley, expectante, con la cabeza inclinada.

Kipling parecía avergonzado.

—Sí, bueno... —Carraspeó—. El misterio de cómo me puse a sacar aprobados y notables, como si fuera un buen estudiante que hasta entonces solo había «fingido» ser un desastre... Todo mentira.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Se lo veía poco dispuesto a seguir hablando.

—Cannon hackeó la intranet de Darrow por él —intervino Whitley—. Durante todo el último curso, Kipling tuvo todos los exámenes de todos los profesores antes de tiempo, incluidos los de mitad de trimestre y los finales.

—De todos los profesores no —puntualizó Cannon.

Ella lo miró.

—Sigue siendo saltarse las normas.

—Estaba ayudando a un buen amigo —respondió Cannon impasible.

Whitley resopló.

—Podría decirse lo mismo de lo que yo hacía cuando era el Conejo Blanco. Todo el mundo piensa que yo soy la mala, pero fíjate en lo que hicisteis vosotros dos.

Cannon no respondió. Durante años había ayudado en el Departamento de Informática de Darrow, tristemente famoso por su inoperancia. No era raro que lo hicieran llamar en mitad de una clase para echar una mano con algún virus o un error de red. Y aunque ahora miraba a Whitley con evidente disgusto, no parecía sentirse culpable por lo que acababa de saberse.

—¿Cómo lo hacías? —le pregunté.

Cannon se encogió de hombros.

—Ingeniería social. El componente más débil de una red es siempre el elemento humano. Envié un correo electrónico a todo el claustro con una actualización obligatoria para la intranet de Darrow. En el caso de los profesores de Kipling, añadí un programa oculto de control remoto. Se descargaron el troyano y pasé a tener acceso a todo. Así de fácil.

Frunció el ceño al ver mi cara de incredulidad.

—Vamos, Santa Bee. Precisamente tú deberías entenderme. Darrow-Harker era una piedra en el camino de Kipling hacia un futuro brillante. ¿Expulsado en primer curso? Habría tenido que volver a empezar en algún centro de segunda categoría, lejos de todos nosotros. Quedaría fatal en su expediente. Y, además, a Kipling no lo puedes medir por cosas tan absurdas como las notas, que si sobresaliente, notable o aprobado. No. Kipling es excepcional. Era mi obligación ayudarlo como pudiera. —Se encogió de hombros—. Existen las normas, y luego está lo que haces cuando todo se derrumba a tu alrededor.

Cannon me miró tan fijamente que empecé a sentir escalofríos bajándome por los brazos. Había olvidado lo intensa que podía llegar a ser su presencia,

el modo en que, cuando se concentraba, parecía ser energía pura en vez de carne y huesos.

—Ahí lo tenéis —dijo Kipling—. Ese es el monstruo de dos cabezas que tengo escondido en el armario y que no hay manera de silenciar.

—La pregunta es —susurró Martha, mirándolo—: ¿nos ayudará tu secreto a cambiar la vigilia?

Se quedó en silencio, con el ceño fruncido, absorta en sus pensamientos. Durante un minuto nadie pronunció palabra.

Eso era lo que Martha hacía en ocasiones: lanzaba una pregunta y la dejaba en el aire un rato, a veces una hora entera, y después soltaba la respuesta de repente, cuando todos los demás habíamos olvidado el problema.

—Tengo una idea —dijo.

## CAPÍTULO 18

**A**sí fue como terminamos aparcados entre los arbustos de rosa rugosa silvestre junto a la carretera de la costa, vacía a esas horas, a las 4:47 de la madrugada, cuatro minutos antes del fin de la vigilia.

Justo al otro lado de la carretera estaba el lugar donde habíamos tenido el accidente, donde —según el Guardián— un tal Howard Heyward, de cincuenta y ocho años de edad, con domicilio en 281 Admiral Road, South Kingstown, había estampado su grúa contra nuestro coche y nos había condenado al nuncamundo, donde en algún sitio, en otra dimensión temporal más real que esta, nos hallábamos en el interior de un automóvil siniestrado durante un único segundo pendiente de desenlace.

Martha conocía el punto exacto, una curva pronunciada que describía un ángulo de ciento sesenta grados entre un denso pinar. Reconoció que había regresado para inspeccionarlo en el nuncamundo.

¿Cómo había sucedido? Apenas lo recordaba. Unas cegadoras luces largas. Setos de rosa rugosa temblando bajo la lluvia torrencial. Los limpiaparabrisas moviéndose de lado a lado como si quisieran advertirnos de algo. Una noche pasada por agua. Nuestras risas de borrachos llenándolo todo. Bocinazos. Vueltas de campana. El coche rebotando contra el suelo, dando un salto en la oscuridad. La pérdida de gravedad.

—Es un borracho —dijo Martha—. Se sienta en el Raccoon and Hound Saloon de Warwick y se bebe doce Coors Light. Doce. Después se pone al volante. A duras penas consigue mantenerse despierto. Está a punto de estamparse contra un poste de teléfono. En el nuncamundo pasa de largo por

el punto donde choca con nosotros, pero eso marca el final de las once horas y doce minutos de nuestra vigilia.

La lluvia martilleaba contra el techo. El parabrisas y las ventanillas estaban empañados. Yo me sentía como si estuviéramos encerrados en un submarino en el fondo del mar. En la radio sonaba música clásica a trompicones.

Solo había pasado un coche por delante de nosotros, un *pickup* azul. Al vernos aparcados entre los arbustos junto a la carretera, pisó el freno y dio marcha atrás. Martha bajó la ventanilla.

—¿Habéis pinchado? —preguntó un hombre de mediana edad que llevaba un chaleco de caza—. ¿Necesitáis que os eche una mano?

—No, gracias —respondió Martha—. Estamos bien. Nuestro perro se ha perdido y lo estamos buscando.

Frunció el ceño, desconcertado por la visión de cinco adolescentes vestidos con ponchos verdes con capucha sonriéndole de forma poco natural. Con expresión perpleja y sin nada más que decir, se marchó.

—Tres minutos —anunció Martha mirando su reloj.

Me sentía como si estuviera a punto de vomitar. Lo que nos habían contado Cannon y Kipling, por impactante que fuera, había suscitado más preguntas que respuestas. Para empezar, todos se comportaban de manera extraña, aunque no sabía decir por qué. Estaban irritables y desorientados. En dos ocasiones, cuando no eran conscientes de que los estaba mirando, vi a Kipling y Cannon intercambiar largas miradas de complicidad, cuyo significado parecía vagamente amenazador. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué se traían entre manos?

Y aunque Martha estaba preparándonos, asegurándonos que todo iría bien —«veintinueve de agosto, nueve horas y treinta y cinco minutos de la mañana, Villa Anna Sophia, isla de Amorgós, Grecia; esto es todo lo que debéis recordar, ¿entendido?»—, el hecho de que fuera precisamente ella quien estuviera al mando de la operación solo lo empeoraba todo. ¿Qué

estaría tramando? ¿Estaría empujándonos a seguir los pasos de los personajes de *El recodo* para condenarnos, para atraparnos en algún compartimento del tren del tiempo? ¿O solo buscaba que la votáramos a ella?

La votación. La votación. *La votación.*

Ahora, encorvada junto a Whitley en el asiento trasero del coche, sentía la vigilia cernirse sobre mí, esa inmensidad oceánica ya familiar que empezaba por los pies e iba subiendo por las espinillas. De repente, la radio se puso a hacer ruido de interferencias y después empezó a sonar, a trompicones, *Boys Don't Cry*, de The Cure.

La lluvia arreció, como si alguien hubiera subido el volumen del sonido.

—No me siento muy bien —dijo Kip llevándose la mano a la garganta.

Martha se volvió hacia él.

—Yo también lo noto. Y no es solo la vigilia. Es la ventana abierta. Está sucediendo.

Estaba muy emocionada (todo lo emocionada que puede estar una persona tan fría como Martha).

—¿Lo notas?

Lo notaba. Sentía las manos cargadas de electricidad estática, como si hubiera arrastrado los pies en calcetines por encima de una alfombra gruesa. Aproximé la mano a un par de centímetros de la ventanilla empañada y apareció una marca. Moví la mano adelante y atrás y la marca desapareció por arte de magia. Coloqué la mano a pocos centímetros del pelo de Whitley, que sobresalía de la capucha de su poncho, y los mechones dorados saltaron hacia ella como los tentáculos de alguna extraña criatura marina.

—Dos minutos —dijo Martha—. En marcha.

Asintió con la cabeza y salió del coche. Cannon y Kipling la siguieron sin decir palabra. Yo abrí la puerta y al instante la lluvia me dejó empapada. Whitley me agarró del brazo.

—No puedo hacerlo, Bee —gimoteó—. No puedo retenerlo en la cabeza.

—¿Qué?

Estaba llorando. Jamás en mi vida la había visto tan asustada.

—Voy a quedarme perdida en el pasado. Lo sé.

—No, eso no va a pasar. —La tomé por los hombros—. Escúchame. Veintinueve de agosto. Nueve horas y treinta y cinco minutos de la mañana. Villa Anna Sophia. Repítelo.

—Villa Anna Sophia.

—Recuerda el mar. El cielo. El blanco límpido por todas partes. Las cortinas. El olor a naranja.

—Olor a naranja. De acuerdo.

—Ya lo tienes.

Parpadeó dubitativa. Le tendí la mano y la tomó. Salimos juntas del coche bajo el diluvio.

No había previsto lo caótica que sería la situación. Las gotas de lluvia pinchaban como clavos. Había una fuerza gravitacional resuelta a devolvernos al coche. Mis pensamientos se convirtieron en un líquido que me salpicaba por dentro de la cabeza. Todo lo que teníamos que hacer era acercarnos al lugar exacto del accidente y tumbarnos en forma de alfombra siux, como Kipling nos había explicado. De momento, solo Martha lo había hecho. Estaba estirada de espaldas junto a una línea amarilla medio borrada. Me dirigí hacia ella, tratando de arrastrar conmigo a Whitley, pero estaba mareada y cada paso que daba era como levantar cuatro bloques de hormigón atados a los pies. Kip estaba de pie en la calzada, dando vueltas en círculo como un tapón de corcho en un retrete al tirar la cadena, y Cannon, a cuatro patas, intentaba gatear. Me obligué a reducir la velocidad de mis pensamientos. Di grandes zancadas, una tras otra, mientras le apretaba firmemente la mano a Whitley. Finalmente llegamos al lugar indicado y nos tumbamos al lado de Martha. Un minuto después llegó Cannon con Kipling.

Parpadeé mientras las gotas de lluvia me golpeaban el rostro. No veía

nada. La lluvia caía con tanta fuerza que opté por cerrar los ojos. La vigilia me había reptado sigilosamente hasta las rodillas y me empujaba contra el suelo.

«Veintinueve de agosto. Nueve horas y treinta y cinco minutos de la mañana».

Visualicé el rocoso acantilado azotado por el viento, la casa moderna pintada de blanco suspendida como un nido de águilas, nada en las ventanas salvo el reflejo del mar.

—¡Cincuenta segundos! —rugió Martha.

«Villa Anna Sophia».

—¡No puedo! —gritó Whitley.

Alguien me arañó la cara. Moví el brazo para protegerme los ojos y me di cuenta de que era una enorme rama de roble, arrancada de un árbol, que había pasado por encima de nosotros antes de rodar carretera abajo.

Whitley, sollozando, trataba de ponerse en pie. Cannon la sujetaba.

—¡Para ya! —gritó Cannon.

—¡Suéltame! ¡No puedo hacerlo!

—¡Calmaos! —vociferó Martha.

—¡No puedo! ¡No dejo de pensar en otras cosas! ¡No controlo lo que pienso!

Oí el estruendo del motor al acercarse. Howard Heyward, de cincuenta y ocho años de edad, borracho y medio dormido, estaba ahora a escasos segundos de nosotros. Me temblaba todo el cuerpo. Cerré los ojos con fuerza y apreté los dedos contra la calzada para tratar de agarrarme a algo.

«Isla de Amorgós. Grecia».

Alguien más chillaba ahora. Kipling.

—¡Parad! ¡Parad!

—¿No os dais cuenta? ¡Vamos a separarnos!

—¡Es un truco! ¡Una trampa!

Estalló un trueno como una bomba atómica. Me quedé sorda: gritos y lamentos rebotaban extrañamente dentro de mi cabeza. Ahora la vigilia me oprimía el pecho, con tanta fuerza que tardé un instante en darme cuenta de que algo se me clavaba con violencia en el cuello. Grité de dolor y, con los dedos fríos y entumecidos, traté de descubrir qué era. Noté un objeto pequeño y duro. Me lo arranqué del cuello gritando.

Era el broche en forma de abeja, el regalo de Jim, el que me habían robado.

Todo lo demás sucedió a la vez. La luz de los faros me atravesó. El camión hizo sonar la bocina mientras se abalanzaba sobre nosotros. Las gotas de lluvia caían a cámara lenta. Ruido de frenos. Alguien seguía chillando. Abrí los ojos y vislumbé fugazmente una figura vestida con un poncho verde alejándose a toda prisa y desapareciendo entre los árboles. Estruendo metálico. El camión hacía eses. Sus enormes neumáticos resbalaban sobre la calzada mojada, directos a mi cráneo. Olor a caucho quemado. Y a infierno.

Uno... Dos...

El broche en forma de abeja.

Jim.

# **TERCERA PARTE**

## CAPÍTULO 19

Cuando abrí los ojos era de día.

Estaba boca abajo sobre la hierba. Levanté la cabeza. El corazón me latía con fuerza y sentía unas arcadas incontrolables. Vomité con espasmos por todo el cuerpo. Tardé un minuto en recuperar el aliento. Me limpié la boca y miré a mi alrededor. Me escocían los ojos por la luz del sol.

No estaba en una carretera de costa. No me estaba atropellando la grúa de Howard Heyward (por lo menos, no en ese instante). No sentía dolor físico.

Tampoco estaba en el asiento trasero del Jaguar. Por primera vez en un siglo, no llovía. Brillaba el sol. Estaba tumbada en el suelo: hojas secas, tierra, árboles a mi alrededor. Refrescaba, el aire era frío, el cielo exhibía un azul intenso. Estiré las manos y las abrí.

Estaban vacías.

«El broche en forma de abeja. ¿Dónde está?».

Miré a mi alrededor. Sin duda, no me hallaba en las proximidades de Villa Anna Sophia ni en ninguna isla griega.

Estaba en mitad de un bosque. Me miré la ropa.

El abrigo de lana color borgoña de Ann Taylor que mi madre había encontrado años atrás en una tienda de segunda mano de Woonsocket. Medias negras. Vestido negro de lana. Zapatos de tacón de cuero negro rayados.

Desconcertada, me puse en pie con dificultad. Los zapatos me iban pequeños y el vestido me picaba. Di unos pasos tambaleantes y vi entre los árboles un claro con hierba. Había un lago salpicado de pequeños veleros

blancos, gente andando en grupos alrededor de su perímetro. Fui hacia allí, preguntándome si parecería una desequilibrada. Sin embargo, ni al salir del bosque ni al acercarme a la orilla me miró nadie dos veces. Había por lo menos veinte veleros en el lago, controlados a distancia por niños y algunos adolescentes.

Al fin supe dónde estaba: Central Park. El Conservatory Lake. Había estado aquí, hacía mucho tiempo, con Jim.

—¡Estás aquí!

Oír su voz fue como si dejara de tener el suelo bajo los pies. No podía respirar. Cerré los ojos. Mi mente parecía haberse vuelto de gelatina. Estaba cayendo por un agujero de un kilómetro de profundidad.

—¿Dónde has ido? ¿Tan pronto y ya quieres librarte de mí?

Estaba vivo. Estaba justo detrás de mí, apoyándome la mano en el hombro. Su olor era el de siempre: a jabón de menta, a viento y a ropa recién lavada.

—De pequeño siempre venía aquí. Una vez, se me estropeó el mando a distancia y el velero se me quedó encallado en mitad del lago. Me eché a llorar y mi padre me dijo: «Si lo quieres, ve a buscarlo». Tuve que meterme en el agua para recuperar el velero. Seguro que se lo habían enseñado en el máster de Dirección de empresas como manera de fomentar el carácter emprendedor y la selección natural del más fuerte y... Oye, ¿qué te pasa?

Me hizo dar la vuelta para tenerme cara a cara.

«¿Que qué pasa? ¿Cómo voy a contestar a eso?».

—Mírame.

Abrí los ojos.

La visión de Jim Mason a pocos centímetros de mí —el sol resplandeciente a sus espaldas, los pájaros gorjeando, los niños dando gritos de alegría— me resultaba tan inimaginable que mi mente no podía asimilarla.

No era verdad. No podía serlo.

Pero lo era. Era Jim. Era el mismo y a la vez era otro. Mientras lo

observaba, comprendí de repente que en realidad nunca vemos a nadie como es. La memoria es como un empleado holgazán intentando trabajar lo mínimo imprescindible. Cuando una persona está viva y la tienes cerca todo el tiempo, tu memoria no se molesta en registrar todos los detalles, y cuando esa persona muere, los recuerdos son como una fotocopia repetida un millón de veces, en la que se van perdiendo los detalles: las pecas, la sonrisa ladeada, los pliegues junto a los ojos.

—Vamos —dijo Jim—. No podemos llegar tarde.

Me colocó la mano en su brazo, junto al codo. Ya no recordaba que siempre lo hacía. Me acompañó por el camino y pasamos por delante de mujeres que paseaban a bebés en cochecitos —todas ellas lo miraron con distintos grados de admiración— y un hombre que empujaba un carrito de supermercado lleno de botellas de plástico.

Al parecer, la vigilia me había llevado a una de las ocasiones en las que había visitado a la familia de Jim en Nueva York.

No era Navidad. Y refrescaba demasiado para ser las vacaciones de primavera.

¿Cuándo debía de ser?

Podría haberle preguntado a dónde íbamos a llegar tarde, pero me asustaba la idea de tener que hablar con él. Cada vez que miraba a Jim, me invadía una sensación de incredulidad. Quería glosarlo todo sobre él, cada parpadeo, cada bocanada de aire, cada sonrisa. También sentía terror. Tenía un nudo en la garganta, como un chicle enorme, amenazando con moverse del sitio. Sabía que, si tal cosa sucedía, acabaría echándome a llorar o poniéndome a hablar como una loca sobre el nuncamundo y el hecho de que él estaba muerto.

«Estás muerto, amor mío. Qué poco tiempo te queda».

Me mordí los labios y dejé que me condujera por la Quinta Avenida. Entramos apresuradamente en su edificio —«944 Fifth Avenue», rezaban las elegantes letras del toldo verde de la entrada—. El vestíbulo olía

intensamente a hortensia y rosa por el colosal arreglo floral que había sobre la mesa, imponente, en forma de asteroide. Jim saludó al portero sin grandes ceremonias.

—Hola, Murdoch.

Entramos solos en el ascensor. Jim se apoyó contra la pared recubierta de madera y me observó. Había olvidado su manera de mirar a cada persona como si fuera una obra de arte de valor incalculable.

—No estés nerviosa —me dijo.

Había vuelto a tomarme de la mano y me estaba rozando los nudillos con los labios mientras tiraba de mí, andando hacia atrás, hasta su piso. Había olvidado lo majestuoso que era. Como en un museo, los sonidos reverberaban entre esculturas de acero de aves y cuadros al óleo de rostros circunspectos, muebles de patas finas y alargadas que hacían pensar más en una gigantesca mantis religiosa que en un lugar para sentarse. Al bajar la mirada, me fijé en las rayas de mis zapatos Mary Jane y en las bolitas de mis viejas medias de lana y me sentí, una vez más, avergonzada y fuera de lugar. Mientras pasábamos al salón, deslizándonos entre el gentío, me di cuenta de que todo el mundo vestía de negro —vestidos negros, bufandas de seda blancas y negras y rojas, trajes azul marino— y supe dónde estaba.

Primer curso en Darrow. Cinco años atrás. Un fin de semana de finales de septiembre.

Jim me había invitado a ir con él a su casa con motivo del funeral de su tío abuelo Carl. Por entonces, apenas nos conocíamos.

Nos habíamos presentado hacía solo una semana.

—Jim Mason.

Estaba sentado detrás de mí en clase de inglés. Movié su silla hacia

delante; tanto, que podía notar su aliento de menta en la mejilla. Yo buscaba una rima para la canción que estaba componiendo.

—¿Qué haces? —Frunció el ceño al ver el cuaderno en el que yo garabateaba—. ¿Qué significa «Fusión en la lavandería china de Fenfang: banda sonora original»?

Incómoda, escondí el cuaderno bajo el portátil.

—Nada.

—No me ha parecido que eso fuera nada.

Carraspeé. No tenía escapatoria.

—Me invento bandas sonoras imaginarias para películas que no existen. Lo hago y punto. No me preguntes por qué.

—Ya veo —asintió sin inmutarse—. ¿Y cuándo va a ser el ingreso en el psiquiátrico? ¿La semana que viene? ¿El año próximo?

Me eché a reír. Él me tendió la mano:

—Soy Jim Mason. Un placer haberte conocido antes de que te encierren en una celda acolchada.

—Yo soy Beatrice Hartley.

Me guiñó un ojo.

—Yo también soy un poeta loco.

Sonreí. Se produjo un silencio incómodo, durante el cual Jim se limitó a apoyarse en el respaldo de su silla y observarme. Me volví a mi portátil, intentando dejar de estar tan colorada, e hice como si tecleara algo importante. Di por hecho que Jim regresaría a su pupitre y me dejaría en paz.

Sin embargo, se puso a hacer *beatbox* como si nada.

—Una chica fascinante en mi clase de inglés, su mirada penetrante me vuelve del revés; la miro sin descanso, atracción fatal, deberían declararla monumento nacional.

Toda la clase se quedó en silencio. A mi espalda, a un chico se le escapaba la risa.

Poco podía imaginar que siempre sería así, que convertirme en objeto de la atención de Jim sería como que te estalle una bomba en la cara: algo inesperado y chocante. De repente, empezaron a acercárseme un montón de chicas populares, con sus largas y onduladas melenas de sirena, que me miraban indecisas.

—¿De qué conoces a Jim Mason?

—¿Eres de Nueva York?

—¿Fuiste a Spence?

—Soy de Watch Hill. No, fui a Watch Hill East. Yo... no conozco a Jim.

Así conocí a Whitley. Ella era amiga de Jim desde que ambos habían coincidido en un exclusivo campamento de nativos americanos en la cordillera Azul.

—Jim Mason está colado por ti.

Esa fue la primera frase que me dijo.

Apreté el paso por el pasillo, aferrada a la correa de mi mochila como si fuera mi salvavidas y yo me estuviera ahogando.

—No, no lo está.

—Sí, sí lo está. —Me miró de cerca, con el ceño fruncido—. Le pareces «encantadora». Dice que eres chapada a la antigua. E inocente. Como si fueras de la década de 1940 y hubieras viajado hasta aquí con una máquina del tiempo.

—Gracias.

—Es un cumplido.

Al día siguiente, de golpe me encontré a Jim caminando a mi lado mientras me dirigía a la pista de atletismo. El corazón me dio un vuelco como un pececillo recién pescado.

—¿Creciste en una granja *amish*, ordeñando las vacas al amanecer? —me preguntó.

—Mmm... No.

—Pues lo parece.

—Vale.

—¿Quieres venir conmigo a mi casa este domingo?

Me lo preguntó como si me estuviera ofreciendo compartir su bocadillo.

Contesté que no. Ese domingo era un «domingo familiar», lo que significaba que los estudiantes de Darrow iban a casa a pasar el día o bien se apuntaban a una visita a un museo. Hacía un mes que no veía a mis padres y me habían organizado una comida con lasaña por todo lo alto. Por supuesto, en realidad le dije que no porque me aterrorizaba que Jim me hiciera caso, que pusiera sobre mí un foco abrumador que lo inundaba todo, que por un lado me cegaba y, por otro, hacía que todo el mundo me mirase.

Poco podía yo imaginar que para Jim un *no* es un *sí* que aún no ha llegado.

—¡Beatrice! —rapeaba sin ningún pudor al empezar la clase de inglés, lo que provocaba que nuestra profesora, la señora Henderson, me mirara irritada —. Realismo atroz, secreto halagüeño, me deja sin palabras y me roba el sueño. ¡Oh, Beatrice!

Me dejaba notas en la taquilla. «Dime que sí (lánzate al agua conmigo)». Grabó una canción sobre mí que circuló por todo el instituto.

—¿«El cuello de la reina»? Por-fa-vor —oí murmurar a una chica en la capilla.

—¡Di que sí! —me espetaba Jim cuando pasaba a mi lado en la entrada.

«¿Sí a qué? ¿A ser la madre de sus hijos?», preguntaba la capitana del equipo de voleibol del instituto, sarcástica, a sus amigas. Jim telefoneó a mis padres para presentarse formalmente, comentar con ellos los horarios de tren de la estación de Penn y darles su palabra de que era un caballero y de que, a su lado, yo estaría a salvo.

Semejante derroche de atención habría sido excesivo viniendo de cualquier otra persona que no fuera Jim Livingston Mason, el del cabello negro abundante y enredado, los ojos color chocolate y la sonrisa ladeada.

—Parece encantador y también algo extravagante, la verdad —dijo mi madre.

Por entonces, mi madre desconocía que Darrow era una jungla repleta de herederos de grandes fortunas y Jim, el rey de la selva.

—Es fantástico que ya estés haciendo contactos interesantes —dijo mi padre.

La visita en domingo a casa de Jim con motivo del funeral —esta misma visita precisamente— acabaría de forma desastrosa.

Cinco o seis horas más tarde yo tomaría el tren de regreso desde Nueva York antes de tiempo, sola, por razones que siempre habían sido motivo de discusión entre nosotros. Hoy en día, sigue costándome recordar qué pasó. ¿Por qué me enfadé tanto? Nunca pude separar mi timidez, mi incomodidad por sentirme dolorosamente mal vestida y torpe, de la verdad. Durante el bufé posterior al funeral, celebrado en el piso bañado en oro de algún familiar en Park Avenue, recuerdo que Jim desapareció durante tanto tiempo que no pude soportar esa tortura. Terminé por agarrar mi abrigo del perchero del vestíbulo y marcharme sigilosamente, sin decirle nada a nadie. Lloré todo el camino de vuelta al instituto. Me prometí —de forma absurda, puesto que incluso en ese momento mis sentimientos hacia él eran tan inevitables como el agua del mar entrando en un bote de remos agujereado— que ese sería el final de mi amistad con Jim Mason.

El siguiente lunes por la mañana, no obstante, durante la clase de inglés, depositó un estuche rojo de Cartier sobre el cuaderno en el que yo había estado dibujando.

—Perdóname.

Dentro del estuche había un broche en forma de abeja con un diamante incrustado.

El broche en forma de abeja.

Al pensar en cómo se había esfumado misteriosamente del cajón de los calcetines de mi habitación de la residencia, para reaparecer súbitamente tantos años después, clavándoseme en el cuello mientras estábamos tumbados en mitad de la carretera de la costa, me invadió una nueva oleada de horror. Era evidente que había sido un sabotaje, una manera infalible de librarse de mí, de hacerme pensar en Jim para lanzarme a otro compartimento del pasado. Fuera quien fuese el responsable, quería hacerme daño y destruir toda posibilidad de votar y abandonar el nuncamundo.

¿Quién de ellos habría sido?

—¿Una galleta?

Me sobresalté. Aturdida, me di cuenta de que estaba en el salón de la familia Mason, mirando por la ventana hacia Central Park, que desde esa altura parecía una maqueta arquitectónica de un parque con árboles de felpilla. Uno de los hermanos adoptivos de Jim —Niles, de unos nueve o diez años— me ofrecía unas galletas que sostenía entre el índice y el pulgar.

Tomé una.

—Gracias.

Entrecerró los ojos.

—¿Eres la nueva novia de Jim?

—No. Soy una amiga del instituto.

—Bueno, pues ten cuidado de no volverte... —El niño bizqueó y puso una divertida cara de chiflado—. Como las demás.

Me reí.

—¡Toma ya! ¿Has visto eso?

Niles se acercó a inspeccionar un gran Rothko rojo que acababa de caerse de golpe de la pared, dejando al descubierto un cuadrado oscuro que parecía recubierto de moho.

—¡Eso ha sido un *poltergeist*!

Traté de forzar una sonrisa y me aparté mientras Jim se acercaba con su madre.

—Mamá, esta es la chica de la que te he estado hablando. Beatrice Hartley.

—Hola, ¿qué tal?

La señora Mason era muy guapa y el vestido negro que llevaba le sentaba como un guante. Me alargó la mano como si fuera un regalo. Había olvidado lo distante que podía llegar a ser: el tedio en su sonrisa, el movimiento de sus pupilas por encima de mi hombro, como si a mis espaldas siempre estuviera sucediendo algo más interesante, como delfines saltando fuera del agua.

—Querida, ¿has hablado con Artie Grossman sobre el Currin?

El señor Mason se acercó. Era bajito y moreno, con el pelo en punta y la mirada tensa de todos los magnates. Tenía los dientes grandes y artificialmente blancos, lo que hacía pensar que, en caso de apagón, brillarían en la oscuridad.

—Papá —dijo Jim—, te presento a Beatrice.

El señor Mason me dedicó una sonrisa cordial y me estrechó la mano.

—Acabas de entrar en Darrow-Harker con Jimmy, ¿no es así? ¿Qué te están pareciendo todas esas tradiciones antiguas y sonrisas Kennedy?

—Bien.

—Estupendo. Estupendo. Glory, ¿has hablado con Artie?

—Lo haré enseguida —respondió la señora Mason.

Sonrió de nuevo mientras se alejaba.

—Encantada de haberte conocido —dejó caer, en tono poco convincente, por encima del hombro.

No pude evitar quedarme mirándolos, preguntándome cómo habrían reaccionado ante la muerte de Jim. ¿Qué habrían hecho estas personas tan elegantes y distinguidas? ¿Alguno de ellos habría gritado y perdido la cabeza, como hice yo, o habrían seguido adelante con su vida?

Ahora Jim estaba muerto. Se encontraba en el interior de un ataúd, bajo

una lápida que rezaba «Ahora vive eternamente», en el cementerio de Sleepy Hollow. En aquel piso soleado de paredes gruesas y suelos de mármol, esa idea resultaba inconcebible.

Jim los miró sonriente. Al parecer, había interpretado que mi mirada era de admiración.

—Se conocieron en el metro de Nueva York cuando tenían veinte años. Siguen profundamente enamorados veintiocho años después. Absolutamente inolvidable. Ven.

Volvió a tomarme de la mano. Nos deslizamos entre la multitud de gente, pasando por delante de sirvientas calladas con uniforme gris y un camarero que sostenía una bandeja de sándwiches triangulares como pañuelos de bolsillo almidonados. Salimos rápidamente del salón y pasamos por el recibidor —donde tres de sus hermanos jugaban a *wiffleball* («¡Esto es totalmente inapropiado!», les gritó Jim)—, una biblioteca con paneles de madera y una escalera para alcanzar sus millares de primeras ediciones encuadernadas en piel y un comedor con un moderno candelabro de acero que parecía una tarántula gigante. Dos años más tarde yo celebraría allí la cena de Navidad y la madre de Jim no me dirigiría la palabra en toda la velada. Su padre me llamaría Barbara.

Jim me hizo pasar por una puerta y la cerró tras de mí. Era su dormitorio, una caótica y penumbrosa leonera de estrella del *rock* con guitarras eléctricas colgadas de las paredes y partituras que cubrían todas las superficies planas disponibles con negras y silencios de blanca manuscritos decorando los pentagramas. Sintetizadores. Un estéreo McIntosh. Tres portátiles. Montones de cuadernos que regurgitaban páginas donde las letras de las canciones tomaban forma con una caligrafía pésima. *Lost Little Blue*. Una biografía de Janis Joplin. La partitura completa de *Sweeney Todd*. Un ejemplar enmarcado del programa del concierto de Bruce Springsteen en el Madison Square Garden, firmado, con las palabras «Con afecto, para Jim. Que sigas oyendo la

música. Bruce». Camisetas y calzoncillos hechos un revoltijo y pósteres enrollados inundaban las esquinas de la habitación.

Jim revolvía un estante en busca de algo.

—A ver, tengo una canción que escribí sobre una chica a la que todavía no he conocido —dijo sacando un cuaderno—. «Ella inmortal». Es sobre el amor que nunca muere, por muy lejos que estés de la persona a la que amas, incluso si os separan el tiempo o la muerte. Eso es lo que estoy buscando.

Volví a sentir el nudo en la garganta, convertido en un montón de escombros.

Se puso a recitar la letra, como haría un sinfín de veces después de ese día. Acabé conociendo muy bien esa canción. Era una de las mejores que llegó a escribir. Yo se la había cantado en un mantel de pícnic en el instituto durante la semana de exámenes. Él me la había cantado a mí algunas noches en Wincroft mientras me quedaba dormida.

Recordaba ese preciso instante. Se lo había contado a Whitley infinidad de veces, porque era como el estribillo de «La balada de Jim y Bee», una de esas historias que narras una y otra vez. Esa fue la primera ocasión en la que estuvimos a solas, nuestra primera conversación profunda. Nuestro primer beso era inminente. Estar a punto de volver a vivir todo eso me hizo sentir paralizada, fuera de control. Mientras Jim leía, trabándose de vez en cuando con alguna palabra, haciendo una pausa para rascarse la nariz, lo vi tan guapo y tan joven... Más joven de lo que yo recordaba. Levantaba el mentón y forzaba la voz de un modo curioso en ciertas palabras, como si fueran puñales que estuviera lanzando a ciegas contra una pared.

—Qué bonita —dije cuando acabó.

Jim tenía una expresión curiosa en el rostro. Dejó el libro con cuidado sobre el escritorio y se sentó junto a mí.

—Pensaba esperar antes de hacer esto, unas semanas, y ser todo un caballero y cortejarte como un príncipe de la Edad Media, pero voy a

saltarme ese plan. No soy un príncipe. Ni siquiera un caballero. Pero soy leal. Si decido estar contigo, nunca me echaré atrás. Te lo juro, Beatrice.

Me besó. En ese beso cabía el mundo entero. Todos los momentos de dolor, remordimiento y soledad que había sentido desde su muerte desaparecieron. Lo había echado mucho de menos, pero solo ahora comprendía hasta qué punto. Cuando deslizó sus manos por mi espalda, supe que iba a contárselo todo sobre el nuncamundo, el Guardián, la votación, su muerte. ¿Sería capaz de contarme por qué había muerto, si se lo preguntaba? ¿No podríamos salir corriendo de allí, meternos en un coche e irnos a pasar lo que quedaba de la vigilia a un motel de carretera donde la luz fuera dorada y la moqueta estuviera recubierta de galletitas saladas de la máquina expendedora?

Mañana podríamos hacerlo otra vez.

Y otra.

Y otra.

Ya no tendría que vivir sin él nunca más. Se lo contaría todo. Si alguien podía entenderlo, era él. Sería como antes. Antes de sus cambios de humor, su rabia, sus mentiras.

Cuando se apartó, oí un breve chasquido a nuestras espaldas. Jim se quedó muy sorprendido.

—Qué raro.

Se puso de pie y fue a ver las guitarras colgadas en la pared. Abrió los ojos estupefacto.

—Acaban de romperse todas las cuerdas. No ha quedado ni una. —Sonrió—. Debe de ser tu efecto sobre mí.

Le devolví la sonrisa débilmente.

Mi decisión de contárselo todo a Jim y huir con él del funeral como en una

película de policías y ladrones empezó a tambalearse y me abandonó por completo en cuanto Jim me tomó de la mano y me llevó de nuevo con su familia.

Estaba todo repleto de tíos, primos, mujeres con abrigo de visón negro, zapatos de tacón de aguja y tirabuzones de pelo rubio, como la decoración de azúcar de un postre de treinta y cuatro dólares. Salimos al exterior en una glamurosa procesión de riguroso luto que enfilaba Madison Avenue hasta la capilla funeraria Frank E. Campbell.

—La última vez que vine fue por Allegra de Fonso —me informó una mujer.

La ceremonia del funeral fue larga, llena de gente llorosa que citaba a Dylan Thomas y a Bob Dylan, «Let it be» de los Beatles. Una mujer con los ojos rojos que no podía parar de carraspear dio un discurso. Los niños se reían de un señor mayor sentado en primera fila que anunció demasiado alto «Huele a pipí de gato» antes de que una enfermera lo escoltara al exterior. Jim me sonrió y me apretó la mano. Me descubrí observando maravillada una fotografía del difunto: el tío abuelo Carl, inmortalizado en un póster plastificado apoyado en un caballete de latón junto al féretro. Tenía la piel roja con manchas y una distraída sonrisa amarillenta. ¿Habría ido a parar también a algún nuncamundo? Yo estaba más cerca del estado del tío abuelo Carl de lo que cualquiera de estas personas podría imaginar.

Tenía que contárselo a Jim.

No obstante, en cuanto terminó la ceremonia y la multitud se desparramó por la acera —Cadillac Escalade negros haciendo cola en fila de ocho; todo el mundo estrechándose la mano, dando el pésame en voz baja y hablando de Carl, comentando que era un «cantamañanas» y todo lo había hecho «a su manera»—, cada vez que estaba a punto de decirle a Jim que tenía que hablar con él, alguien más le daba un golpecito en el hombro, lo abrazaba y le preguntaba cómo estaba y cuándo sería el estreno de su primer musical en

Broadway. Jim era cordial y enseguida intentaba volver conmigo, pero, antes de conseguirlo, se le volvía a acercar otra persona. Cuando finalmente regresó, lo acompañaban dos chicas. Las conocía de la escuela primaria.

—Beatrice, te presento a Delphine y Luciana.

Siempre las había recordado como intimidantes y de otro mundo. Viéndolas ahora, no eran tan despampanantes como recordaba, aunque tenían una melena hasta la cintura, que se apartaban de los ojos como ponis, y una actitud de hastío que podría confundirse con estar de vuelta de todo. Jim me pasó la mano por los hombros mientras hablaba con ellas, pero al cabo de un rato de estar allí quieta escuchando anécdotas sobre Millicent, Castman y Ripper—si eran personas, un despacho de abogados o discotecas en las que era imposible entrar, no llegué a saberlo—, empecé a sentirme como un enorme y viejo sofá en forma de *L* abandonado en la acera.

Seguí sintiéndome así cuando subimos a un Escalade. Éramos un grupo grande. Jim tuvo que sentarse al fondo, al lado de Luciana. Yo me senté junto a una señora mayor vestida de tafetán rojo que apestaba a alcohol.

—Aquí estamos otra vez haciendo lo que hay que hacer —murmuró.

Nos llevaron hasta el piso de la tía abuela de Jim en Park Avenue. Jim me dejó en un sofá de dos plazas junto a un carlino de porcelana y se marchó con la misión de conseguirme un refresco de cola. Al cabo de cuarenta y cinco minutos sin que diera señales de vida, me puse de pie y deambulé entre la multitud, observando con atención los estantes y las fotografías, deslizándome por pasillos abarrotados como si supiera a dónde iba. Miré en la cocina, donde los empleados del *catering* se afanaban entre hornos y bandejas, y en un baño de cortesía donde el papel pintado parecía oro de veinticuatro quilates. Estaba reviviéndolo todo otra vez: lo desamparada que me había sentido, abandonada en un lugar que no me correspondía. Lo único que había deseado en ese momento era alejarme de toda esa gente y estar en

Watch Hill comiendo lasaña con mis padres y oyendo a mi padre hablar sobre el nuevo programa de David Attenborough para la BBC en Netflix.

Ahora, cinco años más tarde, en el nuncamundo, ya no era tan sensible, pero la ausencia de Jim seguía preocupándome. ¿Dónde se habría metido? Me había contado que se había quedado atrapado hablando con unos familiares y yo le había creído.

La pregunta me carcomía.

Miré en una habitación tras otra, buscándolo en dormitorios que parecían suites de hotel, despachos que eran como bibliotecas y una galería de mármol que hacía eco llena de antigüedades del mundo de la aviación protegidas por un cristal. Jim no estaba por ningún lado. Tampoco —y eso me inquietaba— las dos chicas. En un momento determinado, cuando abrí un armario donde no había más que rompecabezas japoneses y juegos de mesa, Edgar, el padre de Jim, que salía de un despacho, me vio y, sin duda, se dio cuenta de lo fuera de lugar que me sentía, por lo que me hizo señas para que me acercara.

—Jessica —me llamó, con una sonrisa cordial, mientras se colocaba en la muñeca lo que parecía ser un pequeño lápiz de memoria negro pegado a una pulsera de goma. Vislumbré una serie de números digitales luminosos que parpadeaban antes de que se estirara la manga de la camisa y los tapara—. ¿Te voy a buscar algo de beber?

—No, gracias, señor Mason.

—Llámame Edgar. Ven, te presentaré a mi socio, Craig, y a su hija, Greta. Greta acaba de regresar de Sri Lanka, donde ha sido neurocirujana visitante en el Hospital del Distrito de Colombo.

Obviamente, al todopoderoso Craig y su hija la neurocirujana no les apetecía darle conversación a una tímida estudiante de primer curso de instituto, así que fue cuestión de segundos que se volvieran a saludar a otra persona —«¿Bertrand? ¿Eres tú?»— y yo pudiera escabullirme.

No podía llamar a Jim. No llevaba el bolso encima y menos aún un móvil.

Podía esperarlo donde me había dejado. Al final acabaría volviendo. ¿O no?

Pasó una hora más. Con el transcurso de cada segundo, mi plan de contárselo todo y huir juntos se iba volviendo más absurdo e inalcanzable. Cuando una mujer con un enorme bolso de piel de cocodrilo chocó conmigo por tercera vez y la señora Mason pasó a mi lado con una sonrisa rígida, me vinieron de golpe a la cabeza las palabras de advertencia de Martha.

«No sabemos cómo vamos a reaccionar. El pasado te engancha como una droga. El futuro te impacta como una descarga eléctrica. Revivir los buenos recuerdos puede ser igual de demoledor que recuperar un recuerdo traumático. Es adictivo».

Quizá fue la decepción de que Jim hubiera vuelto a olvidarse de mí, la angustiante pregunta de sus mentiras sobre Vida Joshua o el hecho de saber que uno de mis amigos había intentado destruirme, pinchándome deliberadamente con el broche para enviarme a otro lugar en el tiempo, creyendo sin duda que estaría tan embelesada con Jim que nunca querría volver a separarme de él y me quedaría aquí atrapada para siempre.

Me puse en pie de un salto y me abrí paso entre la multitud. En el pasillo, descolgué mi abrigo borgoña del perchero, que se desplomó de repente. El suelo se llenó de chaquetas de visón. Tiré mi viejo abrigo y agarré las pieles más gruesas y pesadas que encontré. Al ponérmelas sobre los hombros, me envolvió una oleada de perfume. Corrí por el vestíbulo, con el corazón latiéndome con fuerza, y llamé al ascensor. El botón se rompió bajo la presión de mi dedo. Giré sobre mí misma, abrí de un empujón la puerta de las escaleras y eché a correr escaleras abajo. Las bombillas de las lámparas de techo de los descansillos saltaban hechas añicos a mi paso. Salí al vestíbulo y los porteros me miraron boquiabiertos.

¿Cómo podía haber olvidado dónde estaba y lo que tenía que hacer?

¿Acaso no quería vivir?

Salí del edificio a toda prisa. El viento soplaba con fuerza, demasiada, y el

toldo verde de la entrada ondeaba y repiqueteaba bajo el vendaval. Corrí a la acera para llamar a un taxi cuando oí la risa estridente de una chica. Me di la vuelta y vi a Jim.

Estaba encaramado a la barandilla de hierro forjado de delante del edificio de al lado. Junto a él, Delphine y Luciana. Estaban charlando con el portero y desternillándose de risa con la imitación que este hacía de alguien, probablemente Marlon Brando en *El padrino*. Se reían todos tanto que se les saltaban las lágrimas.

Me quedé allí quieta, incapaz de reaccionar, deseando que Jim levantara la vista y me viera.

Pero no lo hizo. Observando su rostro sonriente, lo comprendí todo. Lo vi tan claro como la luz del día. Ni siquiera se acordaba de mí.

Puede que nunca lo hiciera.

Tuve ganas de gritar su nombre. Ganas de gritar como las brujas vengativas de los cuentos de hadas, para provocar nubarrones en el cielo y borrarles la sonrisa de un plumazo: «¡Jim Mason, dentro de cuatro años estarás muerto!». Lo vi recostarse tan despreocupadamente, pasándole el brazo por el cuello a Luciana y hablándole al oído, que sentí que el corazón se me partía en dos.

Qué tonta había sido. Qué ciega.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me volví bruscamente y eché a correr hacia el otro lado de la calle. Estuvo a punto de atropellarme un taxi, cuyo conductor pisó el freno a fondo e hizo sonar la bocina.

Subí.

—Cielo, ¿estás bien? Pero ¿qué...? ¡Dios mío!

El taxista parpadeó, estupefacto ante la imagen que tenía ante sí. El vendaval había arrancado de la acera el toldo verde del edificio de Jim y lo había lanzado por los aires. Ahora el toldo bajaba por la Quinta Avenida, con un gran estruendo metálico y rodando a toda velocidad; luego chocó contra el

parabrisas posterior de una limusina y después se elevó rápidamente en el aire. Los palos dorados salieron volando y, entre gritos de los transeúntes, la tela verde fue subiendo hacia el cielo como un extraño monstruo levitante.

«Estoy cualquier cosa excepto bien».

Martha había propuesto que nos reuniéramos en Wincroft en caso de emergencia.

«Volved siempre a la vigilia original. Si la mantenemos como punto de encuentro, sigue existiendo la posibilidad de que podamos terminar encontrándonos a través del espacio y el tiempo. Para volver a cambiar la vigilia, regresad a la carretera de la costa, si podéis, y haced exactamente lo mismo, ¿de acuerdo? Si no podéis ir a la carretera de la costa, buscad la manera de suicidaros».

Tomé el tren de regreso a Newport. Cuando llegué eran más de las diez de la noche. Me subí a un taxi que esperaba en la estación y le pedí al conductor que me llevara a Narragansett. Era un trayecto de más de media hora y no llevaba dinero encima, pero pensé que ya se me ocurriría algo en Wincroft.

La puerta estaba abierta y, las luces exteriores, encendidas. Mientras el taxi aceleraba por el camino que conducía a la casa, vi que el conductor se incorporaba y me miraba con curiosidad por el espejo retrovisor, preguntándose si yo sería una rica heredera. Las luces de la casa estaban encendidas. Había ocho coches resplandecientes en el camino. Mientras el taxi esperaba, subí corriendo los escalones y llamé al timbre.

Cuando se abrió la puerta, me encontré cara a cara con SE Burt. No era tan inquietante como yo lo recordaba. De hecho, tenía el mismo aspecto que cualquier otro hombre rico, con un jersey de tonos pastel. Desde el comedor llegaba ruido de voces y de copas al brindar. Al parecer, había interrumpido una cena con invitados.

—¿En qué puedo ayudarte? —me preguntó.

—Estoy buscando a Whitley.

—No está aquí. Está en su internado. Darrow-Harker.

—Se suponía que hoy íbamos a cenar juntas.

Se sorprendió.

—¿Has probado a llamarla?

—No contesta.

A continuación, le conté que, por desgracia, no tenía suficiente dinero para pagar los cuarenta y ocho dólares que costaba el taxi. Parpadeando de perplejidad, Burt se sacó la cartera del bolsillo, bajó los escalones y pagó al taxista.

—Creo que volveré a mi hotel y trataré de contactar con Whitley más tarde —dije.

Asintió, desconcertado.

—¿Cómo me has dicho que te llamabas?

—Beatrice.

Burt no sabía qué hacer conmigo, una joven desgarbada con un voluminoso visón negro que la hacía parecer una orca. Me despedí de él con un gesto de la mano y empecé a bajar a pie por el camino. Me miró y después desapareció otra vez dentro de la casa, al parecer demasiado preocupado por su fiesta como para preguntarse cómo iba a ir a ningún sitio si el taxi ya se había marchado. Di un rodeo, fui a su garaje de automóviles clásicos y marqué los cuatro dígitos del código de seguridad. Afortunadamente, era el mismo de cinco años más tarde. La puerta se levantó con un crujido. Fui corriendo al tablero de llaves del fondo y descolgué el llavero del Rolls.

Conduje hacia la carretera de la costa esperando oír sirenas, pero no sonaron. El corazón empezó a latirme con fuerza. Noté que llegaba el fin de la vigilia. Al mirar la hora, descubrí sorprendida que esta vigilia se había acortado. Habían sido apenas ocho horas. Noté nuevamente la aplastante

pesadez en las piernas. Pisé a fondo el acelerador y el motor rugió. La perspectiva de terminar de nuevo en Central Park, con Jim, si no conseguía llegar a una vigilia distinta, me motivaba a conducir cada vez más rápido. Tenía las piernas entumecidas. Al tomar las curvas, el coche parecía volar bajo mis pies y las ramas de los árboles arañaban el parabrisas como una turba enfurecida. Cuando llegué a la curva pronunciada donde habíamos tenido el accidente, me metí bruscamente entre los arbustos. Me libré por los pelos de chocar contra un árbol. Salí del coche a toda prisa y me dirigí, tambaleante, al centro de la carretera. El fuerte viento me empujaba más allá de la línea amarilla.

Me tumbé de espaldas, respirando con dificultad. El cielo era de un color azul noche intenso moteado con estrellas.

No tenía ni idea de si mi plan funcionaría. ¿Seguiría ahí la ventana abierta? Intenté pensar con calma y cerré los ojos. «Veintinueve de agosto. Villa Anna Sophia. Isla de Amorgós. Grecia». Esperé a que se acercara algún coche, pero solo se oía el rugido ensordecedor del viento, el canto agudo de los grillos y el rumor distante del mar, uniforme como un metrónomo. Oí un silbido penetrante, cada vez más fuerte. Una bicicleta. La vi ante mí de repente. El ciclista quiso evitarme con una maniobra brusca, perdió el control y chocó contra unos arbustos que había junto a la carretera. Ruido metálico y gritos. El ciclista salió ileso. Tras recuperar el aliento y soltar unas cuantas palabrotas, se puso en pie tambaleándose.

Me miró. Su rostro era indistinguible en la oscuridad.

—¿Pero esto qué es? —susurró mientras levantaba la cabeza sorprendido.

Los faros del automóvil que se aproximaba lo iluminaron como una cámara de fotos con *flash*.

Se apartó de un salto mientras yo me sumía en la oscuridad.

## CAPÍTULO 20

Cuando abrí los ojos, estaba tumbada boca abajo sobre unas tablas de madera. Al instante se me llenó la vista de retazos de azul intenso. Era el océano. Levanté la cabeza y parpadeé. Llevaba unos vaqueros cortos y una camiseta rosa desteñida del Captain's Crow. Estaba tumbada en un muelle, descalza. Giré la cabeza y vi la escalera de madera blanca que zigzagueaba por la escarpada pared rocosa unos treinta metros, como mínimo.

Villa Anna Sophia. Lo había conseguido.

Aturdida de alivio, traté de ponerme en pie, pero estaba tan desorientada que tropecé y me mareé. A punto estuve de caer al agua. Contuve el aliento y me puse en pie tambaleándome.

Empecé a subir por las escaleras. A cada paso que daba, piedras y guijarros se soltaban de debajo de las tablas, rebotaban y se precipitaban al océano desde el acantilado. Seguí subiendo sin mirar abajo. Cuando llegué al final, jadeando, la casa —una imponente maravilla arquitectónica de acero y cristal— se alzaba ante mí en completo silencio. Parecía desierta. Pasé corriendo por delante de la piscina, en cuyo centro flotaba plácidamente una colchoneta inflable en forma de cisne, e intenté abrir una de las puertas de cristal. Estaba cerrada y las ventanas tenían las persianas bajadas. Estaba preguntándome si me habría equivocado de día cuando oí gritar a una mujer. Con una punzada de inquietud, corrí por el camino de piedra, pasé por delante de los olivos y llegué a la entrada principal, donde vi a Kipling delante de las enormes puertas dobles de roble, como si estuviera vigilando la casa.

Me sentí tan aliviada al verlo que me lancé a darle un abrazo.

—¡Menos mal! —susurré.

—¿Qué..? Vaya... ¿Cómo lo has hecho, chiquilla? Martha dijo que te habíamos perdido, quizá para siempre.

Me aparté. No tenía sentido contarle lo que había sucedido; al menos, no de momento. Al mirar a Kipling, aunque me doliera pensarlo, razoné que perfectamente podría haber sido él quien me había pinchado con el broche. No obstante, parecía aliviado de verme.

—Cometí un error —respondí—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Dentro. —Hizo una mueca—. Hemos atado a toda la familia y estamos intentando sacarles información. Pero no nos está yendo bien. —Se encogió de hombros, visiblemente nervioso—. Lo intentamos por las buenas. Llegamos como si tal cosa, les dijimos que estábamos de vacaciones, que éramos amigos de Jim y que queríamos saber cosas sobre su muerte, etcétera. Pero los Mason son muy escurridizos. Nos sirvieron pulpo a la parrilla y sorbete de albahaca y nos invitaron a darnos un chapuzón en la piscina. Cuando quisimos darnos cuenta, ya habían pasado cuatro horas. Nos habíamos emborrachado todos con ouzo y no habíamos tenido ninguna conversación de verdad sobre Jim. Whitley perdió la paciencia. Así que en estas últimas vigiliass se ha puesto como loca con esta gente. El numerito especial de Whitley, ya sabes, con gritos, puñetazos en la pared y platos lanzados por los aires —suspiró—. Edgar Mason tiene un servicio de seguridad veinticuatro horas al día, pero a las doce hacen el cambio de turno y son bastante vagos, así que es cuando atacamos. Tenemos a dos guardias atados al final del camino.

Fruncí el ceño.

—¿Pero cuántas vigiliass habéis pasado aquí?

—Cinco. Duran unas cinco horas cada una. ¿Y tú?

—Solo una.

A esto debía de referirse Martha con lo de la inestabilidad, los trenes yendo

en distintas direcciones a distinta velocidad, el riesgo de no estar en el mismo lugar a la misma hora para votar.

No teníamos tiempo para preocuparnos por eso. No era el momento. Kipling había abierto la puerta y me hacía señas para que entrara.

En el sofá estaban sentados el señor y la señora Mason, atados junto a sus cuatro hijos, con los ojos rojos de tanto llorar. Observaban a Whitley en silencio, horrorizados. Parecía una guerrillera, con un pañuelo atado a la cabeza, la camiseta anudada a la cintura como si fuera un top y un destello de locura en la mirada. Estaba apuntando con una pistola al señor Mason, que tenía la mitad de la cara hinchada. Me impactó ver así a la familia de Jim, cuando en la vigilia anterior estaban frescos como una rosa, yendo de un lado a otro y saludando a la gente en el funeral del tío abuelo Carl.

Al verme, Whitley puso los ojos como platos, muy sorprendida. Se acercó a mí corriendo.

—Beatrice —dijo, bajando la voz—, ¿de dónde demonios has salido?

Le ofrecí una versión resumida de lo sucedido: que había viajado accidentalmente a una fecha distinta, pero había conseguido volver a la carretera de la costa para cambiar de vigilia.

—¿Entonces estás bien?

Asentí con la cabeza.

—¿Dónde está Martha?

—Intentando entrar en el ordenador de Edgar. De momento, no ha habido suerte.

—¿Y Cannon?

—No está.

La miré.

—¿Cómo?

Negó con la cabeza, muy seria.

—No ha venido. No tenemos ni idea de dónde está. Un instante estaba ahí

y al siguiente se había esfumado.

Recordé la persona a la que había visto correr hacia el bosque. Cannon.

—¿Hola? Oh, Dios mío. ¿Eres tú?

La señora Mason, sentada en el sofá, estiró el cuello para verme mejor. Nunca la había visto tan hecha polvo. Estaba casi irreconocible. Tenía la cara roja y su melena rubia, que solía llevar impecable, se había marchitado como una planta puesta demasiado cerca de un radiador.

—¿Quién? ¿De quién hablas? —preguntó el señor Mason.

—Esa niña con la que Jim iba al instituto. Ya sabes. Esa. —Me miró—. ¿Tú estás implicada en esto? Suéltanos ahora mismo. No tenemos información sobre Jimmy.

Le quité la pistola a Whitley y encañoné a la señora Mason, que emitió un grito ahogado.

—Cuénteme lo que sabe de la muerte de Jim —dije.

Miró a su marido, aterrada, y luego volvió a mirarme a mí. Empezó a gimotear. El sonido era extraño, como el de una pelota de playa que se deshinchaba por un agujero minúsculo.

—¡Déjala en paz! —rugió Edgar de repente—. ¡Gloria no tiene nada que ver con todo esto, maldita impostora!

Apunté con el arma hacia él.

—¿Qué le pasó a Jim?

—Os lo he dicho ya un millón de veces —respondió, fuera de sí—. No sabemos nada.

—Eso es imposible.

Negó con la cabeza.

—La policía nos dijo que había sido un suicidio.

—Jim jamás habría hecho algo así. Y usted lo sabe.

—No, no lo sé.

El señor Mason miraba al suelo. Parecía que estuviera llorando.

Entonces lo recordé.

Di un paso y me coloqué tras él. Le inspeccioné las muñecas, que tenía atadas con bridas de plástico. Le levanté el puño de la camisa. El señor Mason sabía qué buscaba yo, porque enseguida empezó a retorcerse, tratando de apartar las manos.

—¡No! ¡Ni se te ocurra!

Era la pulsera de plástico negro que le había visto ponerse. Seguía llevándola cinco años más tarde, aunque esta parecía una versión aún más sofisticada, con letras digitales y signos de puntuación, además de números. No conseguí quitársela de la muñeca, así que fui a la cocina y regresé con un cuchillo.

—¡Ni se te ocurra! ¡Ni se te ocurra!

Corté la pulsera y se la quité de la muñeca.

—Ya lo has conseguido. Muy bien. Felicidades. Dale un beso de despedida a tu futuro, señorita, porque te vas a pasar el resto de tu vida en un lugar tan espantoso que suplicarás que te mandemos a la cárcel.

—No caerá esa breva —respondí.

Me volví hacia Whitley, que estaba parpadeando, estupefacta.

—¿Qué mosca te ha picado? —susurró.

—Estaré en el despacho del señor Mason —dije.

Y subí a la carrera por la escalera de caracol.

Martha se quedó anonadada al verme.

—¡Madre mía! ¿Qué te ha pasado?

—Es una larga historia. Pero estoy bien.

Entré corriendo en la torre de cristal y coloqué una silla detrás del imponente escritorio, al lado de Martha, quien, al parecer, no podía dejar de

mirarme. Por supuesto, me pregunté si habría sido ella quien me había clavado el broche. Pero no había manera de saberlo. No en ese momento.

—Estoy intentando acceder al portátil de Edgar —dijo señalando la pantalla—, pero es imposible. Te pide tres contraseñas encriptadas.

Observé la combinación cambiante de números, símbolos y letras de la pulsera. Se reiniciaba cada quince segundos. Introduje la secuencia a la vista en los tres campos de contraseña.

El ordenador se desbloqueó.

—¿Me estás tomando el pelo? —susurró Martha asombrada—. ¿Tan fácil? ¿Pero cómo...?

—Ya te lo contaré luego.

Antes de hacer clic para acceder al escritorio, tapé la webcam con cinta adhesiva. No sabía qué sucedería cuando fuera obvio que se estaba produciendo una intrusión, pero tenía claro que debíamos ir rápido. Edgar Mason tenía una interfaz de correo electrónico personalizada llamada Torchlight Command. En cuanto abrí el programa, en el ángulo superior derecho de la pantalla apareció un cronómetro que registraba mi actividad.

Lo primero que teníamos que hacer era buscar correos electrónicos de Jim.

No encontramos ni uno. Las búsquedas de los nombres de sus hermanos arrojaban infinidad de mensajes, pero no había un solo correo que tuviera a Jim como remitente o destinatario.

—Lo han borrado del correo electrónico de su padre —susurró Martha—. ¿Por qué?

—A lo mejor escribió algo comprometedor.

Martha se encogió de hombros.

En el disco duro había más de dos mil carpetas de un servidor en la nube llamado Torchlight Library. Busqué «Jim Mason» sin obtener ningún resultado. Lo que sí encontramos fue una cantidad ingente de documentos financieros, incluidas listas de misteriosas sociedades de *holding* con

nombres como Redshore Capital America o Groundview Fund y domicilio en las Islas Caimán o Panamá. Había recibos comerciales y justificantes de transferencias electrónicas de un banco de Turquía a otro de Suiza, que, en ocasiones, reflejaban cantidades en dólares tan astronómicas que parecían erratas. Si algo de todo aquello era ilegal o estaba relacionado con la muerte de Jim, la verdad quedaba sepultada bajo varias capas de nombres, números y símbolos nada fáciles de excavar.

—Quizá Edgar está cometiendo un fraude —dijo Martha—. Explotación laboral. Trabajo infantil. A lo mejor Jim lo descubrió y se pelearon.

—Si Jim hubiera descubierto algo así, se habría quedado destrozado, sin duda, pero no se habría matado.

Se encogió de hombros.

—¿Y si Edgar contrató a alguien para que liquidara a Jim?

La miré, sorprendida.

—¿A su propio hijo?

—¿Y si creía que iba a perder el gran imperio que había construido? ¿Por qué no?

De repente se irguió en la silla con el ceño fruncido y señaló las paredes de vidrio. Me di cuenta horrorizada de que todas las hojas de cristal se estaban rompiendo. A nuestro alrededor, finas grietas resquebrajaban el vidrio como arañas, bifurcándose una tras otra.

—La inestabilidad del nuncamundo —susurró Martha.

Asentí y me apresuré a volver a la bandeja de entrada. Desde luego, no quería que se preguntara qué significaba la destrucción, si todo lo estaba causando yo. Me incliné hacia delante y entrecerré los ojos ante la pantalla.

—La mayoría de los correos de Edgar son de una mujer que se llama Janet —observé, aclarándome la voz—. Es su asistente ejecutiva. Lo tienen organizado de tal modo que ella lee sus mensajes y se los resume.

—«Ha llamado Chris Endleberg, el rector de Princeton» —leyó Martha—.

«Le agradece sus gestiones en el asunto de S. O. Van a aplazar las medidas disciplinarias». Vale. Bien. ¿Qué más?

Leímos en diagonal los correos de las semanas previas a la muerte de Jim.

No había nada fuera de lo normal. Un miembro del consejo de administración daba problemas. «Patrick tiene que irse». Un agente inmobiliario quería enseñarle a Edgar una propiedad en Bedford de cuarenta y ocho millones de dólares disponible solo para clientes exclusivos. «Menuda choza, tío». Alguien de un restaurante de comida rápida solicitaba otro préstamo. «Comprendo sus reticencias, pero es un buen momento para ampliar el negocio a los platos de pollo frito congelado con nombres románticos». En los días posteriores a la muerte de Jim, había correos sobre la organización del funeral y las coronas de flores, el coro infantil de West Side, listas de asistentes y de personas que dirían unas palabras. Sorprendía la frialdad con que se hablaba de ello, como si la muerte de Jim fuera una tarea más en la bandeja de entrada de su padre. Mi nombre quedaba sepultado bajo el de trescientas personas más.

—No lo entiendo —susurró Martha, leyendo con el ceño fruncido un correo que acababa de abrir.

—¿El qué?

—«S.O. quiere cambiar de residencia de estudiantes». —Me miró—. Este es de Janet. «Necesita que llame al decano de Princeton para que hagan una excepción, ya que en primer curso no está permitido». Qué raro.

—¿Qué tiene de raro? —inquirí.

—Otro correo de Princeton. ¿Quién de la familia Mason va a Princeton?

Era una buena pregunta. Jim era el hijo mayor y sus hermanos estaban aún en primaria.

—¿Quién será S.O.? —me pregunté.

Hicimos una búsqueda de las iniciales. Apareció un mensaje más. Cuando lo abrí, la pared resquebrajada de cristal que teníamos delante se desplomó

sin previo aviso. Millones de esquirlas de vidrio resbalaron por el tejado y por el lateral de la casa. Una fuerte ráfaga de viento recorrió la habitación, haciendo revolotear las cortinas de gasa y esparciendo por todas partes los montones de papeles que cubrían el escritorio del señor Mason.

—No nos queda mucho tiempo —dije, apurada—. El sistema está a punto de desconectarse.

Martha asintió mordiéndose el labio y se acercó a examinar el mensaje.

«S.O. quiere comer con usted mañana para hacerle una propuesta comercial. He reservado a la una en el Jean-Georges».

—Prueba a buscar la palabra clave *Princeton* —me indicó Martha.

Lo hice y apareció otro correo.

«Chris Endleberg de Princeton quiere agradecerle personalmente su donativo. Lo ha invitado a cenar el 24/02. He rechazado la invitación porque ese día usted estará en Buenos Aires».

—S.O. podría ser un primo suyo —aventuré—. Tal vez Edgar le paga los estudios.

—O puede que S.O. sea su mascota de apoyo emocional y le ponga un chaleco amarillo para llevarla con él cuando viaja en avión, en tren o en coche.

Este comentario parecía un intento de hacer un chiste, aunque con Martha nunca se sabía.

—O su amigo imaginario de cuando era pequeño —dije.

—O su sexta personalidad. Puede que lleve años sufriendo de esquizofrenia en secreto.

Nos sonreímos mutuamente, aunque, como era de esperar, el momento pasó en cuanto nos dimos cuenta de lo que estaba sucediendo: ya no nos poníamos nerviosas cuando estábamos juntas.

En ese preciso instante se desplomaron otras tres paredes de vidrio y un

fuerte vendaval barrió la habitación, haciendo volar los papeles en todas direcciones.

Justo entonces, Whitley asomó la cabeza por el marco de la puerta.

—Quedan tres minutos para el fin de la vigilia... —Frunció el ceño—. ¿Pero qué...? ¿Qué está pasando aquí?

Martha se puso en pie de un salto.

—Es el nuncamundo. Tenemos que irnos. Ahora mismo.

Me explicaron su plan a toda prisa. Teníamos que regresar a Wincroft para encontrar a Cannon. Los Mason no soltaban prenda. A nosotros cinco nos convenía más volver a reunirnos que seguir interrogándolos, ya que nuestras preguntas no nos estaban dando más información sobre Jim.

—Ve al acantilado para la vigilia —me ordenó Martha críticamente antes de irse.

Yo me quedé donde estaba, buscando en el portátil de Edgar mientras el viento aullaba a mi alrededor, los papeles daban vueltas en el aire y las paredes de cristal iban cayendo una tras otra. Menos de un minuto después sonó una alarma por los altavoces del ordenador de sobremesa, el sistema se desconectó y se apagó la pantalla. Me puse en pie de un salto y eché a correr por los espacios abiertos con vistas al patio posterior. Entonces vi a Martha, Kipling y Whitley, que salían corriendo de la casa, pasaban por delante de la piscina y se dirigían al acantilado.

«Ve al acantilado para la vigilia».

Contemplé, estupefacta, cómo se colocaban los tres juntos de pie, al borde del precipicio.

Se agarraron de las manos. Y saltaron.

Cuando bajé a la planta principal, los Mason estaban aterrorizados.

Habían visto lo mismo que yo. Ahora estaban convencidos de que

estábamos locos.

Los interrogué durante una hora más. El móvil del señor Mason sonaba sin cesar. El fijo también. En el piso de arriba se oía una impresora. Sin duda, eran los de Torchlight intentando alertar al señor Mason de la intrusión informática. Apuntándole con el arma, le dije que quería saber por qué se habían peleado Jim y él poco antes de que Jim muriera.

—No sé de qué me hablas —se lamentó—. Mi hijo y yo no nos peleamos. Nunca nos peleábamos.

—¿Quién es S.O.?

—¿S.O.?

Parecía confuso.

—El que está estudiando en Princeton.

Me miró con desdén.

—Es el hijo de uno de mis colaboradores. ¿Y él qué tiene que ver con...? Realmente, tienes problemas graves, jovencita. Si te queda algún resquicio de sensatez, desátanos a todos, vuelve a tu vida de bala perdida y confía en que... mejor aún, reza para que mis abogados no decidan hacerte picadillo.

Intenté tenderle algunas trampas más al señor Mason para ver si caía en ellas. Le dije que Jim me lo había contado todo sobre el fraude que había cometido. Quería ver si se sentía incómodo o se asustaba. Como me temía, los anzuelos que lancé a ciegas provocaron poco más que miradas de extrañeza y comentarios indignados de la familia, que aseguraba que siempre me habían considerado una buena chica y que eso convertía mi participación en esta pesadilla en una decepción aún mayor para ellos.

—No se molesten en fingir —repliqué—. Nunca les he gustado. Y, por si no lo sabían, no me llamo Jessica ni Antonella ni Barbara ni Blair. Me llamo Beatrice Hartley.

Disparé al techo. Al momento aparecieron en el yeso unas grietas

diminutas que fueron extendiéndose hasta alcanzar todos los rincones y empezar a bajar por las paredes.

—Te daremos todo el dinero que quieras —gimoteó la señora Mason, mirando al techo con preocupación.

Entonces empecé a notar el final de la vigilia. Solté la pistola y me marché sin decir palabra. Los Mason se quedaron mirándome, indecisos y asustados. Al pasar corriendo por delante de la piscina, vi llegar dos coches de policía que subían por la vertiginosa pendiente del camino de acceso a la casa. Uno de los agentes sacó la cabeza por la ventana y me gritó algo en griego.

Corrí hasta el borde del acantilado.

Mientras estaba allí de pie, las piedras y la tierra empezaron a soltarse y caer, como si yo tuviera el peso de un edificio, como si pesara diez millones de toneladas. Las rocas se separaban del suelo. Salté al vacío, gritando, justo cuando el suelo desapareció bajo mis pies. Caí a toda velocidad, cabeza abajo, con el aire escapándose de mis pulmones. El cielo azul daba vueltas sobre mí. Cerré los ojos con todas mis fuerzas, tratando de controlar mi mente mientras pensaba en Wincroft el día de mi llegada, aunque casi de inmediato fue otra cosa la que se me vino a la cabeza.

Una conexión. Algo que apenas recordaba. Un pequeño detalle en un rincón del cerebro.

Lo había visto antes. Dos veces.

Traté de no pensar en ello. Hierbas con pinchos, arbustos y cipreses pasaban muy rápido junto a mí. Chillando, abrí los ojos y tuve la visión del acantilado entero a través del polvo, después la casa derrumbándose a mi espalda, una estruendosa mole de cristales rotos, acero y roca abalanzándose sobre mí mientras caíamos hacia el mar.

Demasiado tarde.

## CAPÍTULO 21

—Cielo... ¿Estás bien?

Alguien me estaba tocando el hombro.

Abrí los ojos. Levanté la cabeza de golpe y grité.

Una mujer grande, con el pelo pelirrojo y mucho maquillaje, me miraba desde arriba, visiblemente asustada. Llevaba una visera rosa decorada con un pollo de dibujos animados con un corazón en el pecho.

—Lo siento, cielo, pero no puedes dormir aquí. ¿Quieres que llame a alguien?

Miré a mi alrededor. Estaba en una mesa de madera con bancos en un abarrotado restaurante de comida rápida. Había gente comiendo pollo frito con patatas y bebiendo batidos. Las paredes estaban cubiertas de papel pintado con corazones y fotos de parejas besándose o haciendo manitas. Parpadeé al ver el mantel de papel de la bandeja que tenía delante.

«Alonso's Honey Love Fried Chicken. Pruébalo y te enamorarás».

—¿Dónde...? ¿Dónde estoy? —pregunté.

—En Newport. Puedo llamar a tu madre de tu parte, cielo. ¿O mejor a un albergue?

Negué con la cabeza y me puse en pie con cierta dificultad. Me di cuenta, medio aturdida, de que llevaba puesto mi antiguo uniforme de Darrow: blusa blanca, falda verde de cuadros escoceses, medias negras y los botines de Steve Madden negros hechos polvo que me habían acompañado durante mis cuatro años de instituto.

—De verdad. Puedo llamar a alguien.

Me llevé la mano a la cabeza, que notaba pesada, y me alejé de la mujer con paso vacilante.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué no había conseguido llegar a Wincroft? Entonces recordé el pensamiento que se había colado en mi mente mientras caía. Eran las palabras de Vida sobre el lugar a donde había llevado a Jim en coche.

«Una parte más bien cutre de la ciudad. Bazares de todo a un dólar, una tienda de mascotas. En el aparcamiento había un hombre disfrazado de pollo repartiendo globos en forma de corazón».

—¿Y para qué quería Jim ir allí? —le había preguntado Martha.

«A lo mejor le apetecía comer pollo frito y comprarse una iguana como animal de compañía. No tengo ni puñetera idea».

El pollo frito y los corazones habían vuelto a hacer aparición en el vale promocional del —por lo demás vacío— expediente de Jim.

«5 dólares de descuento en menús dobles Honey Love Fried Chicken. ¡Ideal almas gemelas!».

Además, los volvían a mencionar en un correo de la bandeja de entrada de Edgar Mason. El dueño de un restaurante había solicitado otro préstamo. «Comprendo sus reticencias, pero es un buen momento para ampliar el negocio a los platos de pollo frito congelado con nombres románticos».

Pasé por delante del cajero tambaleándome y pestañeé al ver el anuncio plastificado sobre el mostrador.

«¡NOVEDAD! Los platos de pollo ecológico de Honey Love Fried Chicken ahora disponibles en el pasillo de los congelados de su supermercado habitual. ¡Pruebe nuestro sabor original! Honey Love Mesquite».

—¿Le tomo nota, señorita?

El adolescente situado detrás de la caja registradora me estaba mirando. Con una sonrisa fugaz abrí la puerta de golpe y salí. Me apoyé en una máquina expendedora del *Newport Daily News*. Al cabo de un momento me

di cuenta de que estaba mirando a alguien que llevaba un disfraz de pollo amarillo y repartía globos en forma de corazón a los transeúntes. La vía comercial era exactamente como la había descrito Vida. Había un puñado de personas merodeando por el aparcamiento.

Me incliné para comprobar la fecha del diario.

Viernes. 14 de mayo. El año pasado.

Lo había hecho bien. A fin de cuentas, recordaba la noche que vi a Jim subirse al coche de Vida e irse con ella como si fuera ayer.

Un anciano pasó por mi lado empujando un carrito de supermercado repleto de bolsas de la compra.

—Disculpe —le dije—, ¿qué hora es?

Miró su reloj.

—Las doce y cuarenta y nueve.

Vida nos había dicho que había dejado a Jim hacia las ocho o las nueve en punto, lo que significaba que yo tenía casi ocho horas de espera por delante. Confiaba en que la vigilia durara lo suficiente, suponiendo que Jim apareciera. Era una apuesta arriesgada, aunque no descabellada del todo. Quien fuera que se hubiese llevado los documentos del expediente de Jim de la comisaría de Warwick no le había hecho mucho caso al vale promocional, pero ¿y si era una prueba? ¿Y si lo habían incluido en el expediente de Jim porque los detectives habían rastreado sus movimientos durante sus últimos días de vida y habían descubierto que había venido aquí, a este centro comercial, a este restaurante?

Seguía sintiendo la cabeza pesada. Eché a andar por la acera cubierta y pasé por delante de una licorería, un Dollar Mart y una tienda de mascotas llamada Man's Best Friend. Tenía que cambiarme de ropa. Si venía Jim, con lo pequeño que era el restaurante, me vería enseguida. Pero no tenía dinero para comprarme nada. Observé a la gente ir y venir: hombres con camisetas desteñidas que entraban apresuradamente en la licorería, mujeres con niños

pequeños, una anciana encorvada que empujaba un carrito. Cuando vi a una mujer sonriente que salía de una papelería paseando un pomerano, me acerqué a ella.

—Disculpe, señora, espero que pueda ayudarme. Necesito cambiarme de ropa...

La señora tomó su perrito en brazos con una expresión horrorizada y se subió a su coche.

Terminé entrando en todos los establecimientos del centro comercial, cruzando muy decidida las puertas de vaivén con el letrero de «Solo personal» y accediendo a almacenes, cuartos de la limpieza y zonas de descarga para ver si encontraba algún uniforme suelto. Conseguí robar un par de pantalones caquis en Man's Best Friend y llevarme una sudadera de la taquilla de una encargada en el Stop & Shop. Le pregunté a un hombre mayor que estaba sacando una tarrina de Ben & Jerry's del congelador si podía darme su gorra de béisbol. Debió de verme totalmente desesperada, o notar algo raro o sobrenatural en mí, porque me la entregó sin decir palabra y se alejó rápidamente con su carrito.

Entré a toda prisa en un restaurante chino, Fu Mao Noodle, y me cambié en el baño. Al salir me llevé un puñado de las galletas de la suerte que había junto a la caja. Me senté a comérmelas en un banco que estaba delante de la tienda de animales, mirando hacia el aparcamiento. La sensación de temor me oprimía el pecho. «Las pequeñas oportunidades son el principio de grandes empresas». «Eres el arquitecto de tu suerte». «Los grandes viajes empiezan con un solo paso». Tuve que cambiarme tres veces de banco porque, cada vez que me sentaba en uno, la madera empezaba a astillarse y agrietarse bajo mi peso. Uno de ellos llegó incluso a partirse en dos.

Cuanto más rato llevaba esperando, más temía haber tenido razón al seguir a Jim hasta aquí, más temía que apareciera. ¿Habría quedado con otra chica?

¿Qué le había preocupado tanto, qué le había dado tanta vergüenza como para no contármelo? ¿Qué temía?

A las ocho y cinco minutos un Nissan rojo destartado entró en el aparcamiento. Llevaba un cartel de «Se vende» en el parabrisas posterior. Avanzó hasta el Honey Love Fried Chicken. La puerta del copiloto se abrió y Jim se bajó del coche. Camiseta negra. Vaqueros.

Vi a Vida al volante. Jim entró en el restaurante. Ella esperó un momento, como si quisiera asegurarse de que no se echaba atrás. Después se marchó, tal como nos había contado.

Esperé un minuto. Luego eché a correr por la pasarela cubierta, haciendo caso omiso de las manchas de moho negro que recubrían todas las columnas.

Miré a través de la puerta de cristal. Jim estaba de pie, frente al mostrador, de espaldas a mí.

Entré rápida y sigilosamente y me senté en una mesa vacía junto al ventanal.

—Vuelva a llamarle —oí que decía Jim.

Parecía enfadado.

La mujer con la que hablaba (la misma que me había despertado a mí) estaba desconcertada.

—Acabo de hacerlo. Me ha dicho que saldría enseguida...

—Que lo vuelva a llamar le digo.

Asustada, levantó el teléfono y marcó.

—Dice que saldrá enseguida.

Unos segundos más tarde, un hombre hispano con un bigote espeso salió de la trastienda. Era delgado, de unos cuarenta y tantos años, el rostro amable.

—¡Jim, cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo estás?

—Tenemos que hablar.

—Estoy a punto de tener una videoconferencia. ¿Por qué no vuelves

después de cerrar?

—Vamos a hablar ahora.

Sorprendido, el hombre hizo señas a Jim para que le siguiera. Me puse de pie y vi cómo desaparecían tras la puerta de la trastienda. Esperé un minuto y fui tras ellos, haciendo una pausa hasta oír que se cerraba otra puerta antes de entrar a toda prisa. Tenía la cocina delante. Más allá había lo que parecía ser una oficina. La puerta estaba cerrada, pero parecía bastante fina y, al acercarme, vi que las voces se distinguían con facilidad.

—TE LO VOY A PREGUNTAR UNA VEZ MÁS. ¿QUIÉN ES ESTELLA ORNATO?

—¿De qué me estás hablando?

—¡ESTELLA ORNATO!

—Es... bueno, sí, es mi hija...

—¿Y QUÉ MÁS?

—¿Cómo?

—Cuatro años. Murió el año pasado. ¿Te refresca eso la memoria?

—Jim, por favor, no hagamos esto aquí...

—NO LEVANTES EL TELÉFONO O TE JURO QUE...

—Jim...

—¿ALGUIEN VA A CONTARME LA VERDAD DE UNA VEZ?

—¿Quién te lo ha contado? ¿De dónde sale todo esto?

—Tu hermano me escribió una carta. ESTELLA NO MURIÓ EN UN ACCIDENTE DE COCHE...

—Jim. Jim. A ver, escúchame...

Las voces bajaron de volumen. De repente, algo grande chocó contra la puerta.

—DIME LA VERDAD O TE JURO POR DIOS QUE...

—Disculpe —dijo una mujer—, no está usted autorizada a estar aquí.

Me volví. Era la mujer pelirroja. Estaba indignada, con los brazos en jarras.

—Tengo una entrevista con su jefe —le solté.

Me miró entrecerrando los ojos, perpleja. Un segundo golpe ensordecedor que llegó del interior del despacho fue lo suficientemente alarmante para que se olvidara de mí y regresara a toda prisa a la cocina, con los ojos como platos, para decirle algo al adolescente de detrás de la caja.

—¿ESTO LO HA PAGADO MI PADRE? ¿Y ESTO? ¿Y ESTO?

Se oyó un grito agudo y después un gemido. Alarmada, abrí la puerta de un empujón, entré y vi cómo Jim le lanzaba una bolsa de palos de golf al señor Ornato, agazapado en el suelo en posición fetal. Jim empezó a darle patadas en el estómago.

—Jim —le llamé.

Se volvió sobresaltado. La mujer pelirroja entró en la oficina y pasó por mi lado.

—Dios mío. Señor Ornato, ¿está usted bien? Voy a llamar a la policía.

—No, no, no pasa nada. —Respirando entrecortadamente, se incorporó. Tenía la cara sudorosa y los pelos de punta—. No hace falta. Ha sido un malentendido. Volvamos al trabajo.

Jim se secó la cara en el hueco del codo y miró la habitación destrozada, como si no la viera bien.

Después empezó a sollozar. Me acerqué a él y lo abracé.

—Vámonos de aquí —le susurré al oído.

Nos sentamos en el bordillo delante de Fu Mao Noodle. Vimos los coches circular a toda velocidad mientras se hacía de noche, el cielo volverse azul y negro, los semáforos pasar del rojo al verde y luego al ámbar. Vimos pajarillos negros posarse en los cables de teléfono y luego irse volando, oímos el sonido tintineante de las ruedas de los carritos de la compra. Vimos pasar la vida cotidiana: máquinas expendedoras que despachaban refrescos,

reponedores que salían a fumarse un cigarrillo, coches que llegaban, coches que se iban.

Esto era lo que yo veía mientras Jim me lo contaba todo.

Lo escuché en estado de shock. Todo encajaba: la obsesión de su padre por la seguridad, el distanciamiento y mal humor de Jim, su decisión de no contárselo a nadie, ni siquiera a mí. Si me hubiera contado la verdad antes, ¿lo habría cambiado todo? ¿Seguiría vivo?

Estaba todo relacionado con su accidente náutico. Jim y un amigo suyo habían salido a dar una vuelta en una lancha motora en Mecox Bay y habían chocado con un pescador que iba en un esquife. Cuando Jim se despertó en el hospital, su familia y la policía le contaron lo sucedido —todo corroborado por artículos en el *East Hampton Star*. Nadie más se había hecho daño, solo Jim.

El pescador resultó ser ni más ni menos que Alonso Ornato, el propietario de Honey Love Fried Chicken. Pero eso no era todo. En el momento del accidente, en el barco de Alonso iba también su hija pequeña, Estella, de cuatro años. La niña había muerto como consecuencia del impacto.

Lo sucedido debería haber supuesto que Jim fuera acusado de homicidio imprudente, lo que significaba, tratándose de un menor con los contactos de su padre, que, como mucho, teniendo en cuenta que había bebido, lo habrían enviado a un centro de menores unos meses, puede que incluso unas semanas, y después habría quedado en libertad condicional.

Pero a los Mason no les pareció suficiente.

Decidieron que el incidente nunca debería haber tenido lugar, así que optaron por borrarlo de la historia y reescribir el pasado. Llegaron a un acuerdo con Alonso Ornato. Ellos se ocuparían de él y su familia durante el resto de su vida —asignaciones mensuales, casas y coches nuevos, carreras en universidades de élite para sus otros hijos, préstamos infinitos para su

negocio— a cambio de ocultar que Estella iba en el barco ese día. Fingirían que había muerto en un accidente de tráfico.

El señor y la señora Mason lo organizaron todo con la ayuda de Torchlight. Ellos estamparon el coche de Alonso contra un árbol, infligiendo hábilmente el tipo de daño que evitaría que la policía hiciera preguntas.

—Limpiar la encimera de la cocina —dijo Jim—, retirar todas las señales de podredumbre, fumigar los malos olores que llegan desde el sótano. Todo por mí, para que no sintiera vergüenza, para que no sufriera. Para que pudiera seguir con mi vida «sin culpa», como si fuera un refresco sin azúcar. Para que pudiera andar sin hacer ruido hacia mi brillante futuro. —Miró al pavimento con rostro inexpresivo—. No se dan cuenta de que me han destrozado.

Le toqué el brazo.

—No es cierto. Aún puedes hacer algo.

«¿Qué mentirosa eres», susurró una voz en mi cabeza. «¿Qué puede hacer ahora? Está muerto».

—¿Qué voy a hacer, Bee? No me lo quito de la cabeza. Por eso estoy tan mal, por eso no puedo escribir ni una nota que valga la pena. Nunca volveré a acercarme a un instrumento. Su veneno se me ha metido dentro. —Se golpeó la sien una y otra vez con tanta fuerza que me asusté. Le agarré la mano para que parara—. Me han matado, ¿no lo ves?

—Deberías hablar con un periódico. Denunciarlos a la policía.

Se rio con amargura.

—Claro. Los denuncio. Eso lo resolverá todo. Mi familia, destrozada. Mis hermanos, con sus padres en la cárcel. El mundo entero nos odiaría. Nos convertiríamos en la viva imagen de la maldad. Todo para aplacar mi sentimiento de culpa. ¿De qué serviría? Esa niña no dejará de estar muerta. Eso es lo peor. No hay nada que yo pueda hacer. Le he dado vueltas una y otra vez.

Se echó a llorar de nuevo, con la cabeza entre las manos.

Me quedé mirando el aparcamiento con una extraña sensación de desolación y calma. Jim tenía razón. Incluso si estuviera vivo y este momento fuera real, ¿qué podría hacer él? ¿Crear una fundación en memoria de Estella? ¿Escribir un musical sobre la tragedia? Lo espantoso era que lo que habían hecho los Mason era como un gas tóxico que lo impregnaba todo.

Nos quedamos mirando al frente en silencio, agarrados de la mano. Era como si los dos nos hubiéramos quitado las gafas y ahora viéramos por primera vez que el mundo nunca había sido tan bonito como siempre habíamos creído. Era una imagen perdida, que nunca iba a volver.

—Por lo menos te tengo a ti, Beatrice —dijo Jim, apretándome la mano—. Eres mi salvación.

«En realidad no me tienes. Ni siquiera estoy viva. Tú tampoco lo estás. Somos fantasmas. Somos aire. Somos aproximaciones».

Volví a sentir un doloroso nudo en la garganta. Tenía ganas de llorar, por él, por mí. Las piernas empezaban a pesarme. Era la vigilia. No sabía cuánto tiempo me quedaba. Parecía que ahora iba más rápido. Sentía la cabeza como si se me estuviera derritiendo.

Jim me observaba con el ceño fruncido. Quizá se estaba preguntando cómo había sabido que estaba aquí. Entonces me di cuenta de que se había fijado en las manchas de humedad que recubrían el bordillo agrietado en el que estábamos sentados, así como en la calzada, que se astillaba silenciosamente bajo nuestros pies.

Me puse en pie, tambaleante, y lo miré desde arriba. Había una última cosa que necesitaba saber.

—Tú nunca, por culpa de esto, harías ninguna tontería, ¿verdad?

Me miró extrañado.

—No acabarías con tu vida, ¿verdad?

—¿Te refieres a suicidarme? —Parecía ofendido—. No.

—Tengo que irme.

Me di la vuelta y eché a correr, aunque cuando Jim se puso a gritar mi nombre y preguntarme a dónde iba, volví la cabeza y, riéndome como una loca, grité:

—Te quiero, Jim Mason. Siempre te he querido.

Salí del aparcamiento corriendo y me lancé a la carretera, que era de seis carriles. Varios vehículos tocaron la bocina. En uno de los coches que pasaban, una mujer bajó la ventanilla y empezó a gritar:

—¡Sal de aquí! ¿Qué haces aquí en medio? ¡Sal!

Oía que Jim me llamaba, pero me puse delante de un camión hormigonera y cerré los ojos.

«30 de agosto. Wincroft. 18:12 h».

—¿Beatrice? ¡Bee! ¡Beatrice!

## CAPÍTULO 22

**M**artha, Kip y Whitley me esperaban en la biblioteca.

No había ni rastro de Cannon.

—¡Lo has conseguido, Bee! —dijo Whitley mientras me abrazaba.

—¿Qué pasó después de que nos fuéramos? —preguntó Kipling.

No le contesté, sino que pasé de largo de ellos y me fui directa a uno de los dormitorios del piso superior. Minutos más tarde, al volver a la planta baja tras confirmar mis sospechas —había encontrado lo que estaba buscando—, les conté dónde había estado. Les hablé de cómo había establecido una conexión entre el hombre disfrazado de pollo que repartía globos en forma de corazón, mencionado por Vida; el vale promocional de Honey Love Fried Chicken que se habían dejado en el expediente de Jim y el correo electrónico en la bandeja de entrada de Edgar Mason.

Les hablé de Estella Ornato.

Nadie dijo nada en un buen rato. Whitley encendió su portátil y buscó el nombre en Google. Después nos leyó en voz alta la única información disponible sobre la muerte de Estella, un breve de cuatro líneas en el *South Shore Sentinel*.

—«Las autoridades han hecho público el nombre de una niña de cuatro años fallecida el miércoles por la noche en un accidente de tráfico en Water Mill» —leyó.

—En cuanto a S.O. —le dije a Martha—, creo que es el hijo de Alonso Ornato.

Como no podía ser de otra manera, una búsqueda de los términos *Ornato* y

*Princeton* nos llevó a la página de Facebook de Sebastian Ornato, que estaba a punto de empezar segundo curso. En su perfil había una fotografía en la que aparecía sentado en la biblioteca Firestone con una sudadera de Princeton, sonriendo y haciendo un signo de la paz ridículo.

—El pobre debe de creerse que entró en Princeton por sus propios méritos.

—No doy crédito —dijo Whitley, solemne—. Sabía que la familia de Jim era capaz de cualquier cosa, pero ¿borrar la existencia de una persona? ¿Diseñar una nueva muerte que fuera más elegante y aceptable para todos los implicados? ¿Y salirse con la suya?

—Eso demuestra que Jim se suicidó, ¿no? —aventuró Kipling, tomando aire—. Seguramente se sintió muy solo. Perdido. Así que fue en bici hasta Vulcan Quarry y saltó.

—No lo creo —dije yo.

Me miraron sorprendidos. Les conté lo que Jim me había dicho en el aparcamiento.

—Pues si no fue un suicidio —dijo Whitley—, ¿qué pasó?

Rebusqué en mi bolsillo. Saqué el broche en forma de abeja y lo puse encima de la mesita auxiliar.

Kip abrió mucho los ojos.

—¿Qué es eso, chiquilla?

—El regalo que me hizo Jim en primer curso.

—Ah, es verdad —dijo Whitley.

—¿No te lo habían robado? —preguntó Martha.

Asentí con la cabeza.

—Acabo de encontrarlo en el piso de arriba. En el joyero de Whitley.

Whitley me miró y se puso pálida.

—Me lo robaste. Sé que fuiste tú. Fue uno de tus tristemente célebres robos. ¿No es así?

—Bee, lo siento muchísimo...

—Nunca te paras a pensar. No tienes ni idea del dolor que causan tus bromitas. Ser amiga tuya hace daño. Siempre ha sido así. Pero, con todo, te quiero.

Haciendo caso omiso de la expresión atónita de Wit, pasé a contarles cómo me habían pinchado en el cuello con el broche pocos instantes antes de la vigilia, lo cual me había enviado directa al pasado al hacerme recordar a Jim.

—No fui yo, Bee —aseguró Whitley—. Te lo juro.

—Lo sé. Fue Cannon.

Todos me miraron fijamente.

—Él sabía que lo tenías tú, así que te lo robó del joyero la primera noche que cambiamos la vigilia. Quería sacarme de en medio y enviaros al resto a un estado de limbo perpetuo. No quiere que descubramos qué le pasó a Jim. No quiere salir del nuncamundo.

—¿Crees que tuvo algo que ver con la muerte de Jim? —preguntó Martha.

—Aún no lo sé.

—Lo que dice Bee tiene sentido —intervino Kipling con expresión vacilante—. Cannon sabe que, si algo va mal, el punto de encuentro es aquí. Así que, ¿dónde demonios se ha metido?

—Está escondido en el pasado o el futuro —dije—. En realidad, solo hay una manera de llegar al fondo de este asunto.

Nadie dijo nada durante un minuto. Sin duda, todos estábamos pensando lo mismo.

—No —dijo Martha, negando con la cabeza—. No. Ni hablar, Bee. No.

—No es tan peligroso como crees —repliqué.

—Sí, sí lo es.

—Yo ya lo he hecho. He retrocedido aún más, cinco años, por accidente. Lo increíble del pasado es que nunca coincides contigo mismo. No hay dobles. Si llegas allí, tú yo del pasado hace mutis por el foro para darte paso.

Martha parecía furiosa.

—¿Cuánto duran ahora tus vigiliass?

Me encogí de hombros.

—Las nuestras solo duran cuatro horas. —Negó con la cabeza—. Se están volviendo más y más cortas. Y cada vez es peor. Cada vez que viajamos al pasado o al futuro, la posibilidad de conseguir un voto unánime se vuelve más remota. ¿Es que no lo entiendes?

Me espetó esta última frase con tanta rabia —los ojos se le salían de las órbitas, las gafas se le torcían en la punta de la nariz— que no pude hacer más que quedarme mirándola estupefacta. A los otros les pasó lo mismo.

Calló de repente, aparentemente avergonzada de su arrebató. Kipling se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Cuánto dura tu vigilia ahora?

—Unas seis horas, creo.

—Tiempo suficiente para intentarlo, ¿no?

Martha no dijo nada. Miraba al suelo con expresión sombría.

—Si llegamos a Vulcanation a la una de la madrugada —dije—, incluso si vuestra vigilia dura solo cuatro horas, o tres, estoy casi segura de que tendremos tiempo suficiente de ver qué le pasó a Jim.

Con cierto vértigo, recordé su último mensaje de texto. Enviado a las 23:29 horas.

«Voy a la cantera. Ven conmigo».

Ellos aún no sabían nada de los mensajes de Jim. Y yo no iba a contárselo.

—Hagámoslo —dijo Whitley.

Mientras los demás hablábamos de la logística del cambio de vigilia, Martha se quedó en silencio, tirada sobre los cojines del sofá, con una expresión en el rostro en la que se mezclaban el resentimiento y la desesperación. Al parecer, mi propuesta de que nos aventuráramos de una vez por todas a ir a Vulcan Quarry contrariaba su plan maestro. Le había hecho

perder el control del grupo. Sin embargo, se me escapaba qué era lo que tanto la preocupaba y qué significaba eso para la votación. Solo podía imaginarlo.

## CAPÍTULO 23

Cuando me desperté, tenía ante mí un cielo nocturno sereno cubierto de estrellas y en mis oídos sonaba el chirrido ensordecedor de los grillos. Estaba tumbada sobre la hierba, cuyas abundantes hojas largas y puntiagudas se me clavaban en los brazos descubiertos. Llevaba el uniforme de Darrow. Levanté la cabeza y me di cuenta, aliviada, de que estaba fuera de la cantera, aunque el alivio dio paso a un miedo asfixiante casi de inmediato.

La valla metálica oxidada estaba a pocos metros. Miré el reloj.

Eran las 1:02 horas de la madrugada.

Me puse en pie torpemente, mareada, y miré alrededor.

No había ni rastro de nadie.

Anduve a tientas a lo largo de la valla, apartando a puntapiés la hierba y los tallos sarmentosos de las zarzas, cortantes como alambre de espino. Al mirar adelante, vi el herrumbroso letrero amarillo: «Prohibido el paso». Por allí cerca estaba el agujero que siempre habíamos utilizado. Me agaché y me abrí paso entre las malas hierbas, avanzando a tientas. Encontré el agujero y lo atravesé a gatas.

A lo lejos, suspendida en el aire, se veía la Torre del Capataz. Sentí un escalofrío y traté de ignorar las arcadas que me subían por la garganta. La vieja torre de madera parecía una estación espacial abandonada en la oscuridad.

—¡Bee! —susurró una voz a mis espaldas.

Me volví de golpe. Whitley me saludaba con la mano desde el otro lado de la valla. Kipling estaba detrás de ella, aunque apenas se le veía la cabeza en

medio del océano de vegetación. Les indiqué dónde estaba la abertura y, en cuestión de segundos, los tuve a mi lado.

—¿Dónde está Martha? —pregunté.

—Desaparecida —respondió Kipling mientras se ponía en pie.

—¿Cómo?

—Se ha largado.

—Hace un instante estaba ahí —dijo Whitley negando con la cabeza— y al siguiente se había esfumado.

—Ya no quería venir —recordó Kipling—. Así que no ha venido.

Nos miramos, inquietos. ¿Dónde habría ido? ¿Estaría escondiéndose en el pasado o el futuro, como Cannon, temerosa de lo que estábamos a punto de descubrir?

Teníamos muchas preguntas, pero no tiempo para darles respuesta. No en ese momento.

—Necesitamos un escondite —susurré—. Está la tubería de hormigón entre la hierba, cerca de la entrada a los pozos. Podríamos ir allí.

Whitley frunció el ceño.

—¿Y la vieja oficina de topografía que hay junto a la carretera?

Negué con la cabeza.

—Demasiado a la vista. Jim podría vernos. Entonces interferiríamos con el pasado y no podríamos descubrir qué sucedió en realidad.

—Pues a la tubería de cemento —dijo Kipling con una sonrisa críptica.

Nos pusimos en marcha, abriéndonos camino entre la maleza para llegar a la carretera de la cantera. Poco quedaba de ella, aparte de pedazos de roca y grava, y allí la hierba solo nos llegaba hasta las rodillas. Al bajar por el camino, al cabo de un minuto me di cuenta de que Kipling se había quedado muy atrás y tenía una extraña expresión desolada en el rostro. Cuando vio que le estaba esperando, me miró y simuló una sonrisa.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Claro que sí, chiquilla. De fábula. No pasa todos los días que vayas a ver cómo matan a uno de tus amigos.

Le pasé el brazo por los hombros para tranquilizarlo y lo estreché contra mí mientras seguíamos adelante fatigosamente, abriéndonos paso entre los helechos. El lamento de los grillos era tan ensordecedor que parecía que me estuvieran afilando un millón de cuchillos en los oídos. Aun así, una pregunta parpadeaba con fuerza en mi mente: «¿Cómo sabía que a Jim lo habían matado?». Se le había escapado sin pensar.

Como si lo supiera de buena tinta.

Mientras seguíamos andando, Kipling parecía no ser consciente de haberse delatado, lo que me hizo dudar de si realmente había sido así. ¿Sabía algo? ¿O solo estaba expresando sus sospechas de que esa noche alguien había ido a matar a Jim?

En cuestión de minutos llegamos al centro de Vulcanation, donde la vieja carretera de la cantera formaba una *U* alargada que pasaba por delante de la oficina de topografía, las construcciones externas y la Torre del Capataz. La torre se mantenía en alto, apoyada sobre cuatro inmensos pilares de acero reforzados con vigas entrecruzadas. La escalera de madera subía por el centro como la espina dorsal de un anciano con artritis. Había varias edificaciones salpicando la carretera —alojamientos para los mineros, poco más que carcomidos montones de troncos de pino— y una grúa desplomada que recordaba los restos de una gran ballena azul.

Los tres hicimos una pausa para mirar a nuestro alrededor con aprensión. La vegetación estaba totalmente descuidada y asilvestrada, más aún de lo que yo recordaba. El ritmo al que chirriaban los grillos empezó a acelerarse, como si fuera al compás de la propia noche, aterrada, con el alma en vilo.

No parecía que hubiera nadie.

Ni Jim ni nadie más.

De repente, me invadió la náusea y vomité en el suelo.

—Pobre Bee —dijo Whitley mientras me apartaba el pelo pegado a la mejilla—. Quizá deberíamos olvidar todo esto y regresar.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien.

Ignorando su mirada de preocupación, la adelanté y me adentré en la maleza. Tardamos unos minutos en localizar la tubería de cemento, de unos nueve metros de largo, situada a escasos pasos del límite de la cantera. Cuando me acerqué al precipicio, tuve miedo de que el suelo empezara a desmoronarse bajo mis pies, pero aguantó. Me quedé mirando, con el corazón en un puño por la impresión de ver cuán abruptamente el suelo daba paso a la nada más absoluta.

Era un descenso de noventa metros, el cráter extendiéndose como un estadio de rock, un inmenso cielo salpicado de estrellas y, mucho más abajo, el lago, cuyas aguas oscuras relucían a la luz de la luna.

—Santa Bee —susurró Kip poniéndose a mi lado—, tengo la extraña sensación de que la muerte debe de ser algo así.

Su voz, escalofriantemente monótona, me asustó. Me pregunté si estaría a punto de darme un empujón.

—Debe de ser como ir cayendo, pero más y más, sin pararte nunca. ¿Entiendes?

Me miraba con una sonrisa tímida. Tragué saliva; a duras penas podía respirar.

—Mirad —dijo Whitley.

Al darme la vuelta, vi que estaba apoyada en la tubería y señalaba algo. En lo alto, en el cubículo de madera de la Torre del Capataz, se veía una minúscula luz verde en una ventana. Era la lámpara de aceite que algún estudiante había llevado allí, a escondidas, años atrás.

Ninguno de nosotros dijo nada. La conclusión era obvia: alguien había estado ahí arriba. O estaba ahí arriba ahora mismo.

—Voy a ver quién es —dijo Whitley.

—No —respondí.

—¿Por qué no? Quiero saber si es Jim...

—Te verá. Si interfieres, no sabremos qué sucedió.

—Entonces déjame ir a ver si encuentro su bicicleta.

—No lo hagas.

La agarré del brazo.

—Bee, ¿qué te...? ¡Para ya!

Se soltó de un tirón. Estaba a punto de ponerse en marcha cuando, de golpe, el sonido de alguien a varios metros de distancia, abriéndose camino entre los matorrales, la hizo detenerse en seco.

Observamos, inmóviles, subir y bajar la parte superior de una cabeza oscura en nuestra dirección.

Era Jim. Una oleada de terror me dejó sin respiración.

La vegetación tembló y se estremeció. Entonces apareció Martha.

La miramos boquiabiertos. Ya no llevaba el pelo de color azul eléctrico. Volvía a ser la de siempre, de los tiempos de Darrow, con el pelo oscuro recogido en una coleta despreocupada y una camisa Oxford ancha.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Kipling.

—Creíamos que nos habías dejado tirados —dijo Wit.

—Sí, lo siento. —Se recolocó las gafas—. Por alguna razón, creo que porque estaba pensando en el mapa de toda la cantera antes del cambio de vigilia, no me he despertado en la valla sur como vosotros, sino en la del lado este, detrás de Pancake House. He tenido que recorrer el kilómetro y medio de distancia por la carretera para llegar hasta aquí. —Respiró hondo—. ¿Habéis visto algo?

—Solo esa luz —dijo Whitley mientras señalaba la Torre del Capataz.

Martha levantó la vista. No parecía sorprendida.

—¿Has visto algo mientras venías por la carretera? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

Entonces me di cuenta de que estaba empapada en sudor. La camisa se le pegaba al cuerpo y, el pelo, a la frente. Andando por la carretera de la cantera no habría terminado tan extenuada. Mentía.

Al darse cuenta de cómo la miraba, sonrió tímidamente y pasó por mi lado en dirección a la tubería mientras se secaba la frente.

—¿Y ahora qué? —susurró.

—Ahora toca esperar —respondí acercándome a ella.

El coche llegó a la una y treinta minutos.

Lo oímos llegar antes de verlo. Un tapacubos suelto. La radio a todo volumen. Los cuatro nos quedamos en silencio, de pie junto a la tubería con nuestros hombros tocándose. La luz dorada de los faros barría la hierba. Entonces dobló lentamente por la carretera de la cantera un Nissan rojo, que rebotó e hizo un ruido metálico sobre el suelo irregular antes de detenerse justo al lado de la Torre del Capataz. No podía ver quién conducía, aunque sí distinguí un letrero de «Se vende» en el parabrisas posterior.

—¿Vida Joshua? —susurró Whitley incrédula.

El motor quedó al ralentí. Polillas blancas revoloteaban junto a los faros. Se apagó la radio. Hubo un momento de silencio. Entonces se abrió la puerta del conductor y bajó una persona.

Cuando vi quién era, sentí unos escalofríos como descargas eléctricas.

Cannon.

Llevaba unos vaqueros y su vieja sudadera gris con capucha de *hacker*. Se abrió paso entre la maleza y desapareció en el interior de la vieja oficina de topografía, un cobertizo en ruinas con tejado de zinc. Un minuto más tarde volvió a salir, muy nervioso. Subió al coche de nuevo, le envió un mensaje a alguien y esperó una respuesta cruzando y descruzando los brazos. Mientras

lo miraba, me pregunté cómo podía ser que Cannon hubiera terminado conduciendo el coche de Vida Joshua, un automóvil que solía estar aparcado detrás de la escuela de música cuando Vida no lo utilizaba. Entonces recordé que él y Whitley siempre robaban cosas por todo el campus. Había hurtado el coche para conducir hasta allí y encontrarse con alguien.

—¿Hola? —gritó Cannon—. ¿Hay alguien ahí?

Nadie respondió.

Fue hasta el morro del coche y se sentó sobre el capó, observando los faros meditativo. Al cabo de diez minutos, estaba furioso. Miró a su alrededor con expresión de contrariedad y después, dándose por vencido, volvió a sentarse tras el volante. Cerró de un portazo y puso *heavy metal* en la radio a todo trapo. Trató de arrancar, pero las ruedas estaban atrapadas entre la maleza; los neumáticos giraban sobre sí mismos. Dio marcha atrás y el coche retrocedió de un salto apenas un metro o dos. Pisó el acelerador y el coche volvió a retroceder, con un rugido, y chocó con algo. Cannon hizo avanzar el coche unos centímetros y volvió a dar marcha atrás. El vehículo dio una sacudida, aplastó lo que fuera que hubiera en su camino, pasó por encima de un salto y se caló.

Cannon bajó del coche y se agachó a ver qué había debajo de los neumáticos.

Se puso de pie enseguida. Luego volvió a agacharse. Después, otra vez en pie.

Se agachó por tercera vez.

—No. No. No. No. ¡No!

Cannon echó la cabeza atrás y empezó a aullar.

—No. No. No.

Desconcertada, miré a Martha, Kipling y Whitley, que observaban la escena en silencio a mi lado. Parecían tan sorprendidos como yo.

Murmurando algo, Cannon se agachó una vez más. Parecía que estuviera

intentando sacar lo que fuera que hubiera atropellado de debajo de las ruedas del coche. Durante unos minutos, solo vimos agitarse la vegetación.

Cuando volvió a incorporarse, emitía un sonido extraño, como si estuviera llorando. Entonces vi lo que llevaba en la mano.

Una gorra de *tweed*. Era de Jim.

«No. Esto no puede estar pasando».

Cannon volvía a estar al volante del coche. Tras varios intentos, logró dar marcha atrás y cambiar de sentido haciendo maniobra. Aparentemente, estaba a punto de marcharse, pero debió de pensárselo mejor, ya que detuvo el coche en seco y volvió a bajar.

Se quedó totalmente inmóvil por un momento, como si estuviera en trance.

Después se acercó a lo que había sacado de debajo de las ruedas; lo que ahora sí logré ver, presa de la incredulidad y el horror, al subirme encima de la tubería para tener mejor perspectiva, no era un tronco. Era Jim, mi Jim, tendido de lado. Tenía los vaqueros manchados de sangre. Cannon sostenía la cabeza de Jim en su regazo e, inclinándose sobre él, le susurraba algo. Después volvió a ponerse en pie y llamó por teléfono.

—Llámame. Necesito que vengas. Necesito que me ayudes. Ahora. Por favor, llámame. Por favor. Por favor.

Lo repitió una y otra vez, su voz convertida en un agudo lamento. Presenciarlo era espantoso. La determinación con la que actuaba Cannon, su facilidad para resolver problemas, su tenacidad imperturbable —todo aquello que para mí lo definía como las olas definen el océano o las nubes el cielo— había desaparecido. Era otra persona.

—Te necesito. Te necesito ahora. Ven, por favor. Por favor.

La persona a la que estaba llamando no contestó. Cannon volvió a acomodarse en el asiento del conductor y se quedó sentado en la más absoluta oscuridad. El motor estaba en marcha y la radio encendida.

Quince minutos más tarde, cuando al fin salió, tenía un plan. Volvía a ser

el de siempre, el que resolvía los problemas. Agarró a Jim por los tobillos y empezó a arrastrarlo con brutalidad por la hierba, soltando palabrotas, cuando Jim perdió un zapato, llorando de incredulidad y desesperación para luego secarse la cara en el hueco del codo y seguir adelante.

Llegó al borde la cantera. Estaba a varios metros del lugar desde donde lo observábamos.

Arrojó a Jim a la cantera sin ni siquiera rezar una oración, sin vacilar.

Se oyó el zumbido amortiguado del cuerpo al caer, al chocar contra las rocas, y luego nada; el ruido apagado del impacto en el agua quedó eclipsado por el chirrido de los grillos.

Cannon se quedó mirándolo, inmóvil. Las sombras demacraban su rostro inexpresivo.

Me pregunté si estaría planteándose lanzarse tras Jim, terminar con todo allí mismo y en ese preciso instante.

Sin embargo, se volvió con una mirada vacía, se subió al coche y se marchó.

Por un momento, ninguno de nosotros reaccionó.

Yo estaba de pie sobre la tubería, en la oscuridad. El corazón me latía con fuerza y sentía como si la cabeza me fuera a estallar. Me di cuenta demasiado tarde de que el cemento se estaba agrietando bajo mis pies. De repente, la tubería cedió con gran estrépito. Martha y los demás saltaron a la hierba, pero yo caí a plomo sobre el montón de escombros.

Wit me ayudó a ponerme en pie, jadeando.

—¿Qué diantres ha sido eso? ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza. Salí de entre los escombros y me sacudí la ropa.

Nos quedamos callados, formando un corro y mirándonos conmovidos.

—¿Pero a quién ha llamado Cannon? —susurró Wit al fin con indignación

contenida—. Porque a mí no. Yo no sabía nada de todo esto.

—A Kipling —dijo Martha.

Nos volvimos hacia Kip. Nos devolvió la mirada incómodo, avergonzado, sin saber qué hacer con las manos.

—Así es —susurró—. El diablo me llamó y yo respondí.

Lo dijo sin dejar traslucir ninguna emoción intensa, apenas un cierto alivio, y recordé con un escalofrío la mirada que había interceptado entre Kip y Cannon en la biblioteca de Wincroft cuando confesaron cómo Kipling había conseguido salir adelante en Darrow. No estaban pensando en cómo le había ayudado Cannon, ni en las trampas con los exámenes. Lo que tenían en mente era esa noche y el secreto que compartían.

—Yo le ayudé a arrojar el cuerpo de Jim a la cantera —dijo Kipling.

Nos quedamos mirándole.

—¿Cómo es posible? —preguntó Whitley—. No te hemos visto.

—*El recodo*, capítulo treinta y nueve —intervino Martha—. Nunca coincides contigo mismo en el pasado ni en el futuro.

Kipling asintió.

—Tenía que venir. Tenía que verlo. Necesitaba saber de una vez por todas si había sido idea mía o de Cannon, lo de arrojar a Jim al lago. ¿Sucedería lo mismo si yo no participaba? Necesitaba saber cuál de los dos era el malo y cuál era el todavía peor.

—¿Te contó Cannon por qué había venido aquí? —preguntó Martha mordiéndose el labio.

—Sí.

—¿Qué te dijo?

Kipling sonrió con timidez.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Kipling señaló a Whitley con la cabeza. Ella lo miró lívida. Por un

momento, creí que estaba a punto de ponerse a chillar, de dejarse llevar por uno de sus ataques de furia. Sin embargo, suspiró.

—Cannon era mi mejor cliente —dijo.

—¿De qué estás hablando? —susurré.

—Adderall. El Conejo Blanco satisfacía su insaciable demanda. Se las tomaba como si fueran caramelos. Sigue haciéndolo.

—¿Y mientras estuvo en el instituto nunca supo que el Conejo Blanco eras tú? —preguntó Martha.

Wit negó con la cabeza.

—No hasta que os lo dijo Vida. Me daba miedo contárselo.

Volví a pensar en la reacción de Cannon al saber que Wit era el Conejo Blanco. Se había puesto hecho una furia. Ahora entendía por qué. Whitley había conocido su secreto desde el principio, pero nunca le había contado el suyo a él.

—A ver, que yo lo entienda —dijo Martha—. La noche que Jim murió, Cannon llamó al Conejo Blanco para hacerle un pedido de Adderall y tú lo enviaste aquí.

Whitley asintió con la cabeza, muy seria.

—¿Por qué aquí?

Wit negó con la cabeza.

—Jim me había descubierto hacía unas semanas. Me vigilaba constantemente, me decía que tenía que dejarlo. Me daba miedo hacer una entrega en el campus. Así que me pareció que este sería el lugar perfecto. Bien lejos. Le envié un mensaje a Cannon y le dije que encontraría el pedido en un escritorio de la oficina de topografía. Pero no conseguí llegar aquí a tiempo. Se me hizo tarde hablando con la señora Lapinetti sobre mi examen final de italiano. Corrí hasta la cantera e hice la entrega, pero Cannon no volvió a contactar conmigo esa noche.

—¿A qué hora viniste aquí? —preguntó Martha.

—Eran las tres de la madrugada. No vi nada ni a nadie, os lo juro por Dios.

—Seguramente acababan de irse. —Martha miró su reloj—. Cuando Jim apareció muerto en la cantera, debiste de sospechar de Cannon. Al fin y al cabo, sabías que él había venido aquí.

Wit asintió con la cabeza.

—Pero yo sabía que él jamás le haría daño a Jim.

Martha se dio la vuelta y levantó la vista hacia la Torre del Capataz.

—Así que ahora la única pregunta es...

Se quedó en silencio y se mordisqueó una uña.

—¿Cuál? —quiso saber Kipling.

—¿Cómo es que Jim apareció de repente debajo del coche?

Martha giró sobre sus talones, decidida.

—Venid —ordenó.

Haciéndonos gestos para que la siguiéramos, desapareció entre la maleza.

## CAPÍTULO 24

Cuando alcanzamos a Martha, estaba agachada bajo la Torre del Capataz. Al levantar la vista, me quedé atónita al observar que la escalera por la que subíamos había desaparecido. Me di cuenta entonces de que lo que quedaba de ella estaba desparramado por el suelo.

—Increíble.

Martha emitió un grito ahogado, como si acabara de darse cuenta de algo. Después se puso de pie y negó con la cabeza.

—Realmente, es una sucesión de hechos de lo más inverosímil.

—¿Qué? —preguntó Kipling.

—Mami Greer tenía razón.

—¿En qué?

—Lo del cúmulo de mala suerte.

Martha hizo rodar uno de los pedazos de madera por debajo de su zapatilla de deporte. Después levantó la vista hacia el descansillo suspendido muy por encima de nuestras cabezas.

—Pobre Jim.

Me miró, y al instante sentí escalofríos subiéndome por los brazos. ¿Qué pretendía? ¿Qué intentaba hacer? Estaba todo muy oscuro, pero los ojos le brillaban detrás de las gafas, vivos y despiertos.

—Sucedió justo aquí —dijo—. Después de que Beatrice le pidiera explicaciones por haberle mentado la noche que se fue con Vida, Jim se quedó hecho polvo. Además, estaba destrozado por lo de Estella Ornato. Su vida perfecta se había desmoronado, así que vino a refugiarse aquí, como

hacía a menudo, para estar solo y componer. Empezó a subir a la Torre del Capataz, pero la escalera cedió. Consiguió agarrarse a algunos travesaños, tratando de salvar su vida, pero no soportaron su peso.

Martha se agachó a inspeccionar un trozo de madera y nos mostró su parte inferior, que estaba totalmente podrida.

—Cayó. La altura era considerable, cinco o seis pisos, una caída que habría matado a la mayoría de la gente. Pero Jim sobrevivió.

—¿Cómo? —susurré.

—Había bebido. Es la razón por la que los conductores borrachos sobreviven en caso de accidente. Los borrachos no se ponen tensos en caso de impacto, sino que se relajan. Eso les salva la vida. Estuvo inconsciente una hora. Quizá dos. Después se despertó. —Entrecerrando los ojos, Martha miró hacia la carretera de la cantera—. Debió de oír el coche, o tal vez vio las luces. O quizá solo intentaba llegar hasta su bici.

Martha corrió al otro lado de la carretera y arrastró la bicicleta de Jim hasta sacarla de la maleza. La depositó a nuestros pies con la elegancia de un mago que saca un conejo de la chistera.

—Se arrastró de aquí hasta aquí. —Señaló en dirección a la carretera—. Eso son dos o tres metros. Estaba intentando pedir ayuda. En ese momento, Cannon ya había vuelto a sentarse al volante del coche. Si Jim lo llamó, su voz debió de quedar silenciada por los grillos, el ruido del motor, la radio. Nosotros no hemos oído nada, ni hemos visto gran cosa en la oscuridad. A Cannon le pasó lo mismo. Creyendo que el Conejo Blanco le había dado plantón, quiso regresar al instituto y devolver el coche antes de que Moses volviera a la entrada tras su reunión de Alcohólicos Anónimos. Frustrado, da marcha atrás con el coche y atropella a Jim. Se da cuenta de lo que ha sucedido y pierde la cabeza. Llama a Kipling, que está en deuda con él. Kipling llega y, entre los dos, deciden que la única salida que tienen ante este

giro inimaginable de los acontecimientos es arrojar a Jim a la cantera y rezar para que la policía crea que ha sido un suicidio.

Kipling asintió.

—Confiamos en que la policía no vería la diferencia entre las lesiones causadas por un atropello o por una caída desde una altura de noventa metros.

—Probablemente la policía habría seguido investigando —dijo Martha— de no haber sido por los Mason. Estaban asustados por si salía a la luz todo el tema de Estella Ornato. No sabían qué podría haber contado Jim. Tal como se había puesto, probablemente sus padres ni siquiera estaban del todo seguros de que Jim no se hubiera suicidado al saber lo que habían hecho. Lo que él había hecho. Así que guardaron silencio. Y es probable que presionaran de algún modo a esa pequeña comisaría. Cualquier otra prueba que hubieran conseguido reunir —la visita de Jim al Honey Love Fried Chicken, la información de Vida de que el Conejo Blanco se llamaba Shrieks, los registros telefónicos— dejaron de investigarla.

—Los Mason confiscaron el contenido del expediente de Jim, no lo olvidéis —dijo Kipling.

—Exacto.

—Pero aquí hay sangre —susurró Whitley. Estaba iluminando con su móvil la zona donde había estado aparcado el Nissan—. A la policía no debería de haberle costado mucho observar que aquí había pasado algo gordo.

—Lo limpiamos —dijo Kipling—. Vi la sangre y nos pasamos una hora cortando la hierba manchada. La metí en mi mochila y después, en la residencia, la fui tirando por el retrete.

—Ahí lo tienes —dijo Martha—. Un cúmulo de mala suerte.

No había nada más que decir ni podíamos hacer otra cosa que reflexionar sobre la extraña historia que Martha acababa de relatarnos como una profesora ilustrando a sus alumnos sobre una nueva ley de la gravedad.

Durante un rato, solo tuve conciencia de mi respiración superficial, la orquesta de grillos y la noche, respirando y viviendo en torno a nosotros.

Jamás había imaginado que la verdad fuera esa.

—Es todo rarísimo —susurró Whitley, temblorosa, cruzando los brazos—. Si te paras a pensarlo, a Jim lo matamos entre todos. Yo mandé a Cannon aquí. Cannon atropelló a Jim con el coche. Y Kipling le ayudó a ocultarlo todo. Somos todos culpables, ¿no es así? Todos menos Martha y Beatrice. Vosotras sois buenas.

—No es verdad —respondí, con los ojos llenos de lágrimas y un nudo en la garganta.

—Es hora de irnos.

Esto lo dijo Martha, frunciendo el ceño pensativamente, mientras miraba hacia arriba. Desconcertados, nos quedamos quietos. Entonces nos empujó y, al levantar la vista, me di cuenta, anonadada, de que sin querer debía de haberme acercado demasiado a uno de los pilares de acero que sostenían la torre, porque la construcción entera estaba tambaleándose. La madera crujía y se astillaba.

De repente, con un estruendoso aullido de metal y cristales, la torre entera se desplomó y una lluvia de clavos oxidados, tornillos y vigas de madera cayó sobre nosotros, que echamos a correr por la carretera. Me arrojé contra la maleza, luchando contra las hojas que me golpeaban y azotaban el rostro. Me agaché y me tapé la cabeza mientras la enorme estructura se derrumbaba a mi alrededor con un rugido. Oí a Kipling y Whitley gritar a mis espaldas. Me sentí lanzada hacia delante.

Cuando abrí los ojos, estaba tumbada boca abajo y la inmensa presión del final de la vigilia me oprimía las piernas. Conseguí darme la vuelta y quedar boca arriba, mirando al cielo.

Oí voces y después vi a Martha y los demás inclinándose sobre mí.

—Se le está acabando la vigilia —dijo Martha—. No nos queda mucho

tiempo. Tenemos que encontrar a Cannon.

—Creo que sé dónde está —dijo Whitley con rostro grave.

Cuando nos dijo la ubicación, nos quedamos todos callados. De todos los lugares posibles en el espacio y el tiempo, ese parecía el más escalofriante e inalcanzable.

—No —dijo Martha—. Ni hablar. Es demasiado arriesgado para Bee. — Me ayudó a ponerme en pie y me llevó hacia el borde de la cantera—. Deberíamos volver a Wincroft.

—Necesitamos a Cannon para la votación —dije—. Yo iré. Daré con él y lo llevaré de vuelta.

Martha estaba visiblemente angustiada, pero no había tiempo para discusiones. Noté que la vigilia me subía hacia el cuello. Sabía lo que tenía que hacer. Miré hacia la cantera y el lago, tan abajo.

Era el mismo viaje que había emprendido Jim. Mi Jim.

—Nos vemos —susurré.

Me observaban atemorizados, pero ni tenía tiempo de hablar con ellos ni nada de lo que pudiera decirles iba a tranquilizarlos. Les estreché la mano uno a uno.

Luego salté.

## CAPÍTULO 25

Cuando abrí los ojos, estaba sumergida en agua helada.

Un líquido azul lechoso flotaba ante mis ojos. Moví las piernas, aunque a duras penas las notaba. No sabía en qué dirección llegaría a la superficie. Con un intenso dolor en los pulmones, soplé para hacer burbujas y observé, sin fuerzas, cómo flotaban en dirección opuesta a aquella en la que pensaba desplazarme. Me impulsé con las piernas para ir tras las burbujas y me adentré en una oscuridad turbia. El agua era cada vez más fría. Peces sombríos nadaban en círculos a mi alrededor, rozándome las puntas de los dedos de las manos y los pies con su piel fría y gelatinosa.

Tenía ganas de gritar.

Volví a impulsarme con las piernas. Súbitamente, abrí una brecha en la superficie del lago y tomé una bocanada de aire gélido.

Miré a mi alrededor. Una densa niebla blanca, nacarada y cristalina, lo invadía todo. La fina capa de hielo que cubría la superficie del lago se hacía astillas junto a mis hombros. Nadé en círculos como un perrito, buscando a tientas algo a lo que agarrarme, pero no encontré nada. Era imposible ver más allá de un palmo de distancia. Los blancos troncos de árboles secos emergían del agua en torno a mí y ascendían en dirección al cielo blanquecino hasta desaparecer de mi vista.

Era el lugar al que Whitley nos había dicho que fuéramos. El Blue Pond, la Jaula de Cannon, a las tres y treinta y tres minutos de la tarde del día de su cumpleaños del año pasado. Era el lugar real donde se tomó la foto que aparecía en el error del sistema operativo de Apple que Cannon había

descubierto en su segundo curso en Darrow. Era un paisaje onírico de neblina que parecía de tiza y finos troncos de alerces del Japón y abedules llorones que emergían directamente de un lago azul helado.

No había nada más.

—¿Cannon?

Mi voz, ronca y temblorosa, se aventuró apenas unos metros por delante de mí antes de darse por vencida. Tenía las piernas tan congeladas que parecía que no las llevara pegadas al cuerpo. El frío se me clavaba en la espalda como un cuchillo.

—¡Cannon!

El motor de una embarcación rugió a mis espaldas. Sobresaltada, me volví y vi la proa descascarillada de un esquife atronando entre la niebla y dirigiéndose directamente hacia mí. Vislumbré unas letras azules descoloridas —*Little Bird*— y a Cannon encorvado sobre el motor, su rostro con barba ruborizado, el pelo largo y apelmazado. La embarcación me golpeó en la cabeza y un dolor lacerante me estalló en el cráneo. El agua silenció mi grito de horror cuando me vi arrastrada hacia el fondo.

Todo se volvió negro. Cuando abrí de nuevo los ojos, estaba sumergida en agua helada.

El silencio era absoluto.

El agua azul me nublaba la vista. Veía flotar a mi alrededor distintos tipos de detritos: algas, fragmentos de caparzones, barro. Peces oscuros y alargados de mandíbulas salientes y ojos saltones iban a la deriva. Parecían muertos, pero toqué uno y salió disparado hacia la oscuridad.

No sentía dolor, aparte del de los pulmones. Soplé para formar burbujas y me impulsé con las piernas para ir tras ellas. En cuestión de segundos había atravesado la superficie del lago y estaba tomando aire.

El escenario era exactamente el mismo: el Blue Pond, la Jaula de Cannon.

Oí el carraspeo de un motor. Me di la vuelta de un salto y vi el esquife

dirigiéndose hacia mí.

Volví a meterme debajo del agua, impulsándome frenéticamente con las piernas entre la explosión de burbujas mientras el barco pasaba a pocos centímetros de mi cabeza. Sentí un intenso dolor en el pie izquierdo: el aspa de la hélice me lo había cortado. Cuando saqué la cabeza del agua, Cannon había dado media vuelta con la embarcación y se dirigía nuevamente hacia mí.

Volví a sumergirme y nadé varios metros en dirección contraria antes de subir a la superficie a por más aire.

—Cannon, por favor, espera un minuto...

—No deberías haber venido aquí, Beatrice.

—Tenemos que hablar.

—No hay nada que decir.

—¿Y sobre Jim?

Al oír ese nombre puso mala cara y apagó el motor.

—Cannon, por favor, solo quiero hablar contigo.

Le tendí la mano.

Se inclinó fuera del bote, sonriendo con reparo. Me tendió la mano para ayudarme a subir. Cuando me agarré a ella, no obstante, tomó un remo y me golpeó en la sien. Perdí la visión.

Chillé. Noté mi cuerpo desperdigándose, cayéndose a pedazos, agua fría en la boca, un remo en la espalda empujándome dentro del agua.

Por más que luchara, ese remo seguía sobre mis hombros, impidiéndome sacar la cabeza.

Cannon me estaba ahogando.

Ya no podía razonar con él.

El nuncamundo lo había hecho enloquecer.

Cuando abrí de nuevo los ojos, estaba sumergida en agua helada.

El silencio era ensordecedor.

Con un aguijonazo de pánico, comprendí con absoluta claridad lo que sucedía: estaba reviviendo la misma vigilia una y otra vez. Cannon me mataba y yo me moría hasta que volvía a despertarme al iniciarse la nueva vigilia. ¿Cuánto duraba? ¿Una hora? ¿Unos minutos?

A duras penas podía pensar. El miedo me provocaba náuseas. Debía mantener la calma. Intenté hacer caso omiso del dolor en los pulmones y seguí nadando. Al mirar hacia la superficie vi el fondo de la embarcación de Cannon entre grandes trozos de hielo. Estaba escondido entre los árboles, aguardando. Seguí avanzando bajo el agua a mayor profundidad, ignorando los peces oscuros de piel descamada que nadaban con rapidez entre mis piernas. Cuando ya no pude seguir conteniendo la respiración, nadé hasta la superficie. Traté de no hacer ningún ruido al tomar aire.

La embarcación estaba a varios metros de distancia. Cannon no me veía. De pie en el esquife, miraba a su alrededor.

—¡Beatrice! —me llamó. Su voz sonaba tranquila, incluso cordial—. ¿Estás ahí?

Metí de nuevo la cabeza en el agua y me alejé. El líquido era cada vez más turbio y oscuro. De las raíces podridas de los árboles, amarillentas y enmarañadas bajo el agua, emanaba algo que parecía hollín. Ya no notaba las manos ni los pies. Mis pensamientos eran confusos y delirantes. Al pasar por delante de los restos de un esquife hundido, con las palabras *Little Bird* apenas visibles, sentí la fuerza de la resaca. Traté de resistirme, pero la corriente era demasiado poderosa. Cuando reconocí el zumbido profundo y estrepitoso de una cascada ya era tarde; me precipité al vacío. El agua me salpicaba como el chorro a presión de una manguera. Las rocas me golpeaban la cabeza y me arañaban las manos; las ramas me rascaban el rostro. Árboles blancos. Cielo azul. Todo daba vueltas a mi alrededor. Esperaba el momento

de chocar contra el suelo y sumirme en la más absoluta oscuridad, pero el fin no llegaba.

Caí y caí durante un rato que se me hizo interminable, mientras sentía cada centímetro de mi cuerpo cada vez más frío y rígido.

Entonces choqué contra una roca. La vida me abandonó como la luz de una bombilla al apagarse un interruptor.

Cuando abrí de nuevo los ojos, estaba sumergida en agua helada.

¿Cuántas veces había estado aquí antes? ¿Cuatro veces? ¿Cuatro millones?

Los peces se arremolinaban en torno a mí como pensamientos asesinos. Nadé hacia ellos y se dispersaron.

Floté bajo el agua, a cierta profundidad, hasta que vi el barco de Cannon. El agua era cada vez más fría y en su superficie se estaba formando una fina capa de hielo, cuyo grosor iba en aumento a cada minuto. Vi a Cannon buscándome. Agarré un trozo de madera que iba a la deriva y nadé hasta justo debajo del casco de la embarcación, al que me aferré con fuerza. Salí a respirar a la superficie a través de un agujero en el hielo. Me arranqué la camiseta rosa y dejé que flotara a la deriva. Cuando llegó al otro lado de la embarcación, Cannon, creyendo al verla que se trataba de mí, se inclinó por la borda para agarrarla. Aproveché ese momento para salir a la superficie y atizarle con la madera en la espalda con todas mis fuerzas. Gritó sorprendido. La violencia del golpe lo impulsó hacia delante, perdió el equilibrio y cayó al agua con una voltereta. Subí al barco y estuve a punto de volcarlo. Tiré de la cuerda para poner en marcha el motor. Le solté las manos a Cannon de la borda del esquife y me alejé con un giro brusco.

—¡Beatrice! —gritó, haciéndome señas con las manos—. ¡Vuelve!

Le ignoré. Su vieja sudadera gris con capucha y una manta de franela roja estaban plegadas junto a un termo. Me puse la sudadera y me envolví en la manta. Abrí el termo y bebí. Era té. Estaba tan caliente que me quemé la lengua.

Seguí avanzando sin ver a dónde iba. El campo de visión que permitía la niebla era de apenas unos centímetros. Agua azul, madera a la deriva, troncos de árbol ennegrecidos —aparecían de golpe, embestían la embarcación por los lados y hacían que se calara el motor—. Al cabo de un rato oí el estruendo ensordecedor de la cascada y la voz de Cannon a lo lejos. Estaba llorando.

—Me estoy congelando. Voy a morir aquí. Ayúdame, Beatrice.

No estaba muy segura de cuánto había avanzado cuando vi un largo mechón de pelo rubio y rizado bajo la capa de hielo, que tenía ya unos siete u ocho centímetros de grosor, como mínimo. Rompí el hielo con el remo y vi, horrorizada, que lo que flotaba debajo era Whitley. Estaba semiinconsciente. A pocos metros, atrapados bajo el hielo, distinguí a Martha y a Kipling.

De uno en uno, los fui subiendo al barco. Estaban desfallecidos, la cabeza ladeada. Los llevé a popa. Les quité las botas, los vaqueros y la camiseta. Los tapé con la manta para que entraran en calor y les hice beber té.

No tardaron en empezar a reaccionar.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Martha.

Se lo conté. Me dijo que quería ver a Cannon, así que di media vuelta con el barco y maniobré entre los árboles hasta dar con él. Estaba aferrado a un tronco y tenía la barba recubierta de escarcha.

Estaba muerto. Tenía los labios amoratados. Se había quitado toda la ropa.

—Debe de llevar años aquí, para que el pelo le haya crecido tanto —susurró Martha, tocándole un mechón congelado. Se volvió hacia mí—. Tenemos que quedarnos en esta vigilia, pero la próxima vez asegúrate de que siga con vida. Todo depende de ti, Bee. Nosotros no llegamos a tiempo. Así que hazte con el control del barco, mantén a Cannon a raya, pero que siga con vida hasta que llegemos los demás. Así podremos votar.

«Cannon ya no es él mismo. ¿Cómo va a votar?».

Quería hacerle esta pregunta, pero la embarcación dio súbitamente un salto

hacia atrás y justo entonces me di cuenta de que la corriente nos arrastraba hacia la cascada.

Agarré el remo, tratando de resistir. Martha agarró el otro. Whitley intentó aferrarse a los troncos por cuyo lado pasábamos para detener la embarcación. Kipling se quedó mirando la niebla fijamente, petrificado. Fue inútil, por supuesto. En menos de un minuto, el esquife se mecía a merced de la fuerza de la cascada y el agua nos golpeaba al caer. Pasamos a toda velocidad por delante de las rocas, rebotamos en los árboles y volcamos en dirección a la nada. Lo último que vi fue a Whitley acercándose a mí para tomarme de la mano mientras el barco desaparecía bajo nuestros pies y caíamos todos juntos.

La votación. La votación. *La votación.*

¿Cuánto duraba todo? Hacerme con el control del esquife. Rescatar a Cannon. Atarlo de pies y manos. Sacar a mis amigos del agua helada.

Repetí el proceso una y otra vez, aterida de frío, procurando no ahogarme.

Probé una táctica distinta cada vez. Puede que Cannon se hubiera vuelto loco, pero sabía lo que yo pretendía. Era un rival extraño y aterrador, despiadado en ciertas ocasiones, infantil en otras. Era la peor persona del mundo a la que tener que capturar con vida, porque lo conocía de antes. Había ocasiones en las que volvía a ser el mismo de siempre, divertido, amable y sensible, y aseguraba que quería ayudarme y hacer cuanto estuviera en su mano para mejorar la situación. Sin embargo, invariablemente, se arrancaba el personaje de encima como si fuera un disfraz de Halloween y dejaba al descubierto a una persona poseída por la rabia y el resentimiento. Comprendí entonces que Cannon siempre había vivido teniendo en mente su futura gloria, que cada instante de su vida cotidiana y todas sus buenas

acciones se debían a que esperaba que algún día, en el futuro, por fin sería alguien. Ahora que ya no tenía futuro, no sabía cómo existir.

Gritaba sus agravios a la niebla.

—Vaya timo. Menuda estafa. Primero la pesadilla de lo de Jim y ahora esto. ¿Es una tomadura de pelo o qué? Se supone que las cosas no funcionan así. ¡Se supone que tengo que hacerme viejo! ¡Vivir setenta años más! Nunca he dejado huella. Es como si ni siquiera hubiera pasado por aquí. ¿He estado aquí? ¿Por lo menos he estado aquí, Beatrice? ¡Beatrice! ¿Dónde estás?

A veces, cuando Cannon me ponía las cosas muy difíciles, no llegaba a tiempo a rescatar a los demás. Cuando daba con ellos, estaban todos muertos salvo Martha. La hallaba siempre semiinconsciente, delirando y repitiendo una y otra vez las mismas palabras:

«Eres tú».

Transcurrido cierto tiempo, tenía un mapa de todo el lago en la cabeza, como los ciegos que memorizan hasta el último centímetro de su vecindario. Sabía dónde se alzaba cada árbol, dónde se asentaba cada roca, dónde caía el agua sobre la piedra y, tras salpicar en forma de fuegos artificiales, fluía después hacia el olvido.

La posibilidad de votar estaba cada vez más cerca. Cada vez tardaba menos en reducir a Cannon, tanto por su cansancio y resignación crecientes como por mi rapidez y determinación. Lo ataba de pies y manos con unos tallos de enredadera amarillos que arrancaba del fondo del lago, lo subía a la embarcación y lo dejaba, taciturno, en proa. Y cada vez tardaba menos en reanimar a los demás.

El resto de mi vigilia duraba once minutos. Once minutos desde que entraban todos en calor bajo la manta hasta que hacía encallar el barco entre los árboles para evitar que cayéramos por la cascada. Once minutos para votar.

—Yo no voy a votar —decía siempre Cannon.

—Sí, sí que lo harás —replicaba Whitley.

—No.

—Pues entonces te ahogarás aquí.

Se reía. Yo ya me había acostumbrado a sus risotadas de desequilibrado, pero a los demás seguía dándoles miedo.

—¿Ahogarme? ¿Te crees que a mí me da miedo ahogarme? Para mí, ahogarme es como saludar con un apretón de manos. Es como decir «Buenos días» o «¿Quiere un huevo frito para acompañar las tortitas?» o «Bienvenido a la ferretería, ¿quiere que le ayudemos a escoger un cortacésped?».

—Para, por favor —susurró Whitley mientras intentaba no echarse a llorar. La votación. La votación. *La votación.*

No teníamos lápiz ni papel. Yo arrancaba un trozo de madera astillada de las tablas del fondo del esquife y lo usábamos para escribir la inicial de la persona a la que hubiéramos escogido en la palma de nuestra mano.

Con el tiempo, empezaron a suceder cosas extrañas en esos once minutos. Los árboles muertos se desplomaban y chocaban contra el agua, generando olas muy altas que inundaban la barca. La niebla fue disipándose y dio paso a un cielo gris con nubes que giraban como una poción mágica en el caldero de una bruja. Enjambres de insectos rojos como los que había dibujado Martha revoloteaban a nuestro alrededor como minúsculas gotas de lluvia, con un zumbido agudo, chocaban contra la frente o las orejas de cada uno de nosotros, se nos enredaban en el pelo y nos hacían chillar. Apareció también una única mosca, enorme, que zumbaba a nuestro alrededor. Todos sabíamos que era Pete, el amigo imaginario que vivía en el interior del ordenador de Cannon cuando era pequeño, como él nos había contado. El pelo y las pestañas se nos cubrían de escarcha. Tronaba y nevaba y granizaba. En el undécimo minuto, el propio esquife empezaba a desintegrarse bajo nuestros pies y el agua azul se filtraba entre la madera, que se oscurecía y reblandecía hasta convertirse en cieno.

Comprendí lo que estaba sucediendo, aunque no dije nada. Nadie lo hizo. Era la decisión, la lenta consolidación de un solo nombre. Era la muerte de nuestros sueños, de nuestra juventud, de nuestras posibilidades. En el nuncamundo, siempre había habido esperanza, por muy aterradoras que se volvieran las cosas.

Ahora también eso estaba desapareciendo.

Cannon hacía caso omiso de nuestros ruegos para que votara. Permanecía echado, apoyado en un lado de la embarcación, mirando al infinito. Cantaba «Just Like Heaven» de The Cure en un susurro apenas audible y repetía las palabras «*You, soft and lonely*» una y otra vez.

Hasta que, una vigilia, le arrancó la madera de las manos a Kipling y, haciendo rechinar los dientes de frustración, también él se escribió algo en la mano. Lo hizo con furia; cuando volvió a dejarse caer, exhausto, con la mirada perdida, le goteaba sangre entre los dedos.

Entonces Whitley se incorporó y señaló la niebla.

Era el Guardián. En una barca, remando hacia nosotros. Vestía traje oscuro y corbata. Maniobró para acercarse. A pesar del granizo, de las sacudidas y los choques de su barco contra el nuestro y del salpicar del agua, estaba sorprendentemente seco.

—¡Enhorabuena! —gritó. Su voz apenas se oía entre el retumbar de los truenos—. Hay consenso.

—¿Qué? —exclamó Whitley.

El Guardián se limitó a sonreír mientras se agarraba a los lados de la embarcación para no caer al agua.

Se aclaró la garganta y se recolocó la corbata, aunque casi de inmediato el viento volvió a echársela al hombro.

—La vida no os pertenece. Es como un piso alquilado. Amad sin miedo, porque el amor es como un avión que te transporta a nuevos territorios. El silencio puede albergar un universo y un grito puede contener el túnel que te

conduce a la paz. Dormid bien por las noches. Reíd siempre que podáis. Tenéis más magia de lo que creéis. Seguid los consejos de los ancianos y de los niños. Nada es tan determinante como creéis, pero no por ello es menos esencial. La vida sigue y sigue. Buscad las migas de pan.

Creo que lo escuchábamos solo a medias. Estábamos todos estupefactos.

—Ha sido un placer.

Nos saludó con una inclinación de cabeza.

Y, sin más, volvió a tomar los remos y se marchó.

El cambio fue instantáneo. El agua se calmó. Amainó la tormenta. El rugido de la cascada disminuyó hasta convertirse en un susurro. Un sol radiante y cálido iluminó el cielo azul. De hecho, el paisaje se convirtió tan rápido en un lago tranquilo y sereno de aguas centelleantes que el recuerdo de todo lo padecido las últimas doce vigias (¿o doce millones?) resultaba tan difuso como un sueño del que solo te acuerdas a medias.

Empezó a hacer calor. Whitley y Kip se quedaron en ropa interior y, entre vivas y gritos de alegría, se lanzaron al agua haciendo la bomba como si fueran sus últimas horas en un campamento de verano. Cannon, con aspecto apagado, se tiró de cabeza por la borda. Aunque me puse en pie, alarmada, y lo llamé, se limitó a alejarse un poco, flotando de espaldas con los ojos cerrados. Parecía muy cansado. Parecía que quisiera paz.

Solo quedaba Martha. Tenía algo importante que decirle y era posible que no tuviera otra oportunidad de hacerlo.

—Martha.

Estaba observando a Whitley y Kipling, que se reían de algo. Se volvió al oírme.

—Nunca hemos sido amigas. Solo quería decirte que comprendo tus motivos y que no pasa nada.

Me miró.

—Yo era su novia. Todo el mundo estaba enamorado de Jim. No era difícil

imaginar que tú también lo estuvieras. Es solo que ojalá nos hubiéramos conocido mejor.

Ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Jim? ¿Crees que yo estaba enamorada de Jim?

Asentí con la cabeza. Martha sonrió.

—De Jim no. De ti. De lo que hiciste por mí. Me salvaste la vida.

Lo dijo con un hilo de voz. Yo no estaba segura de haberla oído bien.

—¿Recuerdas aquella noche de primer curso, durante la tormenta de nieve? El día de la fiesta de fin de trimestre. Se fue la luz y volviste a toda prisa a la residencia a cambiarte de vestido. Me encontraste leyendo en la sala de estar común. Te reíste porque no me había dado cuenta de que la ventana estaba abierta de par en par y había entrado un poco de nieve, que se estaba acumulando en el suelo. Te quedaste conmigo y estuvimos charlando, a pesar de que Jim te esperaba.

Lo recordaba. Era la única vez que habíamos tenido una conversación de verdad.

—La ventana estaba abierta pero no por accidente.

La miré.

—Llevaba semanas planeándolo. Había hecho los cálculos. Un sexto piso. Larkin Hall. Aceleración simple debida a la ley de la gravedad durante veintitrés metros. Incluso cayendo sobre un montón de nieve, mis probabilidades de supervivencia eran inferiores al uno por ciento.

Yo no podía respirar.

—Fue una estupidez. Uno de esos momentos de oscuridad y soledad en los que crees que no hay salida. Poco sabía yo que esos instantes de desesperación no significan nada. Esos momentos de nuestra juventud a los que damos una importancia desmesurada no son en realidad más que un recodo en el río, una curva pronunciada llena de rocas que te impiden ver más allá. Un río recorre distancias que no podemos ni imaginar. Estaba a punto de

saltar cuando oí que venía alguien. Me pilló por sorpresa, así que dudé, me estiré en el sofá, tomé un libro al azar y fingí que estaba leyendo. Entraste y me salvaste la vida. Así que aquí, en el nuncamundo, yo tenía que salvarte a ti.

Abrí la boca para contestar, pero no logré articular sonido alguno.

—Estaba segura de que sabías lo que yo andaba tramando —prosiguió mientras negaba con la cabeza—. Por ejemplo, en la comisaría de Warwick, cuando de repente aparecí a tu lado en el sótano. Tú sabías que fui yo quien se llevó los documentos del expediente de Jim, ¿verdad?

—¿Cómo? —susurré.

—No fueron los padres de Jim, fui yo. Escondí los documentos en otra caja para que nadie los encontrara. —Respiró hondo, algo temblorosa—. Porque allí estaba todo. Los mensajes que te envió Jim. No quería que sospecharan de ti. Por eso me opuse rotundamente a que regresáramos a Vulcanation. No quería que descubrieran la verdad. Así que, en cuanto llegamos allí, me escabullí para desmontar la escalera de la Torre del Capataz antes de que alguien más la viera. Subí quince metros, me clavé un millón de astillas, pero sabía que debía presentar un escenario convincente para asegurarme de que ninguno de ellos pudiera descubrir la verdad.

—¿Cuál?

Me observó con una leve sonrisa.

—Ya lo sabes, Beatrice. Tú estabas allí.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Te vi. Regresabas de la cantera. —Me apretó la mano—. No hay nada por lo que debas sentirte culpable. Fuera lo que fuera lo sucedido, sé que actuaste con la mejor intención. Nunca he dudado de ti y nunca lo haré.

Se me heló la sangre en las venas. Me entraron ganas de vomitar.

—Jim te quería, pero no te veía. Era incapaz de verte. Eras tú quien lo sostenía a él. Tú eras su punto de apoyo. Jim era fascinante, adictivo incluso,

y tú le querías, pero casi nunca vemos a las personas que queremos como son en realidad. —Suspiró y dejó caer los hombros—. Eso era lo que yo llevaba peor. La razón de que no pudiera ser tu amiga, de que no pudiera estar cerca de ti. Cómo me cabreabas, Bee.

Negó con la cabeza, mirándome fijamente. En su rostro se reflejaban un sinfín de emociones a duras penas contenidas.

—Lo he visto antes. A mi hermana le pasó lo mismo. Se enamoró de un chico y ese amor hizo que se pusiera a sí misma en último lugar, que se olvidara de sí misma, y eso acabó con ella. Tu amor era igual de ciego. Te hacía hacer cosas peligrosas. Eso me dolía.

—¿De qué me hablas, Martha?

—De *Nowhere Man*, el musical de Jim. Todo el mundo hablaba con entusiasmo de lo brillante que era. Y lo era de verdad. Sin embargo, qué raro resulta, ¿no te parece?, que, de repente, tras semanas quejándose, incapaz de escribir una sola palabra, Jim lo tuviera todo listo justo antes de su estreno en las Vísperas de Primavera. Como por arte de magia.

Me miró fijamente, muy seria.

—Esa magia eras tú.

Yo no podía hablar. Me sentía como si una luz deslumbrante se hubiera encendido de repente delante de mis ojos.

—Tú me las habías enseñado la noche de la tormenta de nieve. Las bandas sonoras inventadas. Nunca las olvidé. Me aprendí las letras de memoria y reconocí tu voz enseguida cuando Jim me enseñó lo que había escrito. «Eres un traje de noche, el olor a ropa nueva, eres un Chateau Margaux y no un vino de mesa». —Martha negó con la cabeza—. Jim no tuvo reparos en fingir que tus palabras eran tuyas. ¿Qué te dijo? ¿Que solo las tomaba «prestadas»? ¿Que reconocería tu aportación «más adelante»? Lo fagocitaba todo a su paso y no dejaba nada tras él. —Frunció la nariz—. Es curioso. Para ser una persona con tanta energía, junto a él siempre hacía frío. De todos modos, el

gran futuro que se pronosticaba a sí mismo siempre estuvo muy por encima de su talento real.

Se encogió de hombros con expresión resignada. Sentí que algo me quemaba en el pecho.

—Jim no me robó las letras —puntalicé—. Se las di yo. Estaban criando polvo en un cajón, sin servir para nada. Tenía que ayudarlo.

Martha me escudriñó tan fijamente que me sentí aturdida.

—Todo lo que he hecho en el nuncamundo, lo bueno, lo raro, lo absurdo, lo agotador, ha sido por ti —dijo—. Llevar la conversación por ciertos derroteros. Hacerte preguntas comprometidas para parecer imparcial. Distraer a los demás para que no vieran las señales de destrucción que aparecían a tu alrededor todo el tiempo. Moho, cristales rotos, alquitrán, petróleo, árboles que se caen, torres que se desploman... Por Dios, Bee, era como intentar esconder un tifón que estuviera dando vueltas a tu alrededor. Y todo por el secreto que ocultabas. Que tú estuviste allí esa noche.

Negó con la cabeza mientras se mordía el labio.

—Incluso me he pasado un millón de horas hablando con un profesor chiflado de Brown, con mal aliento y una barba que daba miedo, para aprender técnicas de persuasión y meterles a los demás en la cabeza la idea de que tú debías seguir adelante, porque debías ser tú quien contase nuestra historia.

Mi mente intentaba asimilar esas palabras sin conseguirlo, andando hacia atrás como un cangrejo para tratar de descifrarlas.

¿De qué me estaba hablando? Yo había votado a Martha. Era Martha quien iba a seguir viviendo.

—No podía contarte lo que estaba haciendo porque habrías intentado detenerme. Lo habrías estropeado todo. Debíamos esclarecer la muerte de Jim antes de la votación, pero tú debías quedar fuera de toda duda. Tú tenías que seguir siendo Santa Bee. —Negó con la cabeza—. Si te cuento todo esto es

para que abras los ojos, para que tomes conciencia. Todos tenemos nuestras palabras guardadas en cuadernos que crían polvo en un cajón, pero no puedes regalarlas sin más, Bee. Son tuyas. Como tus huellas dactilares. Como tus hijos. Son la luz que ilumina tu camino. Sin ellas, estás perdida.

Alargó la mano y me colocó con delicadeza algunos mechones de pelo detrás de la oreja.

—Nunca, nunca jamás vuelvas a renunciar a tu propia voz.

Martha. Qué equivocada estaba yo.

—En fin. —Se quitó las gafas, las plegó y las depositó cuidadosamente en el asiento, a su lado, con una leve sonrisa—. Capítulo setenta y dos. Esto es solo el principio.

Se puso en pie y, murmurando algo que sonaba como «migas de pan», se tiró de cabeza al agua. Después se impulsó con las piernas hacia sus profundidades turquesa.

Me quedé allí sentada, conmovida, incapaz de moverme.

Qué completamente equivocada había estado.

Me puse en pie tambaleándome y me hice sombra sobre los ojos con la mano.

—¡Martha!

No había ni rastro de ella.

Whitley y Kipling, que nadaban a varios metros de la barca, se volvieron alarmados.

—Estaba justo aquí. Martha. Tengo... tengo que decírselo. Tiene que saber que... —Mientras hablaba, desaté el esqui y tomé los remos. Manejé la barca entre los árboles gritando—: ¡Martha!

Salté por la borda y nadé en la oscuridad. El agua estaba vacía y fría.

Cuando Whitley y Kip me llevaron de vuelta a la barca, yo sollozaba.

—Estaba justo aquí. Y ahora es demasiado tarde. Demasiado tarde. ¿No os

dais cuenta? Martha. No va a volver. Tengo que decírselo. Se ha ido y ahora ya es demasiado tarde para decírselo...

—¡Chiss! —dijo Whitley, mientras me abrazaba y me secaba las lágrimas de las mejillas—. Todo ha terminado, Bee. Mira a tu alrededor. Está a punto de acabarse.

«Mira a tu alrededor. Está a punto de acabarse».

Ojalá alguien me lo hubiera dicho antes. Sobre la vida. Ojalá lo hubiera comprendido.

Después de aquello, no volvimos a decir nada más. No nos hizo falta. Lo único que hicimos fue envolvernos en la manta y mirar al agua.

Cannon se había marchado.

Se estaba poniendo el sol. Había adquirido el tono naranja intenso de los dibujos infantiles y nos acariciaba el rostro con un calor tan agradable que nos atravesaba la piel y llenaba de luz cada rincón de nuestro cuerpo. Yo ya me había sentido así tiempo atrás, en Darrow, un martes cualquiera con mis amigos, cuando alguno de ellos decía algo que era justo lo que yo sentía y la vida quedaba enfocada con toda nitidez, como a veces sucedía. Había una calma momentánea, una sensación de eternidad en el eco de nuestras risas, como colas de caballo mecidas por el viento, en nuestros hombros en contacto, lado a lado.

Algo empezó a sucederme. Si era la muerte o algún otro estado vital misterioso, no lo sabía. Me sentí arrastrada hacia el fondo de la barca y me quedé boca arriba, observando el inmenso cielo amarillo. Kipling y Wit tenían algo más de tiempo en su última vigilia, pero también acabarían notándolo. Los vi agachados junto a mí, susurrando palabras que no lograba oír, sin certezas, pero sin miedo. Sus manos cálidas estrechaban las mías mientras esperábamos lo que vendría a continuación.

Jamás los soltaría. Nunca.

Entonces sus rostros se difuminaron en la tarde crepuscular y yo me marché.

## CAPÍTULO 26

**E**staba flotando en un espacio blanquecino.

Tenía algo rígido metido en la garganta. Oí pasos.

—Buenos días. —Era una voz de hombre—. ¿Cómo lo llevan?

Sonó un ruido metálico. Había alguien a mi lado.

—Sé que es difícil. Como les expliqué ayer, iremos paso a paso. De momento está respondiendo muy bien, así que espero retirarle el respirador hoy mismo. Tenemos que ver si es capaz de seguir instrucciones.

Hubo un cierto ajeteo, susurros ahogados. Alguien me tocó el brazo.

—Beatrice, ¿puedes abrir los ojos?

Parpadeé. Solo veía manchas de colores.

—Dios mío.

—¿Beatrice?

—Ahora... Ahora sí...

—¿Bumblebee?

—¿Podrías levantar dos dedos?

Todo me daba vueltas. Me sentía como si flotara en un pantano. Intenté levantar la mano. Me ardía la garganta.

—¿Y la otra mano? Genial. Mueve los dedos de los pies.

Alguien se estaba inclinando sobre mí. De repente me entró en los ojos un rayo de luz que mandó una minúscula pelota lila a dar vueltas por el interior de mi cráneo.

Parpadeé otra vez.

Entonces vi un televisor en la pared. Estaban emitiendo un programa de

debate matinal y el sonido estaba silenciado. En la parte inferior de la pantalla vi la fecha con toda claridad.

«07:21 h. 10 de septiembre».

Estaba viva.

Mientras volvía a sumergirme en una oscuridad acogedora, cruzó mi mente mi última conversación con Martha. Me sentía como si acabara de marcharse. Su confesión me había vuelto del revés. Había ocultado mi secreto tan celosamente en lo más profundo de mi corazón que se había quedado allí enterrado, fuera del alcance de la vista, como un avión desaparecido sin dejar rastro, hasta el punto de que hubiera quien dudase de si sus pasajeros habían existido.

Whitley no había sido consciente de cuánta razón tenía.

«Si te paras a pensarlo, a Jim lo matamos entre todos».

A mí nadie me había preguntado nada. Ni mis amigos, ni la policía, ni mis padres. Nadie. Porque yo era una buena chica: Santa Bee.

«Voy a la cantera. Ven conmigo».

En mi habitación de la residencia escuché el mensaje de Jim una y otra vez, observando desde la ventana el césped vacío. Estaba muy sola. Le quería, pero a la vez le odiaba. Odiaba que pudiera hacerme sentir tan viva y después tan invisible, como si él fuera un mago y yo el conejo en la chistera. Estaba desesperada por verle, por perdonarle, por desterrarle de mis pensamientos. Deseé que nunca hubiera visto nada especial en mí. La perspectiva de estar sin él era demasiado dolorosa para imaginarla.

Salté de la cama, me quité el pijama y me puse la lencería sexy que había reservado para una ocasión especial, los vaqueros cortos blancos ajustados que le gustaban a Jim y el top blanco de Gucci con los hombros descubiertos que me había dejado Whitley. Iba a acostarme con él. Era una decisión

estúpida, pero me hacía sentir una emoción intensa. Era una decisión concreta a la que podía aferrarme como a un bote salvavidas. Me puse lápiz de ojos y rímel. El pintalabios MAC rojo de Whitley. Me deshice de mi habitual recogido en cola de caballo para dejarme la melena suelta. Me puse las Converse, metí dos velas en la mochila y le quité el edredón a la cama.

Después me fui corriendo a Vulcan Quarry.

Por un golpe de suerte, estaba tan descentrada por mi decisión de acostarme con Jim que me dejé el móvil en el baño, al lado del lavabo. Más adelante deduje que los investigadores, al triangular las señales de telefonía móvil de la noche que murió Jim, vieron que mi teléfono no se había movido de mi cuarto, lo que me proporcionó una coartada. No obstante, aunque me hubieran interrogado, difícilmente habrían sospechado que yo mentía. Nadie dudaba nunca de lo que yo decía.

Deberían haberlo hecho.

Cuando llegué a la cantera eran las 00:15. No había ni rastro de Jim. Aún no había llegado. La noche era fresca y el cielo sereno; brillaban las estrellas. Siempre nos encontrábamos a los pies de la Torre del Capataz y ascendíamos juntos por la escalera. Esta vez, subí yo primero. Quería prepararlo todo, sorprenderle. Estaba ansiosa por verle, olvidarlo todo, hacer que las cosas volvieran a ser como al principio. También tenía miedo. Miedo de volver a estar con él, miedo de las dudas que me asaltaban. Al subir, noté que algunos de los clavos que mantenían unidos los peldaños de madera de la escalera estaban más sueltos que de costumbre. Otros habían desaparecido, sobre todo en los últimos metros, justo antes de llegar a la trampilla.

A mitad de camino, me detuve porque reparé en que no solo me temblaban las manos, sino que encima me había desgarrado la espinilla izquierda sin darme cuenta y estaba sangrando aparatosamente. Parecía una zarigüeya desollada. Empecé a bajar. No quería que Jim me viera así. Iba coja y estaba

agotada. Era fea, a diferencia de Vida Joshua. Vida Joshua era una preciosidad. Tenía que volver a la residencia. Eso era lo correcto, lo seguro.

Estaba a punto de llegar al suelo cuando me detuve otra vez. Estaba siendo una cobarde, una pusilánime, viviendo *pianissimo*, como Jim me decía. ¿Por qué siempre me daban tanto miedo las cosas que me pasaban? Me puse a subir de nuevo. «*Carpe noctem!*». Whitley siempre lo decía echando la cabeza atrás. Vive la noche. Cuando llegué al descansillo, vi que algunos de los clavos que mantenían unidos los peldaños de la escalera de madera repiqueteaban.

Encendí las velas en la mugrienta estancia. Prendí la lámpara de aceite sobre la vieja mesa de madera donde centenares de estudiantes de Darrow habían grabado sus iniciales. Desplegué el edredón en el suelo, me quité la ropa y esperé.

Al poco rato oí a Jim. Estaba hablando consigo mismo y arrastraba las palabras. Me puse de pie y me tapé con el edredón. Me acerqué sigilosamente al descansillo y miré.

Estaba a mitad de camino de la escalera. Además, iba borracho, y extendía un brazo hacia fuera mientras cantaba. Era la letra de una nueva canción de su musical. Esa letra la había escrito yo.

—Crece un árbol entre la maleza. Te protege una fortaleza. ¿Cuándo pararé, cuándo podré verte? Si no hubiera veneno tampoco habría muerte.

Farfullando algo, siguió subiendo. Volví a entrar en la torre de puntillas y me recosté en el edredón. Llegaría arriba en cuestión de segundos. Estaba sucediendo. Al pensarlo, me sentí extrañamente vacía. Estaba cometiendo un error. Era obvio. Tenía que alejarme de Jim. Debería estar durmiendo en mi habitación.

En ese momento, oí un ruido metálico. Jim gritaba.

Me puse en pie de un salto. Tres de los peldaños que daban al descansillo se habían desprendido y caído. Jim a duras penas mantenía el equilibrio.

Intentaba agarrarse al siguiente peldaño, pero estaba fuera de su alcance. Respirando entrecortadamente, consiguió estirar la pierna para apoyar el pie en una de las vigas entrecruzadas que sostenían los pilares de la torre.

—¿Bee? —Me miró parpadeando. El sudor le brillaba en la frente—. Dios mío, Bee. Gracias a Dios. —Me tendió la mano—. Ayúdame a subir.

Me quedé inmóvil. Jim se puso a gritar con el rostro desencajado.

—¡Beatrice! ¿Qué te pasa? ¡Ayúdame a subir! ¡Beatrice!

¿Qué sucedió en esos cuatro segundos?

Nunca lo sabré.

Fue todo muy rápido. Yo veía a Jim, pero no podía moverme. No podía ni respirar.

Desearía con toda mi alma decir que fue solo pánico, pero no lo fue. Había algo más. Algo escondido en un rincón de mi corazón. En cierto modo, yo intuía que, si lo ayudaba a subir, jamás me libraría de él. Puede que Martha tuviera razón. Puede que fuera por cómo se había apropiado de mis letras, los álbumes que le había enseñado después de que me dijera, entre sollozos, que era un fracasado, que nunca triunfaría como su padre, que todo había terminado y que sus sueños no iban a hacerse realidad. Fui a mi armario y le entregué mi colección de bandas sonoras inventadas, once cuadernos con letras y dibujos en los que había trabajado toda mi vida sin más razón que el hecho de que en ellos podía ser yo misma. Puede que fuera por cómo los había aceptado, con un suspiro, como si le hubiera dado un simple bolígrafo, cuando él sabía lo que significaban para mí, lo mucho que me importaban, y se había puesto a copiar mis rimas en su libreta. Puede que fuera porque me preguntaba si, tras apropiarse de mis palabras con tanta facilidad, sería capaz de arrebatarme todo lo demás.

Mis dudas duraron un instante. Reaccioné súbitamente y corrí hacia él.

Trabé los pies en la puerta del descansillo para que estuvieran bien afianzados, me tumbé boca abajo y me estiré hacia él.

Demasiado tarde.

Cayó. Se golpeó la cabeza contra una viga de madera y su gorra salió volando. Impactó en el suelo con un ruido sordo.

Se quedó quieto, cinco pisos por debajo de mí. Un hilo de sangre le cruzaba la mejilla.

El minuto siguiente fue como una pesadilla. La conciencia de lo que acababa de suceder fue abriéndose paso en silencio en mi mente, que se estaba desmoronando.

«Jim está muerto. Jim está muerto. Esto no puede estar pasando».

Me puse a correr frenéticamente por la Torre del Capataz, temblando y llorando. Apagué las velas y embutí el edredón en la mochila. Me vestí a toda prisa. Bajé de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, logré a duras penas superar el hueco y me lancé a la hierba.

Me puse en pie y observé a Jim.

Le caía sangre por la cara. Tenía los ojos cerrados. Estaba muerto. No me cabía duda. Tenía que llamar a la policía. Sin embargo, al revolver en la mochila en busca del teléfono, no lo encontré. ¿Me lo habría dejado en la torre? Al levantar la vista, me di cuenta de que, sin querer, me había dejado la lámpara de aceite encendida. Entonces vi unos faros que iluminaban la vegetación como una hoguera. Era un coche. Apareció dando saltos sobre la calzada llena de baches, con un tapacubos suelto y la radio a todo volumen. Era el Nissan rojo destartado del señor Joshua con el cartel de «Se vende» en el parabrisas trasero.

Vida Joshua. Yo creí que era ella. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Cabía la posibilidad de que el mensaje de Jim para vernos aquí en realidad hubiera ido dirigido a ella, no a mí?

Esta pregunta me hizo replegarme en la oscuridad y echar a correr entre la

maleza. Necesitaba volver a casa. Necesitaba a mi madre. Encontré la abertura en la valla y la crucé con dificultad.

Vida encontraría a Jim y llamaría a una ambulancia.

«Se pondrá bien. Todo va a ir bien».

No sé cómo crucé los bosques y el campus para regresar a mi habitación. Lo siguiente que recuerdo es que subí a toda prisa los escalones hasta la cuarta planta de mi residencia y corrí por el pasillo. Debió de ser entonces cuando Martha me vio. Su habitación estaba en el mismo piso que la mía y ella estudiaba en la sala de estar común de la esquina. Me dirigí velozmente a mi habitación, cerré la puerta con llave y me desnudé. Todo el mundo dice que soy una buena chica, una santa, así que debo de serlo, ¿verdad? Eso significa que siempre hago lo correcto.

Doblé la ropa interior de La Perla y volví a envolverla en papel de seda para guardarla al fondo del cajón. Colgué otra vez en mi armario el top de Whitley. Encontré el teléfono donde lo había dejado, junto al lavabo. Era la una y dos minutos de la madrugada. No había mensajes. Con las manos temblorosas, logré limpiarme el pintalabios, lavarme la cara con agua fría y quitarme la hierba y las hojas del pelo.

La conciencia de lo que estaba haciendo me impactó como una bofetada. ¿Cómo era posible que no llamara a la policía? Tenía que ir con Jim. Mi amor. Empecé a marcar el número de emergencias, pero la conversación que iba a tener con el operador me detuvo.

«—Mi novio está muerto en Vulcan Quarry. Se ha caído. Envíen una ambulancia, por favor.

—¿Estás ahí con él? ¿Dónde estás?

—Me he ido corriendo. Tenía celos de otra chica. Estaba furiosa. Yo le quería. Nos hemos peleado».

Cannon. Necesitaba a Cannon, el que siempre resolvía los problemas. Crucé el patio y trepé por el roble hasta su habitación, en la tercera planta de

Marlborough. Llamé a su ventana. No hubo respuesta. La abrí. Allí no había nadie.

Kipling. Kipling me ayudaría. Tenía una habitación con vistas en Eldred. Bajé del árbol, crucé el campus corriendo, entré sigilosamente por la salida de emergencia y subí por las escaleras secundarias. Su habitación también estaba vacía. Cuando corrí por el hastial hasta el cuarto de Whitley y llamé a su ventana, tampoco la encontré allí.

¿Qué estaba pasando? ¿Dónde estaba todo el mundo?

Martha. Al echar a correr de regreso a Creston, vi que la luz de su habitación en la cuarta planta estaba encendida, pero imaginar su fría reacción cuando le confesara lo sucedido, asustada y llorosa, me hizo volver corriendo a mi habitación. El corazón me daba vueltas en el pecho, como un roedor.

Me acosté y me puse a mirar al techo. No dejaba de decirme que tenía que llamar a mi madre, pero no podía moverme. Las preguntas me estallaban en la cabeza como granadas. Si no hubiera decidido darle una sorpresa a Jim, ¿aún estaría vivo? ¿Habría querido quedar con Vida y no conmigo? ¿Habría sido yo quien había aflojado los peldaños al subir y bajar por la escalera y luego volver a subir? ¿Dónde estaban mis amigos? ¿Y si Jim había conseguido llamarles para pedir ayuda y ahora estaban todos con él y les estaba contando lo que yo había hecho: dejar que cayera y abandonarlo allí? ¿Había matado yo a Jim?

Tenía que regresar a la cantera. Desde allí llamaría a la policía. Me levanté de la cama y me puse unos vaqueros, una camiseta, unas botas. Volví a hacer el mismo recorrido a toda prisa, aterrada, convencida de que Moses iba a descubrirme. Cuando llegué eran más de las cuatro. Me temblaba todo el cuerpo cuando me acerqué al lugar donde estaba la escalera, a los pies de la Torre del Capataz, y me detuve.

Jim había desaparecido.

No había indicio alguno de que hubiera estado allí.

Ni rastro de sangre. Algunas plantas aplastadas. Por lo demás, no había nada.

Vida lo había encontrado y lo había llevado al hospital. O, milagrosamente, se había puesto en pie y se había marchado ileso, lo que significaba que ahora me odiaba. Todos me odiaban.

Volví a mi habitación estupefacta. Lo único que quería era morirme.

Durante todo el día siguiente vagué como una autómatas. Al pensar en la noche anterior, se me distorsionaban los recuerdos, como si me los hubiera inventado. ¿Había sucedido de verdad? No había ni rastro de Jim. Nadie lo había visto. Whitley, Kip y Cannon eran cordiales pero distantes. Me dijeron que habían estado en su habitación toda la noche. Martha aseguró que había dormido en la biblioteca.

Un día más tarde llegó la noticia: habían encontrado a Jim muerto en el lago de la cantera.

Era imposible. No lo entendía. ¿Qué había sucedido después de que saliera huyendo? ¿Qué le había hecho Vida a Jim? ¿Por qué mentían todos mis amigos? ¿De qué tenían miedo?

Había ido a Wincroft en busca de respuestas.

Y, durante todo ese tiempo, Martha había conocido mi secreto. Martha había estado borrando las huellas de todos mis pasos, protegiéndome en todo momento.

¿Cómo era posible que no me hubiera dado cuenta? ¿Cómo podía haber estado tan ciega?

Cuando abrí los ojos, estaba semiincorporada en una cama de hospital. Veía la habitación con nitidez: paredes amarillo pálido, encimeras y tableros, un aparato de aire acondicionado, un florero, un oso de peluche con un globo de

helio en el que ponía «Que te mejores». Delante de mí, una bandeja con comida de hospital y una taza rosa con una cañita.

Ya no tenía nada en la garganta, aunque me la notaba áspera y dolorida.

—Está despierta —anunció mi madre, tras volverse desde la ventana.

—Mi querida Bumble —dijo mi padre acercándose.

Vinieron rápidamente y me observaron ansiosos. Mi madre llevaba en la mano un buen fajo de pañuelos de papel y tenía el pelo de punta en gran parte de la cabeza por haber dormido en una silla. Mi padre tenía más canas de lo que yo recordaba.

—No intentes hablar —me dijo—. No pasa nada. Estás en el Miriam Hospital de Providence. Tuviste un accidente de tráfico y te diste un golpe muy fuerte en la cabeza. Has sufrido un derrame superficial. Los médicos te han cuidado muy bien y vas a recuperarte del todo, ¿de acuerdo, cariño?

Me di cuenta de que mi padre le había pedido a mi madre que no hablara mucho porque se limitaba a asentir a todo lo que él decía mientras luchaba por contener las lágrimas.

«Decidme que mis amigos están vivos. Que se están reponiendo en otras habitaciones de este pasillo».

—Ahora tienes que descansar —dijo mi madre mientras me apretaba la mano.

Dirigí la mirada al otro extremo de la habitación, donde en la pared había una lámina enmarcada de una escena de playa y una pizarra blanca con el texto «Su enfermera de este turno es LAURIE».

Un adolescente huesudo con una mata de pelo rubio estaba sentado en una silla al lado de la puerta, mirándome fijamente. Tardé unos instantes en darme cuenta de que se trataba de Sleepy Sam, el joven británico con quien había estado sirviendo helados todo el verano en el Crow.

Mi madre me siguió la mirada.

—Te acuerdas de Sam, ¿verdad?

—Ha venido todos los días a leer en voz alta para ti —dijo mi padre.

Sam se acercó arrastrando los pies.

—Me alegro mucho de verte con los ojos abiertos, Bee. Bienvenida de vuelta.

Mi padre le dio una palmada en el hombro.

—Sam es un as de las lecturas dramatizadas. ¡Quién lo iba a decir! Sabe hacer todas las voces. ¿Que hay cincuenta personajes? ¡Ni se inmuta! Podría hacer una gran carrera en el West End de Londres.

Entonces me fijé en el libro que Sam llevaba bajo el brazo. La cubierta era plateada y estaba decorada con un collage de jaulas de pájaro, trenes de vapor y personajes con mejillas sonrosadas y sombrero de copa. «La legendaria saga de culto de pasados en el futuro y misterios en el presente».

El título me provocó una descarga de adrenalina.

*La casa oscura tras el último recodo.*

—Buenos días, Beatrice.

Un médico de cabellos plateados con bata blanca y ropa de quirófano de color verde entró en la habitación sosteniendo un portapapeles y un vaso de cartón. Lo acompañaba una mujer asiática, también con bata blanca.

—Bienvenida de vuelta —dijo—. Permíteme que me presente: soy el doctor Miller, uno de los médicos del equipo que te ha atendido. Es un placer saludarte por fin.

Estaba inclinado sobre mí y me dirigía una lucecita a los ojos. Cuando miré más allá de esta y le vi el rostro, ahogué un grito.

Lo habría reconocido en cualquier lugar. Estaba grabado en mi cerebro para siempre y su imagen flotaría ante mí cada vez que cerrara los ojos durante el resto de mi vida: esos ojos verdes omniscientes, la voz de barítono, los ademanes elegantes y cansados de un bailarín de ballet retirado al que cada paso le ha costado miles de horas de ensayo y un dolor sordo.

«No puede ser. Es imposible».

—¿Cuándo podrá empezar la rehabilitación? —preguntó mi madre.

—Dentro de unos días. La debilidad de la parte izquierda del cuerpo y algunas de sus dificultades con la memoria a corto plazo es de esperar que mejoren con el tiempo. Pero puede ser cuestión de meses.

El Guardián.

Me pidió que levantara los brazos, estirase tres dedos y doblara las rodillas. Me preguntó si sabía en qué año estábamos, quién era el presidente del país y cuál era mi edad. Estaba mareada. Apenas podía prestar atención a sus palabras, pues estaba demasiado concentrada en observar, boquiabierta e incrédula, su rostro. El doctor había dejado el vaso de cartón encima de la bandeja que yo tenía delante. La etiqueta de la bolsita de té colgaba por un lado.

Agarró el vaso, tomó un sorbo y dio media vuelta. Susurró algo a mis padres cuando estos le siguieron hasta la puerta. Después salió de la habitación con la mujer que lo acompañaba y ambos desaparecieron por el pasillo.

## CAPÍTULO 27

**M**is padres no tuvieron más remedio que contármelo, aunque yo ya lo sabía.

Kipling St. John.

Whitley Lansing.

Cannon Beecham.

Martha Ziegler.

Todos habían muerto.

Me trasladaron al hospital de rehabilitación, donde pasé seis semanas recorriendo los pasillos de linóleo con un bastón regulable de empuñadura acolchada, practicando cómo subir y bajar escaleras y levantando el brazo izquierdo, que me temblaba y se estremecía como si tuviera vida propia. Mi primera noche allí, después de la cena, me conecté a hurtadillas a un ordenador de acceso público y busqué información.

La noticia había aparecido en el *Providence Journal*, el *Warwick Beacon* y el *USA Today*. Todos los artículos utilizaban la misma frase: «Trágico accidente sega la vida de cuatro jóvenes». También se mencionaba lo ocurrido en un editorial de *Republican Nation* sobre la conducción bajo los efectos del alcohol y su prevalencia en las zonas de Nueva Inglaterra con crecientes índices de desempleo. Todos los relatos iban encabezados por fotos de Whitley, la típica chica rubia y atractiva, y después pasaban a hablar de Cannon, Kipling y Martha. De esta última siempre destacaban su beca de máximo nivel en el MIT. Mi nombre aparecía al final del texto. Era el nombre de la única superviviente, de la afortunada.

Sus perfiles de Facebook se convirtieron en memoriales. No me

sorprendió, ya que con Jim había sucedido lo mismo. Alumnos de Darrow a los que apenas conocían y amigos de sus poblaciones de origen publicaban mensajes como «Me invade la tristeza y la vida ya no tiene sentido», salpicados con *emojis* de manos en oración, comentarios anónimos de «La vida es un valle de lágrimas» y gifs de Heath Ledger.

No pude asistir a los funerales porque estaba ingresada en el hospital, así que leí sobre ellos. Todos los periódicos de las localidades de origen de mis amigos habían seguido la tragedia —tras observar que los artículos iniciales habían cosechado cientos de clics y «me gusta»— ilustrados con fotografías de algún familiar con los ojos llorosos leyendo un poema en el púlpito de una iglesia. A su lado, la imagen ampliada y enmarcada de Kipling, Cannon, Martha o Whitley observaba fijamente desde un caballete, con una felicidad inconsciente y un absoluto desconocimiento de lo que iba a suceder que constituían un poderoso recordatorio de que la vida es, entre otras cosas, una sucesión de curvas cerradas.

«Linda Tolledo durante el funeral en memoria de su hija, Whitley Lansing, fallecida en accidente de tráfico».

Había incluso un memorial permanente de flores, fotografías, velas y osos de peluche depositados junto a la carretera de la costa, en el lugar del accidente. La gente lo fotografiaba y publicaba las imágenes con etiquetas como #inmemoriam o #siempreenelcorazón.

La policía les dijo a mis padres que mis amigos no sufrieron. Todos fallecieron en el momento del impacto.

Yo sobreviví porque no llevaba el cinturón de seguridad. Salí despedida del coche y aterricé sobre unos arbustos, y los demás quedaron atrapados en el coche mientras se precipitaba al vacío.

Nadie podía imaginar la verdadera razón por la que yo estaba viva: había vivido un siglo en un instante. Había muerto miles de veces y había conocido mejor y aprendido a amar a cuatro personas de un modo que poca gente tiene

la oportunidad de experimentar. Había considerado mi hogar un lugar donde detalles como estar vivo o muerto no tenían relevancia, donde lo que importaba eran los momentos de conexión trémula.

Tras esa experiencia, no sentías más que asombro ante cada segundo de tu pequeña vida.

Así empezó la vida fuera del nuncamundo.

Era diferente de lo que yo recordaba. Yo misma era diferente.

Y no era solo por la cicatriz en forma de signo de interrogación al revés que me envolvía el cráneo por encima de la oreja derecha. El pelo la tapaba, pero si la buscabas seguía ahí; era mi tatuaje, mi recordatorio. A los extraños, les parecía segura de mí misma, quizá un poco demasiado seria. Era menos propensa a morderme el labio o recogerme el pelo detrás de la oreja. Ya no me preocupaba por si le caía bien o mal a la gente, por si era guapa o por si me había equivocado. No me daba miedo comer en una cafetería abarrotada en una mesa para mí sola, ni hablar con un chico guapo que no me hubieran presentado, ni cantar en un karaoke, presentarme a una audición o hablar en público. El nuncamundo me había liberado de todas esas cosas por las que tanto se preocupa la gente en el mundo real. Ya no sentía la urgencia de romper el silencio. Era capaz de estar cómoda, aunque nadie dijera nada.

Los amigos de mis padres susurraban: «Beatrice parece otra» y «Debe de ser un alivio, ¿verdad?». Se maravillaban al saber que había trasladado mi expediente al Boston College y que estaba estudiando Teoría de la música e Historia del arte, trabajando a tiempo parcial en una empresa de videojuegos y colaborando con una ONG cuyos voluntarios leían cuentos antes de ir a dormir a niños que vivían en centros de acogida.

A esos niños les contaba cosas del nuncamundo y de las viglias.

No se lo conté a nadie más, ni siquiera a mis padres. En cierto modo, yo

sabía que esos niños y niñas, con sus ojos abiertos como platos y su conocimiento del lado oscuro de la vida, sus reinos de la mañana y el escondite, la hora de la siesta y la merienda, que precisamente ellos, de entre toda la gente, lo entenderían. Les conté que había visitado el rincón más secreto y tormentoso del mundo. Que algún día, tal vez, también ellos se encontrarían allí, en un territorio onírico entre la vida y la muerte, donde el pasado, el presente y el futuro son una selva, y el infierno puede convertirse en el paraíso en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y cómo podemos ir allí? —susurró una niña.

—Si te escoge, sabrá encontrarte. Pero el truco es no tener miedo, porque, a fin de cuentas, no es tan diferente del mundo real.

¿Había existido realmente el nuncamundo? ¿O había sido un efecto colateral de mi lesión cerebral, del «hematoma subdural derecho que requiere craneotomía para su evacuación», de los once días que estuve en coma, intubada y sedada? Sam me había leído el libro. Uno de mis médicos era idéntico al Guardián. ¿Había sido todo producto de mi imaginación? ¿Quizá, mientras yo dormía, mis sentidos habían ido agrupando los detalles del bullicioso mundo que danzaba a mi alrededor y los habían convertido en una realidad que solo existía para mí?

Por supuesto que el nuncamundo había sido real, aunque nunca pudiera demostrarlo.

Lo intenté. Traté de corroborar todos los secretos. Descubrí que algunas piezas encajaban —la señora Kahn vivía cerca de Wincroft y tenía una colección de bolas de nieve; existía un puerto deportivo exclusivo llamado Cofre de Davy Jones, un Ted Daisy residente en Cincinnati y una agente Channing en la comisaría de Warwick—, pero otras no. En internet no había mención alguna de Estella Ornato. Honey Love Fried Chicken había existido, pero había sido sustituido por un Foot Locker el año anterior. En cuanto al Conejo Blanco y la alfombra siux, no había manera de comprobarlo.

Muchos de los cabos sueltos que habíamos atado no podían amarrarse en el mundo real.

La única prueba de la existencia del nuncamundo era el tiempo, que para mí ya no transcurría en línea recta, sino que de vez en cuando daba vueltas y perdía el equilibrio. En ocasiones, una hora se me pasaba en un abrir y cerrar de ojos. Asistía a clase de Historia, por ejemplo, y mi mente viajaba tan lejos que, cuando sonaba el timbre, me daba cuenta, estupefacta, de que todo el mundo estaba recogiendo para marcharse y de que la pizarra, en blanco hacía unos segundos, estaba repleta de anotaciones garabateadas.

Miraba a mi alrededor preguntándome si el Guardián andaría cerca, en un parterre de flores plantando tulipanes o encaramado a una escalera para podar la hiedra, porque interpretaba estas interrupciones extracorporales como lo que eran: réplicas del nuncamundo, inestabilidades, como Martha nos había advertido. Mi locomotora derrapaba, aunque fuera muy levemente, sobre los raíles.

Seguía pensando en Jim, pero ya no era un fantasma que me perseguía. Lo veía como un chico normal, bello e inestable, como todos nosotros. Veía el tiempo que estuvimos juntos de un modo probablemente más ajustado a la realidad, como algo a medio camino entre la idealización desbocada del amor y el sentimiento de verdad. En ocasiones, en ese intermedio tembloroso, nos habíamos encontrado el uno con el otro y lo nuestro había sido real. Otras veces, nuestro amor se había estremecido hasta romperse como una cometa atada a un hilo demasiado débil. Si Jim no se hubiera muerto, nuestro amor habría detenido los motores y apagado las luces como el tiovivo de una feria itinerante, cuya música, interpretada más adelante, ya no sería tan hermosa como yo creía. Apenas nos habría recordado nadie. Al cabo de veinte años, nos habríamos encontrado en Facebook, o en lo que viniera después, y nos habríamos sorprendido de lo normales que nos habríamos vuelto, de cómo se habría esfumado el esplendor que jurábamos ver el uno en el otro.

Pensaba en mis amigos todos los días. A veces, al cerrar los ojos, los sentía a mi lado. Imaginaba dónde estarían ahora. Porque estaban en algún sitio. Y juntos. Eso lo sabía. Rezaba para que fueran felices, o lo que fuera que hubiera más allá de la felicidad terrenal.

Creo que lo eran.

Pensaba sobre todo en Martha, en quién era y en lo que había hecho por mí. No había un solo instante de mi vida que no se lo debiera a ella. A veces, eso me hacía sentir triste y apática, renunciar a una fiesta universitaria, al festín de pizza del domingo por la noche o al Baile de Primavera, y refugiarme a solas en mi habitación a dibujar o componer letras de canciones, conviviendo con la dolorosa certeza de que las personas que nos transforman son aquellas a las que nunca vemos como son en realidad, o al menos no hasta que se han ido.

Recordaba cómo Jim repetía con insistencia: «Algún día pensarás con incredulidad: “Yo fui amiga de Martha Ziegler”. Así de famosa será».

Tenía razón.

Yo no debería haber sobrevivido. Tendría que haber sido Martha. Nunca fui una santa. Vi muy pocas cosas como realmente eran. Pero eso era lo que Martha me había enseñado. Aseguramos que nos vemos los unos a los otros, pero todo lo que llegamos a distinguir es la minúscula porción del océano que se divisa desde un ojo de buey. Creemos recordar el pasado tal como fue, pero nuestros recuerdos son tan irreales e inaprensibles como un sueño. Qué fácil es odiar a la más guapa, idolatrar al genio, enamorarse de la estrella del rock, confiar en la buena chica.

Ese no es nunca su único relato.

Somos todos antologías. Todos tenemos miles de páginas con cuentos de hadas y poemas, misterios y tragedias, relatos olvidados al final de todo que nunca nadie va a leer.

Lo máximo que podemos hacer es tender las manos y ayudarnos unos a

otros a cruzar lo desconocido. En nuestras manos tendidas hallamos senderos en la oscuridad, caminos que atraviesan selvas y ciudades, puentes colgantes sobre los barrancos más profundos de este mundo. Tus amigos caminarán junto a ti, sosteniéndote con todas sus fuerzas, incluso cuando ya no estén.

Dos años después del accidente, publiqué una de mis bandas sonoras imaginarias.

Fue en una pequeña editorial de Minneapolis llamada Brace Yourself Books. Ni ellos mismos sabían muy bien qué hacer. El mercado de los álbumes de bandas sonoras de películas que no existen es bastante limitado.

No obstante, cuando recibí los cuatro ejemplares de cortesía del álbum, aparqué las clases y me subí a un tren Amtrak con destino a St. Louis. Una vez allí, tomé un autobús hasta Winwood Falls, donde recorrí un kilómetro y medio a pie, pasando por delante de mansiones de ladrillo rosa con fuentes en forma de concha, hasta un cementerio llamado Ardenwood. Con la ayuda de un mapa, seguí el itinerario guiado que te conducía a los mausoleos de célebres escritores y capitanes de industria. Al llegar a la zona de tumbas nuevas, me desvié.

Whitley estaba en la cima de una colina a la que se accedía por un sendero de piedra. Verme ante su lápida de mármol me hizo llorar, porque el epitafio escogido por Linda era una cita de *Ella inmortal*, una de las mejores canciones de Jim. El hecho de que hubiera sido capaz de peinar el Instagram de su hija y encontrar la letra implicaba que tal vez también me había equivocado al juzgarla a ella. Quizá Linda había comprendido a Whitley desde el principio.

Ella vive como una luz en mi cabeza.

No la olvidaré ni cuando muera.

Ella es mi recuerdo, ella es mi canción.

Es la carretera cuando el coche ya pasó.  
Es la almohada en la que descanso  
y todas las palabras que nunca he pronunciado. Cuando el sol se apague y se hiele la  
tierra,  
en el eco del silencio, inmortal, vivirá ella.

Deposité el pequeño álbum junto a las flores y me marché.

A continuación, me subí a otro Amtrak, esta vez con destino a Nueva Orleans, y después a un autobús con el aire acondicionado estropeado. Así llegué a Moss Bluff, una población cuyas paredes recubiertas de líquenes recordaban la sombra descuidada de una barba de tres días. Recorrí a pie los trece kilómetros hasta la casa de Kipling.

Vi con sorpresa que la casa era exactamente como él la había descrito: una laberíntica mansión blanca con la pintura desconchada y un pavo real blanco corriendo por el patio. Siempre había pensado que exageraba al contarnos su vida, pero, de hecho, se había dejado en el tintero algunos detalles llamativos, como el Cadillac verde aparcado en mitad del camino de acceso a la casa o las malas hierbas que crecían en el suelo, como el pelo que asoma de las orejas de un anciano.

Dejé el álbum en el balancín del porche. Cuando volví la vista atrás, vi a una mujer encorvada de pelo canoso, vestida con una bata verde, inspeccionándolo. Me miró desconcertada.

Después fui a Los Ángeles. Dos días de tren, pasando a toda velocidad por delante de desiertos e inmensos centros comerciales y palmeras. Tomé un autobús con destino a Montecito, donde anduve hasta la casa de Cannon, una mansión victoriana de color crema. Introduje el álbum en el buzón y bajé rápidamente los escalones mientras se disparaba la alarma de un coche. Al otro lado de la calle, un hombre que regaba el césped se detuvo a observarme.

Tres días más tarde llegué a Providence, en Rhode Island. Había leído siete novelas de misterio y doce revistas, ya no me quedaba ropa interior limpia y

tenía tortícolis. Anduve los seis últimos kilómetros con una extraña sensación de calma y llegué al taller mecánico Ziegler Auto Repair justo cuando empezaba a anochecer.

En la recepción no había nadie. La mayoría de las luces estaban apagadas. Coloqué el álbum en el escaparate, junto a un letrero de «Café 0,99 \$». Mientras me marchaba, se abrió la puerta del taller.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Me volví. Era el padre de Martha. Aunque era la primera vez que lo veía, tenía el mismo mentón y las mismas gafas gruesas que su hija. Llevaba un mono de trabajo manchado de aceite y se estaba limpiando las manos en un trapo.

Me presenté y le dije que era una vieja amiga de Martha.

—Sí, claro. Beatrice, ¿verdad? Qué detalle. No suelo coincidir con los amigos de mi hija.

—He venido porque he compuesto una especie de álbum y quería que ella lo tuviera. Es la banda sonora de una película que no existe sobre cuatro superhéroes poco convencionales, que tienen poderes ocultos. En fin, que me gustaría que usted tuviera un ejemplar.

Le tendí al álbum. Lo tomó y le dio la vuelta. Se quitó las gafas gruesas, sacó unas gafas de leer y se las colocó en la punta de la nariz.

—¡Ah! —Levantó la vista sorprendido—. ¿Se lo has dedicado a Martha?

Asentí con la cabeza.

—«Para Martha, que me vio y aun así creyó». No está mal. —Me sonrió y señaló hacia la recepción—. ¿Sabes? Colgué sus pósteres en la sala de espera. Ella siempre veía el mundo más allá de lo evidente. Incluso de pequeña. No había muchas cosas que la asustaran.

Dejé que me enseñara las cosas de Martha: dibujos de cuando era pequeña, una colección de cuadros de un búho con las plumas violeta, planos de uno de sus inventos. Me enseñó también las obras de Jenny, la hermana mayor de

Martha, que había pintado unos magníficos lienzos de océanos que ocultaban reinos enteros de tinta y palabras entre sus olas.

—Todo lo tenemos solo en préstamo —me dijo, enjugándose las lágrimas—. Incluso a nuestros hijos.

Me ofreció un refresco de zarzaparrilla, pero decliné la invitación porque tenía que irme.

—Puede que vuelva algún día —dije.

—Por supuesto. Siempre serás bienvenida.

Se quedó mirándome mientras me iba, dándole vueltas al álbum entre las manos. Sin duda, notaba que eran muchas las cosas que yo no le había contado.

Al poco rato me encontraba en el autobús, mirando por la ventana el cielo oscurecido. En cierto momento vi una línea de luz naranja a lo largo del horizonte, pero era la iluminación interior del techo del autobús. Las hojas titilantes de las ramas de los árboles parecían aún más vivas y brillantes de lo normal, y aunque quería creer que se trataba de un mundo escondido abriéndose ante mí, apoyé la espalda en el respaldo de mi asiento y me recordé la verdad.

Esta vez era solo el viento.

# AGRADECIMIENTOS

**Q**uisiera dar las gracias a mi editora, Beverly Horowitz, por guiarme durante mi primera incursión en el mundo de la ficción juvenil. Desde nuestra primera conversación hace tres años, y a lo largo de numerosos borradores, su sabiduría, buen humor y atención meticulosa a los detalles —aunque tuviera que pasar la noche sin pegar ojo— me han servido de enseñanza e inspiración. También tengo una profunda deuda con mi agente y amiga Binky Urban, por haberse adentrado conmigo en un territorio inexplorado y por sus siempre certeros consejos y observaciones.

Estoy especialmente agradecida a los numerosos cerebros creativos de Delacorte Press que han trabajado incansablemente en pro de este libro, en especial a Noreen Herits, John Adamo, Colleen Fellingham, Alison Kolani, Tamar Schwartz y Rebecca Gudelis. Gracias también a Kate Medina y al equipo de Penguin Random House, cuyo compromiso con los autores y los lectores, sean del tipo que sean, nunca deja de admirarme.

Quisiera dar las gracias a Felicity Blunt, Roxane Eduard y Mairi Friesen-Escandell por presentar este libro a lectores de otros países; a Ron Bernstein por sus sólidos conocimientos de derechos cinematográficos; a Brenda Cronin, Seth Rabinowitz y Nicole Caruso, confidentes y asesores; y a Anne Pessl, lectora del primer borrador, detectora de todos los puntos ciegos y supermamá.

De modo muy especial deseo dar las gracias a mis tres Moiras: David, Winter y Avalon, cuya visión del mundo y veneración por todas las historias, grandes o pequeñas, constituye mi felicidad cotidiana.

Por último, quisiera dar las gracias a todos y cada uno de los jóvenes lectores que alguna vez se me han acercado en una librería. Vosotros y vuestro entusiasmo por los personajes que se hacen fuertes y superan las dificultades me habéis inspirado a escribir esta novela.

SIGUE NUESTRO CATÁLOGO EN:

[www.editorialmolino.com](http://www.editorialmolino.com)